

CAPÍTULO I

TRAZOS DE NACIÓN: RELATOS DE VIAJE Y ESCRITURA FEMENINA EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA NACIÓN DECIMONÓNICA

Introducción

Lo marginal o la “minoría” no es un espacio de automarginación celebratoria o utópica. ... En este sentido entonces, la perspectiva ambivalente y antagonista de la nación como narración establece las fronteras culturales de la nación de modo que puedan ser reconocidas como tesoros “contenedores” de sentidos que necesitan ser cruzados, borrados y traducidos en el proceso de producción cultural.
Homi Bhabha, *Narrando la nación*

Este trabajo se concentra en el análisis de relatos de viajes de mujeres escritos desde la primera mitad del siglo XIX hasta la primera década del siglo XX, con una particular consideración de su vínculo discursivo e ideológico con el período de formación de las naciones latinoamericanas. A partir de los relatos de viaje de Flora Tristán (1803-1844), Juana Manuela Gorriti (1819-1892), Eduarda Mansilla (1838-1892) y Clorinda Matto de Turner (1852-1909), mi estudio añade una dimensión nueva a la crítica existente sobre los relatos de viaje, analizando las perspectivas y los discursos femeninos dentro de este género literario en Latinoamérica. Como punto inicial de este análisis me interesa profundizar en los modos en que estas mujeres se apropian de las convenciones del relato de viajes y en ocasiones las reformulan para poder constituirse como autoridad y voz protagónica de sus propios textos. Este aspecto llama la atención por el hecho de que el relato de viajes como género literario se ha considerado tradicionalmente como un discurso masculino, tanto en la producción textual, como en su

crítica.¹ Así, este discurso en torno a las experiencias de un viajero—que usualmente representaba a la mujer desde su propia perspectiva genérica, como objeto erótico o de extrañamiento, y que generalmente la equiparaba con la tierra visitada (Pérez Mejía 97)—en el siglo XIX comienza a constituir también una vía posible para el ejercicio de la escritura del género femenino. Aunque se puedan encontrar mujeres viajeras a lo largo de toda la historia, señalo aquí al siglo XIX como el punto de inflexión en donde el relato de viajes, por diversos factores que analizaré más adelante, comienza a ser más popular entre las mujeres, no sólo por ser lectoras del género, sino también por emprender más frecuentemente sus propios viajes y escribir sobre ellos.

No sólo la función de escribir, sino escribir en calidad de viajeras, desarrollará dentro del texto nuevas formas de enunciación para la mujer, distanciadas en ocasiones de los estándares patriarcales, bajo los cuales sólo podía ser representada como “ángel” o “monstruo,” dependiendo de si se ajustaba o no a los parámetros impuestos socialmente para su género.² De esta manera, los mecanismos discursivos que las viajeras emplean para erigirse como autoridades de sus propios textos excederán en mi lectura el plano autobiográfico, es decir, la escritura como ejercicio privado que permite la creación de una subjetividad femenina negada en otros ámbitos. Más bien, mi estudio de estas estrategias develará la forma en que las viajeras, desde el aparentemente limitado espacio de la narración privada de sus experiencias personales, nos ofrecen un crucial acercamiento al posicionamiento de cada una de ellas frente a la experiencia vivencial e

¹ En este capítulo, se analizarán una serie de características que aseveran esta tendencia masculinizante sobre los textos de viaje: en la tradición literaria por tratarse de una producción mucho más constante, numerosa y con mayores vías de circulación la de los textos de hombres viajeros; y en la crítica literaria por constituir una norma discursiva y de análisis de los textos sobre estas premisas que hacen del hombre el único protagonista posible.

² Sobre la estandarización de la representación de la mujer en la literatura y el arte en general, Gilbert y Gubar sostienen que: “It is debilitating to be any woman in a society where women are warned that if they do not behave like angels they must be monsters” (76).

ideológica del contexto histórico-cultural tanto del espacio propio como del visitado (considerando aquí lo “propio” y lo “ajeno” como categorías dinámicas que no siempre podrán diferenciarse claramente).

En mi análisis podrán apreciarse además los diferentes modos en los que las mujeres asumen su carácter de viajeras, de acuerdo al contexto familiar, histórico y cultural que condicione su escritura. En términos generales, se trata de mujeres que no han accedido a los mismos espacios institucionales que los hombres, no poseen igual educación y/o formación académica, así como tampoco, a consecuencia de las desigualdades anteriores, han podido adoptar las mismas estrategias discursivas de un yo masculino. Por esto, si cada una de las mujeres presentadas en este trabajo es afectada de manera distinta por las constricciones de su tiempo, es mi interés recuperar estas particularidades a modo de ganar en complejidad de análisis, considerando a las mujeres como sujetos que no sólo se definen por su género, sino también por otros aspectos e intereses sociales (raza, etnia, clase, región geográfica o cultura) que las constituyen como individuos en un momento y circunstancias particulares.³

En *Género y nación*, Nira Yuval-Davis analiza el proceso por el cual un grupo o región deviene en una nación y afirma que la simplificación de los roles femeninos y masculinos, es decir, “la condición de hombre” frente a “la condición de mujer,” se ha constituido a través de la historia en una de las operaciones fundamentales para este surgimiento (13). Sin embargo, advierte que son las múltiples categorías identitarias mencionadas las que marcarán las diferentes formas de aproximación, articulación y comprensión de un individuo frente a sus naciones (Vargas 5). Siguiendo esta

³ El trabajo de Ángela Pérez Mejía también considera las múltiples formas de identidad de un sujeto cuando propone: “La presente lectura da por hecho la relacionalidad en la formación del sujeto, es decir, que el sujeto es un prisma a través del cual se refractan las expectativas sociales de un momento concreto” (104).

perspectiva, mi trabajo estudiará también las formas en que las mujeres viajeras construyen su propio juicio e imaginario sobre los espacios recorridos, entendiendo esto como gesto que intenta trazar el vínculo y entendimiento de la mujer de su contexto.

Al formular su juicio sobre las sociedades y territorios por los que transitan, las viajeras recurrirán no sólo a su experiencia concreta, sino también a los tropos que la tradición letrada había establecido, por ejemplo, sobre las regiones del interior de Latinoamérica, Europa o los Estados Unidos. En medio de las “negociaciones” que las mujeres establecen con el imaginario de su época sobre estas sociedades y territorios—imaginario también construido desde una perspectiva del intelectual o viajero masculino—será posible notar que sus apreciaciones, si bien comparten las coordenadas básicas del pensamiento hegemónico (el atraso frente al progreso, la civilización y la barbarie, la patria y el extranjero, etc.), en numerosas ocasiones desafían la rigidez del mismo. La mencionada posición marginal de las mujeres dentro de los asuntos públicos y políticos de su sociedad, posibilita una lectura que las muestra más flexibles en su escritura ante determinados preconceptos tales como el de género, modernidad, familia y nación.

Un aspecto derivado de este análisis será entonces la consideración de los diferentes posicionamientos ideológico-discursivos del relato de viaje femenino en relación con los ideales nacionales que, en siglo XIX, constituyeron la preocupación central de la denominada literatura fundacional. Pese a que, como se explicará, la escritura de las mujeres viajeras comparte con los textos canónicos muchos de sus motivos e intereses literarios y culturales, ésta ha permanecido aislada del corpus decimonónico. Considerando la incidencia que los relatos de viaje (extranjeros y locales)

han desempeñado en la formación de los proyectos nacionales y en el establecimiento de tropos sobre los cuales éstos se construyeron en la literatura, mi trabajo intenta contribuir a este campo de estudio y perspectiva crítica incorporando el discurso femenino que, contrariamente a la producción masculina, ha sido trivializada como producción menor dentro de la historia literaria latinoamericana (Agosín 19).

En otras palabras, explicaré cómo las mujeres reelaboran—adoptando, cuestionando, matizando, proporcionando ejemplos disímiles—los motivos (retóricos, simbólicos y culturales) que sirvieron para pensar y narrar a la nación durante el siglo XIX. Aquella nación de pretensiones homogeneizadoras dentro del discurso de los “padres de la patria,” comenzará a delinearse, a través del análisis del pensamiento de estas mujeres viajeras, como una construcción y un proyecto discursivo-textual que contiene diversas aristas. De este modo se podrá establecer que los relatos de viaje de Tristán, Gorriti, Mansilla y Matto, no sólo adquieren valor analítico por atender a cuestiones ignoradas o secundarias en la mirada masculina (aspecto de estos relatos que una y otra vez la crítica literaria señala al mencionar la recurrencia a la moda o la vida dentro del hogar) sino porque este género literario funciona como plataforma para la enunciación de una voz femenina, que se muestra activa y en diálogo con los códigos culturales de su tiempo y, en consecuencia, con los discursos fundacionales, sus retóricas, y los proyectos de nación latinoamericanos, a los que cada una aportará sus propios trazos.

Así, no sólo propongo la incorporación de los textos de viajeras al análisis de la literatura de viajes en el contexto latinoamericano, sino que también establezco en términos más amplios la necesidad de pensar el concepto de la nación acuñado en el siglo

XIX más allá de las narrativas canónicas fundacionales, y abrir el análisis a los discursos que, en constante negociación con el sector dominante, trazan otras líneas de una nación posible (Bhabha, *El lugar de la cultura* 21). Dichos trazos, sin dejar de evidenciar marcas etnocentristas o de pertenencia al sector hegemónico, exceden los límites (geográficos e ideológicos) de una idea de nación que ha sido impuesta como homogénea, con una particular predilección por mostrar el intersticio y las fisuras del territorio que cada una de estas mujeres recorre y re-escibe. Esta actitud se destaca también por el hecho de que las cuatro viajeras a estudiar no se sienten pertenecientes a una sola nación tal como se la entiende en términos geopolíticos, sino que mantienen lazos identitarios con diversos territorios.

En este primer capítulo, proporcionaré un detalle de los lineamientos críticos y lecturas que han guiado mi hipótesis de trabajo sobre las viajeras en Sudamérica. Se tratará, a partir de esta base crítica, de recuperar la dimensión de su participación en la construcción de una red discursiva que quiere explicar y/o definir a la nación, considerando la complejidad de este concepto en el contexto latinoamericano y el importante rol que desempeñaron los relatos de viaje dentro de la historiografía literaria. Por último, una revisión de los estudios sobre la escritura de mujeres y el relato de viajes, proporcionarán el marco teórico a partir del cual abordo el resto de los capítulos.

Cada capítulo, los cuales serán descritos en detalle más adelante, ejemplifica de manera cronológica épocas y formas distintivas bajo las cuales las mujeres se relacionaron con el tópico y la escritura del viaje. En el capítulo 2 estudio *Peregrinaciones de una paria* (1838) de Flora Tristán en el contexto peruano de la primera mitad del siglo XIX, el cual fue testigo de una proliferación de viajeros

extranjeros en Sudamérica, con los que Tristán mantendrá una ambigua relación. En el tercer capítulo presentaré un análisis de algunos textos de Juana Manuela Gorriti, en los cuales, a través del recorrido de regiones periféricas u olvidadas de Sudamérica, la autora desafía la idea de una voz nacional homogénea. En sus viajes (ficcional y autobiográficos), Gorriti presenta una pluralidad de zonas y sujetos que nos hacen pensar más bien en una identidad que traspasa los límites geográficos de una nación en particular y piensa al territorio sudamericano rescatando su indiscutida y valiosa heterogeneidad.

El cuarto y último capítulo analiza dos relatos de viaje de mujeres escritoras enfrentadas a los cambios socioculturales de finales de siglo XIX y comienzos del XX. En primer lugar, *Recuerdos de viaje* (1882) de Eduarda Mansilla plantea la cuestión de la identidad (y superioridad) argentina y continental *latina* frente a la cultura *anglosajona* con la que convive de cerca en su paso por los Estados Unidos, en una época en la cual la nación norteamericana está atravesada por la Guerra Civil y comienza a ser percibida como nueva potencia por el resto del mundo. En segundo lugar y en consonancia con Mansilla, Clorinda Matto de Turner expresará en el registro de su viaje por Europa, *Viaje de Recreo* (1909), cierta superioridad espiritual de Sudamérica en su comparación con los parámetros sociales y familiares modernos que circulan en Europa. Por otra parte, su registro de los inicios del turismo como práctica masiva en el nuevo siglo, proporciona una dimensión moderna al acto de viajar y un nuevo rol para sí misma como mujer viajera.

Puntos de partida: viajes, nación y género

Una de las ideas que ha sobresalido en mi lectura de los relatos de viaje de mujeres en relación con el contexto político y social del siglo XIX es la complejidad y casi imposibilidad de establecer un concepto definido y distintivo de nación en Latinoamérica. Aunque este siglo es clave para el nacimiento de las naciones americanas, por presentar las primeras guerras y propuestas políticas por la independencia, se trata también de un período signado por la inestabilidad social (sectores políticos o regiones con proyectos enfrentados) y la diversidad étnica (convivencia de indígenas, esclavos, mestizos, europeos). Esto trajo, consecuentemente, enormes dificultades a la hora de pensar en la futura consolidación de los territorios independizados como comunidades nacionales coherentes y unificadas (Chasteen x).

Los estudios en torno a las naciones y los nacionalismos han sido formulados desde diferentes perspectivas y disciplinas que intentan dilucidar la complejidad de este fenómeno (el surgimiento de una nación). Tradicionalmente, la nación era definida de acuerdo al cumplimiento (por parte de un grupo definido de individuos en un espacio puntual) de ciertos parámetros tales como la existencia de fronteras territoriales definidas, la unidad lingüística, racial, religiosa o cultural de un grupo o por su continuidad histórica, esto es, la idea de que la historia de la nación puede extenderse profundamente hacia el pasado (Calhoun 5). Sin embargo, como afirma Hobsbawm, aunque todos estos aspectos intentan brindar una imagen de totalidad sobre la nación como concepto, insistir sobre cualquiera de ellos “como criterio de la condición de nación es subordinar insensatamente a una sola opción las complejas y múltiples maneras en que los seres

humanos se definen y redefinen a sí mismos como miembros de grupos: la elección de pertenecer a una ‘nación’ o ‘nacionalidad’”(16).

En contra de la idea de una nación a-histórica y naturalizada, trabajos como los de Benedict Anderson, Ernest Gellner, el mismo Eric Hobsbawm o Craig Calhoun han establecido que las naciones no son un fenómeno de existencia eterna o universal sino que se trata de una forma de organización social moderna (Yuval-Davis 33) más cercana a una “invención” que a una forma de identidad categórica fija (Hobsbawm 34). Calhoun, por ejemplo, analiza al nacionalismo no como problema exclusivo de políticas, sino como una cuestión cultural y de identidad personal. Siguiendo a Foucault, establece que el nacionalismo (como explicación del surgimiento de una nación) es una formación discursiva, una forma de hablar que condiciona la conciencia de los individuos pero que al mismo tiempo genera continuamente la necesidad de hablar y preguntarse sobre el mismo, modificándolo continuamente (3). Gellner, por su parte, propone una nación como producto cultural y no como forma preestablecida de clasificación de los hombres. Para entenderla entonces, establece la necesidad de observar el desenvolvimiento histórico de una cultura, en especial, en su tránsito del mundo agrario a la sociedad industrial, moderna. Al considerar este proceso como diverso y contradictorio, Gellner se preocupa por el surgimiento, en medio de estas diferencias, de una cultura que se denomina superior y que, a través del uso generalizado de la escritura, establece un sentido nacionalista entre los sujetos de un territorio determinado (39).

Anteriormente, en su libro *Imagined Communities* (1983), Benedict Anderson también presentaba como fundamento de la instauración de una idea de nación a la diseminación de una cultura o de un conjunto de valores y parámetros sociales a través de

la escritura, más específicamente, de la prensa. El autor asevera que la nación comienza a adquirir su expresión concreta a través de formas institucionales e impresas (una marca esencial del siglo XIX) como la prensa y la novela. A causa del alcance de estas dos producciones del “capitalismo impreso,” dominado por la ideología de quienes las controlan, los habitantes de diferentes regiones pueden ser partícipes de una “comunidad imaginada” que comparte un mismo acontecimiento a través del acto de lectura, representándose a sí mismos una historia y realidad propias, que son a su vez compartidas (75).

A pesar de que su trabajo se ocupa parcialmente del caso latinoamericano, la idea de “comunidad imaginada” tuvo una gran recepción y se convirtió en un eje central para el estudio del fenómeno de formación de las naciones en América Latina entre los historiadores y críticos literarios de las últimas décadas (Unzueta 117). El argumento de Anderson explicaba así el surgimiento de las naciones latinoamericanas como un producto “textual” o sistema cultural que daba forma a un contexto heterogéneo. Sin embargo, los últimos estudios han señalado que este proceso de textualización con el cual se intentaba configurar a las naciones en el siglo XIX (por medio de constituciones, nuevas leyes, la reconstrucción de economías locales y la pacificación de territorios), se trata de un proceso más complejo que, como lo sugiere el trabajo editado por Chasteen (*Beyond Imagined Communities*), se extiende “más allá” de la tesis de Anderson. Los procesos de independencia en Latinoamérica responden a condiciones particulares como la existencia previa de divisiones regionales, los intereses particulares de la elite dominante, o un alcance limitado de la prensa en el siglo XVIII (período en el cual Anderson percibe el surgimiento de un sentimiento común de pertenencia). El proyecto y

difusión de una “comunidad imaginada,” en todo caso, será conjugado y enfrentado a otros eventos históricos y manifestaciones culturales que harán de las naciones hispanoamericanas un signo polivalente, con marcas diferenciadoras de apropiación de acuerdo a cada sector social o étnico.

Muchos críticos e historiadores consideran, de hecho, que no es hasta el siglo XX en que pueden encontrarse formas más estables de naciones y nacionalismos dentro de Latinoamérica (Halperin Donghi, “Argentine Counterpoint” 53; Chiaramonte y Souto 312). Desde este punto de vista, el siglo XIX presenta, más que naciones independientes, el anhelo y proyectos de sectores elitistas cuya meta no era la de forjar un sentimiento nacionalista abarcador, sino más bien mantener un status de privilegio político y económico dentro de una nueva forma de organización social (Romero 161-62). Así, para pensar en la nación como concepto en el marco latinoamericano, es preciso “tomar distancia de cualquier visión simplificadora sobre el mundo de las ideas políticas,” que no pueden ser reducidas al contrapunto de argumentos de algunas figuras que han sobresalido en la historia política e intelectual del continente (Hora 18). Como muestra el trabajo de Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, sobre el caso argentino, “esta etapa [de constitución del Estado-nación] no tiene nada de la serena y tenaz industriosisidad que se espera de una cuyo cometido es construir una nación de acuerdo con planos precisos en torno de los cuales se ha reunido ya un consenso sustancial” (32). Muy por el contrario, el historiador sostiene que se trata de un período “marcad[o] de acciones violentas y palabras no menos destempladas” (32) que aunque hacia 1880 finaliza con la consolidación de un Estado, no logra acabar con las disidencias

ideológicas acerca de los medios y las formas que este nuevo orden político (y económico) debe adoptar (Hora 18).

Perú, por ejemplo—territorio al que arribarán tanto Flora Tristán como Juana Manuela Gorriti, y será tierra natal de Clorinda Matto—encuentra su independencia de la corona española en 1821, en medio de conflictos civiles en las regiones del interior, como contra su nación vecina, Chile (Pérez Mejía xv). Por otra parte, la lucha republicana e independentista había sido conducida por aristócratas criollos que sostenían fuertes vinculaciones con los sectores gubernamentales españoles durante el virreinato (como será el caso de Pío Tristán, abuelo de Flora). Por eso mismo, la nueva nación peruana no significó la eliminación de los conflictos entre los diferentes grupos étnicos (criollos, españoles, indios, negros), más bien, los criollos asumieron el nuevo rol de dominio y acentuaron la formación del Estado en manera segmentada, poniendo en evidencia la desigualdad entre el ideal liberalista legislativo y los conflictos presentes en ese momento (Rodríguez García 51; Palermo 602).

Por su parte, Argentina—país de origen (y motivo literario) de Gorriti y Eduarda Mansilla—presenta un proceso de independencia que se comienza a fraguar en la década de 1810, pero que se conforma pluralmente con la división del territorio en provincias, las que gradualmente se unirán bajo la figura de un Estado sobre el que seguirán pesando fuertes sentimientos localistas, “el amor a la patria chica” (Chiaramonte y Souto 332). En la década del ‘30 la nación argentina todavía se encontraba fragmentada, ahora bajo las luchas entre unitarios y federales iniciadas durante el gobierno de Juan Manuel de Rosas (1829-1852). Dicho enfrentamiento y división de intereses, continuó por décadas articulando en forma bipartita la discusión sobre cómo conformar una nación

independiente (Masiello, *Between Civilization and Barbarism* 4). Cierta estabilidad de un proyecto nacional se establece con la denominada Generación del '80, grupo de políticos, militares e intelectuales que, siguiendo los cánones positivistas y el lema comtiano de orden y progreso, tuvieron a cargo las más importantes funciones políticas, económicas y militares para el establecimiento del Estado moderno argentino. Sin embargo, este sector también convivió con una oposición creciente por parte de nuevos partidos políticos y de grupos anarquistas y socialistas formados por obreros inmigrantes entrado el siglo XX. Así, la nación Argentina comienza un nuevo siglo y cumple su primer centenario como país independiente en un contexto de convulsión política, social y cultural que impidió la diseminación de un sentimiento nacionalista inclusivo de todas las clases y sectores sociales.

En resumen, así como la tarea de definir a la nación resulta hoy de un gran atractivo teórico y analítico, también lo fue dentro de los intelectuales del siglo XIX, quienes se encargaron de establecer los límites de las naciones recién surgidas ya sea difundiendo la idea de una población criolla homogénea o promoviendo la imagen de una diversidad cultural cuya confluencia resultaría en el ideal de ciudadanía (Masiello *Between Civilization and Barbarism* 3). Ambas ideas fueron justamente agenciadas a través de estos procesos de textualización (es decir, con la creación de discursos— médicos, históricos, legales—y narraciones identitarias dentro de las que la literatura jugará un papel fundamental) que trajeron como consecuencia el borramiento de un conjunto de expresiones plurales dentro de un mismo territorio bajo el cual se consolidó la hegemonía de ciertos sectores como una forma natural e incuestionable de ser de la nación.

Mi postura sobre la nación, al plantear los “trazos” que las viajeras aportan a ésta, se posiciona en el ámbito literario, es decir, dentro de la discusión que los escritores e intelectuales del siglo XIX construyeron en torno a este concepto. Más allá de los alcances de las propuestas y debates políticos o de la dimensión histórico-institucional de la configuración del territorio nacional, “esta se manifiesta también en formas estéticas de representación” (Batticuore y El Jaber 13; Andermann 17). La idea de consolidar la nación adquirió una intensa carga simbólica que fue engendrada y transmitida por parte de los intelectuales y artistas del siglo, quienes operaron como productores de bienes culturales desde el campo de la literatura o la prensa al mismo tiempo que ostentaron importantes cargos políticos durante ese período. Mi interés es demostrar que la nación, como motivo literario e ideológico dentro de la escritura decimonónica, no sólo es el centro de atención del sector dominante letrado, sino que también es un motivo que se construye y reelabora dentro de diferentes esferas y manifestaciones escriturarias, aun dentro de aquellos sectores que fueron minoritarios como el de las mujeres, y mucho más, en su posición de viajeras. Es desde el plano literario, por ejemplo, como se constituye primeramente la idea de una Argentina blanca y homogénea o un Perú moderno y reconciliado con su pasado indígena, lo que trajo como resultado el ocultamiento, por décadas, de una serie de desigualdades y subjetividades marginalizadas que, a pesar de haber sido silenciadas desde el discurso oficial y omitidas como objeto de estudio, también discutieron y participaron del diálogo en torno a la identidad nacional. De este modo, considero que tanto la consolidación de un discurso identitario oficial como el surgimiento de voces y expresiones culturales disímiles forman parte de una misma respuesta social al ingreso de Latinoamérica a la modernidad (Calhoun 19).

En consecuencia, si la nación es una construcción identitaria discursiva que se proyecta en el plano textual, ésta se conforma más bien del modo en que Barthes define a un *texto*. Es decir, la nación como texto es el resultado de un tejido de citas y referencias a innumerables centros de cultura, en el cual los sujetos se deshacen en cada una de las redes que constituyen este entramado (*El placer del texto* 104). Pensando a la nación desde este punto de vista, la idea de “comunidad imaginada” queda redefinida como el resultado de urdimbres culturales e ideológicas diversas, desde esferas sociales diferentes también. Es posible por lo tanto completar una propuesta sobre la formación de las naciones con los aportes teóricos de Homi Bhabha.

Aunque la diversidad de ejemplos y autores leídos no atienden directamente al contexto de América Latina, creo sin embargo que las ideas de Bhabha resultan de un gran aporte crítico para repensar no sólo las diásporas y migraciones contemporáneas sino también procesos culturales anteriores. Bhabha sugiere un giro a la idea de la nación como texto al definirla como “narración” y como “sistema de significación cultural” (*Narrating the Nation* 2) que debe ser estudiada desde las narrativas y discursos que la construyen. Estas narrativas y discursos en torno a la nación se producen como resultado de un intercambio social fluido que condensa múltiples elementos sociales (Masiello *Between Civilization and Barbarism* 3). La propuesta de Bhabha rompe con las nociones monolíticas que habían definido al espacio figurativo de la nación como “invención” o “imaginación” producidas en espacios de poder, para proponerlo más que como lugar fijo, como esfera espacio-temporal (la nación también depende de una temporalidad de la representación) en una dinámica constante, de la que las minorías forman parte

constitutiva, no excéntrica.⁴ Más aún, la nación, para Bhabha, está atravesada por la alteridad y por eso su argumentación polemiza con las estructuras binarias de conocimiento, como las oposiciones centro/periferia, moderno/ arcaico y opresor/oprimido. Todas ellas suponen grados de pureza en cada extremo del antagonismo, y resultan cuestionadas en su trabajo: a las oposiciones binarias y formas duales, el crítico responde con un interés por el intersticio y la ambivalencia (claramente demostrado en el caso de las diásporas y los desplazados).

Tomando estas ideas como lineamientos críticos orientadores de una nueva lectura de la nación decimonónica, entiendo al período como uno en el que la nación, tanto en el plano político como en el literario, se conforma como un discurso contenedor de múltiples perspectivas. Dentro de este multiperspectivismo, considero que queda aún por incorporar la reflexión de las mujeres, algo que en los estudios antes mencionados, no se ha tenido en consideración (a excepción de Bhabha que analiza algunas autoras contemporáneas). Aunque los estudios de género han tenido un gran impacto dentro del campo crítico sobre América Latina y su literatura, las problemáticas a las que específicamente me referiré (la existencia de una reflexión sobre la identidad nacional en los relatos de viaje de mujeres y el consecuente enfrentamiento a una tradición literaria que resultó fundamental para la cultura de la época) no han sido sistemáticamente abordadas hasta el momento dentro de los estudios sobre la cultura del siglo XIX.

⁴ En esta aproximación, mi propuesta también coincide con el acercamiento que Francine Masiello propone al revisar el contexto de la literatura fundacional argentina del siglo, y concebirla como espacio en tensión entre un centro y una periferia en constante redefinición: “[R]ather than suggesting that the desire to consolidate a mythical center is a unique force, we might emphasize the nationalist phase as a moment dominated by the periphery: that is, a moment when arbitrary signifying procedures fill the cultural landscape in order to create an alternative to civic rationalism. Considered this way, the nation-forming phase may very well be a moment of equivocation when unanticipated voices enter the public arena” (3).

Los estudios sobre las naciones y el nacionalismo, a pesar de atender a las cuestiones étnicas o ideológicas de diversos grupos, han ignorado el rol de las mujeres dentro de estos procesos. Yuval-Davis, siguiendo la lectura de otros estudios, afirma que esto se debe a que las teorías históricas o sociopolíticas sobre las naciones dividen generalmente “la esfera de la sociedad civil en los dominios público y privado. Las mujeres (y la familia) están ubicadas en el dominio privado, el cual no es visto como políticamente relevante” (15). Rebecca Grant complementa esta idea explicando que las teorías de Hobbes y Rousseau, fundamento de posteriores teorías sobre nación y nacionalismo, atribuyen características masculinas naturales a la conformación de las sociedades (agresividad y razonamiento) y por lo tanto la mujer quedaría excluida de éstas y más cercana a la naturaleza (citado por Yuval-Davis 15). Sin embargo es preciso aclarar que, en momentos estratégicos para la consolidación de una nación, las mujeres fueron incorporadas como partícipes de eventos públicos e incluso militares (Batticuore, *La mujer romántica* 281), hecho que paradójicamente hace visible el borramiento histórico de su figura.

Como intento de cubrir esta zona inexplorada es que incorporo la narrativa de viajes de mujeres como una de las “historias alternativas” que redefinen las bases de la cultura nacional, en contra de una “tendencia a leer restrictivamente la nación” (Bhabha, *Narrating the Nation* 3) como fuerza simbólica unívoca. Los relatos de viaje de un sector marginal en la sociedad decimonónica como las mujeres, ponen en evidencia la liminaridad de las taxonomías genéricas, geográficas y simbólicas de la nación que se transita. En una escritura que parte de un desplazamiento, la nacionalidad es una construcción que se complejiza cuando es interpelada desde un espacio no hegemónico;

principalmente, porque nación y nacionalidad son enunciadas desde voces que se deslizan desde categorías monolíticas como género, clase y pertenencia cultural, hacia propuestas como la interdependencia del centro con la periferia (la “otredad” como elemento integrante de lo propio) o la pluralidad de lenguas y culturas. Es por eso que, partir del relato de cada mujer en viaje, se puede percibir un proyecto de nación articulado de acuerdo a las condiciones de integración de cada una de ellas a ese cuerpo nacional desde el que parten o recorren.

Por los argumentos expuestos, esta tesis tampoco entenderá a la literatura fundacional como constituida y cerrada sobre los textos que se han establecido como el canon del siglo XIX, corpus que según críticos como Doris Sommer proyectan alegóricamente una forma homogénea y sin fisuras de las sociedades latinoamericanas en formación.⁵ Aunque la idea de una literatura fundacional en Latinoamérica responda a la imitación de un paradigma cultural europeo, cuya valoración eurocentrista de la cultura excluyó las manifestaciones de mujeres y minorías, quisiera pensarla aquí de modo diferente, modificando el carácter excluyente del término.⁶ Anteriormente, este concepto se ha utilizado para hacer referencia a un corpus textual (ensayos, novelas, etc.) resultado

⁵ En *Foundational Fictions* Doris Sommer asevera que, durante el siglo XIX, conseguida la independencia de las naciones latinoamericanas, la narrativa del continente fue el principal generador de la extensión y establecimiento de los discursos hegemónicos nacionalistas promovidos por las élites criollas de cada país. En un análisis foucaultiano, Sommer establece que en las ficciones del período post independentista presentan relaciones eróticas entre los personajes, muchas veces hombres y mujeres de clases distintas (como en Blest Gana), etnias apartadas (como en Avellaneda) o religiones diversas (como en Isaacs), que representan a modo de espejo los intentos de vinculación, aproximación y reordenamiento de los diferentes grupos sociales en las embrionarias naciones latinoamericanas de ese largo período, siempre desde el punto de vista de los discursos de las clases hegemónicas.

⁶ Producto de esta selección y valoración estética desde un sector institucional de poder, se han constituido como canon fundacional de la literatura latinoamericana textos como "clásicos" en *La Araucana* para explicar el origen de Chile; *Grandeza Mexicana*, como el origen de México; *Comentarios Reales*, como el origen del Perú; *Espejo de paciencia*, como el origen de Cuba; *Facundo* y *Martín Fierro*, como el origen de Argentina, y el discurso castrense y jurídico de Gonzalo Jiménez de Quesada, como el origen de Colombia (González-Ortega 240).

de una selección y ordenamiento que responde a estructuras políticas y pedagógicas proyectadas por un sector letrado hegemónico, que encontró en determinados textos la capacidad de crear y fomentar un concepto de nación más o menos estable y uniforme. Sin embargo, mi estudio se basa en un concepto diferente en que la literatura fundacional más que barrer con cualquier otra forma de oposición (como lo analiza Sommer), es un campo de interrelación de discursos que se hallan conectados de manera compleja, muchas veces enfrentados y en contradicción, aspecto que cada texto refleja en diferentes escalas.

Con esto, el registro de lo diferente o la excepción que los relatos de viaje de mujeres plantean frente a lo que se ha concebido como norma de un género discursivo por un lado, o como parámetro de comportamiento social (de las mujeres) por el otro, no hace sino reflejar, quizá en un grado más visible o directo, las mismas contradicciones que el propio canon contiene. En lugar de un llamado a un estudio segregado y excluyente, mi lectura encuentra en las características de los relatos de viaje de mujeres una marca de apertura del proyecto nacional y de su literatura constitutiva, marcas reconocibles en las estrategias de incorporación de cada mujer (al menos al nivel simbólico del lenguaje) al espacio emblemático de la identidad nacional.

Del relato de viaje en la literatura y en la crítica

A propósito de la apertura de las literaturas fundacionales, y de los modos de pensar la identidad de una sociedad, el análisis del relato viajes ha cobrado en las últimas décadas, un particular protagonismo. Se ha convertido en uno de los principales objetos

de investigación de diversas disciplinas que han identificado en estas representaciones el análisis del contraste entre culturas y la existencia de modos atípicos de enunciación de la subjetividad en la escritura (Hulme y Youngs 1). Han sido la ya recurrente mención a la crisis de géneros, el campo del comparativismo y las últimas revisiones culturales, las áreas principales que han encontrado en los libros de viaje las características esenciales para convertirlos en objetos de su estudio, revalorizando las denominadas “literaturas menores” y considerando dentro del campo literario diferentes géneros discursivos que habían sido marginados del mismo. Es así como, dentro del mencionado corpus de la literatura fundacional latinoamericana hoy en día es posible pensar en los relatos de viaje como los de Humboldt, La Condamine, o los de los viajeros ingleses en Sudamérica, como parte integrante—en su lectura y reelaboración del sector criollo—de la materia literaria del continente.

En cuanto a los estudios existentes sobre los relatos de viaje de mujeres, particularmente, a lo largo de mis lecturas he encontrado dos tendencias básicas en su abordaje, las cuales me han motivado a la exploración de nuevas dimensiones dentro de este conjunto textual. Por un lado, los primeros trabajos que han difundido la obra de las viajeras en Latinoamérica han sido antologías. Nara Araújo resulta pionera en esta tarea al compilar fragmentos de relatos de viaje escritos por mujeres en *Viajeras al caribe*, en los cuales se encuentran interesantes reflexiones sobre diferentes aspectos de la vida y los eventos históricos que ellas observan. A este trabajo inaugural le sigue una numerosa lista de trabajos críticos que reproducen fragmentos de relatos de viaje, acompañados de un estudio introductorio en donde generalmente se exponen los obstáculos sociales que las mujeres tuvieron que enfrentar para emprender un viaje, y las características que esto

provoca en su escritura (tendencia al registro autobiográfico, adquisición de una agencia social alternativa, identificación con las minorías raciales, entre otras).⁷

El trabajo antológico ha contribuido de gran manera al campo crítico en tanto ha generado una circulación de textos de mujeres que en la historia de la crítica literaria habían sido ignorados. Por otro lado, el descubrimiento de estas narrativas funciona como punto de partida para análisis más profundos del contexto de producción de esta escritura, y como me lo planteo aquí, del vínculo entre los textos de mujeres y los canónicos en tanto comparten preocupaciones similares sobre su tiempo. Aunque estas antologías posibilitan el acceso y profundización sobre estos textos, es un gesto que simultáneamente continúa aseverando que el valor de los mismos se encuentra en una “marginalidad” o “excentricidad” que debe exhibirse por su rareza frente a una literatura canónica predeterminada del modo antes expuesto.

Por otro lado, es recurrente la exclusión de los textos de mujeres latinoamericanas dentro de los estudios críticos sobre viajeras. La categoría de viajera parece haberse construido sobre condiciones como la nacionalidad o la clase social dentro del campo crítico sobre Latinoamérica: viajera es la europea que visita tierras “extrañas” o es la aristócrata criolla que comparte más códigos con Europa que con su propia nación.⁸ Así,

⁷ Como ejemplos de esta clase de antologías dentro del campo latinoamericano pueden considerarse trabajos como los de Agosín y Levison (*Magical Sites*), Szurmuck (*Mujeres en viaje*), Frederick y McLeod (*Women and the Journey*), o Hahner (*Women Through Women's Eyes*). Se encuentran también fragmentos de relatos de viajeras dentro de antologías sobre escritura de mujeres en general, tales como *Las mujeres toman la palabra* (Guiñazú-Martin), o *Rereading Latin American Essay* (Meyer).

⁸ En su compilación *Los viajeros*, Noé Jitrik hace referencia, a fines de la década del '60, a la ausencia de estudios sobre la mirada americana sobre Europa, particularmente la de los viajeros argentinos, y sugiere como posibles razones la existencia de un imaginario eurocéntrico dentro del cual sólo importa lo que se dice del otro desde el centro de la cultura (Europa), o lo que desde allí se dice de nosotros mismos. Sin embargo el crítico advierte que es dentro de los relatos de viaje de los argentinos a Europa donde puede

el mote de viajera ha identificado a Flora Tristán dentro de las letras e historia latinoamericanas, en estudios como el de Pratt, el más reciente de Pérez-Mejía, o la ya clásica compilación de Estuardo Núñez sobre viajeros al Perú. Ninguno de estos trabajos encuentra problema en incluir a *Peregrinaciones de una paria* dentro de series de relatos como los de Humboldt, Bonpland, Francis Bon Head o Celestino Mutis.

Flora Tristán es leída de este modo como la mujer extranjera que, partícipe de la tradición de viajeros europeos, se inserta en la realidad peruana a la que juzga desde una mirada eurocéntrica. En tanto comparte esta mirada, *Peregrinaciones de una paria* adquiere valor ejemplar como texto de viaje, al que ofrece sus matices por su condición de mujer y por los motivos que la llevan a emprender su viaje (persiguiendo una herencia y un reconocimiento familiar). Mansilla, por otro lado, por su estatus social y familiar desde siempre fue colocada entre el grupo de escritores de la llamada Generación del '80. Para este grupo letrado, perteneciente a la aristocracia criolla, el viajar formaba parte no sólo de los hábitos de su clase social sino también de su deber como funcionarios de la nación. De esta manera, Mansilla no podía sino escribir sobre sus experiencias como “viajera distinguida,” porque sobre esa experiencia radicaba su ámbito familiar y privado.

Sin embargo, son escasos respecto de Juana Manuela Gorriti, y nulos en el caso de Matto, los trabajos críticos que frente a la amplia producción literaria de estas escritoras escogen sus textos o el tópico del viaje como objeto de estudio.⁹ Se trata de una

explorarse el modo en que desde el margen en que Europa ha colocado a América, el viajero hispanoamericano trata de enunciar y diferenciar su propia identidad (12-13).

⁹ El ya mencionado trabajo de Guiñazú y Martín en el segundo tomo incluye a Gorriti en su capítulo sobre relato de viajes (98-104), así como en *Magical Sites*, se incluye un fragmento de un relato de viajes publicado en *El mundo de los recuerdos* (1886) (42-63). Curioso es, por ejemplo, el caso de Pratt, que en su capítulo sobre la “autoformación criolla” a partir de los relatos de viaje, le dedique sólo dos páginas a Gorriti (y no de sus textos más representativos como viajera), siendo que su narrativa está casi en su totalidad atravesada por este tópico. El gesto se contrapone, frente al estudio que hace de Tristán y Graham

lectura que reproduce el criterio eurocentrista de privilegiar lo que el “centro” (Europa) dice de la “periferia” (América) y no las observaciones de ésta a sí misma o hacia los otros. Por estas razones, la serie textual que aquí propongo las incluye, a fin de delinear los diversos modos y condiciones bajo las cuales las mujeres escriben sobre sus viajes. Si la crítica ha incorporado los discursos de las mujeres extranjeras sobre Latinoamérica, el mismo gesto de inclusión es posible para estos textos que ofrecen valoraciones no solamente como reproducción de una mirada eurocentrista, sino que también se vuelcan sobre lo regional, y ponen en tela de juicio el privilegio por la modernidad europea. Además, al recuperar en el análisis los elementos dispares (el contexto, la posición ideológica, la forma en que se leen las historias regionales, la estética de representación del motivo del viaje) que presentan textos como los de Gorriti, Matto de Turner, y hasta Mansilla—por fuera de una predeterminación clasista—se reponen las singularidades que se han dejado de lado con el establecimiento de una norma general del relato de viajes, y del relato escrito por mujeres.

Atender a cada aspecto literario, cultural o personal que constituye a estas “viajeras disímiles” como tales es una labor crítica muy ardua. Mi intención aquí es al menos exponer estas particularidades en una serie de textos que aunque pueda ser cuestionada a partir de las tendencias anteriores (separar por nacionalidad, clase, o motivo de la que viaja), puede rescatar en cada mujer propuesta, un acercamiento diferente a la concepción de viajera, de mujer, de escritura femenina y de la relación de éstas mujeres con su contexto. Para ello, el libro de Mónica Szurmuk *Women in Argentina* y el más reciente de Stella Maris Scatena Franco, *Peregrinas de outrora*, han

en el capítulo 7, a las que incorpora como cuerpo central de su capítulo, junto con la escritura de los que llama “vanguardia capitalista.”

sido un punto de partida, por tratarse de los únicos estudios dentro de la crítica latinoamericana, dedicados enteramente a viajeras, los cuales además abordan relatos de mujeres tanto extranjeras como locales, ofreciendo diferentes perspectivas femeninas sobre el proceso de modernización argentino en el siglo XIX (y brasileño en el caso de Scatena Franco). Otro punto de partida para mi trabajo han sido los estudios de viajeras de la crítica anglo-americana, tales como *Discourses of Difference* de Sarah Mills y *Women and the Politics of Travel* de Monica Anderson, dos investigaciones que también hacen del relato de viajes de mujeres una categoría pensada más en su capacidad de inclusión que de exclusión a partir de una coyuntura histórica y discursiva determinada que condiciona la producción de estos textos.

Ahora bien, para poder entender las dimensiones de los propósitos planteados en relación con la recurrencia de las mujeres al relato de viajes, es importante que me detenga en algunas consideraciones generales sobre la concepción del viaje en la historia literaria, para luego analizar qué tipologías de relatos se pueden divisar dentro de un campo tan amplio y heterogéneo como éste en diferentes contextos y períodos históricos. Y, específicamente, cuál es la relevancia y particularidad que los relatos de viaje han tenido durante el siglo XIX y su impacto sobre la literatura fundacional latinoamericana.

El relato de viaje: *continuidad y variación* de un género literario

¡Asombrosos viajeros! ¡qué nobles historias
leemos en sus ojos profundos como mares!
Muéstrannos el estuche de sus ricos recuerdos,
esas joyas maravillosas, hechas de éter y astros.

¡Queremos viajar sin vapor, sin velas!

Para alegrar el tedio de nuestras cárceles,
traigan a nuestro espíritu tenso como una tela
los recuerdos rodeados de horizontes.

Digan, ¿qué vieron?
Charles Baudelaire, “El viaje”

En este celebrado poema cuyo fragmento hace de epígrafe, Baudelaire describe la experiencia de viajar como una respuesta humana a la insatisfacción que le provoca todo lo conocido. El poeta sostiene así la idea de que los viajes (antiguos y modernos), al plantear una serie de recorridos por diversos espacios y tiempos (el viaje presupone, en ocasiones, desplazamientos temporales), permite a un sujeto y su sociedad la construcción de una mirada sobre otras culturas y sobre sí mismos. Crónicas, diarios, notas, mapas y grabados, todos ellos como formas de registro del viaje, han revelado aquellos espacios en donde se establece una “zona de contacto” (Pratt 26, 27) con el otro.

Por otro lado, desde los testimonios más antiguos de la literatura como el poema de Gilgamesh y las epopeyas de Homero, se puede observar un vínculo estrecho entre el viaje y su relato: “Cuando alguien realiza un viaje, puede contar algo” afirma Walter Benjamin, repitiendo el dicho popular que le sirve para identificar uno de los tipos de narrador que analiza en su clásico ensayo (II). Así, el sujeto que viaja siente, por diversas razones que irán apareciendo en el desarrollo de este estudio, la necesidad de explicar, ordenar y al mismo tiempo dar a conocer las experiencias recogidas a través de su registro oral u escrito. En todo caso, es interesante percibir cómo a lo largo de la historia, el relato de un viaje se ha constituido como un método indagatorio y de análisis de un contexto o cultura determinados. Como lo define Rodríguez Pérsico, los modos de

observación de cada viajero apuntan a “la invención de comunidades cognoscibles” (32-33).

Uno de los interrogantes que surge a partir del impacto del viaje y su relato en diversos períodos es, siguiendo el planteo de Axel Gasquet, ¿cuáles son los aspectos que hacen de la experiencia del viaje una fuente y una vía para fijar símbolos y modificar elementos culturales de todo un grupo social (18)? Y, más aún, ¿cómo es que este cúmulo de vivencias y relatos que el viaje posibilita consigue hacerse eco de los cambios subjetivos individuales (del propio viajero) al mismo tiempo en que podemos encontrar allí también un sinnúmero de explicaciones, causas y motivos de los momentos bisagra de la historia? Así, el recorrido por algunos de los objetivos, formas, consecuencias y escrituras más destacadas de un viaje ofrecen posibles respuestas a los interrogantes anteriores a la vez que permite una mayor comprensión de las formas de intervención femenina en esta serie. Por ello, ofrezco en lo que sigue un breve trazado de los diferentes tipos de relatos de viaje que se han destacado a largo de la historia, el cual si bien no logra incluir todas las formas y transformaciones del género, nos ayuda a comprender sobre qué bases se inscriben los relatos de viaje en Latinoamérica y a qué tradición se adhieren o responden las viajeras analizadas.

Así, en relación con la historia del continente americano, los primeros relatos de viaje han funcionado como una de las fuentes esenciales de conocimiento sobre las que se construyeron las primeras percepciones del territorio, que van desde los datos concretos sobre su geografía o hábitos y costumbres de sus habitantes, hasta una literatura que imagina al continente como el espacio utópico, alejado de los centros de la civilización occidental, ideal para el ejercicio de una libertad plena por parte del hombre. Por

ejemplo, durante el proceso de conquista y colonización de América, es posible identificar entre los conquistadores y cronistas como Cristóbal Colón, Bernal Díaz del Castillo, Pedro Cieza de León o Hernán Cortés un tipo de viajero al que Estuardo Núñez llama “renacentista” (*Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* 19). Su escritura estaba articulada en torno a una búsqueda de veracidad en el relato la cual, sin embargo, era superada en numerosas ocasiones por la referencia a la maravilla y/o monstruosidad del Nuevo Mundo: el viajero experimenta aquí un choque y fusión entre sus conocimientos culturales (europeos) previos y todos los aspectos que desconoce de este “Nuevo Mundo.” Por otro lado, ese relato “veraz” que persigue quien lo narra, estaba atravesado por la teleología imperial que indefectiblemente condicionaba la enunciación de cada uno de los conquistadores y cronistas. Su escritura, en definitiva, funcionaría como una potencial explicación de la misión comercial / evangelizadora o una justificación de los actos de conquista, empresas en las que el yo narrador también busca atribuirse para sí mismo el éxito (Núñez, *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* 19).

Como lo he indicado anteriormente, estas exploraciones comenzaron a alimentar, en el plano literario, una serie de narrativas que plantean el tópico del viaje de manera imaginaria. Desde *Don Quijote* a las *Utopías* de los siglos XVI a XVIII de Rousseau, Montesquieu, Voltaire, Moro y los enciclopedistas, se proponen viajes imaginarios que, ya sea en forma de novela de aventuras o como propuestas filosóficas, encierran la necesidad de desplazarse hacia otros espacios para el alcance de un estado de plenitud humana, lejos de la civilización propia. Aquí ya comienza a delinearse el aspecto crítico (de la propia sociedad, de los espacios ajenos) que será constitutivo de muchos de los relatos de viaje. A lo largo de todo este período y aun hasta el siglo XVIII—conviviendo

con las nuevas ideas de la Ilustración—existen textos que se nutren del exotismo americano y oriental que proporcionaron los viajes comerciales y las empresas colonizadoras del Renacimiento.

A partir de entonces se puede pensar en una *continuidad y variación* del viaje como uno de los motores culturales y escriturarios que marca la relación de Europa con el continente americano. Es así como hacia finales del siglo XVIII y con el surgimiento de un incipiente saber científico, “las nuevas ideas, el sugerente liberalismo, el progreso de la razón aplicada a la investigación de la naturaleza, la afirmación de los valores de la vida sobre la erudición estéril” (Núñez, *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* 20), conforman a un nuevo tipo de viajero, “ilustrado,” que intenta analizar la realidad observada sobre la base de criterios científicos. Las exploraciones de La Condamine, Humboldt y Darwin, y de los españoles Antonio de Ulloa y Jorge Juan son una muestra reducida entre el gran número de viajeros que contribuyeron a esta nueva aproximación al continente.

Para Mary Louise Pratt, las experiencias e hipótesis que se desarrollan con los viajes producidos en el período y bajo las ideas de la Ilustración, provocan un cambio en los que la crítica denomina “conciencia planetaria” europea. Es decir, la nueva labor del viajero, en medio del surgimiento de la historia natural como estructura del conocimiento y la consolidación de formas burguesas de subjetividad y poder, contribuyen a modificar la percepción que las elites europeas tenían de sí mismas y del resto del mundo (*Imperial Eyes* 30, 38).¹⁰ Por eso, Pratt agrega como fenómeno provocado por esta literatura el de

¹⁰ Pratt señala como acontecimiento crucial en esta nueva estructura de pensamiento europeo la publicación de *Sistema Naturae* (El sistema de la Naturaleza) de Carl Linneo. Allí, el naturalista proponía un sistema de clasificación y categorización de todas las formas vegetales del planeta, aun las desconocidas para Europa. Otro acontecimiento que atraviesa el imaginario y la retórica de los viajeros del XVIII, es para Pratt, la

una “reinención de América,” es decir, la elaboración de un modo de aproximación y conocimiento en torno al territorio latinoamericano que se encuentra vinculada a los intereses expansionistas de Europa (Torre 518-19). Estos intereses si bien se basan en el conocimiento provisto por las expediciones anteriores, se desplazan hacia una mirada puramente comercial hacia el continente, ya que en general se trata de viajeros enviados por compañías europeas en busca de oportunidades mercantiles, esto es, recursos, contactos y contratos comerciales con las elites locales que les permitan ampliar su campo de dominio político y económico sobre las ex colonias (Pratt, *Imperial Eyes* 146). Paralelamente, en Europa y dentro de las colonias en América, crece el número de lectores para estos relatos de viaje: libros como los de Humboldt o de Frances Bond Head, se publican y “compiten” entre el público con obras como las de Dickens o Balzac (Torre 522). Al mismo tiempo, estas percepciones de América son la fuente para historias como *Los Incas* de Marmontel, *Pablo y Virginia* de Saint Pierre, o *Atala* de Chateaubriand, textos que a su vez, en una cadena de influencias, formarán parte del corpus de lecturas incluido para la educación de las clases criollas latinoamericanas.

Ya durante el siglo XIX, el relato de viajes se hace eco del giro romántico del pensamiento occidental, de manera tal que podremos apreciar en la lectura de muchos de ellos, la aparición de la propia subjetividad del viajero, que encuentra en un desplazamiento a tierras desconocidas la posibilidad de experimentar sensaciones más ligadas a su percepción individual e interacción con el espacio que a los parámetros económicos y científicos prefijados. Es interesante notar cómo las obras de algunos escritores románticos como Goethe, Sterne, Byron, Lamartine, o Hugo, se nutren del

expedición liderada en 1735 por el francés Maupertuis, que tenía como propósito determinar finalmente la forma exacta de la Tierra (38). Antonio de Ulloa y Jorge Juan, por ejemplo, escriben la *Relación histórica del viaje a la América meridional*, texto que contribuye a determinar la forma esférica de la tierra.

motivo del viaje también para cuestionar algunos de los valores occidentales en medio del proceso de definición de las naciones europeas. Como ejemplo más concreto de la operatividad del motivo del viaje en la literatura romántica, un texto como las *Cartas marruecas* (1793) de José Cadalso nos muestra que la reproducción del modo de observación del viajero como sujeto extraño o ajeno al espacio que visita—ese otro que llega a comprender el país ajeno que evalúa y compara con su “archivo previo” los principales hechos históricos españoles—resulta efectivo para la exposición de las fallas y carencias de una nación, la ibérica en este caso.¹¹

Para mediados de siglo XIX, la literatura de viajes se encuentra en su máximo auge y es el momento en que surge la figura del *flâneur*, un tipo de viajero aristocrático que se enuncia en contra de la democratización del viaje (que da paso al inicio del turismo), producto de un paulatino ingreso de Europa a la modernidad (Hulme y Youngs 7). La emergencia del “turista” como “nueva figura en el espectro sociológico de los viajeros” (Pineda Franco y Brauchli 13), a la cual el *flâneur* busca oponérsele, se ajusta a la celeridad de los viajes, al disfrute del ocio, la intervención de la tecnología en la experiencia individual y el cosmopolitismo. Haciéndose eco de los cambios culturales y epistemológicos que se concretan en el siglo XIX y a comienzos del XX, los relatos y autoras que analizo en adelante, irán profundizando aspectos y características de los viajes y relatos aquí esbozados. Las cuatro viajeras en las que me centro en los próximos capítulos, cada una a su modo, se pondrá en diálogo con esta tradición y variaciones del

¹¹ Las *Cartas marruecas* sirven, por ejemplo, de excusa literaria para hacer una crítica feroz a los países ilustrados europeos que se habían declarado en contra de la labor conquistadora, colonizadora, evangelizadora y civilizatoria de España en América (la denominada “Leyenda Negra”). En numerosos relatos costumbristas posteriores, Larra, quien claramente fue influenciado por su predecesor, propone viajes al interior de España, develando la actitud antes mencionada hacia su país. Estos relatos sientan precedente de las “tradiciones” en Latinoamérica, relatos del tipo costumbrista, de los que Ricardo Palma es su mayor exponente con sus *Tradiciones peruanas* (1872-1910).

motivo y formas de escritura del viaje, sobre todo en relación con el impacto que estos han tenido en la configuración americana de un corpus simbólico continental (y patriótico de cada nación) y el carácter eminentemente masculino del yo narrador en estos relatos.

Contexto latinoamericano: de objeto del viaje a sujeto en tránsito

¿Qué sucede en este marco de producción literaria y cultural con los textos dentro del continente americano? Es decir, ¿cómo se integran los autores criollos a esta serie de *continuidad y variación* de los relatos de viaje que parecía solo concebir a América como *objeto* de sus narraciones? Como se pudo apreciar anteriormente, a partir del período de conquista y colonización europeas de finales del siglo XV comienza una línea histórico-cultural que, en un flujo constante de migraciones *hacia y desde* Latinoamérica, definirá al continente a través de negociaciones entre la identidad y la alteridad, polos que se redefinen con la aparición de nuevos actores sociales partícipes de este flujo de desplazamientos (Altuna 11). Las crónicas de viaje y cartas de relación europeas que dan cuenta del comienzo de estas negociaciones con el paso del tiempo comparten su relevancia con un discurso *proto-americano* en relatos como los del Inca Garcilaso de la Vega o Guamán Poma de Ayala en el siglo XVII. Estos textos comenzaron a ser leídos, por la tradición literaria que les siguió, como antecedentes válidos de una “mirada viajera” que con ojos americanos, ofrecen una percepción propia sobre el continente.

Sin embargo, no es sino hasta finales del siglo XVIII y específicamente durante el siglo XIX, cuando el relato de viajes se consolida como práctica entre los primeros letrados criollos. Este sector de las incipientes naciones encuentra en el acto de viajar y

escribir, una forma de conocimiento y exploración de las características locales que aún le resultan extrañas. El viaje otorga al latinoamericano la posibilidad de evaluar y medir las aptitudes de distintas regiones (conveniencia geográfica, riquezas económicas, desarrollo cultural) para su incorporación a la nación. En este proceso, el viajero local se nutre de los textos de viajes europeos como su principal influencia. Tal como lo analizan Pratt y González Echevarría, el sector letrado criollo necesita “autoformarse” como ciudadano de una posible nación a partir de los parámetros europeos con los que ha tenido contacto a lo largo de su educación (Pratt 306-07; González Echevarría 151). Es en primer lugar la lectura de los viajeros europeos, parte fundamental de su formación, lo que sienta las bases de las imágenes, procedimientos y modos de mirar con que se analizará al territorio en obras como las de Alberdi, Echeverría, Mármol y Sarmiento en Argentina, o en las de Hildebrando Fuentes, Pedro Paz Soldán y Unanue o Ricardo Palma en el Perú. De esta manera, América comienza a ser pensada por las primeras generaciones criollas bajo la “sombra tutelar” de la racionalidad europea: modelos de pensamiento político, económico, constituciones y, entre estos también, los relatos de viajes (Prieto 165).

Dentro del discurso letrado criollo se genera así la reproducción de tropos de viajeros europeos de los que Pratt menciona algunos ejemplos representativos: la distribución triádica floresta/llano/monte de Humboldt en los *Cuadros de la naturaleza* (1808), retomada por Andrés Bello en “Agricultura en la zona tórrida” (1826) y en “Alocución a la poesía” (1823), o la descripción de la Pirámide de Cholula en México que el mismo Humboldt hace en *Vistas de la cordillera* (1814) y que José María Heredia reproduce en otro poema fundacional de la literatura decimonónica como “En el teocalli

de Cholula” (1820) (305-18). Otros casos importantes en los que se produce esta reapropiación de tropos son los textos de los argentinos Sarmiento y Echeverría, por citar los ejemplos más destacados dentro de una amplia serie. Un texto como *Facundo* (1845) revela (implícita y explícitamente en la enumeración, cita y tergiversación de fuentes) la adopción de perspectivas y códigos culturales presentes no sólo en Humboldt sino también en los viajeros ingleses que visitaron Sudamérica, lectores a su vez de su precursor alemán (Prieto 37, 165). Los ingleses habían combinado el discurso racionalista con el romántico en un período en donde ambos ya habían sido ensayados dentro de la literatura de viajes, y así ofrecieron miradas sobre la llanura pampeana, estepas o desiertos en las que se fusiona la descripción detallada de carácter científico con la emergencia de reflexiones de tipo personal sobre un paisaje que por su vastedad expresa por momentos el horror al vacío y, en otras ocasiones, la posibilidad de ejercer una libertad sin límites (Franco 129-42).

Sarmiento, por ejemplo, ofrecerá notas sobre el paisaje nacional basadas en esos tropos y estrategias retóricas, partiendo de sus lecturas de Francis Bond Head, Joseph Andrews o Edmond Temple, para dar el estatuto de teoría a sus descripciones y valoraciones de espacios como la pampa o el desierto, antes no codificados como referentes del territorio nacional (Torre 518). Del mismo modo, se encuentran huellas de la mirada de estos viajeros en los paisajes y personajes nativos representados en los textos románticos de Echeverría, como “el desierto inconmensurable,” bello y horroroso a la vez, de *La cautiva* (1837). Trabajos más recientes como los de Batticuore y El Jaber, Andermann o Livon-Grosman, han continuado el análisis e identificación de los tropos que han servido a lo largo de la historia literaria, sobre todo el del desierto (para referirse

a la inhabitada pampa argentina) que retomaré en el tercer capítulo, para la configuración de un espacio nacional, cuyo origen se encuentra directamente relacionado con las observaciones de viajes de europeos y criollos.

En suma, la influencia de la literatura de viajes europea es reconocible en una primera etapa de la literatura decimonónica latinoamericana, en relatos que retoman los recorridos geográficos anteriores o que reproducen la mirada del viajero del Viejo Continente, aunque en términos más complejos, porque en él coexisten el sueño civilizatorio de extracción europea y la experiencia de la periferia propia de la cultura a la que pertenece (Torre 519). No obstante, los discursos hegemónicos latinoamericanos no sólo adoptan la mirada europea para el análisis de su situación local, sino que también encuentran en el viaje hacia Europa una vía de inscripción del pensamiento propio en términos socioculturales que lo distanciaran del carácter americano concebido en términos de barbarie (Fombona 58).

El viajero latinoamericano decimonónico se desenvuelve en espacios ajenos multifacéticamente, generalmente en su rol de intelectual o funcionario de la nación, ya que los viajes representaban un privilegio de una elite reducida. El viaje a Europa, que luego se alterna con las visitas a los Estados Unidos, forja imágenes y reproduce gestos de los viajeros latinoamericanos que se van modificando de acuerdo a su relación con el Viejo Continente y la nueva potencia americana. Ya Julio Ramos analizaba el relato del viaje a Europa como un tipo de discurso y práctica social que, a pesar de haber resultado invisible por su carácter heterogéneo para las esferas institucionales de la literatura, había conformado “uno de los modelos retóricos y narrativos fundamentales de las proliferantes reflexiones sobre las nuevas naciones” (145).

De este modo, David Viñas encuentra en los viajes del período prerromántico argentino—ejemplificados en la figura de Belgrano—a un viajero “colonial” que se interna en Europa con un sentido utilitario, que en este caso se traduce en poder absorber todo tipo de influencia que le permita importar ideas liberales hacia su patria, motivo por el cual mostrará cierto agradecimiento y deuda con el Viejo Continente. Sin embargo esta relación, a medida en que Latinoamérica se dirige hacia su independencia, irá relativizando la imagen de Europa como fuente de todas las ideas para luego llegar a criticar y rechazar el carácter dominante que ésta, principalmente bajo la figura de España, ocupaba en el imaginario del sector criollo latinoamericano (Viñas 17-19). Esta variación en la mirada de los viajeros locales también sentará diferentes características para los relatos: Alberdi o Manuel Lorenzo de Vidaurre narran su viaje a España de acuerdo a la capacidad que esta experiencia le proporciona para planificar el futuro de su nación en términos de administración; Mármol narra desde el exilio y sus textos se impregnan de un yo romántico que asume la condición de exiliado como destino en incremento de los beneficios para generaciones futuras; y hacia finales del siglo XIX es posible hallar a un viajero *gentleman* que privilegia su percepción del “espectáculo europeo,” que le ofrece entretenimiento y oportunidades de consumo (Viñas 31).¹² Por otro lado, el final de siglo, período al que me dedicaré más específicamente en el último capítulo, se vuelve prolífico en viajes, motivos y tipos de viajero que, atravesados por sociedades en cambio constante, buscan elaborar respuestas a esas transiciones que en ocasiones provocan ansiedad o desencanto.

¹² Me refiero a un consumismo de carácter material y estético-literario, como en el caso de Mansilla, Sarmiento en ciertos aspectos de sus *Viajes*, o de Ricardo Palma en la escritura sobre su experiencia como viajeros en la Europa finisecular.

Con lo expuesto hasta aquí, es posible concluir que a lo largo de toda la historia literaria latinoamericana—a partir de las analizadas figuraciones que el viaje y su escritura han tenido dentro de la “ciudad letrada”—, los relatos de viaje (como creación propia y como modelo de lecto-escritura) han funcionado como materia escrituraria fundamental en el proceso de “autofiguración del sujeto” y en la creación de los tropos y metáforas para pensar al continente. El viajero, esencialmente “viajero intelectual” en el contexto de Latinoamérica, desempeña funciones diversas en la historia literaria y cultural de sus naciones. Tal como lo reúne Beatriz Colombi en su estudio sobre el tema, el viajero latinoamericano es según Mary Louise Pratt el *mediador cultural* de una escena mundial cambiante, mientras que para Abril Trigo es un *agente modernizador* de un territorio en vías de independización e ingreso a la modernidad y para Julio Ramos se convierte en un *importador de modelos*, cívicos, culturales, y económicos, en sus viajes a Europa y Estados Unidos (*Viaje intelectual* 16). Estos diferentes tratamientos y conclusiones en torno a la figura del viajero latinoamericano ponen de manifiesto que a través de la historia cultural del continente, podemos percibir que el tópico del viaje, se constituye para el sector letrado en un modo de conocimiento que lo conduce al ensayo de diversas formas de enunciación de la subjetividad latinoamericana. Sobre este contexto entonces, se desarrollará la intervención escrituraria de las mujeres en su recuento de experiencias como viajeras, que indefectiblemente, las colocará en una relación compleja con estos modelos.

Voces y escritura femeninas en el relato de viajes. Las viajeras en Latinoamérica

Al reparar algunas de las características de las tipologías tradicionales como las que se mencionaron, es posible determinar que tanto en sus categorizaciones como en sus convenciones discursivas, el relato de viajes ha privilegiado a un sujeto de la narración y a una perspectiva masculina. Por un lado, las crónicas y relaciones coloniales delineaban a un sujeto heroico masculino que sostenía una trama de aventuras en la que la mujer no cobraba protagonismo sino como objeto “sexual/sensual de lo exótico” (Spicer-Escalante x), y en la que todo acto tenía lugar en espacios alejados de la esfera doméstica que representaban un desafío para el sujeto protagonista, del que se exaltaban sus virtudes y heroicidad, constriñendo la agencia del sujeto femenino en el relato (Mills 77; Stott 70).

Por otro lado, en estos textos ya se divisaba también una voz narrativa que se enunciaba como autoridad por el simple hecho de haber observado y experimentado las situaciones narradas; una primera persona que no dudaba de su poder para organizar y seleccionar lo que consideraba pertinente de su experiencia (Pineda Franco y Brauchli 13). Es de la mano de este yo omnisciente como se consolidan más tarde otras perspectivas masculinas que serán reproducidas por la crítica como la norma del género: el viajero científico se autoriza en sus conocimientos previos, observando y evaluando el paisaje de acuerdo a parámetros occidentales y verdades científicas que ha adquirido a través de una educación formal a la que sólo el hombre puede acceder;¹³ mientras que el

¹³ Existen, no obstante, casos aislados de mujeres científicas que escriben relatos de viajes, como lo demuestra, por ejemplo, el estudio de Lila Marz Harper *Solitary Travelers*. Allí la autora analiza textos producidos durante el siglo XIX en el contexto inglés post-victoriano como los de Mary Wollstonecraft, Isabella Bird Bishop y Mary Kingsley.

viajero de fin de siglo XIX se enuncia como “mediador cultural,” que viaja en el proceso de una “educación sentimental” romántica. Este último tipo de viaje, también implantado en el sector oligarca latinoamericano como vehículo didáctico, es exclusivo de una clase—los letrados—y de un género—los hombres—posición desde la cual éstos emiten juicios de valor autorizados (Ramos 73).

Es un hecho también que, aun cuando la escritura femenina ha sido partícipe del corpus textual dentro del relato de viajes, ésta no ha conformado a lo largo de la historia una tradición y una serie continua como la que se pudo divisar entre los hombres en los diferentes períodos de exploraciones. Escribir o ser lectoras del género no significa de ningún modo que éstas eran prácticas completamente aceptables para una mujer, lo cual reduce el número y la frecuencia de las viajeras. Ni mucho menos que su escritura tenía una circulación y publicación a la par de los textos de viajeros que se editaban y consumían en Europa y del mismo modo llegaban a Latinoamérica. En consecuencia, la tradición literaria ha establecido a esta perspectiva masculina como la norma absoluta del género, lo cual deja un espacio complejo de acción para aquellas mujeres que no obstante, emprendieron viajes y escribieron sobre ellos. Éstas, de forma limitada y marginal, se han reapropiado de las convenciones retóricas establecidas para la literatura de viajes de maneras diversas a lo largo de la historia, de acuerdo a factores determinantes tales como el motivo del viaje, la formación intelectual de cada una de ellas, el contexto personal y socio-histórico en el que escriben, entre otros aspectos que se considerarán en este trabajo para el análisis del vínculo entre la escritura de las viajeras, el relato de viajes y el contexto latinoamericano decimonónico.

En cada período éstas “negocian” con las convenciones impuestas por la tradición literaria y cultural de su tiempo, a veces desde el conocimiento como lectoras, otra desde el limitado acceso a esa literatura y bienes culturales. El aspecto más importante que deben redefinir en su escritura—y de allí el interés por abordar esto en mi trabajo—es el de la posición de autoridad en el texto, postura que la mujer no puede asumir tan fácilmente debido al espacio marginal que ocupaba en la sociedad. Las mujeres tendrán entonces que lidiar con una estructura discursiva y un sistema de representación de los cuales fueron objetos antes que sujetos, pero que desde el siglo XIX se convirtió en una de las vías por las cuales pudieron configurar una subjetividad en sus propios textos, junto con la autobiografía u otras formas privadas de ejercicio de la escritura, que con el tiempo le fueron abriendo paso a un ejercicio de carácter público a través del periodismo o la escritura de novelas.¹⁴

Existen viajeras como la monja Egeria (señalada por la crítica como la primera viajera, en el siglo IV) o Catalina de Erauso (1592?-1650), cuyas experiencias señalan que tanto el viajar como el relato femenino de viajes ha existido durante siglos.¹⁵ Sin embargo, no se puede negar que es a partir del siglo XIX cuando la práctica de la escritura de viajes se hace más común entre las mujeres. Especulando sobre las razones por las cuales puede haberse producido este fenómeno de “boom” de la literatura de viajes escrita por mujeres, Pérez-Mejía realiza el siguiente recuento:

¹⁴ Otra tendencia de la crítica feminista reciente es señalar que esta separación entre escritura pública y privada dentro del género femenino, no existe como tal en tanto cada ejercicio de la escritura por parte de la mujer contiene en sí un acto político, de resistencia a la perspectiva masculina proyectada sobre patrones de comportamiento y escritura dentro del campo literario (Schlau xx).

¹⁵ El libro de la periodista española Cristina Morató, pese a su carencia de análisis crítico, resulta interesante como recuento de casos de mujeres viajeras a lo largo de la historia y bajo diferentes motivos: religiosas, piratas, conquistadoras, aristócratas, reales, entre otros curiosos perfiles que adoptan las mujeres.

Para 1889 las mujeres viajeras estaban tan establecidas que aparece en Londres una guía para viajeras: *Hints to Lady Travellers at Home and Abroad* (Davidson, 1889), lo que sugiere al menos una demanda. Las razones para este apogeo son numerosas y un poco difíciles de probar. Para algunos, las mujeres del XIX viajaron para escapar de las restricciones de la sociedad [mencionando la antología de Jane Robinson *Unsuitable for Ladies* (1994)]; para otros, fue un cambio en el patrón de conducta (Hamalian, 1981). (99)

Otros aspectos a sumar a estas posibles razones son, por un lado, la consideración de la mujer como partícipe y beneficiaria del aumento de los medios de transporte (apertura de líneas marítimas) que tuvieron lugar a partir del expansionismo capitalista. Esta apertura permitió no sólo los viajes en términos comerciales, sino desplazamientos por motivos diversos, que incluyeron a las mujeres entre sus protagonistas (Pérez-Mejía 99). Y por otro lado, el hecho de que hacia finales de siglo XIX el ejercicio del turismo se hizo más común entre hombres y mujeres. Ser turista, sin proporcionar una liberación total del ámbito privado, le permitió a la mujer la adquisición de nuevos conocimientos sobre el mundo y, por ende, el deseo de seguir explorándolo con los medios a su alcance (Anderson 15).

En relación con los nuevos conocimientos adquiridos, es preciso mencionar que el aspecto educativo es determinante no sólo del incremento de un tipo de viajeras en el siglo XIX (las aristócratas que viajan como beneficio de su clase y parte de su educación), sino también de las características de cada texto que éstas producen. En este período la educación formal alcanza de manera desigual a las mujeres, y de acuerdo a esto, se verán más o menos familiarizadas con las formas y estilos de la escritura, a partir

de la cual comienzan a construir su propia historia, con nuevas inquietudes que en ocasiones desafían la concepción patriarcal sobre el lugar de la mujer (Perrot 11). Sin embargo, el paso de la mujer lectora (en el proceso de educación personal) a la mujer escritora no se produjo sin tensiones. La tradición europea que permitía cierta formación de las mujeres entendía a la lectura no como modo de acceso al conocimiento sino como modo de educar moralmente a la mujer, por lo tanto sus lecturas estaban también restringidas, y mucho más su uso de la palabra como forma pública de expresión. Como he expuesto en la presentación de esta tesis, escribir y viajar entonces representan una combinación contrapuesta a lo que tradicionalmente se ha definido como lo más esencial del sexo femenino. Se le animaba a la mujer, por el contrario, a que ocupara su ocio en actividades privadas como las labores domésticas, la música, o la pintura.

Adentrándonos en el contexto latinoamericano, la escritura femenina, responde a un marco similar al europeo en sus inicios y procesos de consolidación. Es decir, se identifica como un desarrollo que desde ámbitos privados, personales y más relacionados al ámbito de la oralidad (salones, tertulias, etc.), lentamente y con obstáculos provenientes de los preconceptos sociales de su entorno, se va desplazando hacia una escritura que tiene como destino la publicación, y en algunos casos, representa para la mujer un modo de ganarse la vida independientemente, como lo es en el caso de Gorriti, como se verá en el tercer capítulo. La recepción de esta escritura de carácter público genera hostilidad y resistencia por parte de la sociedad latinoamericana, aunque en ocasiones haya despertado, paralelamente, el surgimiento de adeptos, lectores y reconocimientos por parte de intelectuales como Sarmiento y Ricardo Palma al referirse a

algunas escritoras contemporáneas.¹⁶ Sin embargo, y por regla general, la literatura escrita por mujeres se veía limitada, incluso hasta en nuestro tiempo, por “el establecimiento de un consenso crítico masculino” (Guiñazú-Martin 9) a partir del cual se marginaba la actividad literaria de la mujer por sus limitaciones en el manejo de la lengua y los referentes clásicos de la literatura. Se debe a esta misma medición del valor literario en términos masculinos el hecho de que los textos de viajeras como los que presentaré no hayan sido mayormente incorporados al corpus de los textos de viaje latinoamericanos.

Resulta también importante considerar, que en el conjunto textual hegemónico, la mujer generalmente aparece como una figura más idealizada que real dentro de la nación proyectada en los textos fundacionales del siglo XIX. Sin embargo, no se generó una definición del género en términos monolíticos, sino que la idea de lo que debía ser una mujer se fue ajustando a los cambios políticos y sociales que se producían en el entorno. De esta manera, por ejemplo, durante los procesos de independencia se pensaba que la mujer no sólo podía sino que debía estar a la par del hombre en los enfrentamientos civiles y militares. Este es el caso de Francisca Gamarra alias “La Mariscal” en el Perú, cuya historia personal es motivo de un largo episodio en *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán. Y es el caso también de Juana Azurduy, cuyo activismo político y militar será de admiración de Juana Manuela Gorriti. Concluido este período, la imagen de la mujer se comienza a asociar al rol de guardiana del hogar, modelo de ciudadanía y objeto erótico masculino (Hanway 12), la cual debía ser educada no como parte de su formación

¹⁶ Los trabajos de Francine Masiello y Elizabeth Garrels destacan la relación de Sarmiento con mujeres intelectuales de su tiempo como Juana Manso, a quien el escritor supo expresar públicamente respeto y admiración por su trabajo. En el caso de Palma, basta repasar su participación en las veladas literarias organizadas por las escritoras de su tiempo o sus contribuciones a los periódicos para mujeres o dirigidos por ellas, como fue el caso de *El Perú Ilustrado*, dirigido por Clorinda Matto de Turner desde 1889 hasta 1891. A pesar de que ninguno de los dos autores abogaron, claro está, por la emancipación completa de la mujer, fueron grandes promotores de la actividad intelectual de la mujer.

personal, sino para que ésta pudiera desempeñar correctamente su papel de educadora de los futuros hombres de la nación (Batticuore 280-81).

Esta idea de mujer sumisa y doméstica, imaginada desde una perspectiva religioso-patriarcal para las pertenecientes a la alta burguesía, ha sido estudiada por Francine Masiello como la imagen representativa de la civilización dentro de la dicotomía civilización-barbarie, instaurada desde la escritura del *Facundo* como la explicación de la vida política y cultural latinoamericana (Szurmuk 3). Por este motivo, la imagen de la mujer viajera que se escapa del espacio privado en busca de experiencias personales diversas, resulta de gran interés analítico en su contraste con este imaginario construido sobre el cuerpo femenino y su lugar en el contexto nacional. Al mismo tiempo, el análisis de textos narrados desde esta perspectiva representa un aporte importante al estudio no sólo del desarrollo heterogéneo y complejo del relato de viajes en Latinoamérica sino también del vínculo entre la escritura femenina y su contexto ideológico de producción.

Es así como la actividad de las viajeras que escriben se ubica en el intersticio de la posibilidad y la restricción: la posibilidad de viajar, el aumento de vías educativas, de lecturas publicadas, del surgimiento de un perfil de mujer escritora, pero al mismo tiempo en medio de restricciones sociales que operaban sobre el uso de estos recursos por parte de la mujer. Esta concepción social divisoria de los géneros, sin duda ha generado particularidades en el modo en que cada mujer se ha acercado a la escritura. No obstante, es preciso distanciarse de una visión esencialista que asuma diferencias “naturales” distintivas de la escritura femenina y la masculina o que considere los textos de mujeres indefectiblemente como respuestas o subversiones de los parámetros patriarcales. Resulta

más adecuado considerar que, si existen diferencias entre los géneros, éstas son respuestas discursivas a aquellos parámetros que históricamente han dividido comportamientos y hábitos de hombres y mujeres (Foster y Mills 5; Schlau xiv).

Por eso, se hará visible el hecho de que las viajeras, lejos de presentar su texto como una vía de escape o liberación de sus más íntimas expresiones, narran su experiencia mediatizadas por discursos ideológicos y estéticos (imperialistas en muchos casos) que determinan el objeto a observar, lo que se considera paisaje y lo que no, o las emociones que un espacio les debe despertar, entre otros aspectos condicionantes de su escritura (Foster y Mills 5). Y, lo que es más importante aún, no todas las mujeres responderán del mismo modo frente a estos aspectos mediatizadores: habrá quienes intenten evadir, criticar o denunciarlos y habrá otras para quienes estos preconceptos funcionarán como su propia “zona de comfort,” la viva expresión de sus propios juicios personales.

Pese a esto, resulta claro que así como entre los hombres existen preocupaciones compartidas en la escritura, también éstas son posibles de hallar entre las mujeres. Una característica recurrente y determinante entre la escritura de las viajeras es la reflexión sobre su propia subjetividad, principalmente la localización del yo frente al acto de viajar y de escribir. El tratar de incorporarse a una discursividad y práctica masculina (en su uso del relato de viajes como género), conduce a la mujer indefectiblemente a la búsqueda de la definición de sí misma dentro de ese nuevo (y transgresor) espacio que ocupa. Por esta razón el relato de viajes que debiera narrar sobre espacios y sujetos otros, se convierte entre las mujeres (y ciertamente de forma más asidua de lo que podremos encontrar entre

viajeros) en una profunda reflexión sobre sí mismas en medio de esas circunstancias y en relación con su propia sociedad.

Pratt percibe este aspecto en su análisis de los relatos de Tristán y de la viajera inglesa Mary Graham de una manera de la cual quisiera distanciarme, o al menos complejizar.¹⁷ La crítica afirma que estas mujeres elaboran sus propios modos de conocimiento y subjetividad a partir espacios diferentes a los del hombre (como el ambiente doméstico) y que, por lo tanto, mientras los hombres realizan su viaje para “recoger y poseer,” las mujeres lo hacen para “poseer y recogerse a ellas mismas” (180). Sin embargo, Pratt no menciona que esta diferenciación, lejos de ser ontológica, es cultural, es decir, el resultado de la posición marginal de ambas mujeres respecto de la tradición, los modelos literarios, y los espacios—concretos y simbólicos—desde los cuales ejercen la escritura, algo que me interesa particularmente desarrollar en este estudio. Por esta razón es que surge la mencionada recurrencia a nombrarse a sí mismas, a reflexionar, e inclusive a desarrollar toda una retórica en torno a su propia figura como protagonistas en esa escritura del viaje. Y cuando hablan de los espacios privados, de los centros urbanos y desarrollan un “interés etnográfico,” no es simplemente porque se trate de un contradiscurso que se proponga como programa revelar la “otra cara” de la “vanguardia capitalista,” sino porque a partir de estas esferas es como ellas se pueden hacer partícipes activas de su tiempo.¹⁸

¹⁷ Mary Graham (1745-1842) fue una viajera y escritora inglesa quien en 1822, tras contraer matrimonio con el capitán de la marina real británica Thomas Graham, viaja junto a él hacia América del Sur. Durante el viaje, a la altura del Cabo de Hornos, el capitán Graham fallece y desde entonces la mujer inglesa decide radicarse en Valparaíso. Sus relatos de viaje se basan en esta estadía en Chile y su posterior viaje al Brasil.

¹⁸ Contrariamente, Pratt percibe ocasiones en las que “en igual medida que los hombres, estas viajeras viven en un mundo de sirvientes y servidumbre donde sus privilegios de clase y raza se dan por sentados y donde las comidas, los baños, las mantas y las lámparas surgen de la nada” (278). Esto revela que allí donde Pratt percibe una posición de igualdad respecto de los hombres, las mujeres parecen alejarse de esa primera visiones diferenciadoras. Cabe entonces problematizar los múltiples aspectos constitutivos de un

Lo que entonces resulta de interés en textos como los de Tristán o Graham es, por un lado, la perspectiva dislocada que se ofrece sobre el contexto decimonónico, que se halla menos condicionada por los modelos e ideas del sector hegemónico, lo que no significa que no se construyan o dependan de ellas. Y por otro lado, es interesante pensar en cómo la “reinención del yo” en la escritura del viaje no puede darse sino en un terreno ambiguo (enunciarse como la autoridad de su texto, pero al mismo tiempo, acomodarse a las figuras autoriales de su tiempo—familia, instituciones, el lenguaje mismo) y lejos de esa clara omnisciencia masculina que se identificaba en la tradición del género de relatos de viaje. En conclusión, y como mencionaba en un principio, es importante distanciarse de la tentación de considerar a los textos de viajeras como discursos contrahegemónicos, ya que éste es un gesto que tiende a aislarlos o a simplificar su relación frente a aquello a lo que se concibe como hegemónico. Además, muchas viajeras de hecho comparten y defienden algunas de las ideas hegemónicas de su tiempo, por tanto, es preciso reconocer y tener presente que se trata de mujeres que pertenecen a un contexto real con sus prejuicios e ideas preestablecidas. Flora Tristán, por ejemplo, juzga al Perú con sus prejuicios de mujer europea, de los cuales ella misma es víctima; Gorriti proviene de una familia unitaria, terrateniente y políticamente influyente del norte argentino y rechaza fuertemente toda la época e ideales del gobierno federal de Rosas. Por otro lado, Eduarda Mansilla pertenece a una familia aristocrática, se ha educado en Europa y frecuentemente menosprecia todo lo que no provenga de la “alta cultura,” mientras que Clorinda Matto ha ganado un lugar privilegiado en la “ciudad

sujeto y el carácter de adaptación y movilidad que los mismos permiten: la diferencia de género puede transformarse, de acuerdo a la conveniencia del individuo, en complicidad de clase.

letrada” porteña que la alejan en muchos aspectos de los “pueblos chicos” que le interesaron en un comienzo en sus novelas.

Partiendo de estas apreciaciones, el siguiente capítulo se concentrará en *Peregrinaciones de una paria* (1838) de Flora Tristán, la narración de una experiencia de viajera por las principales ciudades del convulsionado Perú decimonónico. Nacida en Francia, hija de un militar peruano y una francesa, Flora Tristán ofrece un interesante precedente de los textos de viaje posteriormente emprendidos por las primeras generaciones de mujeres ilustradas en Latinoamérica. En mi análisis sobre *Peregrinaciones*, me propongo demostrar que el interés de Tristán por describir y explicar el comportamiento de algunas mujeres en su texto (las *rabonas*, la esposa de un ex presidente y las *tapadas*), más que exponer una visión alternativa a la de los hombres, funciona como una vía a través de la cual inmiscuirse en cuestiones políticas y sociales, tales como el estado de la nación peruana y sus instituciones luego de la independencia. Me referiré así a la lectura que Tristán ofrece de esa sociedad en la que percibe la influencia colonial en los comportamientos sociales y estructuras políticas del Perú y, al mismo tiempo, señala cómo las mujeres locales están resignificando ciertos construcciones culturales (la moda, el matrimonio, la funciones hogareñas) para expresar ciertos momentos de libertad de estas ataduras patriarcales. Estas minuciosas descripciones, no sólo aportan como ejemplaridad de la incipiente inclusión de las mujeres en la arena político-ideológica de la nación, sino también como precedente de las concepciones que más tarde, las viajeras latinoamericanas desarrollarán sobre sus propias sociedades y las que observan en sus visitas, desde la mirada dislocada que provoca el viaje.

Como primer exponente de una figura de “viajera local,” en el tercer capítulo abordo la producción literaria de Juana Manuela Gorriti, una de las figuras más representativas de la escritura femenina del siglo XIX en Sudamérica. Dentro de su producción, el viaje se presenta como uno de los tópicos más efectivos de la narración, enunciado generalmente como vuelta al hogar (*homecoming*), exilio, o fuga. En este capítulo abarcaré el corpus que, desde mi punto de vista, mejor representa la predilección narrativa de Gorriti: su discurso en el *Club Literario de Lima* (1875), la novela corta *Peregrinaciones de una alma triste* (1876) y el relato de su viaje de vuelta a su ciudad de origen, Salta, *La tierra natal* (1889).

En cada caso, demuestro que Gorriti desarrolla una idea de viaje que se distancia de algunas de las ideas generalizadas de su período, cuando los viajeros latinoamericanos ya se han lanzado al conocimiento tanto del mundo europeo como norteamericano y recorren sus propias naciones con una mirada que reproduce la razón positivista. Para ellos, mayoritariamente, el viaje representa un desplazamiento hacia el progreso y en una cronología rectilínea. Contraria a esta tendencia, considero que la escritora salteña propone un desplazamiento que desestabiliza este imaginario dominante sobre el viaje, la nación y la imponencia de espacios como el europeo en representación de esa razón positivista. Por ejemplo, tanto en el análisis de la novela *Peregrinaciones de una alma triste* como en *La tierra natal*, consideraré cómo el lugar transitorio, periférico de la mujer que viaja provoca al mismo tiempo un borramiento o relatividad de categorías como civilización y barbarie, la idea de nacionalidad, o el lugar preconcebido de la mujer en la sociedad y en su vínculo con la escritura.

Por otro lado, tanto en la fuga del hogar que se plantea en *Peregrinaciones*, como en la vuelta tras el exilio forzado de *La tierra natal*, pretendo comprobar que la mujer no sólo repite el trayecto de los “padres de la patria” sino que comienza a desarrollar, en su escritura como viajera, una práctica que la confirma en este nuevo espacio no doméstico. En otras palabras, la mujer afianza sus principios patrios y su relación con los modelos discursivos fundacionales al mismo tiempo que los reacomoda para desarrollar sobre la base de esos principios, su identidad como narradora, protagonista y autora de un texto. Los textos de viaje de Gorriti podrán interpretarse así más que como un simple tópico romántico (como ha sido leído en general), como un gesto de apertura al surgimiento y consolidación de la figura de la mujer escritora y su activa intervención en la construcción del cuerpo letrado de la patria.

El último capítulo repara en los cambios que se van produciendo en el contexto ideológico y cultural del siglo XIX y comienzos del XX con el análisis de *Recuerdos de viaje* (1882) de Eduarda Mansilla y *Viaje de Recreo* (1909) de Clorinda Matto de Turner. Con diferentes argumentos y en relación con diversos territorios también, señalo que ambas escritoras viajeras coinciden en sugerir la superioridad espiritual de Sudamérica en contraposición con la cultura norteamericana (en el caso de Mansilla) y la modernidad europea (en el caso de Matto).

Contrariamente al caso de Gorriti—viajera “obligada” por el exilio o la necesidad de fuga del espacio doméstico—, Mansilla, por ejemplo, se presenta en sus *Recuerdos* como una viajera experta, que maneja los códigos del viajero de la época. En su texto, ésta dialoga constantemente con el imaginario dominante que la generación del ‘80 había desarrollado sobre Europa y sobre los Estados Unidos. Mansilla visita los Estados Unidos

como esposa de un diplomático argentino y por esta razón tiene contacto con los círculos más altos del gobierno y de la sociedad norteamericanos. La escritora, en cada ámbito, se desenvuelve cómodamente y es evidente su manejo de los códigos y costumbres de la “alta cultura.” Al mismo tiempo, será notoria su predilección por la cultura de Europa, bajo la cual se formó y donde permaneció gran parte de su vida.

Su observación de los Estados Unidos a través de un gusto y una mirada formada en Europa serán analizadas en este capítulo como una muestra de lo que implícitamente Mansilla quiere destacar de la cultura argentina. Es decir, Mansilla dejará claro en su texto que, si bien proviene de un país que no se ha desarrollado como los Estados Unidos, su cultura y valores (estéticos, culturales, sociales) son superiores a los de esta recién devenida potencia anglosajona, en tanto se conservan más apegados al criterio europeo. No obstante, me interesa destacar que la estrategia de Mansilla no se trata de una mera copia o adopción acrítica de los parámetros del Viejo Mundo (principalmente franceses) sino, más bien, de una reelaboración de los mismos desde un nuevo lugar como perteneciente a la nación argentina. En esta diferencia de lugar de enunciación es donde encuentro el aporte de Mansilla al pensamiento finisecular: en su recorrido por los Estados Unidos, como perteneciente a la clase gobernante de la Argentina del '80 y adoptando un criterio de evaluación afrancesado, la escritora logra condensar tres espacios diferentes y elaborar un juicio propio que dice sobre la cultura de la cual proviene (la argentina), la cual por momentos se siente identificada con los Estados Unidos (por tratarse de dos naciones americanas en desarrollo) pero en ocasiones se distingue de este país por sentirse más cercano a la cultura *latina*. Reparar en este aspecto aun no desarrollado dentro de los estudios que se han ocupado de *Recuerdos de viaje*

resulta un vital aporte para pensar a la figura de Mansilla como precedente de los debates finiseculares en torno a la identidad continental, los que distinguirán (e inclusive propondrán como superiores) a las naciones de origen latino de aquellas (como los Estados Unidos) de raíces anglosajonas.

Mi lectura de *Viaje de recreo* de Clorinda Matto, por otro lado, contribuirá a delinear una faceta no abordada hasta el momento por la crítica: su figura como viajera por Europa. Nacida en Cuzco, el centro de la región andina peruana, Matto experimentó una vida alejada de los parámetros culturales de las elites criollas limeñas y, por lo tanto, la crítica se ha ocupado de destacar su profundo interés por la incorporación de ese interior del país—hasta entonces marginados tanto geográficamente como dentro de las ideas del sector letrado— a los proyectos de modernización que se estaban articulando en la escena nacional peruana (Denegri 161). Sin embargo, su pensamiento sufre una importante transición con su exilio en Buenos Aires, cuando comienza a participar activamente en los centros culturales y educativos de la capital argentina. En contacto con los intelectuales de su país anfitrión y de otras naciones latinoamericanas, la autora gana una visión más amplia de su contexto sociopolítico y elabora una visión continental que, como se dijo, repara en los valores espirituales de la región como base del éxito futuro. En 1909, Matto es enviada a Europa con el objetivo de recorrer algunos países y recoger datos para los programas educativos femeninos y es allí, en el relato de ese viaje, donde se pueden apreciar con más fuerza sus ideas acerca de la modernidad y su relación con las naciones americanas.

Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania (1909) corresponde a la última etapa de producción de Clorinda Matto (muere en Buenos Aires

un año después de su viaje). Este recuento del viaje que realiza en parte con objetivo educativo y en otra parte, como lo señala su título, como turista, conduce a Matto a reflexionar sobre la realidad latinoamericana en su contacto con los países europeos, al mismo tiempo que compara sus observaciones con las de otros viajeros criollos de finales de siglo acerca de Europa, principalmente en su discrepancia sobre la imagen de España como encarnación del “atraso” frente a las “luces de la modernidad” europea, representadas por París.

De sus impresiones sobre los países europeos, desplegará asombro en sus visitas “programadas” como visitante extranjera por los “símbolos de cultura y progreso,” pero al mismo tiempo arrojará una mirada crítica sobre ciertos aspectos que en pos de ese progreso, estaban minando las bases de la sociedad, las que para Matto se encuentran en la familia. Por eso, mi capítulo analiza cómo la escritora peruana en su viaje “de recreo,” no obstante señalar un período moderno del sujeto que viaja por placer, revisita el imaginario americano sobre Europa y reelabora así los conceptos de modernidad, civilización / atraso y, principalmente, el lugar de la mujer que en su imagen pública pero por sobre todo en su rol materno, contribuye, según Matto, al establecimiento de una sociedad regulada y sin abusos. Por último, la descripción de esta imagen de la escritora-viajera amplía no sólo las fuentes de análisis de su pensamiento, generalmente centrado en sus novelas y su vínculo con el “indigenismo,” sino también en relación con las ideas circulantes en su contexto sobre el rol del intelectual, el de la mujer y el futuro de las sociedades, al que Matto replantea desde una perspectiva de género bien definida como “mujer ilustrada” de su tiempo.

En conclusión, mi disertación no sólo estudia la existencia de mujeres viajeras en el siglo XIX (y comienzos del XX)—que se lanzaban a la aventura de desafiar sus condicionamientos sociales—sino que muestra que, en los modos en que cada una lo hace, se revela un vínculo diferente de la mujer con el debate de la sociedad decimonónica. A través de un seguimiento cronológico de la emergencia de cada viajera, se percibe además cómo a medida en que el contexto latinoamericano cambia, surge un tipo de mujer que plantea una relación diferente con la escritura y los modos de viajar, es decir, los modos de contacto de la mujer con su sociedad y la de otros: desde la mirada de la viajera problemáticamente “ajena” de Flora Tristán hasta el discurso de la mujer escritora comprometida de Clorinda Matto. Con esto, podemos ver que en una sociedad como la del siglo XIX, que paulatinamente comienza a preocuparse y a teorizar sobre la educación de la mujer y su incidencia en la vida nacional, existen voces femeninas que redefinen activamente en su escritura estas cuestiones, con la perspectiva ampliada del panorama que les posibilita el viaje y la exploración no sólo de otros sino de ellas mismas.

De esta manera, como lo expone el epígrafe de Homi Bhabha, este trabajo no afirma la existencia de una “minoría”—los relatos de mujeres viajeras en el escenario nacional del siglo XIX—a modo de señalar simplemente una “excepción” en la norma—el relato de hombres viajeros y su poder en la formación del imaginario nacional. Este gesto no haría más que reafirmar la norma dominante y, por esta razón, lo que pretendo aquí es más bien señalar que estos discursos “menores,” vistos como “excepcionales,” en realidad son partícipes de esa “narración” o “discurso” que en última instancia es la nación decimonónica tal como la abordamos hoy en día, y que dentro de estos relatos de

viaje es posible rastrear entonces otros sentidos y perspectivas que la construyan como tal. Narrar un viaje, en resumidas cuentas, es narrar un espacio que nos contenga y un resultado de nuestra percepción de lo que somos dentro de él.

CAPÍTULO II

POR UNA VOZ CON ACENTO EXTRANJERO: RELATO DE VIAJE, GÉNERO Y NACIÓN EN *PEREGRINACIONES DE UNA PARIA* DE FLORA TRISTÁN

Peregrinaciones de una paria narra el viaje y la estadía de Flora Tristán (París, 1803- Burdeos, 1844) en Perú entre 1833 y 1834. Publicado por primera vez en Francia en 1837, este relato llama la atención sobre una forma de escritura que revela las posibilidades heterogéneas y versátiles del corpus de relatos de viaje del siglo XIX, ya que su narración combina la estructura de este género con elementos del diario íntimo, el cuadro de costumbre, cierto tono de la novela de aventuras, así como también podemos encontrar allí los orígenes y motivos del panfleto socialista que la misma autora ensayará más tarde (Basadre, Prólogo XVIII).

La obra de Flora Tristán, si bien no puede ser reducida a un simple efecto de los sucesos biográficos, guarda una íntima relación con ciertas circunstancias que resultan determinantes para la escritura de mucho de sus textos. Es este el caso de *Peregrinaciones*, donde el relato de su vida funciona como motivo y justificación del emprendimiento de su viaje. Flora Tristán nació en Vaugirard, cerca de París el 7 de abril de 1803, hija de una mujer francesa, Anne-Pierre Laisnay, y el coronel peruano de la armada española (Perú aun era colonia europea), Mariano Tristán y Moscoso. Tal como lo relata la misma autora, la relación entre Anne-Pierre y Mariano nunca fue oficializada ya que éste último no había pedido la autorización al rey para casarse, como correspondía en el caso de los integrantes del ejército español.

Esta ilegitimidad de su nacimiento trajo como consecuencia que al morir su padre, cuando ella tenía cuatro años, tanto Flora Tristán como su madre quedaran en la completa indigencia. Sólo heredaron del coronel una casa que, con la guerra del estado francés contra España, les fue confiscada, y el monto de su alquiler pasó a formar parte de los pagos a los cofres municipales. En 1820 y en medio de una pobreza absoluta, Tristán se casa a los 17 años con su empleador, el pintor y litógrafo André Chazal. En el transcurso de su matrimonio tuvo tres hijos, de los que sobrevivieron dos, Ernest-Camille y Aline-Marie, futura madre del pintor Paul Gauguin. La pareja se separó en 1825 pero Tristán no pudo obtener el divorcio legal bajo el Código Civil Napoleónico.

Las dificultades personales y legales (ser maltratada por su esposo y no permitírsele, sin embargo, divorciarse de él) le proveerán a Tristán mucho del material que, como se dijo, motivará su escritura y su activismo social por la legalidad del divorcio y los derechos de la mujer, así como también extenderá su preocupación hacia la situación de los obreros. Con la intención de reclamar la herencia paterna de la que nunca gozó y de escapar del asedio de su ex esposo, Flora decide recurrir a su tío don Pío Tristán en Arequipa, para lo cual emprende su viaje al Perú el 7 de abril de 1833.

El primer gesto que recibe de su tío es el rechazo, ya que rigiéndose por la ley vigente en el Perú sobre los hijos naturales, éste le niega cualquier tipo de derecho sobre los bienes de su padre. Más tarde y después de un ir y venir de argumentos que Tristán también registra detalladamente en *Peregrinaciones*, su tío accede a entregarle la quinta parte de lo correspondiente a las propiedades de su padre. Emilia Romero, traductora de *Peregrinaciones*, explica las razones en las que se basaba Pío Tristán para negar esta herencia y argumenta que en Perú regía aun la ley española que a los hijos naturales “no

les concedía derechos sobre los bienes de su padre o madre muertos sino cuando habían sido legalmente reconocidos. Tampoco les concedía ningún derecho sobre los bienes de los ascendientes de su padre o madre” (311, N de la T 48). También Romero registra los esfuerzos posteriores que se hicieron en el país para revertir esta situación que dejaba fuera del amparo legal a muchos sujetos en una sociedad donde los hijos naturales eran un hecho común. Flora Tristán reconoce este lado de la ley y hasta en cierto punto lo acepta pero, al mismo tiempo, estaba convencida de que una excepción era posible alegando el lazo emotivo con su familia peruana. Ante la posibilidad de falsificar algún documento que probara su legitimidad, dice la mujer a su tío: “antes de mi partida he consultado con muchos abogados españoles. Todos me aconsejaron proveerme de semejante título ... He rechazado esos consejos ... porque creí en su afecto y porque sólo de su justicia quería obtener la fortuna que me podía tocar” (312).

Tal como le ocurrió en su intento por divorciarse de su esposo, la mujer se encuentra en esta nueva situación desplazada del plano legal y oficial de la sociedad (peruana y francesa) y debe acudir a estrategias y recursos de otra índole para salvar esa carencia, algo que como se verá, será trasladado a la dinámica discursiva de su texto. Finalmente e indignada por el rechazo de su familia paterna en Arequipa, Tristán se marcha a Lima, la capital peruana, desde donde parte nuevamente hacia Europa el 25 de abril de 1834. Durante su paso por el país andino la viajera lleva un cuaderno de anotaciones, cuyas experiencias registradas darán como resultado posteriormente estas *Peregrinaciones de una paria*.

Su relato del viaje a Perú ha sido analizado como la plataforma que la autora utiliza para la reflexión sobre su situación personal como mujer, atravesada por prejuicios

morales y constricciones legales. También se lo ha leído como incipiente expresión de su preocupación por grupos marginales como las mujeres (en el que obviamente incluye su propia historia), los esclavos, los obreros, y por el Perú como emblema de aquellas nuevas naciones en busca del progreso. Un ejemplo de la inclinación de Tristán hacia estos temas sociales es que, en 1835, apenas regresada a París y antes de escribir *Peregrinaciones*, la autora publica un escrito al que tituló *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères (Necesidad de dar una buena acogida a las mujeres extranjeras)*, en el cual se da cuenta, a modo de denuncia, de los inconvenientes que resultan cuando una mujer, sola, se decide a emprender un viaje a un país extranjero.¹⁹ Un año después de su aparición en París, en 1838, se publica *Peregrinaciones de una paria* en Perú. Muchos críticos e historiadores han aseverado que, por la indignación que le causa la descripción allí hecha de su círculo social y familiar, su tío don Pío Tristán le niega el dinero de una pensión que había aceptado enviarle, al tiempo que los ejemplares de la edición son quemados públicamente en la Plaza Central de Arequipa (Pérez Mejía 103, 139). Este gesto de alguna manera anticipa el juicio y el “pacto de silencio”—como lo llama Estuardo Núñez (*Viajes y viajeros extranjeros por el Perú* 39)—que, por casi un siglo, recayó sobre el texto de Tristán.²⁰ Por décadas, el círculo literario y crítico peruano

¹⁹ Denys Cuche en su estudio introductorio, señala que este texto no se trata simplemente de una respuesta personal y pesimista (o resentida) de Tristán hacia esas dos sociedades (la francesa y la peruana) dentro de las que no supo encontrar el espacio que ella hubiera querido. Muy por el contrario, *Nécessité* es el resultado de una gran capacidad por parte de la autora de percibir y en algunos casos anticipar los cambios sociales: “Avec perspicacité, elle note la contradiction étonnante entre l’accélération des échanges internationaux, de la circulation des personnes, et l’augmentation des difficultés que rencontrent les étrangers avec la montée de l’intolérance à leur encontre. ... Pour Flora, l’analyse est claire. Cette détérioration de l’accueil est dûe à une véritable mutation sociale. La modernité, la ville moderne surtout, entraîne un développement de l’individualisme ...” (30-31).

²⁰ Es interesante destacar que es una mujer la primera en romper este “pacto de silencio” y ofrecer una lectura crítica de *Peregrinaciones* en relación con el contexto histórico y literario peruano. Carolina Freyre de Jaimes, escritora y periodista tacneña, es la segunda mujer (después de Gorriti) invitada a dar un discurso en el Club Literario de Lima y elige para la ocasión leer su análisis (después de hacer su propia traducción ya que no existía ninguna disponible en ese momento) del relato de Flora Tristán. Entre otras de

tendió a menospreciar o ignorar el valor de *Peregrinaciones de una paria* alegando que su relato carecía de estilo y falta de veracidad o que sus juicios eran el resultado del exabrupto de una mujer despechada por el rechazo de su familia. Es recién durante la primera mitad del siglo XX, momento en el que se publica la primera versión completa de *Peregrinaciones* en español, cuando este gesto paulatinamente se revierte y la obra de Flora Tristán comienza a ser estudiada desde otras perspectivas críticas.²¹

Continuando con su ferviente labor escrituraria, más tarde Tristán escribe y publica textos como *Méphis ou le proletaire*, novela de 1838, *Promenades dans Londres*, un relato de su viaje a la capital inglesa en 1840, y *L' Union ouvrière* en 1843, afirmación de su ideología socialista y de su cercanía con el sector obrero. Como publicación póstuma, en 1973, se da a conocer el texto *Le tour de France*, en donde una vez más la escritora promueve sus ideas socialistas a favor de la emancipación de la mujer y contra la explotación humana. Es por eso que estos últimos dos textos desarrollan una teoría social que apunta a la organización de la clase obrera como paso necesario al progreso, asunto

las primeras lecturas *letradas* de la obra de Tristán pueden destacarse la de Ventura García Calderón (1939), los prólogos de Jorge Basadre a la primera edición completa en español (1946), el anterior de Luis Alberto Sánchez a la primera edición (acotada) del texto (1941), o la mencionada de Porras Barrenechea. Estas lecturas comparten la intención general de, por un lado, intentar dar cuenta del por qué de la invisibilidad de *Peregrinaciones* en la historia de la literatura peruana y, por otro, el señalamiento de los aspectos “útiles” de este texto para el corpus textual nacional. La tendencia constante será, además, la desvalorización literaria de esta obra en relación a la de otros viajeros y a las características ya establecidas para la canonización de un texto. No obstante, a partir de la segunda mitad de siglo XX, escritores como Magda Portal (*Flora Tristán, la precursora* y *Flora Tristán, una reserva de utopía*), nuevamente Luis Alberto Sánchez (*Flora Tristán, una mujer sola contra el mundo*), o Silvina Bullrich (*Flora Tristán, la visionaria*), han recuperado el mismo texto para la consideración de aspectos literarios y feministas en *Peregrinaciones*, convirtiendo paulatinamente a Flora Tristán en un símbolo precursor del feminismo latinoamericano.

²¹ La traducción al español de *Peregrinaciones de una paria* es una de las pocas versiones del texto completo. Se conservan sin embargo las dos ediciones completas en francés, de 1838 y 1839 respectivamente. La primera publicación en Latinoamérica data de 1936, cuando Emilia Romero entrega a la Biblioteca de la Universidad de San Marcos un ejemplar de las *Peregrinaciones* traducido. Luis Alberto Sánchez realizó una selección de este texto, la cual es publicada con su prólogo y notas por la Editorial Ercilla en 1941. Del mismo ejemplar traducido se vale años más tarde Jorge Basadre, para publicar una edición por primera vez completa en español en 1946, a través de la Editorial Cultura Antártica de Perú. Para más datos sobre las mencionadas ediciones y otras posteriores, consultar el estudio *Flora Tristán. Personalidad contestataria universal* de Gustavo Bacacorzo.

sugerido también en *Peregrinaciones*. Sus postulados inclusive fueron considerados por Karl Marx en *La sagrada familia* entre las propuestas de los primeros socialistas franceses que señalan el estado de explotación sufrido por los obreros en Europa (Westphalen 37).

Sin duda, Tristán parece no haber pensado sus experiencias de vida sino dentro de un estrecho vínculo con la escritura, la cual es ensayada en diferentes géneros y retóricas. No obstante, la vida de Flora Tristán como activista social, como mujer separada de su esposo luchando por la tenencia de sus hijos a principios del siglo XIX, como hija no reconocida en búsqueda de su legitimidad, entre otros de los sucesos que marcaron trágicamente su vida, han provocado en la crítica el privilegio por el recuento de los factores biográficos de la escritora por sobre el estudio de la propuesta de Tristán en términos de estéticas, géneros literarios o variedad de temas sociopolíticos y culturales.²²

Como se explicó en el capítulo anterior, mi acercamiento a la figura autoral de Flora Tristán se concentra en *Peregrinaciones de una paria* y su particular lectura del primer período republicano del Perú. En general, la crítica se ha ocupado de desarrollar las características excepcionales que hacen de Tristán una viajera atípica para el siglo XIX, dejando de lado varios aspectos que, muy por el contrario, señalan el fuerte lazo que une la escritura de esta viajera con las preocupaciones y tendencias literarias dominantes de

²² Estudios como los de Leandro Konder, Evelyne Bloch-Dano o Dominique Desanti se encuentran articulados bajo la cronológica sucesión de los hechos más trágicos y/o significativos de la biografía de Tristán. También existe otra numerosa serie de estudios entre los que se podrían nombrar el de Kathleen Hart, el de Cross y Gray y los artículos reunidos en las actas del primer congreso internacional sobre Flora Tristán *Un fabuleux destin* que vinculan la biografía de Flora Tristán a su militancia política, explicando de esta manera las tendencias ideológicas socialistas-feministas de la autora. Entre los títulos y contenido de estos estudios es posible encontrar referencias a Tristán como “revolucionaria,” “primera socialista,” “luchadora social,” “paria,” “inadaptada,” “mesías,” entre otros atributos que intentan destacar el carácter revolucionario del pensamiento de la autora. Otros trabajos como el de Susan Grogan, *Flora Tristan. Life stories* o los artículos de los latinoamericanistas Julio Ramos, Lidia Santos, Cristina Guiñazú o Ángela Pérez Mejía reparan también en esta excepcionalidad para pensar los modos en que *Peregrinaciones de una paria* revela modos alternativos para la constitución de un sujeto autobiográfico.

su tiempo. Efectivamente, una característica hasta ahora ignorada es la intención de Flora Tristán de construir su espacio de autoridad textual *dentro* de la tradición del relato de viaje y *no* distanciándose radicalmente de ella. La autora se posiciona y da valor a su propio relato describiéndose a sí misma en medio de una serie de viajeros con los que se relaciona a lo largo de su recorrido. Pese a haber permanecido ignorada en los estudios sobre *Peregrinaciones*, esta “tipología de viajeros” que decide incluir Tristán revela, en mi análisis, su metodología y poética implícitas frente a la escritura de un relato de viaje: es su acercamiento a otros viajeros lo que le proporciona los parámetros con los cuales medir los límites y posibilidades para el surgimiento y la agencia de una viajera. Así, lejos de emitir signos que nos permitan considerarla como caso absolutamente marginal dentro de la narrativa de viajes, Flora Tristán expone su deseo por interactuar con figuras (y sus respectivos discursos) que encarnan tanto la tradición como las tendencias culturales contemporáneas y, desde allí, nombrarse como viajera autorizada.

Esposa separada, viajera independiente, hija ilegítima pero que ingresa temporariamente al seno de una familia política y económicamente relevante en el período republicano del Perú, Tristán encuentra su propia voz para construir un texto que la presente abiertamente como observadora, crítica y hasta protagonista del proyecto de nación peruano. El juicio que Flora Tristán emite sobre el Perú republicano de los años '30 es uno construido sobre un doble eje: la historia “oficial” que oye de los hombres políticos y militares de su familia o en los debates de la prensa y una serie de historias particulares en las que la mujer es la protagonista indirecta o silenciada pero, paradójicamente, central para la subsistencia de ciertas estructuras sociales. Por esta razón, el trazado de lo que llamo una “república femenina” en *Peregrinaciones*

ejemplifica una de las formas en que la nación se revela en sus fisuras, conflictos y contradicciones dentro de los discursos de las mujeres viajeras que estudio. Tristán recurre al caso de Francisca Gamarra—esposa de un ex presidente—, al de las *rabonas* del ejército y al de las *tapadas* limeñas para narrar una historia de la nación peruana que comenta los mitos fundacionales coherentes e inclusivos para todos los peruanos, señalando los espacios debilitados de la nación. Así sugiere potenciales garantes de una mayor agencia femenina en la sociedad, para ella uno de los mayores signos de progreso de un pueblo.

Ecos y perfiles: Flora Tristán frente a la tradición viajera

Cuando Tristán visita Lima su atención es captada casi completamente por la caracterización de las mujeres de esta ciudad, razón por la cual decide incluir en su texto una descripción detallada de las mismas. Luego de hacerlo sostiene: “He descrito a las mujeres de Lima, tales como son y no según los dichos de ciertos viajeros. ... Mi papel de viajera concienzuda me hace un deber decir toda la verdad” (498-99). Esta cita es significativa para establecer que, efectivamente, Tristán se autodefine como una viajera concienzuda al momento de escribir *Peregrinaciones*, una vez que ha regresado a Europa. Su viaje parece haberla convertido no sólo en conocedora de una sociedad nueva sino también en experta de los modos de narrar las novedades que ha encontrado. De manera muy perspicaz, Tristán establece que para la construcción de su testimonio, ella no seguirá lo que dicen “ciertos viajeros” sino que se valdrá de su propia experiencia. La “verdad” de su relato resulta, claro está, un atributo construido arbitrariamente desde su

propio punto de vista que la ubica en un plano de relevancia frente a las demás narraciones existentes sobre el Perú.

Al hacerse eco, reconocer o plantear diferencias con el resto de los viajeros, Flora Tristán se inserta en una serie discursiva (la de los relatos de viaje) que, como se explicó en el primer capítulo, ha contribuido a la configuración de un imaginario sobre la nación andina. En el caso puntual del Perú, Pablo Macera en *La imagen francesa del Perú* analiza la importancia de estos relatos para forjar ciertos motivos narrativos sobre el territorio andino tales como “la naturaleza, el indio y las costumbres” (Macera 57).²³ Por otra parte, Estuardo Núñez explica que la difusión progresiva de los textos de viajeros dentro del círculo letrado peruano ha contribuido a un proceso gradual de entendimiento de esta literatura y de su impacto en las letras nacionales. La existencia de dicho fenómeno reafirma la tesis sostenida en el capítulo anterior ya que, de considerarse a los relatos de viaje como textos menores, aislados, o ajenos a las preocupaciones locales, estos comienzan a ser incorporados no sólo como fuente de datos empíricos sino también como origen de los elementos simbólicos y culturales que serán interrogados para la constitución de la nación peruana.

Flora Tristán ofrece al lector un *muestrario* de los tipo de viajeros con los que convive y alrededor de los que construye su experiencia y posterior relato. Su estrategia inicial de escritura es la descomposición, el análisis y la confrontación con otras

²³ Macera añade que junto con el testimonio de piratas, mercaderes o exploradores que se dirigen a América con diversos fines, la imagen americana había sido construida también por una serie de escritores europeos exotistas como Montaigne, Marmontel o Graffigny, quienes habían encontrado en estas regiones lejanas el espacio ideal para la proyección de sus utopías sociales. Aunque diferentes, ambos registros se centraban, en términos generales, en los mismos motivos narrativos sobre el Perú: la continuidad del mito aurífero, la riqueza natural americana y la crueldad de la conquista sobre seres (los indios) bondadosos e inocentes por naturaleza (38). El texto de Macera, junto con los numerosos trabajos de Estuardo Núñez, son fundamentales para el estudio de la serie de viajeros que acudieron al Perú desde los cronistas de la época de la conquista. Otros trabajos importantes son los de Eduardo Rivera Martínez (1963), Héctor López Martínez (2000) y Pascal Riviale (2000).

discursividades viajeras. Para ejemplificar esta dinámica, analizaré tres momentos preliminares a la llegada de Tristán al Perú, en donde la autora interactúa con diferentes sujetos tales como comerciantes y exploradores, un tratante de esclavos, un joven tísico y un dandy. Así, se verá cómo ella empieza a formular sus preceptos sobre el viaje y el territorio recorrido en una constante confrontación con los puntos de vista y experiencias de su contexto.

El viaje, entendido como acto que da movilidad a los preconceptos sociales (culturales, raciales, económicos) (Peluffo 371; Molloy 119), le permitirá no sólo posicionar su pensamiento frente al de estos viajeros, sino también tener una mayor flexibilidad respecto de su propio conocimiento previo sobre el mundo y las sociedades europea y americana. De hecho, es Tristán personalmente quien informa al lector sobre el cambio de percepción que le ha provocado el viaje con las siguientes palabras:

En aquella época [1833] era muy exclusivista. Mi país ocupaba en mi pensamiento más sitio que todo el resto del mundo. Era con las opiniones y los usos de mi patria con lo que juzgaba las opiniones y usos de los demás. ... Estaba todavía muy lejos de reconocer la solidaridad de las naciones entre sí, de donde resulta que la humanidad íntegra experimenta el bien y el mal de cada una de ellas. (109)

Al arrojar una mirada retrospectiva sobre su experiencia, la franco-peruana asume que antes de emprender su viaje a Perú, sus nociones en torno al origen, pertenencia y nacionalidad de un sujeto, eran muy estrechas: el viaje ha expandido su capacidad de entendimiento acerca de la diversidad (de clase, racial, cultural) de los individuos. Tristán

reconoce ahora que la pertenencia a una u otra nación no necesariamente era lo que determinaría el comportamiento o expresión de los mismos.

La primera circunstancia en la que la viajera demuestra un cambio en su forma de percibir y juzgar a los sujetos de acuerdo a su origen o nacionalidad es el momento en el que se encuentra con un antiguo viajero, asentado entonces en Praia, una de las islas de Cabo Verde. Al desembarcar allí, el señor David, su compañero de viaje, le presenta a otro francés, el señor Tappe, quien había viajado a Praia como misionero religioso y tras conocer la rápida fortuna que podría hacer comerciando con esclavos, abandona su misión y se instala en esta pequeña isla africana. Tristán descubre que la trata de esclavos era uno de los mayores comercios que ocupaba el interés de los viajeros comerciantes. El rechazo que le provoca este sujeto y el conocimiento directo del comercio de esclavos, desestabiliza su idea de la nacionalidad como categoría identitaria válida para definir a un sujeto. Sin importar lo que puedan tener en común por ser los dos franceses, Tristán no duda en describir a Tappe como un “antropófago bajo la forma de un carnero” (125), actitud que delata hasta en sus hábitos cotidianos, según anota la viajera a la hora de compartir la cena:

Pude conocer en la expresión de sus facciones la pasión dominante en él: la gula. ¡Cómo brillaban sus ojillos a la vista de la enorme pierna de carnero y de las otras presas de carne que nos servían! Sus narices se dilataban. Pasaba la lengua sobre sus labios delgados y pálidos. Este hombre me representaba una bestia feroz. Cuando se hubo saciado, sus facciones readquirieron poco a poco su expresión ordinaria. (126)

El paralelo que establece Tristán entre el aspecto físico y el carácter espiritual toma a la “gula,” el exceso por el consumo de comidas y bebidas, como indicador o reflejo de la ambición desmedida de este sujeto en su vida diaria como comerciante de esclavos. Con estas palabras, Tristán parece sugerir que sólo un hombre con instintos salvajes, cercano a la barbarie, es decir, a una forma primitiva de sociedad, puede ver con buenos ojos la existencia de la esclavitud.

De esta manera, mientras que en un principio hubiera deseado encontrarse con un francés en el destierro, con quien seguramente compartiría intereses, hábitos o al menos la nostalgia por la patria lejana, el hecho de relacionarse con Tappe le hace tomar conciencia de la existencia de una práctica y un discurso (el de la esclavitud) que, sin importar el carácter nacional, está “devorando” a los individuos, causando un mal social sin distinciones geográfico-territoriales. En otras palabras, no lo ve como francés sino como un monstruo de una actividad que destruye las cualidades francesas (tal como ella las concebía). Vemos que Tristán aprende a usar la nacionalidad como categoría móvil que se refuerza o atenúa según las circunstancias: si reafirma y añora su pertenencia europea cuando denuncia las fallas sociales peruanas, se desentiende de ella frente a individuos como Tappe, agentes de una estructura social como la esclavitud, a la que la autora entiende como un impedimento para el establecimiento de un sistema equitativo de trabajo, punto clave para el progreso de los países americanos.²⁴

²⁴ Es preciso señalar, sin embargo, que Flora Tristán desarrolla un punto de vista ambiguo respecto a la esclavitud y a los sujetos esclavos, característica resultaba corriente dentro del pensamiento intelectual del siglo XIX. Por un lado, la misma referencia a Tappe evidencia el juicio de la autora sobre el esclavo, a quien concibe como ser humano que debería conservar los mismos derechos que cualquier otro individuo, y cómo entonces la esclavitud encarnaría un claro esquema de corrupción dentro del sistema colonial. Pero, por otro lado, la representación del esclavo en *Peregrinaciones* se produce siempre en forma desindividualizada, es decir, ese esclavo al que se defiende “no se queja, no habla y no se comunica con su eventual defensora” y parece funcionar más bien como “un pretexto icónico para el despliegue de la argumentación antiesclavista del personaje central” (Velázquez Castro 125). Acerca de esta contradicción

La llegada a Valparaíso funciona en *Peregrinaciones* como una segunda confirmación de la versatilidad del concepto de nacionalidad. Al igual que Cabo Verde, este espacio está signado por su carácter liminar ya que se trata de una zona de paso e intercambio sin una identidad propia, donde los sujetos están en constante desplazamiento, llevando y trayendo hábitos y costumbres de diverso origen, otorgándole al puerto un carácter de indiscutible cosmopolitismo. Retomando el concepto de Mary Louise Pratt, se trata de una “zona de contacto” en donde las culturas o nacionalidades se condensan y confunden.²⁵

Efectivamente, la atención de Flora Tristán es captada por una serie de hábitos europeos que han sido “importados” a esta ciudad portuaria y que ahora forman parte de la vida cotidiana de todos los sujetos con los que la viajera se cruza. El cuarto que alquila condensa el gusto inglés con el francés, los ricos juegan y montan a caballo, todos fuman cigarrillos y los hombres cortejan a las mujeres durante los paseos obligados por el muelle (180). Es ahora la incapacidad de distinguir con certeza el origen de un sujeto por sus hábitos lo que hace que Tristán perciba con mayor claridad que el sentido de pertenencia de un sujeto respecto de un espacio no está determinado por ningún elemento de carácter ontológico sino que, más bien, depende de la capacidad de adquirir un conjunto de objetos suntuarios, gestos diferenciales y hábitos que lejos de ser inherentes a un grupo, son objetos que pueden adquirirse, gestos que pueden imitarse, y actividades

entre la ideología antiesclavista de Tristán y el contacto con algunos esclavos en su viaje, consultar el segundo capítulo de Velázquez Castro (123-30).

²⁵ Pratt desarrolla su concepto de “zona de contacto” tomando el de “lengua de contacto” de la lingüística, que se refiere a las lenguas improvisadas que se desarrollan entre interlocutores de diferentes lenguas nativas, pero que necesitan comunicarse de todos modos. Así, ella define su apropiación del término como “espacio de los encuentros coloniales, espacio en que pueblos geográfica e históricamente separados entran en contacto y establecen relaciones duraderas, que usualmente implican condiciones de coerción, radical desigualdad e insuperable conflicto” (*Ojos Imperiales* 26).

que serán replicadas por los individuos que habitan este nuevo espacio de América. En definitiva, aquello que antes de partir entendía como su esencia nacional (francesa) se le aparece ahora, en medio de un viaje, como una postura transitoria, adquirida e intercambiable, que puede ser encarnada por sujetos franceses o por cualquier otro que adopte los hábitos del mundo europeo moderno, sin necesariamente pertenecer a él o estar en suelo europeo.

Transitar estas “zonas de contacto” y encontrarse con sujetos difícilmente clasificables bajo una única categoría identitaria, deja ver a Tristán la posibilidad que tiene ella también, si fuera capaz de asumir esos “ropajes viajeros,” de ser incorporada a esta esfera social y discursiva móvil. El francés que más que francés es “antropófago,” o los viajeros comerciantes que hablan, visten o se comportan *a la francesa* sin que esto necesariamente señale su nacionalidad, actúan en el relato como “dobles” de la viajera, quien al confirmar que la definición del origen no es sino un constructo social, reconocerá allí la posibilidad de crear formas nuevas, no sólo para referirse a su historia personal sino también para renovar el género del relato de viajes.

De esta manera el texto funciona como una especie de laboratorio narrativo en donde se miden los alcances y límites de las figuraciones del viaje. *Peregrinaciones* se convierte en un espacio en donde conviven retóricas, poses y narrativas del viaje correspondientes a tipos que, generalmente, son analizados de manera disociada, como pertenecientes cada uno a una época diferente y distintos de cualquier práctica femenina. De hecho, la serie de viajeros expuestos en el relato se completa con la mención de dos aventureros y dos jóvenes que viajan de acuerdo al gusto y los hábitos del viajero moderno decimonónico. A bordo de *El Leónidas* y dirigiéndose de Valparaíso a Islay,

entre ingleses y americanos, Tristán conoce a un joven de diecinueve años, “de humor sombrío y melancólico, que *estaba atacado de spleen*” (destacado mío 191) y que viajaba con el único propósito de curarse. A partir de la inclusión de un joven con estas características, Tristán le da lugar en su relato a un viajero que se traslada sin más motivos que los emocionales (depresión, hastío, inconformismo), particularidad que fácilmente podría ubicarlo entre aquellos sujetos que Jacinto Fombona llama “viajeros de la sensación” (52) y que proliferan en el siglo XIX y su literatura. Tal como ella misma lo describe, este tipo de personaje viaja sin una teleología que vaya más allá del viaje en sí mismo y del efecto que éste pueda provocar en su humor o en su estado presente, un hábito claramente moderno que diferencia estos viajeros de los anteriores ya descritos. Para este nuevo tipo de desplazamiento, destinos remotos como el de América se configuraban en el imaginario occidental como lugares propicios para la experimentación de nuevas sensaciones. Así parece también ejemplificarlo la narración del encuentro entre Tristán y el vizconde Étienne de Sartiges, viajero y diplomático francés en Brasil, autor de *Viaje a las repúblicas de América del Sur* (1851).

Tristán conoce a de Sartiges en Lima, mientras éste se encontraba visitando la ciudad, en casa de otro francés en donde ella se alojaba. En *Peregrinaciones* se caracteriza a este viajero como prefiguración del *dandy*, otra figura moderna que adopta una postura particular sobre su contexto y busca nuevas formas de experimentación del arte y la cultura, un “aristócrata del espíritu”—utilizando el concepto de Baudelaire—que encuentra en el cultivo de la elegancia y las buenas maneras la única vía de trascendencia de su subjetividad (cierta forma de heroísmo) en tiempos modernos y de cambios

constantes.²⁶ Tristán detecta en de Sartiges un ser cautivante y excéntrico para el contexto peruano, un dandy cuyo aspecto y hábitos se diferenciaban tanto del resto de los habitantes limeños que, según ella, las personas no podían distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer:

El aspecto del vizconde se parecía al de aquellas jóvenes inglesas que encontramos a veces en nuestros paseos, a aquellas encantadoras criaturas cuyos hermosos ojos azules, celestes miradas, menudas facciones de virgen, tez blanca y sonrosada y cabellos con reflejos de oro, parecen que los han disputado a los ángeles. ... La indumentaria de ese pequeño silfo estaba en armonía con su gentil persona. ... Si al verlo costaba trabajo distinguir a qué sexo pertenecía, al escucharlo se quedaba uno aún más perplejo. (293)

El carácter afeminado que Tristán atribuye a de Sartiges provocó duros juicios por parte de la crítica peruana que se ocupó de *Peregrinaciones*. Raúl Porras Barrenechea, por ejemplo, en su estudio preliminar a *Paisajes Peruanos* (1955) de José de la Riva Agüero argumenta el carácter poco verosímil de esta descripción de Tristán sobre el vizconde francés diciendo que “Flora retrata a su rival con toda la crueldad de los resentimientos femeninos ... le compara malignamente a una *girl* inglesa o a un ángel de Rafael y pone en boca de contertulios masculinos comentarios aún más reticentes” (XIII). El crítico revela un gesto que será recurrente entre los lectores peruanos, esto es, adjudicar a los juicios de Tristán razones de carácter personal: si Tristán produce un texto que no resulta

²⁶ Mónica Bernabé ofrece una caracterización del *dandy* y las circunstancias de su aparición que clarifica el modo en que Tristán se refiere al francés: Arremetiendo contra la uniformidad impuesta por la vida burguesa, los cultores del dandismo se dedican a argumentar y a exhibir una práctica de vida diferente. ... En la confusión y cambio que envuelve el proceso de industrialización y modernización europeo, con la consecuente masificación y vulgarización, el dandy realiza una especie de *performance* de la individualización, articulando estrategias que le permiten fundar una aristocracia singular (25).

verosímil al lector, esto se debe al carácter negativo de su forma de ser (cruel, competitiva, resentida) y en ningún caso se mide su capacidad para construir o no un relato.

Así, si es *naiveté* o es perspicacia, en todo caso se puede destacar el hecho de que Tristán presenta una visión que reconocemos hoy en día pero que, tal como la crítica lo demostró, es una que se rechazó por mucho tiempo por prejuicios culturales. A pesar de que se la haya condenado por sus referencias a un reconocido personaje, tenemos aquí un ejemplo de su capacidad de sobrepasar prejuicios. Por otro lado, la ambigüedad con la que Tristán construye la apariencia física del viajero funciona como analogía de la movilidad de conceptos y valores que, tal como ella misma lo experimenta, provoca el viaje y el contacto con otros espacios y culturas.²⁷

Un perfil más al que Tristán está atenta, acercándose e investigando sus más destacados rasgos (una forma de medir los propios) es el del explorador. Contrariamente al dandy, este viajero se caracteriza por tener un plan para su viaje, el cual generalmente responde a motivos científicos o comerciales por lugares desconocidos, más cercanos a la naturaleza (la barbarie) que a la urbe (la civilización). En el camino por tierra desde Islay a la ciudad de Arequipa, Flora acepta la compañía de dos jinetes que responden a este

²⁷Ana Peluffo ofrece también un análisis de este pasaje de *Peregrinaciones* y explica que la insistencia de Tristán por presentar al francés exageradamente afeminado o preocupado por “frívolos goces” (294) en medio de un paisaje que no se condice con estos gestos refinados remiten a un motivo literario común dentro del canon decimonónico: “[su descripción] hace pensar en otras escenas emblemáticas de la literatura latinoamericana del siglo XIX en las que la ropa sirve para resguardar una subjetividad romántica amenazada por el entorno geográfico de la barbarie” (“El ennuí y la invención de la barbarie” 381). De hecho, en el contexto hispanoamericano, la descripción de este nuevo sujeto social nos remite a la Generación del ’80, el mencionado grupo de intelectuales argentinos (Mansilla, Cané, Wilde) que además de identificarse por sus propuestas liberales, se destacaban en el ambiente cultural y social de su época por una predilección por la extravagancia en términos de gustos, pasatiempos y hábitos de socialización. El viaje por ocio es uno de ellos. Esta misma figura será también encarnada más tarde en el personaje de José Fernández en *De sobremesa* (1896), del colombiano José Asunción Silva. En el caso de las escritoras mujeres, el capítulo 3 de este trabajo abordará el modo en que Juana Manuela Gorriti hace referencia a esta subjetividad melancólica moderna y el tipo de viaje que ésta propone cuando utiliza la figura de “el mal del judío errante” en *Peregrinaciones de una alma triste* (1876).

perfil en la expresión de su conocimiento de caminos peligrosos e inhóspitos y del equipamiento necesario para esas ocasiones. En el trayecto, por lo desprovista que partió, la viajera se vuelve dependiente de estos hombres conocedores del desierto:

En cuanto a mí, ignoraba lo que eran tales viajes y había salido *como lo hubiese hecho de París a Orleáns*. Tenía borceguíes de cutí gris, un peinador de tela café, un mandil de seda, en cuyo bolsillo estaba mi cuchillo y mi pañuelo, en la cabeza un sombrero azul de gros de la India y llevaba también mi abrigo y dos fulares.
(destacado mío 216)

Así como ignoraba la existencia de viajeros que se habían instalado en los puertos para el tráfico de esclavos, Tristán desconoce esta nueva forma, para ella, de practicar el viaje.

La cita nos revela que contrariamente a la lúcida percepción del comportamiento y apariencia de los viajeros modernos, Tristán se descubre incapaz de reconocer y adaptarse a las necesidades de un viaje “pre-moderno” en el sentido en que se desarrolla en un paisaje desértico y con medios rudimentarios de transporte y supervivencia. Su vestimenta y equipaje se describen tan inadecuados para el desierto como los de de Sartiges en Lima, por lo cual resulta evidente que el éxito de su viaje dependerá de todos esos saberes del viajero aventurero que ella no posee: elegir una buena montura, cargar con los alimentos adecuados, o conocer las rutas y las variaciones climáticas (220).

Considero que la descripción de su inaptitud para los viajes más severos como el de cruzar el desierto constituye una de las estrategias retóricas que utiliza Tristán para “ajustar” su perfil de viajera frente a un contexto amenazante, que condenaba cualquier tipo de transgresión femenina. Adoptando los parámetros tradicionales de división de roles de acuerdo al género, la autora de *Peregrinaciones* elige presentarse ignorante de

todas aquellas prácticas o conocimientos que se considerarían impropios para una mujer. Así, relata cómo ella se dedica a contemplar el paisaje volcánico llegando a Arequipa, mientras que los hombres que la acompañan la “asisten” en este inesperadamente incómodo viaje. Ana Peluffo se refiere incluso a un “harén de hombres que la protegen, la cuidan y la apuntalan” para acentuar el carácter de pose que según su lectura tienen estas actitudes descritas por la viajera, las cuales ajusta de acuerdo al contexto (“El ennui y la invención de la barbarie” 378). Más que como pose, quisiera pensar esta actitud como paralela al acto de escribir que expone Tristán. Tanto en medio de otros viajeros como en su propia escritura, la autora pasa de presentarse como ignorante a experta conocedora. Es decir, Tristán va probando todas las formas de ejercicio del viaje para poco a poco ganarse un espacio notorio como viajera y, si en principio dice que se traslada *como quien va de París a Orleáns*, es decir, como una mujer que desconoce las formas más convenientes de viajar en cada caso, luego conseguirá consolidarse como experta viajera y autoridad textual. En relación con los viajes, la literatura, la política o la crítica, este es un proceso que, en los capítulos que siguen, será reiterado entre las mujeres viajeras y escritoras del siglo XIX.

En resumen, a lo largo de estas páginas preliminares a la experiencia propiamente peruana de su relato de viaje, se destacan muchos aspectos interesantes para comprender el contexto y condiciones de producción de *Peregrinaciones de una paria*. En primer lugar, como se mencionó, Tristán expone una tipología de viajeros diversa de acuerdo a los intereses y motivos del viaje que cada sujeto emprende en el siglo XIX. Viajeros bien vestidos que hablan francés, jóvenes que sufren de *spleen*, amantes de las aventuras, comerciantes, un *antropófago* que lucra en el mercado de esclavos, todos ellos muestran

que en el texto conviven también temporalidades que se corresponden con modelos sociales diferentes que en todas las ocasiones, serán representados como constructos que pueden adquirirse más que como representaciones ontológicas de los sujetos. Cada uno de ellos compondrá el muestrario con el cual Tristán evaluará la forma de expresar sus propios juicios, comparándose y distanciándose de estas voces. Los personajes que describe revelan sus percepción y sus habilidad de distinguir entre lo esencial y lo accidental y además actúan como una especie de sinécdoque de los discursos registrados dentro de la heterogénea tradición literaria en torno a los viajes. Tristán actúa como una estudiosa que define casi en términos sociológicos toda la gama de poses, vestimentas, instrumentos en general, que conforman las diversas experiencias de viaje y esto le facilita seleccionar o *vestirse* de la postura que quiere asumir.

“Así son todos los hombres. El yo, sólo el yo”: construcción y de-construcción de la autoridad en el texto

La crítica sobre *Peregrinaciones* ha coincidido mayormente en que una de las preocupaciones básicas de la mujer frente al relato de viaje es la cuestión de la autoridad. ¿Cómo presentarse frente al texto (y sus potenciales lectores) como una fuente de autoridad, transmisora de una “realidad” que muchos desconocen, sin tener los medios, la educación, o estar en la posición adecuada? ¿Y cómo justificar la importancia de la escritura del texto propio cuando se tiene que enfrentar a una sólida tradición literaria? Como lo he sugerido hasta aquí, Tristán resuelve esto, en primer lugar, “educándose” mientras viaja. Aunque lleva un cuaderno de anotaciones en Perú, el hecho de que no escribiera *Peregrinaciones* sino hasta su vuelta a París, hace posible la afirmación de que

su “discursividad viajera” se construye luego de haber experimentado con la serie anteriormente estudiada de retóricas en torno al viaje para luego encontrar una forma efectiva y aceptable para incluirse y singularizarse dentro de esta tradición.

Para enmarcar mi lectura sobre este aspecto ampliamente estudiado, quisiera reparar en una escena de *Peregrinaciones* que resulta muy ilustrativa para el punto que intento señalar. En el mismo momento en el que se narra el cruce de Flora Tristán por el desierto, camino hacia la ciudad de Arequipa, la viajera se da cuenta de que a pesar de que los hombres que la acompañan ofrecen su asistencia en todo momento, no es ella la preocupación central de estos viajeros. Cuando Tristán nota que la montura que uno de ellos le ha ofrecido no es tan buena como la que él ha conseguido para sí mismo, reflexiona: “Así son todos los hombres. ¡Todo para ellos! El yo, sólo el yo” (215). La mujer destaca aquí el carácter puramente gestual de la amabilidad de los hombres, ya que es en realidad el yo, el bienestar personal, lo que ocupa el primer lugar de sus intereses. La actitud de los viajeros puede resultar normal, ya que ella es una entrometida en el contexto mencionado, pero la expresión de este pensamiento resulta útil también para comenzar a reflexionar y revisar algunas de las lecturas que se han destacado sobre *Peregrinaciones de una paria* en torno a su lugar en la literatura de viajes y al carácter diferenciador de este texto respecto de los escritos por hombres viajeros.

En mi opinión, existe una contradicción entre lo que la crítica ha leído en *Peregrinaciones*—la predominancia del yo como característica diferenciadora respecto de los relatos de viaje masculinos—y lo que la narradora misma expresa en su escritura—es el yo lo que predomina en la perspectiva masculina. Contrariamente a lo que Tristán percibe en su viaje, varios estudios han encontrado en los relatos de mujeres viajeras, y

no entre los hombres, una preferencia por destacar el yo, es decir, el rasgo autobiográfico dentro de su escritura. El trabajo de Mary Louise Pratt resulta inaugural para explicar esta tendencia crítica que se ha diseminado en la última década de los estudios literarios y culturales.²⁸ *Ojos Imperiales* ubica la narración de Flora Tristán dentro de la ola de viajeros que se dirigieron a Sudamérica en la primera mitad del siglo XIX. Mientras que para los hombres que visitaron Hispanoamérica el interés básico era dar cuenta de la riqueza en términos de capital del lugar que visitaban, Pratt afirma que para las mujeres el punto central de su narración es la constitución de su subjetividad en el texto.²⁹ Así, unos serán llamados la “vanguardia capitalista” y las otras conformarán un grupo de “exploradoras sociales.”

Para Pratt, la escritura de las viajeras es opuesta a la tendencia capitalista que encuentra en todos los viajeros que analiza, ya que éstas se alejarían del perfil aventurero o comerciante-imperialista, privilegiando un tipo de relato etnográfico y “autoetnográfico” (hablar de sí mismas) (*Ojos Imperiales* 102):

Para ellas, la identidad en la zona de contacto reside en su sentido de independencia personal, propiedad y autoridad social, y no en la erudición científica, la supervivencia o las aventuras. ... Si el discurso de la vanguardia capitalista se estructura a través de una mezcla de lo estético (o antiestético) y lo económico, el de las exploradoras sociales mezcla lo político con lo personal....

²⁸ Para el vínculo del relato de viaje con la autobiografía y el género ver por ejemplo *Travel Writing, the Self and the World* de Casey Blanton (1997) o de Sidonie Smith *Moving Lives* (2001) y sus numerosos trabajos sobre la mujer y la autobiografía. Los artículos de Gómez Buendía “Autobiografía y representación en *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán” (2005) y de Salazar Jiménez “Peregrinaciones de una pa(t)ria: relato de viaje y autfiguración” (2008) son dos recientes artículos que continúan con el estudio del componente autobiográfico en la obra de Tristán.

²⁹ Algunos exponentes de esta escritura masculina mencionados en el ensayo son John Miers, Captain Joseph Andrews y W.B. Stevenson. Todos ellos se ven agrupados bajo la misma actitud pragmática y economicista absolutamente alejada de cualquier gesto esteticista.

En un estilo impensable para Humboldt o la vanguardia capitalista, la reinención de América coincide con una reinención del yo. (*Ojos Imperiales* 278, 294)

De manera muy acertada, Pratt señala que los mecanismos por los cuales la mujer se autoriza o se enuncia a sí misma difieren de aquellos que es posible leer entre los viajeros. Sin embargo, la crítica no ahonda en las causas de estas diferenciaciones, que en ningún caso son arbitrarias, como ella misma pareciera insinuar, sino que más bien son el resultado de otras diferencias en términos de condiciones previas de motivo o posibilidad del viaje (educación, medios económicos, libertad individual) y de construcción discursiva de las diferencias de género. Sin reparar en este aspecto, Pratt continúa su argumento afirmando que:

Al estructurar sus libros de viajes los vanguardistas capitalistas se apoyaban en la trama lineal y dirigida al objetivo que era propio de la narrativa de la conquista. En los relatos de Graham y Tristán no es así, *aunque bien podría haberlo sido*. (destacado mío 278)

Pratt intuye que el tono autobiográfico de los relatos de Tristán y de Graham es una elección retórica entre otras que *bien podrían haber elegido* estas mujeres. En mi opinión, la predominancia de este elemento narrativo es más bien producto, como dije, del reconocimiento de las constricciones de la mujer frente a la escritura: Tristán, por ejemplo, no se podría haber ajustado a una narrativa como la de la “vanguardia capitalista” sobre todo porque su viaje tiene un motivo personal muy diferente del de estos hombres. Por lo tanto, el tipo de narrativa utilizado por ellos (que de por sí no conforman un grupo homogéneo) no resultaría adecuado para el relato de su experiencia particular. En este sentido, la elección de un tono autobiográfico se presenta como la

“solución discursiva” que halla Tristán para que, sin perder por eso la teleología personal de su narración, su relato ingrese a una esfera (literaria y social) que la excluiría de otra manera.

Por otra parte, esta búsqueda discursiva de la autora a través de lo autobiográfico puede leerse como una forma de suplir el lugar secundario que sus compañeros viajeros parecen otorgarle en el viaje: si la experiencia como viajera le ha negado un lugar protagonista, entonces será la escritura la que se lo brinde. Como se dijo, Tristán cobra conciencia del carácter artificioso de la subjetividad en términos de raza, clase, nacionalidad y género cuando entra en contacto con otros sujetos en viaje y reconoce que existen otros modos de enunciarse, más puntos de vista o perspectivas más amplias (en la que entra la propia) que las “artificialmente” establecidas por la tradición. Entonces, este interés por hablar de sí misma es una reacción ante las condiciones bajo las cuales se produce el relato de la mujer, el lugar que ocupa entre los viajeros, en definitiva, una respuesta a todos los condicionamientos que sufre. No es en ningún caso, una decisión arbitraria sino la consecuencia de una serie de circunstancias particulares, en las que el género sexual juega un papel relevante (las mujeres tienen de hecho menos acceso a recursos económicos, técnicos o culturales y quedan marginadas por eso del pensamiento mercantilista) pero no es ni el único ni el más fuerte determinante (existen, por ejemplo, relatos de viaje masculinos con una clara predilección hacia la autobiografía, hecho que radica en diversos motivos como el cambio de paradigma cultural).

Esto se comprueba más explícitamente cuando Tristán explica el lugar desde el cual concibe el relato de su experiencia:

Todo resulta de la constitución que Dios me ha dado, de la educación que he recibido y de la posición que las leyes y los prejuicios me han señalado. Nada es completamente igual y, sin duda, hay muchas diferencias entre todas las criaturas de una misma especie y de un mismo sexo. (79)

Al momento de narrar, Tristán es consciente de los factores que condicionarán su escritura, la cual estará mediatizada por discursos ideológicos y estéticos que determinarán el objeto, las sensaciones y la retórica general del viaje (Foster y Mills 5). Y, paradójicamente, por su educación limitada, por las leyes que no permiten la emancipación total de la mujer y por los prejuicios de los que ella y otras mujeres pueden ser objeto, es que su relato de viaje deberá desarrollar aspectos diferentes a los de, por ejemplo, un hombre formalmente educado cuya conducta se encuentra más libre de prejuicios. Es posible pensar que como en el caso de su aparente ignorancia frente a los saberes de sus compañeros de viaje, es ésta también una estrategia para, desde un espacio no explícitamente conflictivo, adentrar en otras cuestiones tales como los orígenes de las diferencias lingüísticas, clasistas, familiares, es decir, las bases constitutivas de la nación moderna y las que excluyen a las mujeres. El propósito de Tristán excede así el tono autobiográfico propiamente dicho y más bien lo utiliza como un prisma para entrar en observaciones más amplias.

Con esto, mi lectura intenta dar continuación a los nuevos estudios sobre *Peregrinaciones de una paria* que han profundizado su perspectiva de análisis señalando, entre otros aspectos, la existencia de un vínculo entre la autora y el discurso capitalista (refutando el carácter antihegemónico del discurso femenino) (Pérez Mejía); la complejidad con la que se presenta el tono autobiográfico (Peluffo; Pérez Mejía); o la

discusión de cuestiones del campo político o de la organización social (la esclavitud, por ejemplo) a partir de la ampliación semántica de los términos *peregrinación* o *paria* (Denegri, “Desde la ventana”; Velázquez Castro). Desde cada una de estas perspectivas se ha llamado la atención sobre la necesidad de redefinir las diferencias de género (sexual) y reelaborar el andamiaje crítico que excluye a las mujeres o que las señala como elemento extraño a una norma preexistente. Como lo afirman Foster y Mills, la idea de analizar la “discursividad” de un texto aleja a los estudios de una noción exclusivamente genérica puesta sobre la subjetividad del autor y permite más bien pensar en los efectos y condicionamientos que los discursos sobre las diferencias de género han impuesto a la escritura de hombres y mujeres (7).

Otro aspecto que demuestra la limitación de separar la escritura de las viajeras como discursos antihegemónicos, contrarios a lo que expresan los viajeros destacados en el canon, es el hecho de que Flora Tristán, por ejemplo, adhiere en muchas ocasiones a la convención eurocéntrica dominante (que atraviesa toda la historia del relato de viaje), la cual impone la presencia de un yo en el relato que juzgue el territorio visitado como inferior o carente de rasgos civilizatorios. En ocasiones como en la de uno de sus prólogos, titulado “A los peruanos,” la mujer pone una distancia entre ella (europea) y su referente (sudamericano) determinando el carácter corrupto y embrutecido del pueblo peruano (17).³⁰ Consciente de que está marcando estas diferencias entre el *yo* y el *otro*, la

³⁰ *Peregrinaciones* es antecedido por dos prólogos y un prefacio. El primer prólogo se titula “A los peruanos” y está dirigido a los habitantes de este país a modo de explicación y justificación de las intenciones y juicios de la escritura de este texto. Tristán prevé el rechazo de su obra entre los peruanos y por eso siente al menos el deseo de exponer francamente el motivo de su escritura. El segundo prólogo, encabezado por una cita bíblica de San Mateo, XII, 17 (origen del dicho “la fe mueve montañas”), intenta darle un sentido más universal a *Peregrinaciones* dentro de la esfera de las luchas sociales y la literatura testimonial, autobiográfica. Habiendo establecido el marco local y universal de su texto, el prefacio (a la primera edición) contiene el relato de los motivos y circunstancias personales y familiares que llevaron a Tristán a emprender el viaje cuya experiencia es materia de este libro. Allí sabremos de su

franco-peruana sostiene: “relato mis impresiones tal como las sentí a la vista de nuestra superioridad sobre los individuos de las otras naciones” (109), palabras que expresan la imposibilidad de salirse completamente de los parámetros y prejuicios bajo los que creció, entre ellos, la convicción de que todo sujeto europeo debería sentirse superior frente a los de otras nacionalidades.

Simultáneamente, la autora saluda en este mismo prólogo como “compatriota y amiga” (19), acercándose ahora a la sociedad peruana y expresando más tarde (en su segundo prólogo) que aquello que en apariencia se lee como un duro juicio a Perú, es en realidad el consejo de alguien que ama a este país y que, por sentirse parte de él, cree necesario advertir sobre el presente errado de la nación: “nadie hay quien desee más sinceramente que yo vuestra prosperidad actual ... [A]l ver que andáis errados y que no pensáis ... he tenido el valor de decirlo, con riesgo de ofender vuestro orgullo nacional” (71). El recurso al sentimiento funciona aquí como una instancia ambivalente en la que se expresa identificación y distanciamiento al mismo tiempo. Existe cierto grado de separación y superioridad que la viajera plantea en su relato, pero éste se presenta justificado en el marco de la compasión. En definitiva, pasión y razón aparecen como conceptos complementarios más que opuestos.

Esta capacidad de acercarse o distanciarse de su objeto de observación según lo cree conveniente es agenciada mayormente a partir del uso que hace Tristán del término *paria*, perfil que le resulta ideal para la construcción de su yo autobiográfico en la escritura: “Paria en mi país, había creído que al poner entre Francia y yo la inmensidad de los mares podría recuperar una sombra de libertad. ¡Imposible! En el Nuevo Mundo era

origen familiar, su matrimonio, sus pesares personales y el marco de su lucha por el reconocimiento de su familia peruana.

también una paria como en el otro” (98). En el mismo contexto decimonónico en el que Tristán se autodenomina *paria*, detrás de muchos viajeros subyacía el cumplimiento de una misión de tipo imperial, comercial, científica o gubernamental que le proporcionaba a su experiencia un sentido trascendental. Aunque este carácter de automarginación pareciera dejarla en desventaja frente al resto de la tradición viajera, muy por el contrario, le brinda un mayor margen de agencia. En lugar de reconocer que su viaje carece de una teleología científica, letrada o comercial (lo cual implicaría la desautorización de su ego autorial), la viajera convierte su misión primaria (la económica) en una tarea mayor para su viaje y para sí misma, que excede la búsqueda del reconocimiento simbólico y material de su familia peruana. Adoptando un gesto romántico que rescata la experiencia y el sufrimiento personal como elementos autorizantes, como paria autorizada en su experiencia y sufrimiento personal, Flora Tristán considera necesario escribir para hacerse eco de otras voces marginales que conformarían los nuevos “esclavos” modernos, es decir, las mujeres, los campesinos europeos o los pueblos “atrasados” como el de la nación peruana. La autora afirma por ejemplo que:

Para apreciar la inteligencia y las pasiones del hombre, la instrucción no es lo único necesario. Es preciso haber sufrido y sufrido mucho, pues sólo el infortunio puede enseñarnos a conocer en lo justo lo que valemos y lo que valen los demás. ... Si la expresión del pensamiento se detiene por consideración ante la opinión de otro, si la voz de la conciencia se ahoga por temor de hacerse de enemigos ... se falta a la misión, se reniega de Dios. (76)

Muy sutilmente, aquí Tristán consigue suplantar a la instrucción (los saberes empírico-académicos que caracterizaban entonces a otro tipo de viajero) con otra manera de

“saber,” es decir, con la emoción y la experiencia (el sufrimiento propio). Además, invierte aquí retóricamente el juego de oposiciones norma/trasgresión afirmando que lo “natural” es la libre expresión de los juicios personales; por lo tanto, quienes estarían transgrediendo las reglas sociales no serían las mujeres que como ella intentan incidir directamente en el campo político y cultural de la sociedad, sino todos aquellos que reprimen o se reprimen a sí mismos para no hacer públicos sus pensamientos.

Esta capacidad de captar las retóricas viajeras y de moverse entre las coordenadas culturales de su tiempo me llevan entonces a concluir que la construcción retórica en torno a ser una *paria*, esto es, el hecho de no sentirse parte de ningún grupo social ni nacionalidad determinada, le permite a Tristán moverse sin grandes dificultades hacia ambos extremos, haciendo de su debilidad (no pertenecer) una fortaleza (pertenecer según convenga). De manera ambivalente, ese sentimiento de rechazo que sufre en algunas circunstancias tanto en Francia como en Perú, le impide concretar algunos objetivos personales como el divorciarse, cobrar su herencia paterna o enamorarse libremente del capitán de su barco, pero también es el motivo que le da valor a su escritura y a su experiencia de viaje en nombre de esos desplazados sociales con los que, ahora, dice sentirse cercana.

La crítica ha señalado en numerosas ocasiones que la existencia de este gesto entre las mujeres se relaciona con su capacidad para identificarse con grupos marginados por padecer ellas mismas diferentes grados de exclusión. En mi opinión, y por lo desarrollado hasta aquí, este modo de enunciación del yo como eco de un *nosotros* (los *parias*) puede analizarse también, en palabras de John Beverley, como “una construcción literaria colonial o neo-colonial de un ‘otro’” (7), es decir, un discurso que reproduce las

estructuras de dominación colonial, desde un lugar aparentemente lejano a estas. En efecto, la cercanía de Tristán con esos “otros” (mujeres, esclavos, obreros) responde a momentos estratégicos del texto, en los que la autora utiliza esa debilidad primera para instalarse, paradójicamente, como un sujeto autorizado en esa marginalidad compartida, que por hacerla pública y objeto de su escritura, la consagra como un individuo “superior,” un espíritu más elevado.

Hasta aquí, he expuesto el proceso a través del cual, en medio de una tradición literaria y una sociedad con sus propias regulaciones y constricciones para la mujer, Tristán logra encauzar y escribir su relato. Haber considerado la interacción que Tristán narra con otros viajeros hizo posible destacar el valor autorreferencial del texto que expone la búsqueda y construcción de una voz propia como mujer viajera que sabe compararse con otras voces y encontrar sus carencias (limitaciones por género, educación informal, posición social cuestionable) y las formas como suplirlas (experiencia, escritura). Al mismo tiempo, estos mecanismos han revelado los juegos de justificaciones que Tristán despliega con el fin de evadir los condicionamientos sociales sobre la escritura y militancia femenina: la mujer lima asperezas para ocupar el lugar que quiere pero también busca que ese discurso tenga un alcance y una efectividad que exceda el discurso privado al que las mujeres, muchas veces obligadamente por su contexto, debían adherir.

Una República descompuesta

Una vez llegada a Arequipa, Flora Tristán se adentra en la descripción de la vida política de la reciente nación peruana. Dos factores inciden en este particular interés demostrado por la viajera: en primer lugar, el hecho de que su familia se encontraba íntimamente relacionada con la vida política del Perú (hablar de ellos era hablar de una manera u otra sobre la esfera pública) y en segundo lugar, lo propicio que le es a Tristán el conflictivo contexto de la nación peruana para la expresión de sus hipótesis sobre el futuro de las sociedades. Las preocupaciones sociales de Tristán, incipientes en este momento de su vida, la vuelven susceptible al detalle sobre aspectos que, aunque generalmente se insiste en alejarlos del común denominador de la narrativa femenina, ocupan un lugar central en su relato y en el de muchas otras mujeres intelectuales y viajeras.³¹ En este apartado, quisiera señalar la manera en que Tristán, al exponer los aspectos más inestables de la nación peruana, logra hacer visible la dinámica femenina en esta etapa militar de la República.

¿Qué acontecimientos marcaban la vida política del Perú en el momento de la llegada de Tristán, en 1833? Como se anticipó en el primer capítulo, Perú se encontraba en medio de tensiones políticas y una depresión económica que habían resultado como consecuencia de la independencia de España (Hahner 22). Luego de la crisis colonial, el ex Virreinato peruano enfrentó numerosos conflictos como guerras internas y una crisis económica que impidió que el proyecto de instalación de una República se llevara a cabo

³¹ Muchos estudios sobre el conjunto de la obra de Tristán han señalado su pensamiento socialista vinculado a las ideas propuestas por Saint-Simon y Charles Fourier, al considerar, por ejemplo, la posibilidad de un cambio social dentro de un modelo industrial, pero basado en un sentido de la cooperación alejado de las ideas capitalistas dominantes y en crecimiento entonces. Ver por ejemplo, Carla Faini (95-109) y Susan Grogan (97-114).

de manera eficiente (Mc Evoy 196). Terminada la guerra de la Independencia, Perú queda bajo el mando de Simón Bolívar, hecho que comienza a generar descontentos entre algunos sectores que entienden que estar atados a esta autocracia significaba continuar dependiendo de designios extranjeros. Las disputas surgen entonces por qué tipo de gobierno y en manos de qué sector debía estar el Perú: depender de caudillos y figuras extranjeras, ser gobernados por una minoría aristocrática criolla o por los peruanos de menor rango, menos ligados a las estructuras anteriores de la Colonia (Aljovín 32).

A causa de estos debates, Perú había conseguido la independencia pero eso no había convertido a la región necesariamente en una nación cohesiva. Existe una disyuntiva entre la continuidad de ciertas estructuras y mecanismos de control coloniales y la implementación de nuevas formas acordes a la también nueva organización social.³² Por un lado, como lo explica Basadre, Perú continúa segmentado por los criterios organizativos de clase, etnia y linaje del período virreinal:

Continuó la división de castas; ... el régimen de la familia continuó sin alteración; los indios siguieron siendo “el barro vil con el que se hace el edificio social”; los negros continuaron como gente anexa a las viejas casonas y a las grandes haciendas costeñas. El clero conservó su rol de dueño de la vida espiritual de las clases acomodadas como de las clases populares, premunido, además, de privilegios y fueros. (*Perú: problema y posibilidad* 47)

³² En *From Two Republics to One Divided*, Mark Thurner llama la atención sobre el carácter ficcional y jurídico de las divisiones coloniales y las consecuencias que éstas tuvieron en el proyecto de república criolla. Aquellas divisiones establecidas entre individuos de origen indígena o español poco a poco se confunden y así mezcladas deben ser incorporadas al nuevo proyecto poscolonial, trayendo significativas consecuencias a la forma en que la república moderna será pensada: “The internal fragmentation and crisis of the local Indian republics, combined with the inevitable trespass of the castes, would undermine colonial social (if not juridical) dualism, thereby anticipating postcolonial transfigurations. With this deep past of colonial political history, postcolonial nation-making in Andean Peru could not be the wished-for tabula rasa of enlightened Creole invention but, instead, a dense and multilayered entanglement of colonial ethnic ‘republican’ politics past and postcolonial national ‘republican’ politics present” (6).

La continuación de los parámetros (sociales y religiosos) impuestos en la época colonial sobre la estructura de la vida nacional es precisamente lo que Tristán va a encontrar como el aspecto más retrógrado del contexto americano. Sin embargo, la viajera arroja una mirada que nos ayuda a comprender más exactamente el carácter y alcance de esta organización social polarizada al señalar que sobre estas estructuras, se desplegaban un sinnúmero de negociaciones y actividades cotidianas a las que este mismo Estado no podía controlar (Aljovín 30).³³ Aunque por un lado *Peregrinaciones* juzgue el carácter de atraso del pueblo peruano en sus formas estrictamente tradicionales de concebir la organización familiar o la vida religiosa, Tristán también percibe el carácter permeable de estas formas sociales, algo que las hace potencialmente aptas para el desarrollo de una mayor agencia femenina.

En su paso y convivencia con los ciudadanos de Arequipa, Tristán comprobará que, aunque no se trataba de una sociedad igualitaria, esta región del sur peruano presentaba ciertas ambivalencias a la hora de las divisiones de casta y clase (Chambers, *From Subjects to Citizens* 47). En otras palabras, *Peregrinaciones de una paria* resulta un registro clave para comprender la complejidad del contexto peruano en vías de consolidación como nación, en la medida en que se hace eco de las fisuras y trasgresiones que el forjamiento de una nueva identidad americana estaba provocando, al tiempo en

³³ Para sostener este argumento, Aljovín utiliza la teoría de Max Weber sobre los Estados y dice que en el Perú republicano temprano existió una combinación del Estado patrimonial (gobernado por una sola persona de la cual también depende la burocracia) y el Estado burocrático, basado en el uso de la razón y una burocracia profesional que depende sólo de sus funciones. Así, el historiador explica cómo dentro de las esferas políticas se entrelazan diversas fuerzas que superan la estructura dominante del Estado: “los nombramientos burocráticos se basaron en las relaciones personales, aunque las leyes constriñeron en cierta medida el comportamiento patrimonial. Nadie podía pretender ‘poseer’ el Estado, lo que dio pie a una tensión adicional por la centralización que superponía la débil burocracia limeña a las burocracias provinciales; se generaron así fuerzas centrífugas dentro del aparato estatal” (30).

que estas manifestaciones conviven con la afirmación “oficial” de un *status quo* colonial (legal y religioso) y las disputas entre la aristocracia criolla.

Las apreciaciones de Tristán sobre este aspecto de la República permiten desmontar el mecanismo que busca construir una historia lineal y coherente posible de ser trazada desde la historia colonial hasta el surgimiento de la nación. Contrariamente a la expresión de *una* voz criolla consolidada, *Peregrinaciones* nos revela que estos proyectos muchas veces respondían a los intereses políticos y militares individuales de *algunos* criollos que aprovecharon la liberación de España para agenciar sus propias ideas de dominio.³⁴ Esa voz y genealogía criolla unilineal, cuyos orígenes muchos críticos tratan de señalar en expresiones literarias como las del Inca Garcilaso, o el levantamiento de 1780, se presenta en el relato de Tristán como un entramado mucho más complejo, donde todas las categorías identitarias o de filiación de un sujeto son móviles. Como móviles son también los motivos de cada líder militar o figura política que hace propio o encabeza un proyecto de reorganización bajo la forma moderna de la República, surgida como un “nuevo régimen de autenticidad” (Mc Evoy 198) ante el cambiante escenario americano.³⁵

³⁴ Estas tensiones y contradicciones entre bandos criollos las relata Tristán también en relación con la historia de su propio tío, un militar del ejército realista que tras los vientos de cambio de la república es designado a funciones dentro de este nuevo proyecto: “Con esta conducta prudente, por completo dentro de sus intereses personales, creyó no irritar a ningún partido. Las cosas sucedieron de distinta manera. ... Mi tío se enajenó para siempre a los realistas, quienes lo consideraban como a un traidor e inspiró la desconfianza de los republicanos” (207-08). Tristán dice que su tío rechaza el puesto militar para ser prefecto de Cuzco, aunque en realidad Pío Tristán fue el prefecto de Arequipa desde 1832 hasta el año siguiente, que es cuando Flora llega a Perú (Ver N. de la T. 28).

³⁵ Me refiero a la denominada Rebelión de Tupac Amaru II, levantamiento organizado por este miembro de la nobleza inca en el pueblo de Tinta, donde se inician las protestas contra las autoridades de la corona española por los abusos que cometían los Corregidores en el cobro del tributo y por el mal funcionamiento del sistema de repartimientos mercantiles. Para Aljovín, la defensa de la tesis de que la Independencia se inició con esta rebelión servía en muchos casos (como en el del diputado por Puno, Benito Laso) como contrapartida para criticar la actual falta de “cultura cívica” y la necesidad de la intervención de partes extranjeras como Bolívar (32). Para continuar analizando el cuestionado y complejo vínculo de estos alzamientos con el proyecto criollo de la república, ver Thurner.

Tristán llega al Perú en lo que Basadre llama la primera etapa militar de la República, signada por el autoritarismo de los mencionados caudillos militares como Agustín Gamarra (último presidente) y sucesos controvertidos como la autoproclamación paralela del triunfo de varios candidatos presidenciales. En estos momentos, las elites se habían subordinado a los caudillos militares ya que era sólo a través de estas figuras como veían posible el establecimiento del orden de la nación, lo cual trajo como consecuencia el surgimiento de nuevos espacios (físicos y simbólicos) que deben reconstituirse (Joffré 28). Es lógico entonces que Tristán dedique muchas de las páginas de su relato a la descripción de la constitución del ejército peruano, junto con otras instituciones como la educación y la religión, tal como se verá más adelante.

En primer lugar, dentro del ejército Tristán observa el debilitamiento de la República y, al reparar particularmente en esta institución, la viajera se adentra en el corazón de la vida republicana. En *Forjando la nación*, Mc Evoy explica que a causa del resquebrajamiento de la República, causado por las guerras internas y externas que destruyeron las bases políticas y materiales de la nación, “el republicanismo estableció su temprano vínculo con el militarismo” al recurrir a caudillos formados en el ejército para garantizar cierto grado de credibilidad y estabilidad de la nación (207, 202-03). Tristán observa esta militarización del Perú pero repara en el carácter precario y desorganizado de aquel organismo que, paradójicamente, debía asegurar la solidez de la nación. En el capítulo titulado “La república y los tres presidentes,” en el cual se expone el conflicto entre los designios militares y populares para ocupar la presidencia, la autora se muestra incapaz de comprender las vías de legitimación que el sector militar utilizaba para imponer candidatos, presidentes, levantamientos sin recibir grandes cuestionamientos ni

de sus pares ni de los ciudadanos.³⁶ Por eso recurre a su primo Althaus (militar alemán casado con una de sus primas) sugiriendo que, por ser extranjero, compartirá con ella una mirada distanciada sobre el contexto y podrá proveerle explicaciones que Tristán juzgará como las más acertadas:

Las explicaciones dadas por mi tío a este respecto no fueron muy inteligibles.

Cuando interrogaba a Althaus sobre este tema, me respondía riendo: -Florita, desde que tengo el honor de servir a la República del Perú, no he visto todavía a ningún presidente cuyo título no fuera muy discutible ... A veces ha habido hasta cinco que se decían legalmente elegidos. (325)

Althaus había servido desde su temprana juventud al ejército alemán y su fervor por el combate lo llevó a viajar a Perú y enrolarse en el ejército peruano, donde fue recibido con distinción y privilegios debido a su formación en Europa. Tristán relata cómo su experiencia en el Viejo Continente le produjo una gran decepción al conocer el nuevo ejército del que formaría parte: “cuando vio a los soldados peruanos mal equipados, sin ninguna noción de táctica ni de disciplina militar, cobardes y casi sin ninguna de las virtudes del guerrero, el pobre Althaus quedó petrificado y creyó que se burlaban de él” (297). El ejército, dentro de esta conversación entre extranjeros, es visto como una

³⁶ Los tres “presidentes” a los que se refiere Tristán eran Gamarra, quien acababa de perder el poder, Bermúdez, el candidato propuesto por los militares gamarristas, y Orbegoso, el presidente legalmente elegido. La revolución de 1834 a la que se hace referencia en este contexto es la reacción del pueblo arequipeño a la designación de Bermúdez y su intento por desplazar del poder al legalmente elegido José Luis Orbegoso. El general Domingo Nieto, también mencionado por Tristán, es el militar que se pone al mando de la toma de armas de Arequipa, que termina con el “abrazo de Maquinguayo” el 24 de abril de 1834. Este episodio se conoce como el momento en que Orbegoso y Bermúdez se encontraron para entrar en batalla pero en lugar de eso, dejan las armas y se dan un abrazo: Bermúdez es expatriado y Orbegoso es reconocido como el legítimo presidente de la república. Para la traductora de *Peregrinaciones*, Emilia Romero, la revolución de 1834 significó algo más que una excusa, como las que era común encontrar entonces, para obtener puestos o perseguir enemigos. “Fue un movimiento esencialmente popular y espontáneo, antecedente de la reacción civil contra el militarismo que protagoniza en 1872 la multitud contra los Huyeres y en 1895 las montoneras de Piérola. Desde un punto de vista formal fue la defensa del presidente legal contra el intento de usurpar su función mediante la fuerza. En el fondo representó el anhelo de salir de la etapa del caudillaje, del despotismo, del gobierno de grupo” (N. de la T. 64, 347).

fachada, una versión paródica o burlesca de la institución militar “civilizada”: el ejército peruano aparece como una copia degradada de la disciplina europea. Althaus informa a Tristán sobre el estado del ejército en una serie de bromas que llevan su calamidad a la ridiculez:

Diga Flora, cuando les describa en Francia esas mascaradas peruanas creerán que usted oscurece el cuadro: ¡dos mil ochocientos sables para seiscientos soldados que no tienen zapatos en los pies ni morriones en la cabeza, a quienes, en fin, les falta todo!!! (344)

Con esta imagen hiperbolizada de la crisis del ejército en la boca de un militar europeo experimentado, Tristán consigue ilustrar la imposibilidad de establecer el proyecto republicano dentro de un grupo dirigente que desconoce o no puede asistir al ejército, principal defensor de la nación, con sus necesidades básicas. Para ella, la recurrencia a presidencias y enfrentamientos militares era el resultado de la ausencia de aspiraciones e intereses en común entre las regiones del Perú, geográfica e ideológicamente aisladas una de otra. La “mascarada” militar intentaba hacer de las guerras regionales y partidarias ese proyecto político inexistente en otros ámbitos. Ni siquiera las luchas independentistas de San Martín y Bolívar habían logrado unificar a los peruanos, ya que muchos de ellos (como el tío de Flora), consideraban a éstos simples ladrones que se llevaban sus riquezas para proyectos de los que nunca verían el resultado: evidentemente, el deseo por el poder no estaba relacionado con el deseo de libertad de un pueblo en este contexto, así como tampoco con cuestiones de mejora social, igualdad, o derechos civiles igualitarios.

Otras de las instituciones y aspectos en las que Flora Tristán se detiene con particular interés es la educación ya que para la autora se encuentra allí la raíz de la

ausencia de un proyecto nacional y de Estado sólidos en el Perú. Tristán reflexiona sobre la función de la educación criolla en Europa, estableciendo que de acuerdo al tipo de instrucción obtenida, esta experiencia podría resultar en la consolidación de sentimientos de identificación de un sujeto con su nación o en su completo distanciamiento. Así por ejemplo, en una ocasión Flora conversa con su tía, la esposa de Pío Tristán, y le pide que considere la posibilidad de enviar a sus hijos a educarse en Europa:

Le supliqué [a mi tía] que me confiase a su hijo y a su segunda hija, Panchita, para hacerlos educar en Francia de una manera conveniente a su fortuna y a su rango en la sociedad. Llamé particularmente su atención sobre Panchita, ese ángel de belleza y de espíritu que se volvería un ser extraordinario si sus grandes disposiciones se desarrollaban hábilmente. Mi tía ... me dijo que podría consentir en la marcha de su hijo, pero por nada del mundo se decidiría a enviar a Panchita a Francia. (449)

La reacción de su tía se explica dentro del imaginario discutido en el capítulo 1 sobre la aristocracia de las ex colonias y su relación con los viajes y la educación en Europa. Esta formación extranjera se había instalado como hábito entre las familias que querían educar a sus hijos varones, pero en contadas ocasiones (generalmente por matrimonio o algún otro plan que requiera el consentimiento de un hombre de la familia) se permitía el alejamiento de las hijas del seno del hogar. La esposa de Pío Tristán continúa fundamentando su decisión:

—¡Mandar a mi hija a un colegio de París para que se instruya en filosofía, en la herejía y el ateísmo! ¡Oh! Jamás con mi consentimiento pondrá los pies en un país

donde se ridiculiza nuestra santa religión. Donde Voltaire y Rousseau son considerados como dioses y sus obras están en manos de todo el mundo. (449)

Los prejuicios sobre la educación femenina se presentan aquí en toda su forma, tal como ésta era concebida por la mayoría de los ciudadanos hispanoamericanos. Una mujer educándose en Europa implicaba que ésta no sólo se alejara físicamente del hogar sino también que se distanciara de los valores que toda mujer debía conservar entonces, incluso aquellos que controlaran el tipo de conocimiento adquirido (la filosofía y ciertos campos de la literatura como la novela se encontraban terminantemente vedados del currículo de “saberes femeninos”).

Asimismo, el temor religioso que expresa su tía puede pensarse en un espectro más amplio: la religión encarna un conjunto de valores éticos y morales de manera tal que aquella *herejía europea* de la que se quiere alejar a la joven encubre, entre otras, las prohibiciones en torno al deseo sexual, al despertar de ciertas pasiones que serían incontrolables fuera del hogar y de la figura reguladora de la iglesia. Es decir, una joven que abandona a su familia para educarse en Europa es el signo más patente del futuro fracaso de una sociedad, en tanto supone el abandono de sus roles como esposa, madre y transmisoras de los valores religiosos y morales que debían estar presentes en todo hogar.

Tristán muestra también la contraparte masculina de la educación criolla y percibe que la idea de formarse intelectualmente en Europa no es completamente aprobada por algunos individuos, entre ellos Pío Tristán quien, por su propia experiencia europea, concluye en que esta educación no es más que un conjunto de saberes inaplicables dentro de la nación peruana:

Florita, me guardaré muy bien de enviar a mis hijos a Europa. Tengo ante los ojos demasiados ejemplos de los malos resultados de la educación que allí se recibe. Todos regresan a su país, después de seis u ocho años de ausencia, con gustos de lujo y despilfarro y no saben ya hablar su idioma. En cambio hablan francés, lengua completamente inútil aquí ... Convenga conmigo, Florita, en que no es una educación capaz de hacer hombres útiles a la república. (450-51)

El tío de Flora duda aquí de la efectividad de esos “saberes del otro” (Ramos) en su real y concreta aplicación en América, principalmente en lo que respecta a una nueva lengua. Para Pío, el aprendizaje de una lengua (y hábitos ajenos) funciona como la adquisición de una nueva cosmovisión, extranjerizante, incapaz de servir a los propósitos de una nación en proceso de conformación. Su tío describe los casos en que la lengua y el mundo extranjeros “encandilan” a los americanos, los deslumbran desde el plano sensorial pero no los atrae intelectualmente ni los forma efectivamente como hombres de una nación.

La posición de Flora frente a este imaginario será diferente a lo que expresan sus tíos. Para ella, el error y resultados no esperados de la educación europea tiene que ver con la falta de conocimiento de los padres (¿de la patria?) para “diseñar” el plan de estudios de sus hijos en el extranjero. Los problemas que perciben los Tristán (Pío y su esposa) se originan más bien en el modo en que muchas veces era valorado lo extranjero. Como ya lo había percibido Flora en las ciudades portuarias, “lo europeo” era apreciado generalmente en su forma más superficial: la moda, el gusto refinado, el excentricismo de hablar otra lengua, y en contados casos como el origen de nuevas ideas en torno al progreso, la industria o los sistemas democráticos de gobierno. En definitiva, Tristán

concluye en que si los hombres se convierten en “inútiles” para la nación, es porque fueron enviados sin un propósito claro por sus familias:

[E]n ninguna [carta] he visto recomendar que les enseñen matemáticas, dibujo y los conocimientos requeridos para entrar en una de las escuelas de ingenieros, de minas o politécnicas, que los instruyan en arquitectura o que los envíen a aprender agricultura en las haciendas modelos. ... los padres no pueden quejarse sino de sí mismos si sus hijos han recibido una educación fútil que no los hace apropiados para ninguno de los empleos de la sociedad. (451)

Tristán reflexiona aquí sobre las consecuencias negativas del desconocimiento por la patria y de la ausencia de un proyecto en común que sea agenciado por las clases que dominan la política nacional. No es posible encontrar un sentido claro de utilidad en la educación si antes no se tiene un conocimiento concreto del territorio nacional y sus necesidades. La ignorancia en este campo se traducirá, consecuentemente, en la inutilidad de los viajes y del conocimiento sobre otras culturas, aspectos que una vez de regreso, resultarán, como lo percibe su tío, inútiles.

Se puede establecer un contrapunto aquí entre el pensamiento de Tristán con la visión que, como se verá en el siguiente capítulo, adopta Gorriti sobre los viajes a Europa y la importación de ideas que puedan servir para la patria. En principio, mientras que para Tristán esto es posible y conveniente, no lo será para Gorriti. Curiosamente, el punto de vista de esta última será igual al de la familia de Tristán, que se posiciona en contra de las tendencias extranjerizantes que proporcionan cierto tipo de viaje a un individuo. Sin embargo, ambas considerarán el origen de los posibles “peligros” de la vida en Europa,

no en la sociedad europea en sí misma, sino en la falta de educación y guía con la que parten los jóvenes americanos hacia allí.

En la conversación que tiene Flora con su familia sobre el destino de sus dos primos pequeños, podrían oírse ecos de las discusiones más definitorias sobre el futuro de la patria en boca de los intelectuales durante todo el siglo XIX, confrontaciones que también supieron ser trasladadas emblemáticamente al campo de la literatura en las formas de una defensa regionalista frente al avance de tendencias cosmopolitas, o del carácter local contra cualquier signo proveniente de las culturas extranjeras, de la “patria nueva” frente a una “patria vieja,” en resumen, las discusiones en torno al lugar de los cambios de la modernidad frente a la tradición a lo largo de las generaciones. Así, la viajera escucha consternada los implacables juicios de su tío y concluye que éste:

Prefería morir antes de ver declinar esta influencia dominadora. ... Don Pío desea que su hijo tenga siempre necesidad de él ... Con este objetivo mi tío no quiere que este niño adquiera nuevas ideas y desarrolle su inteligencia. Teme que la educación europea tenga por resultado inspirar a Florentino confianza en sí mismo y desdeñar los consejos y opiniones de su padre. (452-53)

Lo que el comentario de Tristán sugiere es precisamente lo que se afirmaba al comienzo de este apartado, el deseo de las clases dominantes peruanas por conservar el estado de su sociedad tal como existía bajo la estructura colonial que los colocó en un espacio de privilegio. Revisar las ideas y modelos de nación con propuestas nuevas e importadas, más allá de su efectividad o no, implicaría una voluntad de cambio y movilidad social que no existía entonces.

Una tercer característica del pueblo peruano que llama la atención de Tristán es la institución religiosa (católica), sus numerosas celebraciones y la popularidad de éstas entre todos los sectores sociales. La viajera concibe a este fenómeno como una de las estrategias con las cuales el clero trata de continuar su dominio:

La religión católica, desde los tiempos de la más profunda ignorancia, no ha expuesto nunca a toda luz tan incandescentes bufonadas ni desfiles más escandalosamente impíos. ... Era una confusión grotesca donde se oían gritos y risas convulsas y aparté los ojos con disgusto. ... Estas fiestas y la magnificencia que las caracteriza hacen la felicidad de los habitantes del Perú. Dudo que sea posible espiritualizar su culto antes de mucho tiempo. (249)

Así como el ejército es una “mascarada” sin eficacia real y la educación formal en el extranjero suele pensarse como un “recreo” de los jóvenes lejos del hogar, la religión funciona de la misma manera: detrás de toda la parafernalia de las celebraciones Tristán percibe un vacío de espiritualidad y una forma de legitimar las estructuras de dominación anteriores a la República.

Desde la conciencia absoluta de su rol como viajera extranjera, Tristán observa con admiración y extrañamiento algo que funciona como un microcosmos a partir del cual analizar la vida del Perú en su totalidad, esto es, el carácter sincrético de las celebraciones religiosas, ya que éstas congregan y confunden a sujetos de diferentes razas y orígenes sociales.³⁷ Tristán se presenta perturbada frente al carácter diverso de esta celebración: negros, zambos, mulatos, criollos, los elementos religiosos y los paganos, todo esto formando parte de una misma celebración a la que no puede llamar religiosa, en

³⁷ Para más información acerca del carácter interracial de las celebraciones religiosas y la forma en que éstas se convierten en formas de control social en Arequipa, ver los capítulos 2 y 3 de *From Subjects to Citizens* de Sarah Chambers.

los términos en que ella entiende a una religión. La autora cree que esta apelación a los sentidos y sensaciones del espectador funciona como una perpetuación de la infantilidad del pueblo peruano:

Era una cosa nueva para mí, hija del siglo XIX, recién llegada de París, la representación de un Misterio bajo el pórtico de una iglesia en presencia de una inmensa multitud de pueblo. Pero el espectáculo más lleno de enseñanzas era la brutalidad, los vestidos groseros y los harapos de ese mismo pueblo cuya extrema ignorancia y estúpida superstición retrotraían la imaginación a la Edad Media.

Todas esas caras blancas, negras o cobrizas expresaban una ferocidad salvaje y un fanatismo exaltado. (250)

En esta representación religiosa el Perú en su totalidad (con todas las razas y sectores sociales que lo integran) se figura nuevamente como un territorio cuya cultura y formas sociales no pertenecen a la de un pueblo del siglo XIX sino que lo asemeja a las sociedades medievales en las que las reglas de la vida moderna que la autora proclama aún no habían sido instauradas.

El mismo juicio emite cuando describe de manera grotesca la celebración de Nuestra Señora de las Mercedes en Arequipa a la que asiste con una de sus tías: “por lo que pude ver, *fui la única* en regresar entristecida de ese espectáculo. ... [S]entía un verdadero pesar por el embrutecimiento de ese pueblo” (destacado mío 97). Desde este lugar excéntrico, es la única que puede ver de forma diferente el espectáculo. La incapacidad de compartir la alegría de una fiesta religiosa se traduce en un rasgo positivo de su persona, que la coloca más cercana a la civilización. Definirse como un sujeto del siglo XIX la asocia a una imagen de mujer moderna vinculada, como afirma en su

segundo prólogo, a una “religión del progreso” cuyos seguidores no experimentan la exacerbación de sus sentidos sino más bien, sacrifican su intelecto para modernizar la sociedad (80). Lejos de este modelo, en el marco de los eventos religiosos, la República peruana se revelaba como contra-ejemplo, como una forma social pre-moderna en pleno siglo XIX, que no se condice con las formas de una república, entendida como una forma de gobierno que intenta agenciar una “causa pública” basada en premisas lógicas.³⁸

En resumen, desde la mirada de Flora Tristán conocemos la debilidad de las instituciones y construcciones simbólicas que deberían servir para la identificación de un sujeto con una nación determinada (instituciones militares y religiosas, lengua, educación). La viajera demuestra claramente que la legitimidad política de la República se construía por medio de las mencionadas fachadas (constitucionales o caudillistas) (Lynch 141) pero también, adoptando aquí el argumento de Aljovín, su texto revela que el diseño y funcionamiento de las estructuras de poder fueron fuertemente influenciados por “múltiples negociaciones” por parte de las elites y por la constante interacción de diferentes grupos que limitaban el poder de esas constituciones o caudillos (42-43).

Es a partir de estos juicios como Tristán logra una vez más, hacer de los puntos débiles, nuevas fortalezas. Es decir, si la República se muestra débil para fortalecer sus instituciones y vías de control, lo será también en sus formas de marginación de lo femenino, y esto es lo que la autora se dispone a analizar. Tristán estudia las limitaciones de la nación peruana, sus espacios débiles o resquebrajados, para explicar que es ese

³⁸ En *Debating the Nation*, Carla Faini realiza un análisis de contraste entre la “religión del progreso” que aboga Tristán y el estado y función de la iglesia Católica en el Perú. Al mismo tiempo, contrasta el pensamiento de Tristán sobre la cuestión religiosa con las opiniones lanzadas desde la *Revista de Lima*, órgano de la prensa que reunía a los pensadores más importantes del Perú hacia mediados del siglo XIX (124-145).

precisamente el lugar propicio para las fortalezas de la mujer, para la incidencia de éstas en el Estado.

Recomposición de una República femenina

En sus notas sobre la sociedad peruana (de Lima y Arequipa), resulta evidente que el punto de vista de Tristán está atravesado y condicionado por el género: éste sirve como parámetro del estado de atraso o progreso en que se encuentra un pueblo el lugar y funciones de la mujer en cada aspecto social o institución que analiza. Es por eso que me interesa destacar el trazado que hace Tristán de lo que considero una *república femenina* dentro de *Peregrinaciones de una paria*. La *república femenina* a la que me refiero, no es un submundo autónomo, una comunidad con una lógica independiente de la sociedad patriarcal, ni tampoco puede pensarse como una entidad paralela y opuesta a la anterior, sin nexos ni vasos comunicantes con la esfera dominante.

En este sentido, mi postura se aleja de lo que otros críticos como Mary Louise Pratt o Julio Ramos, quienes también han reparado en la incidencia del género dentro del pensamiento de Tristán. Por un lado, Pratt acuña el término “feminotopías” para referirse a la creación de “mundos idealizados de autonomía, poder y placer femeninos” (292) dentro de los relatos de viaje de Tristán y Graham pero analiza a estos círculos de mujeres como un mundo ficcional separado del ámbito público, cuyo poder, autonomía y placer se ve limitado al ejercicio dentro del espacio del hogar, desde donde la mujer puede asistir a los acontecimientos políticos de su contexto, pero en ningún caso incidir

en ellos.³⁹ Por otro lado, Julio Ramos sostiene que ante el rechazo que recibe la viajera por parte de su familia por el reclamo de un lugar en la genealogía paterna, Flora Tristán crea una “red de filiaciones” y jerarquías alternativa que construye narrando una serie de historias de otras mujeres (individuos subalternos en la sociedad peruana) con las que se encuentra en su viaje. De esta manera, el crítico afirma que “su discurso [se] elabora por el reverso de la memoria familiar y republicana” del Perú (25).⁴⁰

Tanto Pratt como Ramos, a pesar de señalar acertadamente las preocupaciones y estrategias retóricas de Tristán en torno a lo femenino, analizan a *Peregrinaciones* presuponiendo que su discurso se enfrenta a una esfera dominante homogénea, sin considerar, como se vio anteriormente, el estado permeable y móvil de la sociedad peruana poco después de su independencia. Es decir, ninguna de estas lecturas cuestiona el carácter abierto de las categorías público/privado o centro/periferia al considerar al discurso de Tristán como el reflejo de una respuesta alternativa generada en un espacio (el privado y periférico) que se enfrenta a otro (el público y hegemónico).

Aunque en mi trazado de la *república femenina* coincido con la idea del carácter retórico-ficcional de esta construcción (Pratt) y con la forma en que Tristán expone así los mecanismos de exclusión que operan en el contexto decimonónico (Ramos), mi lectura intenta explotar la potencialidad del texto y proponer nuevas variantes de análisis.

³⁹ En el caso de Tristán, Pratt sostiene que “[la autora] encuentra esa feminotopía en Lima, donde viaja sola en las últimas semanas de su estadía. Durante esos viajes se siente fascinada por la independencia de la mujer limeña. ... Como Francis Bond Head en las pampas, ella idealiza: las limeñas son más altas que los hombres, maduran tempranamente, tienen embarazos felices ... Sin embargo, carecen de educación y son muy ignorantes” (292).

⁴⁰ Ramos explica: “La propia Tristán, expulsada de las redes de la identificación paterna, encuentra en la literatura un modo alternativo de constituir y legitimar su nombre precisamente mediante la narración de esos relatos de vidas extraordinarias, fugitivas, agentes de pequeños o dramáticos cambios, sujetos, en fin, del acontecimiento que interrumpe los ritmos adecuados de la subjetivación. Con sus voces ... funda la literatura sus legados alternativos que sostienen a su vez la autoridad de saberes institucionales emergentes” (26).

Por un lado, mi postura se extiende más allá de las polaridades que traza Pratt y de los mecanismos de exclusión que establece Ramos. *Peregrinaciones* es más bien el reflejo de un Perú resquebrajado, abierto por eso a la diversidad de intervenciones en la arena pública, con mujeres que entran y salen de la casa para transitar otros espacios, cambiando los órdenes que a posteriori, como lo afirma Ramos, en períodos de mayor estabilidad nacional, se impondrán desde el discurso oficial de la historia patria.

Mi concepto de esta república puede entenderse como un discurso que circula entre las líneas de la sociedad militar, masculina y patriarcal analizada en el apartado anterior. Su estudio permite ver cómo el cuerpo de la nación peruana de principios de siglo XIX en lugar de constituirse sobre la base de la exclusión de lo femenino, inversamente, se apoya con firmeza en la operatividad y el liderazgo de la mujer. Este nuevo elemento se hace visible a la mirada entrenada de Flora Tristán que sabe buscar entre los pliegues del texto social. Tristán enfoca su mirada en aquellos momentos claves en donde esta *república femenina* hace ver (y se hace ver) el conjunto heterogéneo de acciones y negociaciones sociales, genéricas, políticas y culturales, que son la estructura profunda y compleja de la nación.

La República peruana tal como la describe Tristán es una que reflexiona constantemente en las funciones de género, en el poder de la mujer, en sus espacios, en sus incidencias desde allí en la *res pública*. Tristán así confirma, como analizaré en adelante, que la discusión sobre la mujer es definitoria en la mirada hegemónica dentro del pueblo que visita: Perú es una nación mucho más abierta a la emergencia de la mujer en el espacio y causa públicos que lo que es Europa y que lo que el mismo Perú aparenta o quisiera ser. Los momentos y espacios donde se perciben las irregularidades de la

nación andina, como lo han analizado ya Batticuore (*La mujer romántica*) y Masiello (*Between Civilization and Barbarism*) sobre el caso argentino, son los que proporcionan una movilidad positiva para la ampliación de la incidencia de la mujer en la vida nacional más allá de su rol tradicional de “guardiana del hogar.”

Durante los primeros años de la República y en el marco de los conflictos militares descritos, Tristán ahonda sobre la intervención de la mujer en los asuntos políticos de Perú desde diferentes esferas, no sólo la del hogar. La viajera percibe aquello que, hacia finales de la segunda década del siglo XX, Elvira García y García analizaría en *La mujer peruana a través de la historia*, esto es, la agencia de la población femenina extendida a todos los ámbitos de la sociedad, siendo en ocasiones la mujer “la que mejor enterada estaba de los asuntos públicos” (304) y a quienes se recurría en busca de consejos ante ciertos casos de interés común a la sociedad. Este aspecto, posible de encontrar en diversos registros como los mencionados, es interesante de destacarse ya que funciona como el trasfondo del contexto de producción de las impresiones de Tristán, algo que no es completamente tenido en cuenta dentro de los argumentos de Pratt y Ramos.

A modo de ilustración de este protagonismo femenino en la historia peruana, Tristán repara en la función de las *rabonas* en el ejército peruano, estableciendo que desde un espacio aparentemente marginal, estas mujeres se constituyen en un aspecto vital de la vida militar masculina. Maritza Villavicencio ofrece una caracterización de las rabonas como un grupo de mujeres de extracto social bajo, de origen indígena o mestizo, que aunque no estaban vinculadas directamente al ejército, el carácter poco institucionalizado de este último permitía que ellas estuvieran presentes como

acompañantes de los soldados.⁴¹ Como las soldaderas mexicanas, las *rabonas* acompañaban al ejército ejerciendo funciones de diversa índole, desde las tareas de mantenimiento del grupo (alimentación, vestimenta) hasta participar en actividades militares o responder a las necesidades sexuales de los hombres.⁴²

La reflexión de Tristán sobre las *rabonas*, a mi entender, se convierte en uno de los modos más visibles a través del cual la autora señala el carácter permeable de las fronteras institucionales del Estado, en este caso, entre la sociedad civil y la militar. En el marco de este carácter particular de la nación peruana, causado por las continuas guerras civiles en territorio peruano, Tristán encuentra en la labor de las mujeres un contrapunto con la decadencia general del sistema militar. En otras palabras, frente al carácter improvisado de los hombres en campamento, las *rabonas* se convierten en los únicos sujetos capaces de sostener a este grupo humano:

Las rabonas son las vivanderas de la América del Sur.⁴³ En el Perú, cada soldado lleva consigo tantas mujeres cuantas quiere. Hay algunos que tienen hasta cuatro. Éstas forman una tropa considerable, preceden al ejército por el espacio de algunas horas para tener tiempo de conseguir víveres, cocinarles y preparar todo

⁴¹ Villavicencio ofrece más datos acerca de la existencia histórica de este grupo: “A fines de siglo, a propósito de la Guerra con Chile, las rabonas fueron registradas oficialmente como cantineras. ... Con la rabona, un particular oficio femenino del siglo pasado, prácticamente se cerraban las posibilidades ocupacionales de las mujeres de extracción popular” (123-24).

⁴² Esta presencia de las mujeres en el ejército no es un fenómeno del siglo XIX ni exclusivo del Perú. De hecho, el caso referido de las *soldaderas* mexicanas es un ejemplo de esto. Aunque su presencia en el ejército se popularizó durante la Revolución Mexicana de 1910, desde tiempos anteriores a la conquista fue posible encontrar a mujeres participando de la vida en campamentos militares. Para más datos sobre la función de las mujeres en los ejércitos mexicanos, su origen y evolución, ver Elizabeth Salas, *Soldaderas*.

⁴³ Según la definición del diccionario de la Real Academia Española, un vivandero es la persona que provee víveres a los militares en marcha o en campaña. Dentro de las ciudades coloniales de Latinoamérica generalmente se trataba de mujeres de clase baja que vendían comidas durante los días de procesiones religiosas. Por encontrarse en los márgenes de la sociedad en tanto excedían los límites de las acciones aceptables para la mujer (al ingresar al mundo del trabajo) estas mujeres eran el blanco del rechazo social por parte de las clases altas, así como también eran el objeto del control que se trataba de imponer desde instituciones legales y religiosas a estos grupos marginados.

en el albergue que deben ocupar. La partida de la vanguardia femenina permite enseguida juzgar los sufrimientos de estas desgraciadas y la vida de peligros y fatigas que llevan. (366)

Tristán pretende demostrar con su descripción que las *rabonas* no sólo acompañan, sino que también trabajan, como dije antes, para ofrecer el bienestar del grupo a pesar de los sacrificios y maltratos que reciben a cambio (Villavicencio 123): se enfrentan a las poblaciones por las que pasan para recolectar provisiones, se reproducen, cuidan de sus hijos, cargan armas, resisten a las inclemencias del tiempo, es decir, “están expuestas a los mismos peligros y soportan aun mayores fatigas” (Tristán 366). Dentro de esta serie de inconveniencias, para Flora Tristán, el cumplimiento de las funciones maternas junto con tareas de rudas y militares funcionan como un plus dentro de la capacidad femenina: “Cuando se piensa en que, además de llevar esta vida de penurias y peligros cumplen los deberes de la maternidad, se admira uno de que puedan resistir” (366).

Los primeros juicios de Tristán sobre el papel de las *rabonas* marcan una continuidad entre su pensamiento y el debate, entre las posteriores generaciones de mujeres escritoras, sobre el rol de la mujer en la sociedad. Cada una sostiene, incluso en su propia práctica de la escritura, que el máximo valor de la mujer no proviene en ningún caso de su capacidad de enfrentarse enteramente y/o abandonar los roles asignados por la tradición patriarcal, sino más bien, por su habilidad para responder a ellos al mismo tiempo en que se desenvuelve en ámbitos más transgresores. En este caso, podemos decir que el intento de Tristán es demostrar que el valor de las *rabonas*, como el de los demás grupos de mujeres a los que se refiere, debe ser reconocido por su capacidad de responder a estos estándares dobles y no por el cuestionamiento que hagan de alguno de ellos.

Flora continúa su análisis del rol de este grupo de mujeres en el ejército y lleva su pensamiento a una dimensión social más amplia, reparando en las diferencias entre mujeres y hombres indígenas:

Es digno de notar que, mientras el indio prefiere matarse antes de ser soldado, las mujeres indígenas [refiriéndose a las *rabonas*] abrazan esta vida voluntariamente y soportan las fatigas y afrontan los peligros con un valor de que son incapaces los hombres de su raza ... no creo que se pueda citar una prueba más admirable de la superioridad de la mujer en la infancia de los pueblos. (366-67)

Aquí se analiza la existencia de un sentido patriótico dentro de las mujeres indígenas, sentimiento de pertenencia que, contrariamente, la autora encuentra difícil de afianzar entre los hombres de la misma raza. Tristán seguramente juzga este aspecto con la información obtenida de personas de su misma clase, es decir, sin tener el testimonio directo de los indios, sin embargo, su comentario tiene implicancias profundas tanto para el contexto peruano como para la ilustración de cómo funciona la *república femenina* que intento delinear aquí. Por un lado, Tristán anticipa con sus palabras un conflicto que más tarde sería el eje del debate intelectual: la dificultad de incorporar al indio como parte del proyecto de nación. Esta idea fue utilizada para explicar muchos de los fracasos republicanos, principalmente después de la segunda mitad del siglo XIX, tras la derrota en la Guerra del Pacífico (1879-1884). Bajo esta circunstancia, se alegaba que la raíz de la caída peruana se debía, en parte, a la debilidad de la raza o a su incapacidad de sostener lazos de pertenencia con la nación, lo mismo que sugiere Tristán en la cita. Estas reflexiones dirigirán la mirada del sector letrado a la configuración de proyectos ideológicos que giraron en torno a lo que esa nación debía hacer entonces para incluir a

una masa indígena hasta entonces vista como apática, ajena o excluida en el proyecto modernizador del Perú.⁴⁴

En su apreciación sobre las diferencias entre el comportamiento de las mujeres y los hombres indígenas frente a la nación, Tristán es capaz de intuir que será la educación, entre otros aspectos como la regulación del trabajo obrero, una de las bases indispensables para la integración de este sector. Puede entenderse aquí que la falta de sentimiento patriótico en los indios es para Tristán un efecto de la exclusión y de las desigualdades de las que estos eran víctimas, algo que, entre otros aspectos, implicaba la falta de oportunidades para educarse como ciudadanos de la República. Con esto, la autora denuncia una vez más el alcance limitado y personalista del proyecto de nación en el Perú, producto de la intencionalidad de ciertos sectores por mantener al indígena en la ignorancia y disponer del destino de la nación en beneficio propio.

Para dar mayor dimensión al impacto del comentario de Tristán, vale la pena recordar que la inclusión indígena a la nación sólo se había concretado hasta entonces a fuerza de ejercer sobre este sector étnico diversos modos de violencia (física y sociopolítica), como bien lo demostraban los crudos métodos de reclutamiento de indios al ejército o las políticas impositivas aplicadas a este sector, mayormente concentrado en las zonas rurales del Perú.⁴⁵ Al mencionar que un indio prefiere morir antes de ingresar a

⁴⁴ Sólo a modo de ejemplo del amplio debate creado en torno a la figura del indio y su vínculo con la nación, es posible mencionar a Manuel González Prada en su “Discurso en el Politeama” (1888) o su ensayo “Nuestros indios” recogido en *Horas de Lucha* (1898). En la literatura decimonónica, las tradiciones de Ricardo Palma y las de Clorinda Matto, junto con sus novelas, también se articularán en relación a esta preocupación de la época. Mariátegui sigue posteriormente el análisis en sus *Siete ensayos*. Críticos como Ángel Rama (*Transculturación narrativa*) o Cornejo Polar (*Literatura y sociedad en el Perú*) han trazado una cronología de la literatura y pensamiento intelectual latinoamericano de acuerdo a cómo se ha pensado la incorporación de los indígenas al proyecto nacional de la ciudad letrada.

⁴⁵ Aljovín analiza la cuestión de la incorporación indígena a la identidad nacional y explica que entre otras circunstancias (como los procesos electorales y el pago de impuestos), “la incorporación de los indios a la

la milicia peruana, la viajera hace una referencia indirecta a esos mecanismos de opresión ejercidos para la incorporación indígena al imaginario nacional y, claro está, insinúa la improductividad de dichos métodos. Más aun, su comentario muestra que los indígenas nunca fueron incorporados verdaderamente a la República, sino que fueron utilizados estratégicamente en momentos de inestabilidad como las crisis económicas, las guerras civiles o paradójicamente, como se vio antes, como explicación de los fracasos nacionales.

De manera opuesta a estas políticas, la autora sugiere un cambio radical al hablar de la educación como vía integradora, a la manera en que González Prada, a comienzos del siglo XX, lo expresará en ensayos como “Nuestros Indios” (1904), en el cual el autor analiza la opresión indígena como signo de continuidad de las estructuras coloniales en la República, signo de la condición reaccionaria y clasista que él veía en la República. Es notable, sobre todo, que Tristán aporte una dimensión casi borrada a la recurrente pregunta sobre la situación del indio, esto es, la agencia femenina dentro de este debate. Para Tristán, las mujeres indígenas (que integraban casi la totalidad de las *rabonas*) no estaban exentas de la violencia y el clientelismo que signaba la relación de su grupo con el aparato institucional de la República, de hecho, ellas se incorporaban al ejército como vía de supervivencia en momentos de total necesidad, y una vez adentro, eran víctimas tanto de las inclemencias de la vida en el campamento como de los abusos perpetrados

política nacional se logró mediante su ‘inclusión’ en el (o los) ejército(s) nacional(es)” (167). El historiador afirma también que aunque esto marca una participación política de carácter moderno, diferenciado del período colonial, “la inclusión de los indios no fue la expresión de su voluntad individual” (167). Por esta razón, Aljovín también hace referencia al sentimiento contrario que los indios demostraban ante el Estado (o al caudillo) y lo explica como una respuesta a los mencionados métodos brutales de reclutamiento. De esta manera, el pueblo indígena no lograba mantener con la nación otra relación que no fuera la del clientelaje, una especie de “negociación” entre éste y el Estado que se basaba en el cumplimiento de demandas puntuales: a cambio de prestarse para las guerras civiles, por ejemplo, los indios pedían ser recompensados con tierras (Aljovín 169).

por los soldados. Sin embargo, la viajera revela que en medio de este marco situacional, lejos de preferir la muerte como los hombres, las mujeres lograban incorporarse a esa nación (que de otro modo las excluiría), mostrando un mayor nivel de adaptación al contexto que les toca atravesar, inclusive a aquellos que se presentan desfavorables. En esa capacidad residía para Tristán el patriotismo de las *rabonas*, ese signo que las hace ver *superiores* a los hombres de su raza.

Las *rabonas*, en definitiva, logran utilizar de manera positiva las grietas del Estado: si éste no alimenta y sostiene al cuerpo militar, son ellas las que lo harán. Se presenta aquí una oposición al pensamiento dominante decimonónico: la “salud institucional” de la nación depende de las mujeres indígenas, de ese grupo al que el discurso hegemónico ha dejado de lado o lo ha culpado de lo incompleto o de los fracasos del proyecto nacional. Este es un caso ejemplar a través del cual analizar los modos en que la nación depende de las negociaciones que pueda establecer entre sus estructuras de poder más visibles y otras contenidas en su estructura profunda: la “república femenina” articulada, en este caso, por un grupo de *rabonas*.

Existe también otro momento de *Peregrinaciones* que es de gran utilidad para leer la forma general de incidencia de la mujer en la República. En el siguiente ejemplo Tristán nos deja ver más claramente que la relación genérica (sexual) y política se presenta en esta etapa de la historia peruana como un vínculo de complementariedad necesaria. He aquí las palabras de la autora refiriéndose nuevamente a la permanencia de las *rabonas* entre los soldados:

Muchos generales de mérito han querido suplir el servicio de las rabonas e impedirles seguir al ejército. Pero los soldados se han rebelado siempre contra

todas las tentativas de este género y ha sido necesario ceder. No tenían suficiente confianza en la administración militar que debía proveer a sus necesidades para conformarse y renunciar a las *rabonas*. (367)

El accionar de las *rabonas* se presenta como algo que ambiguamente está dentro y fuera de la ley y la sociedad. Si bien no pertenecen a lo que podría llamarse la estructura formal y pública de la institución militar, fácticamente son un componente esencial en la supervivencia de la tropa. Resulta interesante ver que en defensa de esta agencia femenina, Tristán utiliza la voz masculina para destacar la centralidad de las *rabonas*, cuestionando de este modo el carácter marginal del poder de estas mujeres: es la voz de los propios soldados la que exige el mantenimiento de este tipo de relación recíproca por medio de un hipotético sentimiento de desconfianza en la administración del Estado al mismo tiempo que sugieren un accionar indisciplinado (se han rebelado) si la autoridad militar expulsaba a las mujeres de sus filas. Las *rabonas* pueden ser leídas entonces como una emergencia emblemática de lo que he querido explicar con el funcionamiento de una *república femenina*: forman parte del cuerpo militar de la República pero de manera informal, parecen secundarias a los hombres pero les preceden en la batalla, son víctimas pero a la vez son reclamadas por la voz masculina. En resumen, frente a una institución militar desgastada, son las mujeres la alternativa viable frente a este aparato del Estado.

También desde un espacio institucional, pero cuestionado por su incompleta legitimidad y por el rechazo que provocará entre algunos, Tristán se interesa, estando una vez en Lima, por Francisca Gamarra, quien era comúnmente llamada “La Mariscala,” por ser la esposa del Mariscal Agustín Gamarra, que había sido presidente del Perú.⁴⁶

⁴⁶ El Mariscal La Mar es elegido como presidente del Perú por un Congreso que se encontraba disconforme con la dominación bolivariana. En este momento Agustín Gamarra (entonces el prefecto del Cuzco, quien

Francisca era una mujer cuzqueña que habiendo abandonado la vida conventual, se casa con Gamarra, entonces prefecto de Cuzco. Cuando su esposo llega a la primera de presidencia (1829-1833), la Mariscala desempeñó numerosas tareas a la par de éste y de su ejército, hasta el punto en que Basadre, por ejemplo, afirma que en 1832 y 1833 (los últimos y más conflictivos años de su presidencia) “férreamente dominan ... la Mariscala y Gamarra” (*Historia de la República* 342).⁴⁷ Francisca, al igual que las rabonas, no sólo ofició de acompañante de su esposo sino que también, según los relatos de muchos historiadores y tradiciones locales, comandó destacamentos para apoderarse de algunos pueblos y, en Bolivia, asistió a conferencias junto con el presidente y los jefes bolivianos. En otra ocasión, cuando Gamarra debe dirigirse al sur del país ante amenazas de una guerra con Bolivia, es ella quien se encarga de “vigilar” al vice-presidente La Fuente desde Lima, ya que éste quería aprovechar la situación para convocar a un Congreso que lo nombrara presidente definitivo. Dice Basadre que “la Mariscala abre cartas que traen los postillones de la provincia; seduce a los oficiales de órdenes que portan mensajes; azuza a periodistas y espías; y, al fin, lanza a las calles una poblada que busca a La Fuente en su casa y lo hace huír ...” (*Historia de la República* 342).

Desde la capital del país, la Mariscala sobrepasa el espacio intersticial de las *rabonas* para ubicarse en el centro y máximo lugar de poder al que una mujer podía aspirar entonces. Tristán destaca la capacidad que ésta había demostrado mientras estaba junto a su esposo en la presidencia:

había mantenido un gobierno autónomo en su departamento) y Santa Cruz (otro militar presidente provisorio durante el régimen bolivariano) no aprobaron esta decisión. La Mar cae por acción de Gamarra en el campo de Piura y entonces éste se convierte en el nuevo presidente desde 1829 hasta 1833, cuando Flora Tristán asiste a los acontecimiento caóticos que atraviesan el término de su presidencia.

⁴⁷ La Mariscala fallece el 7 de mayo de 1835 y Gamarra es nuevamente presidente del Perú desde 1838 hasta 1841.

Cuando llegó al poder ... la República se hallaba en el estado más deplorable. ... Esa mujer, educada en un convento, sin instrucción, pero dotada de un sentido recto y de una fuerza de voluntad poco común, supo gobernar tan bien este pueblo, hasta entonces ingobernable aun para el mismo Bolívar, que en menos de un año el orden y la tranquilidad reaparecieron. (533)

Nuevamente se observa que la participación femenina emerge en toda su magnitud ante un escenario de ingobernabilidad. Se puede afirmar entonces que el desgaste de las instituciones del Estado actúa como significante que subyace en este eje discursivo: es el corrimiento de las estructuras y aparatos del poder la que posibilita la intervención activa de un sujeto femenino que también se presenta como exponente de una educación informal y/o excéntrica. En estos momentos de crisis, cambio y constante transformación la figura femenina hace de su “debilidad” la herramienta que mejor la prepara para comprender y participar de la vida política.

Sin embargo, el espacio de mayor visibilidad que consigue Gamarra desatará una serie de especulaciones y campañas en su contra.⁴⁸ Al momento en que Tristán la encuentra, la Mariscala está a bordo de un barco en el Puerto del Callao (Lima) a punto de exiliarse a Chile, despojada ya de su espacio de poder y sufriendo el rechazo de toda la población arequipeña y limeña, claves para la continuidad de cualquier líder.⁴⁹ El afán

⁴⁸ Basadre registra los agravios sobre Gamarra y es interesante que ninguno de ellos se dirija directamente al cuestionamiento de su capacidad de liderazgo sino que más bien sean ataques que intentan ridiculizar el hecho de que una mujer se encuentre en el poder. Dice por ejemplo, que Juan Calorio, el editor y dueño del periódico *El Telégrafo de Lima* a menudo recurría a representar diálogos entre negros para atacar a Francisca Gamarra. También se buscaba el ataque por medio de la representación de la obra teatral *La monja Alférez* de Pérez de Montalbán (*Historia de la república* 317), que representa casualmente la historia de Catalina de Erauso, la primer mujer que viaja en un barco español a América, fingiendo ser un hombre.

⁴⁹ En *Historia de la república del Perú*, Basadre incluye también las menciones que hacen De Sartiges y el marino norteamericano Rushenberger de Francisca Gamarra. Ambos hombres tienen una visión un tanto diferente de la de Tristán, y tal vez más acorde con las intenciones del historiador. Lejos de destacar la valentía y preponderancia de esta mujer en la política peruana de manera positiva, ambos se refieren a este

por la conservación del poder ante la derrota con Orbegoso, había llevado al ejército gamarrista a grandes saqueos y numerosas muertes dentro de Arequipa lo que obliga a Francisca a la fuga (dicen que disfrazada de clérigo) hacia Lima, con su acompañante hasta los últimos días, el militar y escritor español Bernardo Escudero. Tristán destaca un aspecto que aunque responde a la apariencia de la mujer, resulta fundamental para comprender el cambio que se ha producido en su vida desde el final de la presidencia de Gamarra. Flora se detiene en la ropa que lleva la Mariscal: sedas, telas importadas, colores suaves y joyas finas que despiertan el interés de la viajera. Francisca parece sorprenderse al notar que estaba siendo observada, entonces expresa a Tristán:

[D]ebe usted comprender que estos vestidos no son los míos. ... [Mi hermana y mi madre] se imaginan que mi fortuna podría rehacerse, si yo consiento en usar vestidos llegados de Europa. Cediendo a sus instancias, me he puesto este traje en el cual me siento molesta, esas medias que son frías para mis piernas, ese gran chal que temo quemar o ensuciar con la ceniza de mi cigarro. Me gustan los vestidos cómodos para montar a caballo, soportar las fatigas de una campaña y visitar los campamentos, los cuarteles y las naves peruanas. Son los únicos que me convienen. (524)

Con estas palabras, Gamarra quiere transmitir a su interlocutora su deseo de permanecer más cercana al perfil de una *rabona* que al de una mujer de alta de sociedad, pendiente de las modas europeas. Para Gamarra parece haber dos formas de ejercer su feminidad, ser una *rabona* o ser una mujer *de ciudad*. Sin embargo, dentro del ámbito político, ella había

hecho como un rasgo anti-femenino que “barbariza” a la mujer. Aunque Tristán cuestionará el visible espacio de Gamarra y concluirá en lo poco conveniente de las intervenciones femeninas de este tipo, también encuentra un factor de admiración en todos los actos de esta mujer que tuvo que enfrentarse a los mayores prejuicios y desprecios por conservar un lugar de poder en una esfera de hombres.

sabido mantener un perfil que combinara la rudeza necesaria para asumir responsabilidades públicas con los aspectos más tradicionales de belleza femenina. Estos últimos funcionaban como una forma de suplir otros aspectos que no la podían “igualar” a un hombre, como por ejemplo, la falta de fortaleza física: “He debido, para suplir la debilidad de nuestro sexo conservar sus atractivos y servirme de ellos para armar, según las necesidades, el brazo de los hombres” (525), explica inclusive la propia Gamarra.⁵⁰ Nuevamente se puede percibir que lo que permite el funcionamiento de la *república femenina* en la sociedad peruana es la capacidad de adaptación de la mujer y que esta habilidad constituye el punto de equilibrio necesario en un período de inestabilidad. ¿Qué ha ocurrido con Francisca Gamarra que ahora es rechazada? Ha perdido esa capacidad. Su ambición por perpetrarse en el poder la ha “masculinizado” en extremo, es más hombre que sus soldados y, en consecuencia, ha roto ese equilibrio que le permitía ser bien vista como mujer y como soldado al mismo tiempo. En otras palabras, ha perdido su función *rabona* dentro de la estructura del poder.

Resulta pertinente en este punto las palabras del historiador boliviano Sánchez de Velasco. En sus *Memorias para la historia de Bolivia* se refiere a Gamarra expresando que “Doña Francisca fue la encarnación más alta de la rabona, vino a simbolizar la venganza de las rabonas contra las orgullosas tapadas limeñas” (citado por Basadre, *Historia de la República del Perú* 341). Las palabras del historiador boliviano dejan entrever la existencia de esta función *rabona* en la cultura peruana del XIX, función que

⁵⁰ Al igual que Gamarra, la propia Tristán afirma que hace uso de ciertos “recursos femeninos” tales como la debilidad y la seducción en las escenas analizadas por el desierto y cuando piensa tomar parte de los sucesos políticos de Arequipa: “Debía aplicarme a encontrar un militar que, por la energía de su carácter y su influencia sobre los soldados, fuese propio secundarme. Le inspiraría amor, fomentaría su ambición y me serviría de él para emprenderlo todo” (359). Esta actitud ambigua frente a los estereotipos femeninos tradicionales presentan una imagen contradictoria de la ideología de Tristán, hecho que a su vez señala el carácter performativo de todo este texto.

había sido asumida por la Mariscala y que le había dado los mayores frutos durante su pública participación política. El poder de esta función, al mismo tiempo, aparece como limitado por la institucionalización de este modo de agencia o, en otras palabras, la función pierde su poder en el momento en que se exceden los límites tolerados. La Mariscala caerá en desgracia una vez que haya llevado hasta el límite la figura de la *rabona*, exigiendo un tipo de participación política que la hace intolerable a los ojos de la sociedad.

Por último, la escena que la muestra sin su ropa de batalla, de campamento, puede leerse como signo de la decadencia de Gamarra en el poder. Mostrarse nuevamente “feminizada,” vestida con trajes que siguen la moda europea, es una forma de representar la imposibilidad de la Mariscala de recuperar el espacio de poder público que tanto persiguió a lo largo de su vida. Su nuevo y “regularizado” aspecto personal funciona como un paralelo de cierta estabilidad conseguida en la escena política, circunstancia que ya no propicia la visibilidad del poder femenino tal como lo representara la Mariscala, la más consagrada *rabona*. En un territorio que está emitiendo signos de progresivo orden al reconocer al presidente legalmente electo y erigirse contra la oligarquía militar que se había establecido, la mujer debe encontrar otros modos de agencia personal en la arena pública.

En otro orden de cosas, es evidente que Tristán intenta trazar un paralelo entre la situación de ese momento de la República y la que ella se encontrará de vuelta en Europa. Conocer a la Mariscala en el momento en que se encuentra acechada por sus enemigos, camino al exilio, resulta fundamental para las reflexiones de Tristán en torno a los modos de ejercer la política. La viajera refuerza sutilmente la idea de un orden por venir en el

territorio andino que implica la caída (al menos momentáneamente) de formas de representaciones políticas anteriores encarnadas por la Mariscala: el vislumbre de un orden simultáneamente parece traer la neutralización de la función de la mujer en su sociedad, lo mismo que ella ha visto desarrollarse en Europa (Francia, por ejemplo, se resiste al divorcio y Tristán debe llevar una vida de *paria* en su propio país). En el caso del Perú de Gamarra, ésta no ha sabido adaptarse a su nuevo escenario que termina repeliéndola de los círculos de poder. A causa de esto, Flora recuerda sus propias ambiciones de convertirse en figura pública y se pregunta:

¿eran éstos los tormentos que me estaban reservados si hubiese tenido éxito en la empresa que meditaba? ... Experimentaba un sentimiento de rubor por haber creído un instante en la felicidad de la carrera de la ambición y en la existencia de una compensación en el mundo a la pérdida de la independencia. (528)

En las palabras de Tristán es posible interpretar un sentimiento de desazón por la imposición del modelo triunfante que irremediamente va a distanciar a la mujer de la vida política. Al mismo tiempo, se recupera aquí cierto gesto autobiográfico: la autora se apoya en estos registros para replantear su propia agencia femenina. El caso de Francisca Gamarra le ha confirmado la necesidad de ir adaptando sus modos de intervención al contexto sociocultural e histórico que le toque en cada momento, los discursos que circulen entonces y, a la hora de ejercer la escritura, adecuarse al público lector, aspectos que consigue plasmar magistralmente dentro de sus propias *Peregrinaciones*.

Como se pudo analizar en apartados anteriores, el testimonio de Gamarra es una acabada muestra de que no existe un único modo para la mujer de intervenir en los asuntos públicos o políticos: formas posibles y positivas en un momento puede ser objeto

de condena en otro. Luego de anotar éxitos y fracasos de la *república femenina* peruana, Tristán concluye en que lo fundamental de la agencia de la mujer radica en la construcción de un accionar que se base y afirme en la diferencia: la relevancia de ciertas funciones femeninas en tiempos cruciales de la vida nacional no está en su capacidad de “igualarse” al hombre, sino en su habilidad para responder a la nación desde una esfera que es única y se convierte en indispensable. El pensamiento de la viajera es así uno superador, que admira de las mujeres peruanas no la forma en que éstas actúan en sí misma sino el modo versátil de operar, su capacidad de hacer de momentos inestables, posibles contextos de visibilidad de la mujer.

A modo de ejemplificación de otra instancia en la que se aprecia la dinámica de la mujer en la república, quisiera citar un último ejemplo mencionado en *Peregrinaciones*. Mientras se encuentra en Lima, Tristán hace referencia a las *tapadas*, mujeres limeñas que se distinguían por su modo de vestir. Las *tapadas* se vestían en estos primeros años de la República conservando una costumbre de la época colonial que consistía en taparse las cabezas y las caras, dejando sólo un ojo visible, con dos mantones a los que se llamaban *saya* y *manto*.⁵¹ Este atuendo era utilizado fuera del hogar, por lo tanto, en cualquier espacio público, las mujeres lograban confundir ante los demás su origen, clase social, raza, y aspecto físico. El uso de este traje muchas veces era señalado, en los periódicos y textos de la época, como cargado de cierto *riesgo moral* ya que el

⁵¹ Tristán describe el traje refiriéndose a su excepcionalidad de la siguiente manera: “Su vestido es único. Lima es la única ciudad del mundo donde ha aparecido. En vano se ha buscado hasta en las crónicas antiguas de dónde podía traer su origen. No se ha podido descubrirlo. ... Ese vestido, llamado saya, se compone de una falda y de una especie de saco que envuelve los hombros, los brazos y la cabeza y se llama manto. Ya oigo a nuestras elegantes parisienses lanzar exclamaciones sobre la sencillez de este vestido” (491).

ocultamiento casi completo del rostro de la mujer permitía que estas coquetearan y se insinuaran sin importar su estado civil o los compromisos que ésta hubiera contraído.⁵²

Al percibir esto, Tristán expresa que el traje de las tapadas funcionaba como una forma de ejercicio de cierta libertad, encubierta todavía, de la mujer en la esfera pública:

[B]ajo la saya la limeña es libre, goza de su independencia y se apoya confiadamente en esta fuerza verdadera que todo ser siente en sí cuando puede proceder según los deseos de su organismo. ... [S]oltera, escapa al dominio de sus padres por la libertad que le da su traje; cuando se casa, no toma el nombre del marido, conserva el suyo y siempre es la dueña de su casa. Cuando el hogar la aburre mucho se pone su saya y sale como lo hacen los hombres al coger su sombrero. (497)

Tristán descubre que bajo una forma colonial que parece ser signo del conservadurismo de la tradición virreinal, se esconde una instancia de potencial poder femenino. Es un medio que posibilita el contacto entre ese adentro (el hogar, la familia) y afuera (la calle, los espacios y eventos públicos) que de otro modo se concebirían como esferas disociadas: el manto y la saya las comunica y las confunde. Al analizar las modificaciones que la infraestructura de la ciudad de Lima sufre a lo largo del siglo XIX, Gabriel Joffré encuentra un vínculo entre las modalidades de intervención en el tejido

⁵² Dice Tristán de este carácter homogeneizador y simulador del traje: “¡Cuánta gracia tienen, qué embriagadoras son estas bellas limeñas con saya de un hermoso negro brillante al sol, que dibujan las formas verdaderas de algunas, falsas en muchas otras, pero que imitan bien a la naturaleza ... ¡Qué graciosos son los movimientos de sus hombros, cuando atraen el manto para ocultar por completo el rostro, que por momentos dejan ver a hurtadillas!” (492). Es preciso señalar que la presencia de las *tapadas* en la ciudad de Lima no sólo constituyó el foco de interés de otros viajeros como Max Radiguet sino que fue el centro y motivo de representación literaria del período virreinal. Desde Concolorcorvo, pasando por diversos artículos e ilustraciones de los periódicos más importantes de la ciudad, la obra teatral *La saya y manto* de Manuel Asencio Segura, hasta algunas de las tradiciones de Ricardo Palma. En el campo de la crítica literaria, esta figura femenina también ocupó un lugar prominente a la hora de caracterizar todo un período histórico y cultural (el Virreinato) en estudios como los de Raúl Porras Barrenechea, Luis Alberto Sánchez o Ventura García Calderón.

urbano y los proyectos políticos de la nación, es decir, que se puede establecer una relación, como ya he sugerido, entre las formas que adopta el Estado y los comportamientos y negociaciones que transcurren en su interior (22). En el caso de las *tapadas*, los hábitos y la moda de la ciudad se pueden pensar dentro de esta dinámica urbana que está sentando las bases de un modelo identitario para la nueva nación peruana. El manto y la saya operan en el nivel más visible del Estado como un mecanismo de control del orden interno de un sector de la sociedad (las mujeres) pero, al mismo tiempo, es utilizado por parte de las mismas mujeres como instrumento de insinuación, de seducción y de borramiento/confusión de las categorías de diferenciación social.

Al igual que en los casos anteriores, Tristán encuentra interesante la existencia de una instancia de poder femenino, aun acotado en las *tapadas*, que puede tomar forma dentro la estructura social hegemónica sin romper con ésta. Las *rabonas*, Francisca Gamarra o las *tapadas* son, en definitiva, signos culturales que nos permiten estudiar la complejidad de las formas en que las mujeres negocian su participación en la conformación y el mantenimiento de los principios rectores de la sociedad (el ejército, el sector gobernante, los espacios públicos). La mirada atenta de Tristán descubre la dinámica interna de estos modos particulares de sociabilidad, los cuales—según lo revela la autora— no pueden captarse en toda su magnitud bajo oposiciones binarias (lo masculino o lo femenino, lo público frente a lo privado, o lo político en oposición a lo familiar). Tristán nos permite ver que las relaciones entre género, agencia y nación deben buscarse entre los espacios intermedios que existen entre estas categorías identitarias y las negociaciones que allí se dan.

En el caso de las *tapadas*, es preciso reiterar que esta libertad a la que hace referencia Tristán consiste en momentos muy limitados que, para la viajera, sólo se transformarían en signo de verdadero progreso si estuvieran acompañados de una sólida educación de la mujer. Ese nivel de autonomía que le otorga la vestimenta en los ámbitos sociales, afirma Tristán, debe conservar una correspondencia a nivel espiritual e intelectual:

Cuando esas limeñas encantadoras que no han puesto ningún ideal elevado en las actividades de su vida, después de haber electrizado la imaginación de los jóvenes extranjeros, llegan a mostrarse tales como son, con el corazón hastiado, el espíritu sin cultura, el alma sin nobleza y gustando sólo del dinero... destruyen al instante el brillante prestigio de fascinación que sus encantos produjeron. (494-95)

El examen de esta particularidad de la moda limeña (el uso de saya y manto) le permite a Tristán ensayar un tipo de valoración que hoy llamaríamos sociológica al mismo tiempo en que vuelve a instalar en primer plano la necesidad de complementar las prácticas urbanas y sociales de la mujer con un tipo de educación que supere el mero aprendizaje de modales y “saberes” protocolares de comportamiento en público. Con esto, Tristán se adentra en la discusión sobre qué tipo de educación debe recibir la mujer, tema que fue objeto de los más candentes debates intelectuales en el siglo XIX. La autora sugiere la necesidad de alcanzar un tipo de educación femenina que le permita a las jóvenes limeñas “seducir” desde otros aspectos más allá de su belleza física y, más importante aún, hacerse para sí mismas de un número de competencias intelectuales que, a largo plazo, le permitan funcionar en la sociedad como espíritus independientes. Esto es importante de destacar ya que Tristán evidentemente está tomando una posición más radical frente a la

de hombres y otras mujeres que discutieron el tema: es recién en 1876 bajo el gobierno de Manuel Pardo cuando se vislumbra el primer paso hacia la ampliación de los derechos civiles de la mujer con la declaración de la obligatoriedad de la enseñanza primaria para hombres y mujeres.⁵³ Mientras que muchos (el clérigo Francisco de Paula González Vigil, el intelectual Mariano Amézaga, o las escritoras María del Pilar Sinues y Felisa Moscoso) anhelan una educación que mantenga a la mujer distanciada de la política y del deseo de emancipación completa, Tristán parece dar un paso más adelante al destacar cómo la *tapada* pudiera hacer uso de esa inteligencia y destreza demostradas en su coqueteo tras el manto y la saya para conseguir mayores beneficios para la mujer.

En conclusión, a lo largo de mi capítulo he destacado el valor de *Peregrinaciones de una paria* como herramienta textual de análisis del contexto republicano peruano ya que se trata de un texto que, contrariamente a lo que muchos estudios sobre mujeres viajeras han intentado señalar, revela una fuerte intención por parte de su autora por hacerse eco y réplica de los asuntos más relevantes de la vida nacional peruana de los años '30. Al mismo tiempo, mi acercamiento a la figura autoral de Flora Tristán buscó trazar no su carácter atípico y excéntrico dentro de la tradición de los relatos de viaje, sino la capacidad de inserción, aprendizaje y revisión que la autora demuestra en relación con este corpus textual.

⁵³ Manuel Pardo, hijo del literato y periodista Felipe Pardo y Aliaga, asume en 1872 el primer gobierno civilista tras la primera gran crisis republicana, producto del decaimiento de la industria del guano que había sido hasta entonces el sostén económico del Estado y de las clases dominantes. Las reformas educativas de Pardo (Reglamento General de Instrucción Pública de 1876) formaron parte de una serie de cambios que el presidente implementó en torno a las libertades políticas e individuales en todo el territorio peruano. Aunque la obligatoriedad de la enseñanza primaria ya había sido estipulada en el año 1866, el reglamento de 1876 tuvo un alcance mayor en tanto establecía el carácter público y por lo tanto gratuito de dicha educación. Aunque el contenido de la educación de las niñas aun seguía siendo significativamente menor y más restringido en comparación con los varones, son estas condiciones de posibilidad las que dieron surgimiento a la primera generación de mujeres intelectuales (Villavicencio 45-48).

Así, la primer parte de este capítulo se centró en el proceso de búsqueda y hallazgo de un tono propio para una mujer viajera cuya autoridad textual se ve amenazada tanto por los prejuicios existentes sobre la figura de la mujer escritora y viajera como por los preconceptos en torno a la calidad y validez de la producción literaria femenina. Tristán deja demostrado en su texto su intención por salir airoso de estas dos amenazas. Por un lado entonces, la viajera logrará posicionarse como voz autorizada luego de un estudio detallado (con los materiales que le provee su experiencia) de los posibles perfiles viajeros que una mujer puede adoptar. De este proceso de “testeo” de su posible perfil a adoptar surge un significativo entendimiento acerca de la movilidad de las categorías identitarias que definen a un sujeto: Tristán comprende que sin importar el origen, el género, la nacionalidad o el motivo del viaje, la riqueza de esta experiencia radica en las múltiples posibilidades de exploración de los límites sociales y personales.

En cuanto al proceso de escritura, mostrar a Tristán como una mujer atenta a las ideas y comportamientos existentes entre otros viajeros me ha permitido revelar la poética viajera implícita en *Peregrinaciones*. Se trata de una escritura que lejos de presentarse antihegemónica, encuentra su *originalidad* no en la ruptura con esos discursos masculinos con los que convive, sino en su capacidad de mostrarse conocedora y en consonancia con las normativas tradicionales del viaje, al mismo tiempo en que revela aspectos que se califican como ignorados o desacertados en los discursos de los otros.

Por esta razón, la segunda parte de este capítulo ofrecía un análisis de las observaciones de Tristán sobre el período republicano del Perú, en un intento de

ejemplificar las formas en que la escritura viajera femenina logra adentrarse en el contexto cultural y sociopolítico de los espacios que visita. A diferencia de las lecturas que encapsulan los discursos y perspectivas femeninas en el marco de escenarios privados, subjetivos y desapegados de su contexto, quise en este capítulo ofrecer un ejemplo de cómo los relatos de viajes escritos por mujeres pueden funcionar como herramienta de análisis para un estudio más complejo acerca de los procesos identitarios del siglo XIX en torno a la idea de nación. Las anotaciones de Flora Tristán sobre lo que he denominado una *república femenina*, es decir, la serie de negociaciones y estrategias de poder desplegadas por diferentes grupos de mujeres en el marco de un Estado resquebrajado, son un ejemplo clave de la variedad de aportes que textos como los de las viajeras (Tristán en este caso) pueden aportar al estudio los proyectos nacionales en Hispanoamérica.

Por último, ésta se trata de una lectura abarcadora, no fragmentada del texto de Tristán y proponer un análisis que recupere el texto y figura de la viajera en toda su complejidad. *Peregrinaciones de una paria* no es tan sólo el producto de la narración de los hechos trágicos de la vida de una mujer. Tampoco es un texto de una extranjera hablando idealizadamente de las mujeres locales que conoce en su viaje por Perú. No se trata, asimismo, del testimonio de una viajera en los márgenes absolutos de la tradición masculina. Se trata más bien, de una mujer leyendo críticamente un periodo y buscando la forma de autorizarse para hablar del mismo, ofreciendo matices que necesitan tenerse en cuenta para revisar la pluralidad de perspectivas que los textos literarios (y los relatos de viaje en una posición privilegiada dentro de este corpus) arrojan sobre los procesos

históricos y culturales de la fundación de la identidad nacional y la tradición literaria peruana.

CAPÍTULO III

EXPLORANDO LOS PLIEGUES DE LA PATRIA: JUANA MANUELA GORRITI Y EL PROYECTO NACIONAL

Mis ojos se fijaron con una mirada profunda de indecible gozo, de indecible dolor, en aquel encantado panorama, que presente incesantemente á mi memoria, se desarrollaba en ese momento ante mi.
Juana Manuela Gorriti, *Gubi Amaya*

En este capítulo analizaré dos importantes textos de la autora salteña Juana Manuela Gorriti, *La tierra natal* (1889) y *Peregrinaciones de una alma triste* (1876), como ejemplo clave del juicio que la escritora consigue elaborar sobre los procesos de formación de las naciones en Sudamérica a través de la narración de diferentes viajes autobiográficos y ficcionales. En cada uno de estos textos, voy a demostrar que Gorriti desafía la idea de una voz nacional homogénea que pueda dar cuenta del espacio de la patria. En mi opinión, su idea de nación se parece más a un conjunto variado de regiones, temporalidades, voces y acentos que, en lugar de suprimirse unos a otros, conforman todos juntos una identidad americana plural. Gorriti sugiere que uno de los mejores modos en que se puede registrar esta variedad de voces que componen el escenario nacional y continental es viajando y conociendo la historia profunda de estos territorios.

La obra literaria y periodística de Gorriti ha sido ampliamente estudiada en su relación con las tendencias narrativas de su tiempo, tales como el romanticismo (Batticuore) y el positivismo (Denegri). También se la ha analizado como un corpus que reflexiona, privilegiando la perspectiva de género, sobre el contexto sociopolítico sudamericano, en particular sobre las tensiones entre unitarios y federales en lo que

conformó después la República Argentina (Masiello), la situación indígena en la colonia y la independencia (Kristal; Pratt) o la participación de los intelectuales en la conformación de un Estado-nación de corte liberal en el Perú (Denegri). No obstante, el vínculo profundo que encuentro en su obra entre viaje y nación ha sido escasamente elaborado dentro de estos estudios. En general, el recurso del viaje y la narración de una experiencia de este tipo en los textos de Gorriti se ha interpretado como motivo y marca de continuidad con la retórica romántica decimonónica: en el carácter de “ruina” con el que la autora presenta los espacios familiares del pasado (Batticuore, *La mujer romántica* 288-89), en lo “melodramático” de las aventuras narradas (Berg, Introducción x) o en la forma de elaborar a los personajes y paisajes como “descripción de los estados sentimentales de quien observa” (Regazzoni 566-70). A su vez, las características formales y temáticas de algunas de las historias contenidas en los viajes que Gorriti narra han sido entendidas como anticipaciones de la literatura fantástica americana (Brescia 64-72).⁵⁴

Estas lecturas han recuperado la importancia del viaje en su obra, sin embargo lo han hecho sólo como tema literario desvinculado de la dimensión política e ideológica que el viaje decimonónico propone. Este capítulo ofrece, contrariamente, una contribución crítica para el estudio de la escritura de Gorriti en su relación con ambos aspectos del relato de viaje. Como he anticipado, mi objetivo es demostrar que, a pesar de que este género ha sido considerado entre las fuentes simbólico-discursivas más privilegiadas por el sector hegemónico latinoamericano a la hora de proyectar una nación

⁵⁴ Otros trabajos críticos que han contribuido a la lectura de Gorriti en relación con el campo literario argentino y latinoamericano son *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina* (1992) de Francine Masiello, algunos de los ensayos de la compilación de Lea Fletcher *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX* (1994) y el volumen editado por Cristina Iglesia *El ajuar de la patria: ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti* (1993).

estable y homogénea, la recurrencia al tópico y a los símbolos impuestos por la tradición viajera también han sido útiles, como en el caso de Gorriti, para cuestionar o revisar esta misma idea hegemónica desde espacios menos institucionalizados. Me refiero en este caso a la escritura autobiográfica o ficcional de una mujer que registra la historia nacional y americana destacando espacios (el Noroeste argentino, el interior de Sudamérica, las fronteras) y momentos (luchas civiles entre unitarios y federales, guerras entre países vecinos) inestables de la vida nacional. A diferencia de muchos de los relatos fundacionales que abordan los mismos conflictos que Gorriti, sus textos permanecen ajenos al plan conciliador que generalmente puede leerse en los primeros (Sommer 12). Es la capacidad de la narradora de recuperar en el relato esa complejidad o tensiones sin resolver lo que conforma su visión particular de la patria.

Mi lectura se valdrá en parte de estudios como los de Mary Louise Pratt, Adolfo Prieto, David Viñas o Ángela Pérez Mejía quienes ya han señalado las implicancias políticas e ideológicas del relato de viaje en el proceso de formación de los estados nacionales latinoamericanos. No obstante, me interesa además demostrar que Gorriti particularmente deconstruye los mecanismos discursivos que configuran a este género con el fin de subrayar que el concepto de nación ha sido, según lo analizado en el primer capítulo, una construcción heterogénea a lo largo de todo el siglo XIX (Bhabha 3). Con esto, demuestro que Gorriti participa de las preocupaciones de su tiempo utilizando las mismas herramientas (la narración de un viaje), discutiendo los mismos temas (la identidad, la nación) pero ofreciendo conclusiones que, en numerosas ocasiones, se distancian de las miradas tradicionales. Este gesto incorpora a la escritora argentina a los

planteos de los discursos fundacionales como pieza clave para poder rescatar y ofrecer profundidad a los interrogantes de su época.

En otras palabras, si por un lado se usa la retórica viajera para significar un espacio que recientemente está cobrando sentido de nación, el acto de desmontar esta retórica sacará a la luz los mecanismos de exclusión que se han puesto en práctica para que ese imaginario nacional surja de manera cohesiva hacia los diferentes territorios y sujetos que pasan ahora a formar parte de la nación. Si para muchos intelectuales criollos los tropos de la tradición viajera europea (y los de sus propios viajes por diversos continentes) sirvieron para configurar un primer acercamiento y delimitación (simbólica y material) del territorio patrio (Livon-Grosman 23-30), para Gorriti estas mismas imágenes, rituales y recorridos del viajero arquetípico serán las herramientas de las que se valdrá para criticar las limitaciones tanto de este modo de narrar la nación como del proyecto modernizador que éste funda y consolida.

Así por ejemplo, al narrar la vuelta de la autora a Salta, lugar de su nacimiento, el relato *La tierra natal* (1889) se presenta como una reconstrucción del cuerpo de la nación desde la historia particular de una región de lo que sólo tiempo después llegó a ser una República. Reparar en el hecho de que Gorriti se refiere aquí a una región en particular, la del Noroeste argentino, recupera de manera activa los rasgos geográficos e históricos de una zona que no puede ser considerada como un espacio vacío, sin tradición, es decir, un territorio que se ajusta homogéneamente a los mecanismos de fundación de un Estado-nación moderno. En el amplio y heterogéneo corpus que compone la literatura decimonónica, usualmente, es posible distinguir una búsqueda constante por subsumir lo particular en pos de la visión general. En otras palabras, se intenta mostrar cómo una

región o la historia de un individuo es una pieza que cobra su verdadero significado en tanto puede ser incorporada a la construcción imaginaria y armónica de la nación. Esta operación pone de manifiesto la necesidad de subsumir lo periférico a favor del éxito de un proyecto centralista. Curiosamente este hecho no ha sido percibido por la crítica especializada en este período que parece adoptar metodológicamente esta idea sin tener en cuenta el poder neutralizador de los discursos dominantes del siglo XIX.

El estudio de José Carlos Chiaramonte y Nora Souto, por ejemplo, ejemplifica esta tendencia acrítica al abordar la cuestión de la formación de la nación argentina en el campo de la historia, señalando que muchas de las historias nacionales fueron escritas obviando detalles básicos como el de la imposibilidad de hablar de una nación establecida antes de finales del siglo XIX. El trabajo de estos historiadores explica, entre otros aspectos, la tendencia a evaluar a todas las expresiones de autonomía como incipientes indicadores de un deseo por la creación de un Estado, cuando en Argentina eso tuvo lugar, gradualmente, sólo a partir de la segunda mitad de siglo XIX. Si bien son los integrantes de la generación del '37 los primeros en utilizar, desde el exilio, el concepto de *nacionalidad* como fundamento de la nación, esto no significó que su aplicación dejara de presentar obstáculos, debido a “la carencia de rasgos distintivos respecto de las demás naciones hispanoamericanas” y a “la fuerza que revestían aún los sentimientos localistas, el amor a la patria chica” (Chiaramonte y Souto 321). Será recién el comienzo del siglo XX—“inmigración mediante”— el que verá más o menos definida a la nación argentina, de la mano de las elites dirigentes del '80 y las coyunturas histórico-sociales del Centenario de la Revolución (332).

En concordancia con esto, planteo aquí que el proyecto de Gorriti está lejos de definir, aglutinar y centralizar “lo argentino” como un principio preestablecido y anterior a las disputas regionales de las que sus textos dan cuenta. Más bien, como explico en este capítulo, la escritora dará cuenta de las alianzas, conflictos y aspectos histórico-culturales (las luchas entre unitarios y federales, la cercanía cultural del norte argentino a las naciones andinas, los diferentes tipos de “patria” que diversos sectores discuten, etc.) que irán dando variación y movimiento a los principios identitarios de lo que sólo más tarde se entenderá como una nación. Gorriti, en sus referencias al Noroeste, ofrece la posibilidad de entender a la nación argentina no como una entidad abstracta o vacía de historia sobre la que se puede “inventar” una identidad determinada, sino más bien como a un “todo no homogéneo pero sí armónico de diversas fisonomías regionales” (Castellino 8) las que deben ser reconocidas, caracterizadas e invitadas a participar en esta nueva construcción.

Esta perspectiva regionalista hasta el momento vagamente explorada de la obra de Gorriti se complementará con el análisis de la novela *Peregrinaciones de una alma triste*. Al narrar la fuga de una joven de su hogar en Lima y su recorrido por Sudamérica hasta llegar al lugar donde nació, entre otros espacios que se propone recorrer, Gorriti expone que en el viaje de reconocimiento del espacio propio, deben atravesarse también las fronteras con otras naciones y conocer la historia personal de muchos otros sujetos generalmente también en viaje. Al igual que *La tierra natal* cuestiona la imposición de una identidad abstracta y homogénea sobre una región con su propia historia distintiva, *Peregrinaciones* reformula la función de las fronteras regionales y nacionales en tanto organizadoras o reveladoras de la identidad de un sujeto: los límites políticos y

geográficos de una nación serán vistas, a la manera en que Tristán pensaba la cuestión de la nacionalidad, como construcciones artificiales que no siempre se refieren con exactitud a la situación individual de un sujeto. Esto se demuestra cuando el personaje femenino se encuentra con otros que, aunque pertenecientes a un Estado-nación determinado (Paraguay, Perú, Argentina), difícilmente la experiencia de su vida (generalmente fugas, exilios, persecuciones, ataques) los haga sentirse parte de ese territorio. Analizando momentos específicos de la novela quiero señalar el desdibujamiento que Gorriti aplica sobre los binomios civilización-barbarie o progreso-atraso que en la cotideaneidad de la vida de un individuo no funcionan completamente. Por este motivo, *Peregrinaciones* ejemplifica las limitaciones de pensar a una nación como “comunidad imaginada” unilineal, ya que esta perspectiva no considera la existencia de otros lazos de filiación que, al ser destacados con precisión por Gorriti, muestran la arbitrariedad de las categorías identitarias tradicionales.

Nacimiento de una poética del viaje

Conocéis algo á la vez tan buscado y tan triste como viajar?
Anhelamos partir, hallarnos donde no estamos; cual los
horizontes del porvenir, trasponer tambien los del espacio.
¡Es tan prestigiosa la aureola de lo desconocido!
Realizamos nuestro deseo; alzamos el vuelo en pos de nuevas
impresiones, de perspectivas nuevas; y ... paseamos el alma
de decepcion en decepcion; de nostalgia en nostalgia; á menos
de encontrar un país cuyo miraje guarde la mente; y cuyos
recuerdos, siquiera sean dolorosos, existan vivos en el
corazón.
Juana Manuela Gorriti, “Impresiones y paisajes.” *La Alborada
del Plata*, 2 de diciembre de 1877

El 4 de febrero de 1875, Juana Manuela Gorriti, exiliada ya en Perú, se convierte en la primera mujer en ofrecer un discurso frente al prestigioso organismo literario

peruano el *Club Literario de Lima*.⁵⁵ La segunda Carolina Freyre cinco meses más tarde ofreciendo un discurso que será la primera lectura crítica de *Peregrinaciones de una paria*, de Flora Tristán. En esta oportunidad, Gorriti se pronuncia en contra de una de las ideas compartidas entre los sectores dominantes y letrados del siglo XIX acerca del viaje, esto es, la creencia de que el viaje a Europa constituía la mejor vía de educación para las futuras generaciones dirigentes de las naciones americanas. ¿Cuál es entonces el modelo de viaje propuesto por la escritora? y, en consecuencia, ¿qué imaginario de nación le ayuda a desarrollar esta experiencia? A mi entender, Gorriti reformula este concepto mediante la revalorización de un tipo de viaje al que llamo un “Grand Tour local,” es decir, un recorrido de aprendizaje que en lugar de dirigirse al exterior de la nación, se desarrolla dentro del espacio regional y es la vía de aprehensión y conocimiento (desde ese mismo espacio) de las fronteras interiores de la (futura) nación.⁵⁶

Al repasar los acontecimientos más relevantes de su vida y trayectoria literaria, se puede comprender con facilidad la predilección de Gorriti por las historias regionales.

Nacida en 1818 en Horcones, un campamento fortificado cercano a la ciudad de Salta, en

⁵⁵ Juana Manuela Gorriti y Carolina Freyre, aunque luego se distanciaron por motivos personales, fueron por un tiempo amigas y colaboradoras. Freyre asistía a sus tertulias y en mayo de 1874 editaron juntas *El Álbum. Revista semanal para el bello sexo* que sólo fue publicada unos meses, ya que en agosto del mismo año Gorriti renunció a la dirección para participar en la edición de un nuevo semanario con el título de *La Alborada* (1874-75). El artículo de Luis Miguel Glave, “Letras de mujer,” ofrece detalles de la relación literaria y personal entre las dos escritoras.

⁵⁶ Se denominaba *Grand Tour* al viaje por Europa que realizaban los jóvenes varones de la clase alta europea con el fin de educarse en la “alta cultura” occidental: era un ritual de pasaje educativo. Esta costumbre comienza alrededor de la década de 1660 y se continúa hasta el siglo XIX, periodo en el que se transforma “en una gira de placer por espacios ya domesticados por el turismo” (Fombona 33). Generalmente, este viaje incluía un itinerario fijo cuyo valor residía en la exposición a la cultura clásica y Renacentista que formaba el gusto y los valores estéticos de la aristocracia europea. Trasladado como práctica de la elite criolla a Latinoamérica, este viaje constituye también una vía de educación, un rito de pasaje del joven a la adultez, pero se le agrega una dimensión ideológica mayor, ya que los jóvenes que emprenden este tipo de viajes serán los futuros líderes de las naciones americanas. La idea de mirar hacia Europa, de formarse en el Viejo Continente para luego trasladar ideas y modelos económicos, políticos o sociales al Nuevo, es una práctica que es, como lo muestra la propia Gorriti, objeto de críticas: se cuestiona la validez o el alcance de esta formación para resolver los problemas locales de Hispanoamérica.

el Noroeste argentino, y como hija de José Ignacio Gorriti, un terrateniente que se convierte en héroe de la independencia argentina, Gorriti había crecido en un ámbito familiar estrechamente vinculado a los acontecimientos más relevantes de la vida política en ese entonces. Por esta razón, al desarrollar su escritura ficcional, autobiográfica o periodística, la autora se concentra frecuentemente en personajes históricos femeninos como los de Juana Azurduy, mujer guerrera del ejército del Alto Perú, y en otros íconos de la historia argentina, principalmente salteños, como Martín de Güemes o su tío Juan Ignacio “Pachi” Gorriti (Glave 569).⁵⁷

El protagonismo de su familia en la historia de la región salteña obligará desde joven a Gorriti a emprender varios viajes, generalmente en calidad de exiliada, por diferentes ciudades latinoamericanas. Estos viajes, aunque forzados, otorgarán a Gorriti un conocimiento profundo del continente, sus diferencias y similitudes entre regiones que serán luego los escenarios privilegiados en sus textos. La mítica e inaugural escena de esta serie de viajes y exploración por Sudamérica puede ubicarse cuando, en 1831, Gorriti y su familia se exilian e instalan en Bolivia, donde sólo dos años después Juana Manuela contrae matrimonio con Manuel Isidoro Belzú, oficial de ejército boliviano que llega a ser presidente desde 1848 hasta 1855.⁵⁸ Debido a una conspiración contra el

⁵⁷ Gabriela Mizraje analiza este interés particular de la salteña por incluir historias de personajes claves de la historia argentina y regional del Noroeste en sus artículos “La escritura velada” y “Juana Manuela Gorriti: cuentas pendientes.”

⁵⁸ El exilio de Juana Manuela Gorriti está directamente vinculado al enfrentamiento de los grupos unitarios frente a los federales que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XIX en lo que hoy es la República Argentina. Luego de la Revolución de Mayo de 1810, momento en el que el Virreinato del Río de la Plata declara su soberanía respecto de la corona española, surge el debate por qué papel desempeñaría cada región en el nuevo Estado. Aunque las provincias siguen conservando su soberanía, en 1826 se decide establecer un poder ejecutivo nacional que designa a Rivadavia como presidente. La respuesta a este triunfo unitario llega en 1831, cuando el gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, firma el Pacto Federal con otras provincias como Santa Fe y Entre Ríos. En esta alianza, el caudillo riojano Facundo Quiroga tiene asignada la misión de invadir todas las provincias bajo gobiernos unitarios y conseguir alianzas o hacer la guerra de acuerdo a como se de la resistencia. En este contexto, a finales de 1831 Quiroga llega a Salta y firma un tratado de paz que incluía entre sus condiciones el “destierro de los jefes y

gobierno, Belzú es desterrado y Gorriti lo acompaña a Perú con las dos hijas que habían tenido juntos. A la vuelta de Belzú a Bolivia, la escritora permanece en Lima con sus hijas, donde residirá hasta 1877 que se traslada a Buenos Aires. Gorriti vuelve al Perú a causa de la enfermedad y posterior muerte de una de sus hijas, y no sale de allí hasta 1882, por causa de la guerra entre Chile y la alianza Perú-Bolivia, momento en el que se traslada a Buenos Aires y allí muere en 1892.

En cuanto al trabajo intelectual que la posiciona en este lugar de prominencia en el Perú, es preciso señalar que Gorriti desempeñó numerosas tareas que hicieron posible semejante reconocimiento dentro de esta nación. Desde la década de 1840 Gorriti publica novelas cortas, relatos y ensayos en revistas tanto de Lima como de Buenos Aires. Este vínculo con ambas naciones se refleja tanto en su labor periodística como fundadora de los periódicos *El Álbum* (Lima) y *La Alborada del Plata* (Buenos Aires)—que invitaban a la creación de una red intelectual panamericana incluyendo figuras de Perú, Argentina y todo Sudamérica—como en su novela *La Quena* (1845?/1848?) primera en su género en Argentina que, al mismo tiempo, contiene una temática andina y es publicada en uno de los órganos intelectuales de más alcance en el Perú: *La Revista de Lima* (Denegri, “Juana Manuela Gorriti” 381-82).⁵⁹ En 1865, y luego de tres ocasiones en las que la escritora pierde los manuscritos camino a Buenos Aires, aparece su primer libro *Sueños y*

oficiales que habían combatido ‘contra la causa de los pueblos’”(Bazán 291). Es entonces, cuando los Gorriti deben dejar la provincia y recibir el asilo del presidente boliviano, el mariscal Santa Cruz (Bazán 290-91).

⁵⁹ Como ejemplo de su interés por la interacción cultural entre los países sudamericanos, se pueden mencionar las palabras inaugurales de su periódico en Buenos Aires, *La Alborada del Plata*. Allí Gorriti publica una especie de manifiesto intelectual e ideológico en donde reafirma su deseo de establecer una mayor comunicación entre los países: “Esta selección de producciones, inéditas unas y poco leídas otras, dada á luz en un periódico que se publique á las orillas del Plata, llevará a todas las capitales americanas de habla española, un movimiento desconocido de vida intelectual; y en la opulenta Lima, en la industriosa Bogotá y Caracas la ilustrada, habrá el mismo anhelo que en La Paz de Bolivia, en Chile ó Montevideo por recibir este semanario. ... Así, *La Alborada del Plata* será un periódico internacional destinado á enlazar nuestra literatura á la de las otras repúblicas americanas; y á propagar sus rápidos progresos” (1).

Realidades, donde se compilan textos pertenecientes a los géneros antes mencionados. Dentro de este volumen se destaca nuevamente la predilección de la escritora por los temas nacionales, aquí más puntualmente por aquellos relacionados al llamado periodo rosista (1828-1852). Y en Lima, sede del *Club Literario* en cuestión, Gorriti desempeñó una importante labor docente que le sirvió además como modo de sustento económico para ella y sus hijas, luego de la separación de su esposo. En la capital peruana también fue reconocida entre los círculos intelectuales por su trabajo periodístico y por ser la anfitriona del salón literario más destacado de la ciudad, donde se reunían figuras como Ricardo Palma, Clorinda Matto de Turner y Mercedes Cabello de Carbonera.⁶⁰

A lo largo de todas sus publicaciones, que combinaron lo autobiográfico con la ficción romántica y el costumbrismo, Gorriti exploró modos heterogéneos de pensar a la sociedad decimonónica. Una de las estrategias que evidenció este gesto fue colocar como protagonistas de sus textos a sujetos que van a contrapelo del plan nacional presente, por ejemplo, en las denominadas “ficciones fundacionales” (Masiello *Between Civilization and Barbarism* 13). Su escritura, además, reflexiona constantemente sobre la participación de la mujer dentro del debate sobre lo femenino como concepto: aunque hasta entonces las diferencias de género han sido construidas desde una mirada patriarcal, existen formas, sugerirá Gorriti, en que éstas pueden ser reformuladas gradualmente con la activa intervención de la mujer. Por esta razón, su escritura revela “la manera por la que se creó un universo femenino dentro de las comunidades imaginadas

⁶⁰ Para más detalles sobre la obra de Juana Manuela Gorriti consúltese la introducción de Mary Berg a *Peregrinaciones de una alma triste*, donde se ofrece una excelente cronología de todas sus publicaciones. Graciela Batticuore, por su parte, contribuye a la crítica sobre la autora con un exhaustivo análisis de la recepción y contexto de publicación y lectura de las obras de Gorriti en el siglo XIX argentino en su libro *La mujer romántica*. La crítica también ha realizado un interesante análisis de las veladas literarias y su posterior publicación en relación con el campo cultural concentrado en el circuito Buenos Aires-Lima de la segunda mitad del siglo XIX en otro de sus libros, el ya mencionado *El taller de la escritora. Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti*.

[latinoamericanas] y cómo, en ellas, [se] desarrollaron formas de representar las relaciones de género” (Glave, “Imagen y proyección de la mujer en la República” 554).

Como anticipé, en consonancia con estas preocupaciones literarias, Gorriti se presenta en 1875 frente a la audiencia del *Club Literario de Lima* donde es invitada a contribuir con la lectura de un trabajo de su autoría a modo de homenaje y despedida, ya que la escritora se disponía a viajar a la Argentina. Con una postura que la acerca a los intelectuales pero también a todas las madres y familias peruanas, Gorriti reflexiona en su discurso sobre los viajes de aprendizaje a Europa, que se habían impuesto como hábito entre la aristocracia de la segunda mitad del siglo XIX. Sus palabras, simuladas bajo la modestia y el carácter de improvisación que la autora alega, apuntarán no obstante a una crítica aguda hacia la educación de los hijos en el extranjero:

[P]ermitidme consagrar unos breves momentos, no al desarrollo histórico y filosófico de una idea que, hace largo tiempo, tortura mi mente; sino tan solo para llamar sobre ella vuestra atención, si como yo, la encontrais digna de tomarla en cuenta. ... Hablo, señores, de ese funesto empeño de enviar á nuestros hijos, en su temprana edad, á educarse en Europa, principiando por sacrificar, de antemano, los sagrados vínculos que unen al hombre con la familia y el país natal. (*Anales* 9)

Este breve e improvisado discurso funciona, en mi opinión, como la constitución de la poética del viaje bajo la cual podrán ser leídos todos los textos en los que la autora ficcionaliza el tópico. Graciela Batticuore, al analizar este mismo discurso de Gorriti, también vislumbra una especie de “programa cultural” en sus palabras y compara también a los niños figurados en este discurso con el personaje masculino de la novela *Oasis en la vida* (1888). Allí, Gorriti cuenta la historia de Mauricio, un joven que ha sido

expulsado muy tempranamente de su hogar para ser educado en Europa, pero que ejemplarmente ha sabido conservar el carácter de héroe romántico que anhela con el regreso a su patria (Batticuore, *El taller de la escritora* 97-99).

En definitiva, para Gorriti, que nunca viajó por fuera de Sudamérica, viajar a Europa a temprana edad, se representa como sinónimo de “uno de los males principales para el desarrollo de [la] independencia” de América (Batticuore, “Itinerarios culturales” 164). Para combatir esta tendencia, la autora promoverá una ferviente defensa de la familia y los vínculos de los jóvenes con la misma como vía de consolidación de las estructuras de una nación sólida. Gorriti describe la situación del joven viajero de la siguiente manera:

Arrojado en un mundo desconocido cuya lengua ignora, [el niño] languidece, durante algún tiempo, amilanado, entristecido, en ese aislamiento doloroso. Después, con la ligereza inherente á la infancia, olvídale todo; madre, familia, hogar; ... y cuando un día vuelve á la patria, en vez de la santa alegría del regreso trae el alma lacerada por el dolor de un doble ostracismo: allá el ostracismo de la nacionalidad, aquí el ostracismo del corazón. O bien, sediento de riquezas, de goces á todo trance, á toda costa, conviértese en instrumento de todas las tiranías que se levantan en el suelo americano. (9-10)

Al poner en duda la naturaleza positiva del viaje a Europa en tanto formador de la nueva elite americana, Gorriti revisa y desautoriza uno de los tropos discursivos más repetidos del pensamiento decimonónico. Es interesante recordar que la mujer está pronunciando su discurso frente a una audiencia de renombrados intelectuales y políticos peruanos, quienes en su mayoría han viajado o vivido en Europa y podrían fácilmente representar el

perfil de joven que Gorriti describe (Batticuore, *El taller de la escritora* 98). El viaje que este público en particular pensaba como la gran experiencia de superación y el efectivo remedio de todas las limitaciones presentes en la sociedad americana, no resiste la mirada caústica de la escritora. Para ella, el recurso del viaje es pensado como una acción compleja que puede producir un sujeto doblemente ausente (extranjero tanto en su patria como en el exterior) que habitará un lugar geográfica y simbólicamente intersticial donde la idea de carencia domina y define a su subjetividad.

Gorriti busca establecer en este discurso que las bases para el desarrollo de un efectivo sentimiento patriótico están directamente vinculadas con las formas de realización y concepción de un viaje. Lejos de menospreciar a Europa como destino, la mujer reconoce el valor del Viejo Continente como “el modelo de la perfección humana, en todo sentido, así en sus razas, como en sus progresos intelectuales, morales y materiales” (9) y considera que cualquier joven americano que se forme en este ámbito resultará enormemente beneficiado. Sin embargo, propone como prioridad que, para que esto ocurra, el sujeto debe haber educado “el corazón y el alma ... en el amor del hogar y en la severa sencillez de las costumbres republicanas” (9), es decir, haber llevado a cabo el “Grand Tour local” anteriormente referido.

Al igual que Flora Tristán, Gorriti establece que es el modo y el momento del viaje y no el acto en sí mismo lo que resulta perjudicial para la vida de la nación. En otras palabras, para que un viaje se traduzca en el beneficio colectivo de una sociedad, el viajero debe primeramente formar un vínculo estrecho con su patria, algo que se consigue, justamente, recorriéndola. La escritora expresa por eso un severo juicio hacia los gobernantes e intelectuales que, ignorando las necesidades locales (tal vez por haber

privilegiado el conocimiento por otras tierras y no la propia), acaban siendo tiranos para sus naciones (*Anales* 10). Resulta interesante, con el fin de establecer vínculos entre las mujeres estudiadas, notar cómo la escritora argentina parece dialogar con un inter-texto fundacional que ya he analizado en el capítulo anterior. Me refiero a aquella conversación entre Flora Tristán con sus tíos sobre la posibilidad de que sus sobrinos se eduquen en Europa. Sin embargo, con Gorriti entendida como emblema de la mujer que ha tomado la palabra, la discusión excederá el ámbito familiar (entre tíos y sobrina, como en el caso de Tristán) para colocarse de lleno en la esfera pública, entre pares intelectuales, algo que, reitero, indica el salto progresivo de la mujer en la sociedad desde la temprana época republicana hasta la década del '70.

La presentación de Gorriti en el *Club Literario de Lima* es útil para pensar en dos factores importantes para mi lectura. En primer lugar, confirma la importancia de analizar a las mujeres del siglo XIX en relación con la práctica y escritura del viaje, ya que las dos primeras intervenciones femeninas dentro del mismo organismo de la ciudad letrada peruana giran en torno al tópico de los viajes: Carolina Freyre presenta una crítica a *Peregrinaciones de una paria* y a la forma en que Flora Tristán enjuicia al Perú y Gorriti, precediéndola, llama la atención sobre la costumbre de los criollos de someter a los hijos tempranamente a viajes hacia Europa, hábito que acaba por destruir “los sagrados vínculos que unen al hombre con la familia y el país natal” (*Anales* 9). Esta recurrencia temática no puede entenderse como una mera coincidencia sino que, en mi opinión, debe ser leída como un signo más de la clara importancia que los viajes (bajo su forma de hábito y tópico literario) han desempeñado en Latinoamérica como mecanismos de

aprendizaje y como facilitadores de las herramientas de análisis para la nación tanto entre hombres como mujeres.

En segundo lugar, la cita anterior funciona como un primer acercamiento a las formas bajo las cuales Gorriti concibe el acto de viajar, sus retóricas y sus motivos a lo largo de su obra, y cómo es precisamente a partir de esta heterodoxa idea del viaje que podemos examinar su participación activa en las políticas y poéticas que se embargan en la construcción de imaginarios de nación. Las modulaciones en torno a la retórica del viaje, sus tropos y sus efectos discursivos no serán un mero aditamento ornamental en la escritura de Gorriti—que la explicaría como una versión improvisada de un romanticismo *sui generis*—sino que será un signo preciso que se vincula directamente con el sentido político de patria y nación desarrollado también en la mayoría de sus textos. Estas palabras, casi como una declaración de principios de la escritora salteña, anticipan en el pensamiento de Gorriti ese concepto del viaje como “Grand Tour local” limitado al reconocimiento del territorio sudamericano que estudiaré en su literatura para exponer que Gorriti formula un concepto de viaje como vía de exploración y conocimiento del territorio propio. Para la autora, recorrer la propia patria y el espacio sudamericano traerá como consecuencia el desarrollo de una mayor conciencia de los individuos (principalmente de la mujer) del carácter y problemas actuales de la nación a la que pertenece.

Una nación para el Noroeste argentino

Es sabido también que las tierras llamadas “argentinas” han variado de de extensión a través de la historia, y que al variar, disminuyendo, han pasado de la vaguedad quimérica de los siglos coloniales, a la precisión de los actuales cálculos planimétricos. En el

siglo XVIII eran argentinos el Uruguay y Paraguay, el sur de Bolivia.
... Es un error asaz generalizado en nuestras esferas didácticas y literarias, eso de creer que la Argentina comienza, cronológicamente, el 25 de mayo de 1810, y que su proclamación en el cabildo de Buenos Aires significa la negación de todo lo español que nos había precedido en los años germinales de la colonia. ¿Olvidaremos que la argentinidad no está constituida solamente por el estado y las instituciones políticas soberanas que entonces deseábamos fundar y que no conseguiríamos fundar sino varios lustros más tarde?
Ricardo Rojas, *Historia de la literatura argentina*

Entre 1917 y 1922 aparece en Argentina la primera historia de la literatura nacional escrita por Ricardo Rojas, quien en 1912 se había convertido en el fundador de la cátedra de Literatura Argentina en la Universidad de Buenos Aires, haciendo posible que los estudios académicos sobre literatura comenzaran a incorporar la producción local. Como el epígrafe lo señala, Rojas encuentra un vínculo estrecho entre la literatura argentina y una identidad territorial que no responde necesariamente a las formas legales del Estado y sus instituciones. Al proponer una historia del campo literario, sostiene por eso que su clasificación no podría establecerse siguiendo una cronología histórica lineal, ya que al tratar con la literatura se estaría frente a un “fenómen[o] de orden espiritual” (33) ajeno a estas clasificaciones empírico-positivistas (Poderti 54). Rojas se propone encontrar puntos en común entre todas las experiencias y momentos históricos que se habían desencadenado hasta el momento en el país para definir cierta esencia de la literatura argentina. Sienta entonces unas bases arbitrarias para clasificar el corpus literario nacional definiendo primero *la argentinidad* como “aquella síntesis formada en la conciencia colectiva del país, por la cenestesia de su territorio y de su estado (cuerpo de la nación) y por la memoria de su pueblo y de su idioma (alma de la nación)” (34).

De esta manera, queda establecido que los textos fundacionales más representativos de la literatura argentina serían todos aquellos que hubieran surgido o

fueran difusores de un sentimiento de correspondencia entre los límites legales y geográficos de la nación y los elementos identitarios más abstractos como la raza, la lengua y la tradición (creada sobre la idea de cierta memoria histórica compartida), elementos que forman la “retórica de una nación” aunque no logre definirla completamente (Calhoun 5). Si bien Rojas reconoce abiertamente las diferentes definiciones de “lo argentino” a lo largo de la historia, su proyecto historiográfico no se plantea el concepto de literatura nacional en términos de diversidad (Palermo y Altuna citado por Poderti 53). Más bien, insiste sobre la necesidad de configurar una idea homogénea de nación y, consecuentemente de literatura nacional que se conseguiría encontrando un tono común (*la argentinidad*) que suprima esas diferencias. Es decir, su *Historia de la Literatura Argentina* se hace eco y ejecuta el mecanismo de privilegiar lo general sobre el hecho particular y regional que mencioné antes como característico de la literatura fundacional. Es ese mecanismo el que da creación a su historia de la literatura y coloca como representantes de la *argentinidad* en la literatura a *Facundo*, las *Bases de Alberdi* y al *Martín Fierro*.⁶¹ La incorporación de estos textos bajo una esencia determinada de “lo argentino” confirman el hecho de que en diversos aspectos tanto culturales como políticos o legales, la nación argentina es el resultado de lo que Ighina define como “*diseños intelectuales* que operaron como organizadores del espacio y dispusieron sobre un plano desierto la distribución de una cultura centrífuga deseada por el Estado” (623).

⁶¹ Para más datos acerca del proceso de constitución del canon literario nacional en Argentina véase el trabajo de Fernando Degiovanni *Los textos de la patria*. Una excelente fuente para consultar la labor intelectual y el proyecto de Ricardo Rojas en la literatura argentina es el ensayo de Carlos Altamirano "La fundación de la literatura argentina," en *Ensayos argentinos*.

A pesar de que se puede distinguir en Gorriti la misma convicción de que la literatura se construye en una íntima relación con el territorio al que pertenece, su escritura, contrariamente, busca desnaturalizar el espacio y la historia devolviéndole a ambos sus puntos de tensión, sus contradicciones internas, todo aquello que había sido suprimido en la apropiación simbólica de letrados, padres de la patria y críticos de la literatura. A esta razón tal vez se deba el hecho de que en la historia de Rojas, Gorriti sea incluida vagamente como una figura incómoda e inclasificable, inclusive dentro del microcosmos de la literatura de mujeres:

creo que doña Juana Manuela Gorriti —cuya obra es deleznable desde el punto de vista literario— fué un temperamento raro, intenso, a ratos fantástico; pero no tiene el don de la emoción perdurable ni de la forma feliz, pues su prosa es generalmente declamatoria y errabunda, como su imaginación literaria. (493)

Para el carácter nacional que Rojas intenta definir a partir de un corpus literario delimitado, la narración de la salteña es descrita como el producto de una creación errática en el sentido en que es extraña a esta racionalidad nacional que se intenta construir. Será posible ver en lo que sigue cómo la escritura de esta mujer no se corresponde con el gesto naturalizador y regulador presente en la historia de Rojas (aspecto necesario para formar parte del canon literario), así como tampoco con aquellos textos destinados a la promoción de un imaginario nacional homogéneo, centrado en una ciudad (Buenos Aires en este caso) y en el privilegio de una raza (la blanca) (Poderti 165). Gorriti descompone la operación niveladora de Rojas y de los textos que éste establece como modelos en el sentido en que muestra el territorio nacional todavía no ordenado por esa mirada crítica tradicional. En otras palabras, la obra *errática* de Gorriti

me permite analizar aspectos que quedaron fuera tanto del proyecto fundador de una nación como de la organización simbólica de un pasado literario: la particular obra de la salteña produce un malestar tanto estético como político ya que no puede ser reducida por los parámetros que pretenden regular ambos órdenes. La *errancia* de Gorriti deviene, para mi lectura, en un elemento suplementario, agenciado por el desplazamiento del viaje, que deja ver una postura alternativa ante el establecimiento del territorio patrio letrado.

En *La tierra natal* (1889), Juana Manuela Gorriti narra su regreso a la provincia de Salta, tras un largo exilio de más de cincuenta años. En este texto que combina y recompone cierta estructura del relato de viaje con la autobiografía, se percibe un yo narrador que recorre y evalúa el terreno que alguna vez fue su hogar. Algunos estudios y biografías consideran que la mencionada novela *Gubi Amaya* se basa en el relato autobiográfico de un furtivo viaje de la propia Gorriti, vestida de hombre, a Salta, pero lo cierto es que no se conoce con certeza que la autora haya vuelto a su ciudad natal antes de 1886, año de este viaje.⁶² Como en su discurso en el *Club Literario de Lima*, en este relato de su regreso al lugar de origen, Gorriti acentúa la necesidad de recorrer y reconocer todos los aspectos de ese territorio para poder, en base a ese conocimiento, desarrollar un sentido de pertenencia hacia esta tierra que sólo así podrá ser llamada *patria*. Con este objetivo, su breve estadía en Salta, de sólo veinte días, se relata en una superposición del presente de la ciudad y el pasado de la memoria personal que trae aparejada la narración de diversos tiempos y figuraciones del Noroeste argentino que

⁶² Gubi Amaya fue escrita en tres partes. La primera data de 1850 y fue publicada junto con la segunda sección en *La Revista de Lima* en 1862. La novela completa, con sus tres partes, fue incluida en la colección de relatos *Sueños y realidades* de 1865 (Berg, "Autobiography and Fiction in Juana Manuela Gorriti's *Guby Amaya*" sin paginación).

alternan entre un pasado colonial de la arquitectura, otro pasado independentista en los relatos de aquellos que vivieron y lucharon por la emancipación nacional, el presente extraño y ajeno a la mirada de la viajera y el futuro que la autora predice para su tierra natal.

La misma Gorriti indica la convivencia de estas diferentes temporalidades en su percepción como una “larga epopeya entre el presente y el lejano pasado” (12), es decir, como una serie de sucesos históricos que deben ser narrados conjuntamente para ofrecer una completa visión de los cambios sufridos en toda la historia de este sector del Noroeste. En una de sus primeras impresiones de la ciudad la autora reflexiona en torno a las continuidades y los cambios presentes en el espacio urbano: “[S]entada en un tronco de un tala derribado, contemplaba, buscándolos en el recuerdo, aquellos sitios conocidos en otro tiempo, ahora del todo cambiados. El progreso, invadiéndolos, habíalos grandemente embellecido” (24). Esta cita revela la ambigüedad de sensaciones que provocan los procesos de modernización ante una mirada como la de Gorriti (persistente en el pasado heroico de las luchas por la independencia y las raíces indígenas del territorio andino). Por un lado ésta reconoce el “embellecimiento” que proviene de lo moderno, pero por otro percibe la consecuente e inevitable “invasión” de los espacios del pasado, la pérdida de la carga histórica y sentimental que la escritora encuentra en ellos. Los cambios percibidos llaman la atención sobre las diferentes temporalidades que confluyen en el paisaje nacional: lejos de aparecer como “nivelado” bajo un proyecto estable, el territorio del interior de la nación exhibe tanto marcas de su pasado colonial, como signos presentes de una modernidad en proceso.

Para Masiello, este mecanismo se vincula con el argumento de Edward Said sobre los “dobles comienzos” (xviii), es decir, la existencia de un doble sistema de representación (que habla del pasado y ambiciona un futuro a la vez) que surge en algunas sociedades tras un momento crítico. La crítica establece que al igual que “Victoria de Junín” (1825) de José Joaquín Olmedo y “Oda a la agricultura en la zona tórrida” de Andrés Bello (1826), Gorriti está trazando aquí un pasado mientras señala posibles futuros para las naciones tras el proceso de independencia. Sin embargo, la autora reformula los modos en que la memoria operaba en el siglo XIX desde estos textos programáticos, al presentar una relación inversa (xix), a la que considero más bien ambivalente, entre la nostalgia y el progreso. La historia de Salta no será para Gorriti únicamente aquel pasado glorioso que guarda en su memoria ni el presente (moderno) tras la independencia, sino que será el resultado del proceso de incorporación de ambos como componentes activos y actualizados (no borrados ni simplificados) de la vida social y cultural de la provincia. Es decir, la historia presente de la nación, la que ella percibe, no es el resultado de un borramiento completo del pasado español colonial sino que es una compleja combinación y convivencia de ambas temporalidades, que operan al mismo tiempo como dos lógicas y culturas diferentes e irreductibles.

Por un lado, *La tierra natal* recupera por medio de su narración la importancia que había tenido Salta en la historia colonial y de la independencia como bisagra entre los Andes y el Plata. Salta había compuesto una de las divisiones administrativas del Virreinato del Río de la Plata dentro del Imperio Español y componía, junto con otras regiones que luego se segmentaron con la formación de las naciones (argentina y boliviana) una “unidad regional sustentada en tradiciones, problemas y necesidades

comunes” (Poderti 45).⁶³ Ya *El Lazarillo de ciegos caminantes*, el relato de viajes de un funcionario real por el territorio de la corona española entre 1771 y 1773, nos recordaba el protagonismo de la provincia como región integrante del Camino Real, itinerario trazado para mejorar las comunicaciones entre los polos más importantes del imperio español pero que, al mismo tiempo, posibilitaba el crecimiento de las localidades adyacentes en los 3.000 kilómetros que recorría (Bazán 295). Aunque la delimitación política de la nación había acabado con muchos de estos factores económicos y culturales compartidos, Gorriti los rescatará en la base de su trazado de esa patria extendida americana, la que se compone compartiendo experiencias y percepciones con otros viajeros, escuchando las historias que todos tienen para contar.

Por otro lado, conocemos por boca de la propia autora que su tierra natal, gracias a esa misma posibilidad de expansión del Noroeste en la colonia y de la centralidad de Salta como eje comercial altoperuano, en tiempos de la emancipación convirtió a la región en un punto clave para definir la voluntad independentista, ya que allí se desarrollaron los primeros estallidos revolucionarios (Bazán 295). En este sentido, en el íntimo viaje de retorno a su patria chica, Gorriti restablece los lazos que luego en la historia oficial de la nación serán frecuentemente minimizados o directamente negados. La autora quiere devolverle a su tierra el patriotismo obliterado dentro del discurso que representa al programa modernizador de corte centralista. En definitiva Gorriti busca cambiar el ideologema acuñado por el proyecto triunfante del siglo XIX en el cual el

⁶³ Poderti continúa explicando la importancia de la unidad cultural del Noroeste argentino y cómo ésta se modificó con el trazado político de la nación: “El ámbito del Tucumán se articula como parte del espacio político americano estructurado en la administración colonial española. Se tejen así las instancias iniciales en el proceso constitutivo de esta región de filiación altoperuana, complementaria del Potosí en lo económico y vertebrada al sistema político administrativo con sede en Chuquisaca. Este marco de análisis para la región del Noroeste, como unidad histórico cultural donde se despliega la vida de seis provincias que abarcan una cuarta parte del territorio nacional, supera los enfoques ceñidos aún a los límites de jurisdicciones políticas que destruyeron la unidad profunda gestada desde la época precolombina” (46).

norte es presentado como un espacio bárbaro, vinculado aun con la opresión colonial y ajeno a la historia argentina.⁶⁴ Para recuperar este lugar prominente en la construcción del presente nacional, Gorriti acentúa los nexos entre espacio y significación patria. En una ocasión en la que la narradora es invitada a una celebración donde se entona el himno nacional, ella se recuerda a sí misma, junto a su padre, formando parte de ese ritual que envuelve la iconografía y símbolos nacionales: “Lágrimas de doloroso enternecimiento subieron del corazón, al recuerdo del tiempo en que, de niña, de pie y con devota unción, asida á la mano de mi padre, escuchaba ese canto sagrado, en los días clásicos de la patria...” (48). El himno nacional en el marco de una escena filial funciona como el motor de una rememoración que refleja el deseo de Gorriti por crear un mito fundacional íntimo que recuerde la posición destacada que ocupó un número reducido de familias terratenientes del noroeste en el panteón nacional. Glave se refiere al espacio local salteño y, en consonancia con lo que Gorriti destaca, explica que

[éste] era dominado por un pequeño pero sólido grupo de propietarios de tierras y ganado, comerciantes y vecinos, una clásica oligarquía local, surgida del comercio pero con las mismas expectativas de nobleza y aristocracia de otras dominantes en villas de rancio abolengo señorial. (569)

El reducido grupo de terratenientes fue el encargado de conformar los grupos de vecinos patriotas que pondrían resistencia en esta Guerra Gaucha debido a que los planes trazados

⁶⁴ Utilizo aquí el término “ideologema” en el sentido de Jameson, quien lo define como “unidades discursivas complejas, a la vez ideológicas y formales, que construyen soluciones simbólicas a conflictos históricos concretos” (87-88; 115-19). Según María Teresa Gramuglio, quien también analiza el término en relación con la conformación del canon literario y la figura del escritor argentino, “estos conflictos ponen en juego un sistema de elecciones y valoraciones” (40) y ahuyentan los ataques o afrentas que sufre la propia imagen del escritor y, se puede agregar, del imaginario que éstos quieren proyectar en sus textos. Así, si el motivo primario de algunos textos es la ubicación central de la figura del escritor dentro de una situación claramente delineada y estable, Gorriti vendría a presentar el lado más inestable de estas operaciones simbólico-discursivas.

desde Buenos Aires habían fracasado hasta entonces. Este es un hecho que le sirve a nuestra autora para destacar la importancia de lo local por encima de lo general, resaltando el rol de su propia familia en la epopeya independentista: su padre José Ignacio, amigo y socio político de Güemes, su tía Juana María, casada con el General Manuel de Puch, otro líder regional emparentado a su vez con Güemes.⁶⁵ Estas figuras son como fantasmas que habitan un territorio devastado y que retornan como aquello reprimido por el presente y que traen en sus labios una palabra apenas comprensible. Recorriendo espacios familiares y, al mismo tiempo, vacíos la narradora señala cómo: “Los antiguos dueños de aquellos parajes: los Torino, Astigueta, Quiroz, alzábanse a mi paso y me enviaban la bienvenida a sus dominios con el mudo saludo de los fantasmas” (36-37). La estructura de este sintagma presenta una bimembración explícita donde en el eje del pasado se entrelaza el territorio y la posesión (representada por los apellidos de rancio abolengo) mientras que en el presente se percibe la falta y lo espectral, priorizando la capacidad de la voz narrativa que es la que puede observar y transmitir esta convivencia de diferentes espacios y temporalidades.

Sin embargo, es preciso reiterar que, en la reconstrucción de Gorriti de este pasado mítico fundacional de la actual nación, sobre este panteón heroico, surgen con igual fuerza los momentos de tensión que recuperan el trasfondo conflictivo del camino hacia la independencia. Por ejemplo, al llegar a la ciudad capital de la provincia, que

⁶⁵ “Guerra Gaucha” es el nombre con el cual se conoce a la serie de enfrentamientos en el noroeste argentino y extremo sur de Bolivia en el marco de la guerra por la independencia. Comandadas por el general Martín Miguel de Güemes, estas milicias compuestas mayoritariamente por individuos de procedencia indígena se enfrentaron a los ejércitos realistas durante el período comprendido entre 1814 y 1825. Fue una larga serie de enfrentamientos casi diarios; en su mayoría, apenas cortos tiroteos seguidos de retiradas. Esta gesta militar quedaría registrada en la historia y en la literatura argentina de la mano del escritor Leopoldo Lugones, quien en 1905 publica su obra *La Guerra Gaucha*, la cual intenta ser un registro de estos sucesos tan importantes en la gesta nacional argentina.

lleva su mismo nombre, un sobrino, al que nunca había conocido antes, va a recogerla y la imagen de este joven le despierta recuerdos, ligazones y enfrentamientos familiares que señalan la historia nacional pasada. La autora sugiere la posibilidad de interpretar el destino de la nación a través de los casos particulares que la componen y se expresa positivamente frente al hecho de que las generaciones más jóvenes, como la de su sobrino que se ha casado con una joven de familia políticamente enfrentada a la suya, han logrado la unidad entre sectores sociales que habían estado “unidas en estrecha amistad y separadas después, por los sangrientos odios de la guerra civil” (14). A su vez, esta nota revela la forma particular en que Gorriti instala en *La tierra natal* esa complejidad histórica de Salta, mostrando que a pesar de su incorporación al cuerpo de la nación, las luchas se habían realizado como parte de un proyecto sectorial y fragmentado que así como ella, muchos otros seguirán recordando, ofreciendo al mismo tiempo los trazos perdidos en la escritura de la historia nacional.

Precisamente, uno de los eventos más significativos que Gorriti recuerda respecto del recorrido de la región salteña hacia la independencia son los enfrentamientos locales, que dividieron la provincia en lo que se llamó *Patria Nueva* y *Patria Vieja*, dos segmentos representativos de la lucha por dos proyectos de nación diferentes. A comienzos de 1821, en medio de la lucha contra los españoles, la situación política interna de Salta se volvió tensa a causa de diversas razones como el autoritarismo, la ambición de poder o la inexperiencia política de la dirigencia criolla (Bazán 248). Así, la provincia quedó dividida en estos dos sectores. Del lado de la Patria Vieja se ubicaron los partidarios de Güemes, quien “gozaba de la devoción de sus gauchos pero era odiado por las principales familias de Salta y Jujuy” (Bazán 249). La Patria Nueva, por el contrario,

estaba conformada por un grupo de ideólogos y políticos locales cuyo proyecto era lograr un régimen de mayor libertad opuesto a lo que entendían como un gobierno personalista y autoritario por parte de Güemes, alegando que éste intentaba imponerse sobre la oligarquía provinciana con un sistema político de corte populista que sostenía la causa patria pura y exclusivamente con las sustanciosas sumas de bienes y dinero con las que las clases más acaudaladas eran forzadas a contribuir. El tío de Juana Manuela, el canónigo Juan Ignacio Gorriti perteneció a este grupo mientras que su padre continuó del lado del caudillo salteño, quedando su familia enfrentada por estas cuestiones políticas.

La narradora recuerda este conflicto de la siguiente manera:

Allá, en sus sombrías lontananzas, aparecíanme las encarnizadas luchas de aquellos dos partidos fraticidas:

Patria nueva y Patria vieja,

Que dividieron á los hijos de Salta, retardando tantas glorias y causando tantos desastres.

Patria nueva: agrupación de ilusos y de mal intencionados que, al frente el enemigo, siempre pronto á invadir el suelo patrio, pedían instituciones cuando no era todavía posible dar sino combates.

Patria vieja: falange de héroes, que, sin tregua ni descanso, guerreaban, hacía diez años, contra las poderosas huestes españolas. (56)

Esta reflexión en torno al pasado reciente se da en el contexto del encuentro de la viajera con “miríadas de jóvenes” (55) que cobran familiaridad al ser reconocidos como “la segunda generación de los contemporáneos que yo dejé” (55), quienes son descritos como desconocedores de la historia de su región. Paradójicamente, es la voz de la viajera

la que va a reponer el significante velado de la historia construyendo su propia figura de autoridad ante el desconcertante olvido de las nuevas generaciones. Gorriti debe volver a narrar y describir hechos cruciales del pasado como un gesto de reivindicación y resistencia frente al olvido. Si anteriormente los fantasmas del pasado incitaban a la evocación de las gestas guerreras obliteradas por la razón histórica dominante, en esta nueva escena será la voz de la mujer la que conjura la memoria de los héroes que como ella “sin tregua ni descanso” busca reponer su protagonismo en el escenario nacional. En otras palabras, su construcción de esta mitología fundacional opera de una manera singular ya que no se opone tajantemente ni al relato ni a la teleología oficial de la historia sino que busca recuperar personajes y hechos elididos e insertarlos en esta nueva serie.

Muchos estudios (Pratt, “Las mujeres y el imaginario nacional”; Poderti; Grzegorzcyk) han analizado *La tierra natal* y su particular modo de narrar los acontecimientos como el producto de los condicionamientos hacia el género femenino. Características como la fragilidad femenina, la supervivencia de la mujer y su comunidad en contextos hostiles y la continuidad de su sociedad (tesis de Pratt [57] retomada por las otras dos críticas) son semas que despliegan en la escritura de Gorriti una “visión marginal de la historia” (Guerra Cunningham) que tiene su origen y finalidad en su condición de mujer. Si bien útiles y sugerentes, estas lecturas son un claro ejemplo de lo que he advertido en las páginas anteriores acerca de la tendencia crítica de colocar “lo femenino” en directa oposición a lo que se entiende como la mirada o el discurso tradicional/masculino. Este esquema crítico no termina de explicar en toda su magnitud la heterogeneidad narrativa del relato de Gorriti. Dentro de *La tierra natal* se escuchan otras

voces (en muchos casos masculinas) que comparten la misma mirada excéntrica de la mujer viajera, que interrogan y sacuden ciertos lugares comunes del discurso nacional decimonónico, principalmente aquel que hace coincidir la fundación de la República Argentina con la disolución del conflicto entre unitarios y federales.⁶⁶ Esta última afirmación es puesta en duda por distintas voces del relato dando a entender que existe cierto consenso residual en torno a un origen alternativo de la nación; a la vez que implícitamente parecen criticar los rasgos generales del proyecto modernizador centralista.

La emergencia de una pluralidad de voces que componen un relato regional conflictivo, con sujetos enfrentados hasta en su propia familia, hace de Gorriti una narradora que incomoda a la historia nacional y a la construcción de una literatura fundacional que, en general quiere limar estos conflictos y hacer partícipes a todos de una misma lucha hacia un proyecto único. Como ejemplo clave de estas voces disidentes destaco la presencia de un personaje no estudiado en el contexto de esta obra. Me refiero a la aparición y actuación del anónimo *gauchi-político* con el cual la narradora discute acerca del pasado, el presente y el futuro de la patria. Este personaje encarna las voces de los iniciadores de la literatura gauchesca, quienes habían cantando los *cielitos* (composiciones poético-musicales de origen popular) celebrando las guerras de emancipación pero que rápidamente sintieron un profundo desencanto por los resultados políticos de esta ruptura con España, sentimiento que también supieron manifestar en su

⁶⁶ En “Visión marginal de la historia en la narrativa de Juana Manuela Gorriti,” Guerra Cunningham ha discutido las diferencias en la perspectiva de la literatura de la Generación del ’37 y la de Gorriti. Aunque su análisis insiste en una diferenciación tajante entre el ámbito masculino (destacado por los integrantes de la Gen del ’37) y el femenino (espacio privilegiado por Gorriti en su preferencia por motivos como la premonición, la intuición o lo sobrenatural)—dinámica de análisis de la que ya he señalado mi distanciamiento—la crítica apunta acertadamente a algunas de las características del pensamiento de este grupo que serán reformuladas en la escritura de Gorriti, principalmente en su narración del pasado histórico.

poesía. Principalmente bajo las guerras civiles, la palabra del *gauchi-político* se vuelve un instrumento de denuncia social, un transmisor de “verdades” históricas que todos conocían pero que, parafraseando a *La tierra natal*, en boca de estos personajes lograban un mayor impacto en quienes las oían (19). Este poder de alcance de su palabra lo habían conseguido transmitiendo en clave gauchesca (imitando y estetizando la lengua del gaucho) los sucesos más importantes del acontecer rioplatense, cuya figura central era, por supuesto, Juan Manuel de Rosas.⁶⁷ Dentro del relato de Gorriti, vale la pena recordar que la narradora comparte con este singular personaje parte de su viaje de regreso a Salta y que, a pocos kilómetros de su destino, el *gauchi-político* comienza a relatar una serie de eventos sangrientos y terribles relacionados con las crueles luchas entre unitarios y federales en el terreno salteño. Uno de ellos recuerda las persecuciones pasadas sobre los federales y la ironía que esto resulta visto desde el presente. También a modo de denuncia, el final de la anécdota ilustra con un cuerpo mutilado los resultados de la lucha contra las fuerzas dominantes:

—Precisamente ... allí donde ven las ruinas de aquel rancho, fusilaron a dos valientes servidores de la patria: Pereda y Boedo.

¿Cuál era su crimen?

Ser federales, defensores del mismo gobierno que hoy, los unitarios triunfantes, sostienen y aceptan! Habría de reír de esta imbécil inconsecuencia si no tuviera presente aquella escena que presencié de niño, cuando Boedo ... herido en esa batalla por una bala, que le llevó la mandíbula inferior reemplazada por un

⁶⁷ Ángel Rama analiza la gesta y evolución de la figura del gauchipolítico y la poesía gauchesca rioplatense en su trabajo *Los Gauchipolíticos rioplatenses* (1982).

aparato de goma elástica oculto entre su larga y abundante barba, llegado al momento supremo, así, de una manera imprevista, sin previo juicio, en un parage desierto y rodeado de enemigos, en un arranque de indignación:

—¡Patria!—exclamó—así dejas acabar al que empleó su vida en servirte, y que por ti perdió en una hora cuanto hace dulce la vida: belleza, juventud, amor?—

Y así diciendo, arrancó el aparato que ocultaba la mutilación de su rostro, quedando con la lengua caída sobre el pecho, desfigurado, horrible. (17-18)

Dentro del carruaje, medio de transporte en el que los personajes se desplazan, la voz del *gauchi-político* se destaca en su capacidad de relacionar cada paisaje con un suceso relevante de la historia pasada y reciente. Esta voz que, a principios del XIX, une estética y política encarnando la expresión popular y reactivando la literatura gauchesca desde nuevos géneros y espacios de circulación, logra formular una representación espectacular de la política y la violencia a medida en que los pasajeros se enfrentan con el espacio salteño (Lucero 17-36). La aparición de este particular narrador y su forma de pensar la historia me permiten trazar un paralelo con la propia autora, ya que ambos parecen interpretar la carga histórica del espacio que recorren, acentuando el nexo evidente entre el relato de un sujeto en viaje y la configuración de una nación posible a partir de su conocimiento y recorrido. No es casualidad que en el momento en que la viajera se está acercando al objeto que busca describir intervenga esta voz anónima anticipando de manera grotesca e hiperbólica el mismo tipo de vínculo que la viajera va a describir en su paso y estadía en la capital salteña.

Si Gorriti resulta una figura inclasificable para la historiografía literaria por presentar todos estos conflictos actualizados en las voces de los que participan del pasado

y del presente de la nación, también será un modelo atípico dentro de la narrativa de viajes fundacional. *La tierra natal* ha ocupado hasta ahora un lugar incómodo dentro de la tradición escrituraria de relatos de viaje en Argentina, hecho que se comprueba en la ausencia de estudios de este texto en relación con la tradición viajera decimonónica. Sin embargo, existen razones más complejas y mucho más interesantes de ser analizadas por las cuales Gorriti hace uso de la poética del viaje. Entre ellas se destacará su necesidad de crear una plataforma de discusión ante el problema de la nación en toda su complejidad. Esta propuesta, figurada también en el personaje del *gauchipolítico*, se presenta como la forma invertida de lo que Jens Andermann analiza como la tendencia más codificada del siglo XIX: “El discurso territorial de este primer nacionalismo voluntarista es un discurso *topográfico*: avanza sobre un desierto despojado de huellas culturales, construcción simbólica compleja y calculada donde se silencia y se excluye a otro” (17). El ejemplo más claro de este discurso es el pensamiento y obra de Sarmiento, quien concibe al espacio nacional como pura geografía, despojada de cultura, es decir, de una serie de artefactos o patrimonio que constituya el “ser” de los argentinos. Tanto él como otros autores eligen el tropo del *desierto* como la herramienta para ejemplificar los modos en que se impuso un modelo nacional y su intención de homogeneizar el territorio estableciendo límites entre lo que pertenece y lo que es ajeno a esa geografía que ahora pasa a ser parte de una nación y de un Estado determinado.

Esta elección por el desierto también deja ver que, en general, el estudio de la importancia de los relatos de viaje para la construcción de los imaginarios nacionales ha privilegiado los textos que abordan ciertas zonas geográficas y socio-políticas de la nación argentina por sobre otras. Los trabajos críticos e históricos más destacados sobre

el tema se han concentrado en la configuración de zonas como la pampeana (la llanura) y, sobre todo, el desierto patagónico dentro del discurso de los viajeros. En esta línea de análisis, Ernesto Livon-Grosman afirma que el desierto argentino emerge como una geografía que el gobierno centralista de Buenos Aires considera argentino pero que sin embargo permanece “sin una representación efectiva” dentro de esa nación (12). Su estudio señalará tres etapas históricas en las que se controla, conquista y metaforiza ese espacio desértico, sin reconocer en ninguna de ellas una identidad o caracterización previa a la llegada y mirada del viajero (14-15).

En este análisis de *La Tierra Natal*, se destaca el deseo de Gorriti por viajar y así mostrar las limitaciones y puntos ciegos de ese discurso hegemónico. Gorriti sugiere apropiarse del relato de viaje pero llevándolo al encuentro de otras zonas, territorios y temporalidades. La autora adopta una estrategia novedosa al probar el género del relato de viaje (asociado entonces con la intención modernizadora) en un espacio geográfico y cultural que evoca un pasado que se proponía erradicar (lo indígena, lo virreinal, lo español). El Noroeste, entonces, no es un destino elegido caprichosamente por Gorriti: es el espacio de su historia personal (desde donde ha conocido la patria) y es también el laboratorio donde probar hasta el extremo la efectividad o no del discurso modernizador a través de la sub-especie relato de viaje. Desde la mirada de Gorriti, aquel tropo del desierto que instauraron otros viajeros, se revela como un artificio a través del cual se ha buscado afianzar la razón de estado y los proyectos civilizatorios (Prieto 20) que busca borrar a la otredad y erigirse como la única voz de la modernidad.

“Una nación para el noroeste argentino,” el título de este apartado, glosa el clásico estudio de Tulio Halperín Donghi, *Una nación para el desierto argentino*, buscando

llamar la atención sobre esa “voluntad fundacional” (Hora 17) que se encuentra en el accionar de los letrados criollos que se proponen reconstruir las bases de la nación tras la caída de Rosas (1852) (signo de un pasado decadente, superado) haciendo *tabula rasa* de todos los signos culturales preexistentes. Si en el texto de Donghi se parte de la metáfora del desierto como el banco de pruebas donde se busca crear desde cero una nueva idea de nación, la postura de Gorriti iría en contra de esta tendencia mostrando la necesidad de relativizar la infalibilidad de este discurso cuando su objeto de estudio cambia hacia una zona que de ninguna manera puede homologarse con la idea del desierto. En otras palabras, la escritura de Gorriti busca resistir lo que podría llamarse una *desertificación* del Noroeste argentino.

Ficciones del viaje

La historia, y aun la fisonomía de una nación, no es, a veces, otra cosa que el compendio de las fantasías ocasionales del imaginario colectivo encarnado presuntamente en sus voluntariosos dirigentes.

Héctor Tizón, *Tierras de frontera*

El problema para el narrador primitivo, cuando quiso contar algo más que una anécdota o una biografía, debe haber sido la falta de términos discretos en la experiencia. ... Pero ahí estaban los viajes, que eran un relato antes de que hubiera relato: ellos sí tenían principio y fin, por definición: no hay viaje sin una partida y un regreso. La estructura misma del viaje ya es narrativa. Y como salir de la realidad cotidiana ya tiene algo de ficción, no había que inventar nada –lo que permitía inventarlo todo.

César Aira, “El viaje y su relato”

En la narración de regreso a Salta, pudimos ver, Gorriti consigue diversificar su crítica de los acontecimientos políticos de la nación haciendo participar de su relato a otras voces que también tendrán historias que contar respecto de sus propios pasados y presentes y de su vínculo con los eventos locales. Este gesto de inclusión, polifónico,

rompe con cierta unidad o “solidaridad” que se intenta encontrar en los relatos de viaje entre personaje (viajero), narrador y autor (Colombi, “El viaje y su relato” 23-24). En muchos de los momentos claves de *La tierra natal* en lugar de presentarse la propia narradora como fuente autorizada de los sucesos descritos (lo cual conservaría la mencionada unidad de roles discursivos), el texto de Gorriti recurre a otros personajes para que éstos narren las historias o provean al lector de la información que la narradora carece.

Este no sólo es el caso del *gauchi-político* ya referido, quien reinstala la historia de unitarios contra federales *antes* de que la viajera arribe y comiencen a emerger sus propios recuerdos. Es también la función que desempeñará otro personaje, la Larguncha. Esta mujer desplaza por un momento la voz de la narradora viajera y se convierte en la fuente principal de información para el lector. Por medio de ella, por ejemplo, conocemos la historia de Martita, una mujer de quien la narradora viajera no puede ofrecer demasiada información: supo de niña que esta joven ocultaba una “historia de traición negra” (67), pero nunca se enteró de qué se trataba puntualmente. Para reparar su desconocimiento, así como lo hacía durante su niñez, la viajera recurre a la antigua empleada de su familia.

La Larguncha era una costurera que se encargaba de remendar a domicilio la ropa de los Gorriti cuando vivían en Salta. Sin embargo, la mujer no limitaba su tarea a coser sino que además se pasaba horas contando historias a los niños de la casa, actividad por la que también era retribuida económicamente:

Estos relatos eran pagados á peseta por oyente; y no nos quejábamos; porque nada tan sabroso y fantástico, desde el exordio hasta el epílogo, como los cuentos de la Larguncha.

Era, además, la crónica de Salta: todo lo sabía; desde que pusieron la primera piedra de sus cimientos, hasta la hora presente: origen de las familias, su historia, con los sucesos más ocultos habidos en el seno de estas; todo. (67-68)

La narradora expresa con estas palabras que desde la infancia su fuente de conocimiento sobre la ciudad y sus habitantes había sido dentro del ámbito informal, es decir, a través de una fuente de datos (la crónica) compuesta de un conjunto de historias orales en boca de una serie diversa de sujetos, que en ocasiones inclusive mezclaban lo real con lo fantástico (68). Gorriti se aleja así del plano de la historia oficial, del punto de vista tradicional y de cualquier sentido de objetividad. También toma distancia, consecuentemente, de la pretensión de verdad y autoridad incuestionables, tan recurrente dentro de los textos de viaje en el siglo XIX. En cambio, la narradora de *La tierra natal* no presenta objeciones a la hora de ceder su espacio autorial, fuente de la veracidad en un relato de viajes, para hacer de la Larguncha esa autoridad y esa fuente que ella no puede ser respecto de ciertos aspectos que desea incluir en su narración.⁶⁸

A su vez, es preciso destacar que las historias de la costurera se construyen sobre la base de otro sinnúmero de voces y testimonios orales: “Este largo y profundo estudio social, debíalo Larguncha, no solo á las propias observaciones, cosechadas en medio al ejercicio de su humilde labor, sino á las de su madre y su abuela como ella, y desde su

⁶⁸ Batticuore ofrece otra perspectiva de análisis a este pasaje de *La tierra natal* y analiza el elemento monetario en relación con el trabajo de la mujer a partir del paralelo entre Gorriti y la Larguncha, ya que ambas reciben una compensación monetaria por sus narraciones respectivamente, proponiendo un aspecto moderno al ejercicio de la escritura (en el caso de Gorriti) como profesión (“Historias cosidas: el oficio de escribir” 57).

juventud, costureras á domicilio” (68). Queda así demostrado que Gorriti no recurre azarosamente a la inclusión de la Larguncha dentro de su texto. Este personaje diversifica las técnicas discursivas y los puntos de vista del relato en tanto responde a un conjunto de saberes y prácticas culturales tradicionales que se transmiten de generación en generación, y entre las que se encuentra el hábito de narrar historias oralmente, ejercicio que requiere en primer lugar conocer para luego difundir los aspectos más curiosos y llamativos, que no responden propiamente ni al campo de la historia ni al de la fantasía. Las historias de la Larguncha conforman la *crónica* de Salta, la cual se construye de manera híbrida, con discursos de diversos orígenes tales como el chisme, la historia, los datos fácticos, las anécdotas personales, entre otros componentes narrativos que le dan origen a una novedosa forma de narrar dentro de un relato de viaje. Este modo de difundir una historia o un acontecimiento no distingue razas ni clases sociales y hace a todos partícipes de esa construcción oral que Gorriti traslada ahora a la escritura: al reapropiarse de la historia recibida, cada individuo puede construir su propia versión de esa misma anécdota y transmitirla por los canales que le sea posible. En otras palabras, esta costurera bien podría encarnar el grupo de narradores que Walter Benjamin describe como aquellos capaces de hacer viajar a un sujeto a través de las tradiciones locales, de las historias de objetos e individuos del espacio local. Tal como el crítico alemán lo especifica, este perfil constituye uno de los ejes básicos para la existencia de un narrador, junto con el de aquel que ha viajado y narra las aventuras de sus propias experiencias, aunque ambos perfiles se confundan en muchas ocasiones también (Fontana y Román 54), de la misma manera en que *La tierra natal* los presenta e intercala en la voz de la viajera y la costurera.

Así, la Larguncha consigue un paralelo entre su tarea como costurera y su rol de narradora: al igual que remienda las ropas con retazos de otras por medio de sus puntadas, también consigue elaborar una historia compuesta de pedazos de otras historias, hilvanándolas desde su mirada particular. Como afirma Batticuore, esta mujer “inicia a Juana en su profesión: le da el material literario, los temas, la retórica que cose la historia y la ficción, y le proporciona a su vez una forma para su escritura: la biografía” (“Historias cosidas” 37). Efectivamente, Gorriti parece replicar esta estrategia narrativa en cada uno de sus textos, que aunque estructurados en torno al relato del viaje de un individuo en particular, logra incluir otros testimonios (biografías) que completan y complejizan el entramado narrativo que encuentro en su escritura y dentro del imaginario que la autora construye en torno al escenario nacional.

No obstante, quisiera insistir nuevamente en el hecho de que este gesto supera la mera “marca femenina” (Batticuore, “Historias cosidas” 35) que Gorriti inserta en cada uno de sus textos.⁶⁹ Como ya lo he expresado esta retórica discursiva excede la justificación sexual y se presenta más bien como una propuesta diferente de cómo entender y leer la historia nacional/regional, así como también expone las limitaciones de una lógica identitaria basada puramente en divisiones de tipo social o racial que excluyan a todo aquello que no responda al patrón sentado: Gorriti insiste en demostrar que la historia de un territorio puede ser narrada desde diferentes ámbitos y con una variedad de registros, aunque éstos permanezcan ininteligibles para los sectores hegemónicos.

⁶⁹ Luz Hincapié también se refiere a la historia de la Larguncha como signo de una escritura exclusivamente femenina y afirma que Gorriti revaloriza la historia oral que tradicionalmente fue considerada como menos o primitiva, por no estar sustentada en la escritura. La escritora, “que califica su propia voz narrativa como ‘trabajo modesto’ (como el de Larguncha), asume la posición de sujeto femenino marginalizado que prefiere situarse en las esferas de lo no-racional y lo no-científico, de las emociones, la intuición y la oralidad” (5).

Extremando mi argumento, se podría afirmar que Gorriti responde a la pregunta de si puede hablar el subalterno (Spivak) para decir que sí, que este puede hablar pero que esto no significa que lo haga desde un lenguaje (conjunto de estructuras simbólicas) que respondan completamente a los códigos de esa comunidad imaginada por los discursos dominantes.

Bajo las mismas premisas retórico-narrativas sugeridas en la forma de narrar de la *Larguncha* se construye, a mi entender, el siguiente texto que me propongo analizar, *Peregrinaciones de una alma triste*. Esta novela fue publicada por primera vez en *Panoramas de la vida*, en 1876. Su historia se centra en la huída de una joven, Laura, de su casa materna en Lima, donde se estaba muriendo de tuberculosis. A partir de una anécdota que su médico le cuenta, Laura encuentra la forma de combatir su enfermedad a través del viaje. Las memorias de este viaje son la materia del texto y se encuentran articuladas en una serie de episodios narrados por Laura dentro del marco de una conversación con una amiga a quien visita. Como *Larguncha*, Laura es una avezada viajera y narradora que, al modo descrito por Benjamin, transmitirá sus experiencias de manera oral a esta amiga noche a noche, tratando en cada ocasión de despertar el interés y la interacción con esta joven, motivo por el cual la novela reproduce al mismo tiempo la dinámica de *Las mil y una noches* (Berg, Introducción a *Peregrinaciones* viii; Fletcher 95). Y como en *La tierra natal*, el relato de su propia experiencia como viajera se encuentra interrumpido por múltiples historias intercaladas cuyos protagonistas se encuentran marginados geográfica y socialmente del escenario nacional del que formaban parte.

Luego de un breve recorrido por *Peregrinaciones*, serán claros los paralelos entre la forma de narrar de Larguncha con Laura, esta nueva joven viajera, principalmente porque ambos personajes se interesan por las historias particulares y regionales de sus patrias. Evidentemente, ambas funcionan como dobles ficcionales de la propia Gorriti quien, con estos dos personajes, ilustra cómo la mujer a través de su capacidad para narrar logra con éxito desplazarse desde espacios y actividades privadas (el hogar, la costura) hacia espacios de orden público (la vida social, la historia regional) sobre los que arrojará su mirada crítica. Por otro lado, *Peregrinaciones de una alma triste* consigue sumar una estrategia discursiva más que cabe considerar como central en la propuesta ideológico-literaria de Gorriti. Aquí la escritora propone un cruce entre el relato de viaje y la novela.

Esta posibilidad de entrecruzar géneros llama la atención sobre un gesto común en la historia literaria que coloca al relato de viajes en los inicios de la novela (Hulme y Youngs 6). Ya el análisis formalista de Víctor Shklovski establecía, a comienzos de siglo XX, que la novela se construía con la ayuda de lo que él llamaba procedimiento de “enhebrado,” recurso que a su vez, estaba justificado siempre por un viaje (Eichenbaum 37). Lo mismo sostiene Walter Benjamin en su ensayo anteriormente referido, “El narrador,” cuando afirma que todo aquel que cuenta una historia debe para ello dominar, en primer lugar, el procedimiento básico de desplazarse de un lugar hacia otro (Fontana y Román 54). En *Travel Literature and the Evolution of the Novel*, Percy Adams, recordando estos estudios anteriores, logra también trazar una historiografía de la novela que la acerca, al mismo tiempo en que la diferencia del relato de viaje (en el hecho de que, por ejemplo, la novela contiene historias de personajes secundarios). La confusión y

retroalimentación existente entre viaje y novela se hace patente en relatos como *El viaje sentimental* de Sterne que aunque hoy es leído como ficción, fue publicado y leído originariamente como un viaje. Dentro de la literatura latinoamericana el relato de viaje también se conecta íntimamente con la narrativa ficcional en textos como *María* de Jorge Isaacs o *Facundo* de Sarmiento, ya que estas obras toman del viaje su organización episódica y su estructuración que reproduce un itinerario (cfr. Colombi, “El viaje y su relato” 31).

Gorriti puede claramente inscribirse en una lectura que señale su cercanía con esta tradición europea y latinoamericana si se analizan las tramas de relatos como *Peregrinaciones* donde también existe una estructuración en episodios de acuerdo al recorrido propuesto por la protagonista, al mismo tiempo en que este itinerario se interrumpe con la proliferación de personajes secundarios. Sin embargo, quisiera proponer que la conexión existente entre novela y relato de viaje en muchos de los textos de Gorriti puede también ser pensada como una marca más del trasfondo ideológico que subyace en la obra de la salteña. Así, de la misma manera en que su discurso en Lima atacaba los viajes a Europa como gesto contraproducente para el desarrollo de un sentimiento patriótico, para Gorriti, el relato de viaje, en su forma tradicional (etnocéntrica, monocorde, unidireccional), también se traduce en una forma de alejamiento estético, formal y cultural respecto del carácter del ser nacional (y americano), que se compone más bien de múltiples razas, diversas regiones y culturas cuyas particularidades no pueden ser registradas en un relato con las características anteriormente mencionadas.

Con el fin de dar cabida a esta diversidad, la autora de *Peregrinaciones* recurrirá a la ficción. Podemos decir entonces que no sólo encuentra Gorriti en los viajes el mejor método para dar cuenta de la multiplicidad de perfiles patrios, sino que también lo logra por medio de la ficcionalización de dichos viajes por el interior de América. Como la *Larguncha* une trabajo manual y narración, Gorriti, y su doble ficcionalizado Laura, unen el campo estético de la literatura con el formal del relato de viaje y el ideológico de los diversos discursos identitarios en circulación durante el siglo XIX. Resultan por eso pertinentes las conclusiones de Beatriz Colombi, las cuales encuadran y ayudan a comprender mi siguiente análisis de la ficción de Gorriti en medio de un estudio sobre relatos de viaje:

El estudio del viaje nos coloca frente a la oposición literal y figurativo, referencial y no referencial, fáctico y ficcional, debatidas por las distintas teorías narrativas. Ahora bien, antes que aceptar este esquema binario, será más acertado pensar estas oposiciones como una gradación o un *continuun* ... en una entidad anfibia y versátil, que articula una red de personajes, acontecimientos, ideas, descripciones, nombres, tiempos, lugares, episodios, entre los cuales, algunos son exclusivos de ese texto y otros tienen un anclaje acentuado en lo real. El relato de viaje (como muchos otros géneros llamados de *non fiction*) se encuentra en la encrucijada entre ambos campos. (“El viaje y su relato” 34)

La capacidad para habitar espacios discursivos a primera vista opuestos pero en el fondo complementarios hace del viaje un ejemplo extremadamente versátil donde analizar las interacciones semánticas que atraviesan géneros y perspectivas miméticas. En el deslizamiento por ambos campos (lo fáctico y lo ficcional) Jens Andermann, por su parte,

encuentra precisamente el momento fundacional de la literatura latinoamericana, dado que ésta se iniciaría, en su sentido formal y semántico, como una forma de restauración y completud de los vacíos de sentido dejados por esa narrativa de viajes europea. La literatura fundacional sería, de esta manera, la expresión de una necesidad de los letrados criollos por “nombrar su anomia” (107). Siguiendo con esta perspectiva, puede afirmarse entonces que Gorriti ficcionaliza otro “Grand Tour local” para aprehender el cuerpo de la nación, al igual que intenta hacerlo el resto de la literatura decimonónica. No obstante, este cuerpo para Gorriti no está vacío, como tampoco lo estarán los personajes con quienes se cruzará la protagonista de *Peregrinaciones*. Nuevamente, mi acercamiento a su empleo y ficcionalización de un relato de viaje revelará que Gorriti forma parte de esta intencionalidad propia de su época de constituir un corpus simbólico nacional pero desde una posición en la que no busca particularmente la normatividad sino la expansión de las categorías normativas, incluyendo diversidad de tiempos, clases, generaciones e ideologías en constante diálogo y roce. Así, contrariamente a los estudios mencionados al comienzo del capítulo, mi estudio destaca que el empleo de la ficción para narrar un viaje, no indica un gesto de evasión de su contexto por parte de la autora sino que representa una marca de cómo la literatura y el pensamiento del siglo XIX se fue conformando de manera heterogénea y móvil a lo largo del periodo fundacional latinoamericano.

Invención del viaje y creación de una *patria extendida*

A pretexto de narrar la vida campestre hagamos conocer la fauna y la rica flora del Nuevo Mundo: entretéjase la acción dramática en el paisaje ... Hablemos de la quebrada y del río, no como figuras poéticas,

mas sí para pintar al criollo cuando viaja en su mula ó al indio que
navega en su canoa de *timbó* ...
Así conoceremos la América mejor, y por nosotros mismos.
La Alborada del Plata, “Americanismo.” Editorial del 23 de diciembre de 1877

En *Peregrinaciones de una alma triste* Gorriti construye el personaje de una joven tísica que desafía el saber médico y el poder patriarcal, dos esferas dominantes que negaban a la mujer su estatus de sujeto independiente. El personaje se define como un “pobre cuerpo” (14) que necesita hallar una cura a su estado de enfermedad y encierro, motivo que la lleva a buscar una “nueva existencia” (*Peregrinaciones* 16). Laura decide entonces escapar de su hogar y comenzar a viajar, hecho por el cual se convierte en exploradora activa de su “patria extendida,” es decir, del territorio sudamericano. Gorriti enfrenta en esta novela la imagen de una joven débil y enferma con la figura de la misma mujer ahora viajando sola y recorriendo diversos paisajes. Por esta razón, el texto ha sido leído como un cuestionamiento de los preceptos genéricos (sexuales y literarios) y la configuración del sujeto femenino bajo una serie de discursos dominantes (Fletcher 92-94). De hecho, es una historia que narra el médico, que funciona aquí como guardián y canal de la palabra dominante, lo que permite que la protagonista cambie su vida. Éste narra una anécdota que quiere ser una advertencia sobre los efectos que un viaje podría acarrearle a la mujer:

[R]ecordó [el médico] la insigne calavera de un joven cliente suyo, tísico en tercer grado, que apartándose del método por él prescrito, impuso a su arruinado pulmón la fatiga de interminables viajes. —Y, extraña aberración de la naturaleza —añadió—, aquel prolongado sacudimiento, aquel largo cansancio, lo salvaron; sanó ... Pero son esos, casos aislados, excepcionales, que no pueden reproducirse. (5)

Las palabras del médico dicen sobre la excepcionalidad de un caso que evade todas las convenciones del saber tradicional: se trata de un sujeto degradado que, en palabras del doctor, funciona como análogo de la joven. Paradójicamente, en el intersticio que la anécdota deja entre la norma y su evasión, es donde Laura encuentra un camino hacia su cura y comienza a reflexionar sobre la posibilidad de cuestionar las conclusiones del médico: Laura seguirá los pasos de la excepción representada en el joven tísico y saldrá a la búsqueda de una variedad de escenarios que le permitan concebir una idea alternativa del sujeto femenino en esta red discursiva constrictiva.

Laura descubre que es esta red la que causa su “dolencia del alma” (5) al no permitirle otro espacio de agencia más allá del hogar y del reposo de enferma. Para la joven, no es fácil pensar su vida por fuera de esas constricciones, que hasta el momento eran las que definían mayormente su existencia, por eso mismo se cuestiona antes de su fuga:

¡Partir! ¿Cómo? He ahí esa madre querida que *vela* a mi lado, y quiere evitarme hasta la menor fatiga; he ahí mis hermanos, que *no se apartan* de mí, y me llevan en sus brazos para *impedirme* el cansancio de caminar; he ahí la junta de facultativos, que *me declara ya incapaz* de soportar el viaje. (5 destacado mío)

Se puede decir que tanto el discurso de la familia como el del médico funcionan cuasi alegóricamente como imagen de la nación, que desde sus premisas normativas—con bases morales y hasta biológicas—designa a la mujer como cuerpo enfermo o débil, incapaz de actuar sino a través del cumplimiento de determinada norma.⁷⁰ Pese a

⁷⁰ Para el análisis de la operatividad de la medicina como disciplina legitimadora del pensamiento intelectual del siglo XIX, véase el artículo de Pablo Ben “Cuerpos femeninos y cuerpos abyectos. La construcción anatómica de feminidad en la medicina argentina.” En este trabajo, el historiador analiza la normatividad impuesta al cuerpo femenino desde el campo de la medicina, que tomaba como modelo al

reconocer todas esas voces que la vigilan, la controlan o la declaran incapaz, el personaje se descubre hábil para leer lo silenciado en el discurso del doctor y producir desde allí su diferencia.

Desde mi punto de vista, la escena con el médico funciona además como un ejemplo clave para indagar, casi metaficcionalmente, la forma en que Gorriti se relaciona con los discursos dominantes. Así como Laura lee en los intersticios del discurso médico, Gorriti, de manera similar, se vincula con la tradición viajera que la precede y la condiciona. Es decir, la relación de Laura con la palabra autorizada del médico posee cierto carácter emblemático en tanto dramatización de los procesos interpretativos y transformativos que Gorriti realiza recurriendo a la retórica del viaje. De esta manera, la posibilidad de viajar que se le presenta a la protagonista de *Peregrinaciones* no sólo le permite vincularse con una serie de sujetos desplazados del escenario decimonónico— algo que ha sido señalado ya en las lecturas de Francine Masiello, Lucía Guerra-Cunningham y Mary Berg—, sino que también propone un posicionamiento desde el cual vincularse y participar del heterogéneo campo de la literatura de viajes.

Si la primera identificación del personaje femenino con lo excepcional del registro normativo médico fue el inicio del viaje, este mismo gesto será el articulador del discurso de la viajera y de las historias que narrará. Laura, como la propia Gorriti lo hiciera tiempo más tarde, cuenta el regreso a su tierra natal, Salta, ciudad que se percibe familiar y extraña al mismo tiempo. Como complemento a los pasajes íntimos, se incluyen otras historias de diferentes personajes que la joven encuentra: una maestra salteña exiliada, un gaucho perseguido por militares y terratenientes, un mulato hijo

cuerpo del varón, resultando ser la mujer la encarnación de lo que permanece fuera de la norma, asociado a la monstruosidad, tal como lo expone la novela de Gorriti.

ilegítimo de un hacendado, una africana esclavizada y una paraguaya secuestrada. Todos ellos comparten con Laura, además del carácter marginal (fugas, exilios, persecución, falta de libertad), el hecho de que sus vidas están atravesadas por acontecimientos críticos signados por el caos y la inestabilidad social (guerras, enfrentamientos entre regiones o sectores políticos y diferencias entre grupos sociales).⁷¹

Esta empatía de la viajera con sujetos marginales, su interés por describir espacios ignorados por los relatos de viajes masculinos, así como el tono intimista de sus relatos (Sanhueza 338), constituyen algunos de los aspectos que la crítica ha señalado como distintivos del relato de viaje de mujeres. Estudios como el de Pratt o el de Sara Mills han justificado esta predilección de las viajeras debido a la imposibilidad, por considerarse impropio de una mujer, de adoptar una mirada imperialista (masculinizada) sobre el territorio recorrido (Mills 3; Pratt 278-80). Incluso el motivo de la peregrinación elegido por Gorriti para titular su novela, es analizado en este enclave de constricciones sociales sobre la mujer: el tono y motivo religioso sería más aceptable para una narración de autoría femenina (Denegri, “Desde la ventana” 349-50). Marzena Grzegorzcyk por su parte, lee lo intimista de estos relatos (y el de Gorriti particularmente) como búsqueda de la constitución de un sujeto autobiográfico (75-76). Mónica Szurmuk complementa esta asociación señalando una identificación de la escritura privada de la mujer con el proyecto civilizatorio que debía combatir a la barbarie del territorio nacional en formación (11-27). Sin embargo, *Peregrinaciones* atenta contra cualquier intención de análisis articulado bajo oposiciones binarias como las de canon-margen o mirada imperialista-mirada etnográfica/autobiográfica. El entramado textual de la novela, como

⁷¹ El artículo de Mary Berg “Viajeras y exiliadas” ofrece un detallado informe de circunstancias y contextos de cada uno de los relatos incluidos en *Peregrinaciones*.

se explicará en adelante, excede las dicotomías en tanto el relato se abre a la multiplicidad de espacios, personajes y puntos de vista sobre un mismo terreno.

De esta manera, la escritora argentina no sólo ataca las premisas del relato de viajes acudiendo a la ficción, sino que su compleja variación y revisión de las categorías de los relatos de viaje es mucho más amplia y así se demuestra en *Peregrinaciones*. Gorriti reitera aquí su intención de destacar la narración de un viaje hacia destinos que ya no forman parte de las preferencias de los intelectuales de segunda mitad de siglo, “la época de máximo prestigio y divulgación del viaje” (Colombi 13). Laura viaja por el interior de Sudamérica, cuando Europa, como la misma autora lo preveía en su discurso en Lima, era el destino privilegiado por los viajeros americanos. Jacinto Fombona justifica esta predilección explicando que Europa era, para los criollos, “el lugar donde ... las potencialidades del desarrollo han producido la civilización y el progreso entendidos como *modernidad*” (13). En consonancia con esta idea, Colombi establece una relación directa “entre el desplazamiento [los viajes] y la configuración de un espacio moderno” (13): frente a un contexto de modernización de Latinoamérica, el viajero criollo recorre Europa como modo de “validar y diferenciar el propio discurso” (17) dentro de una tradición firme e incuestionable como la que ofrece el Viejo Continente. Gorriti, no obstante, pone en cuestión el centro de esta idea revalorizando los esfuerzos por volver al espacio local y familiar: “¡Oh! hermosa patria, ¡cuántos años de vida diera por contemplarte, aunque sólo fuera un momento ... y cuántos daría esa alma desolada que ríe por no llorar!” (35)

Siguiendo las ideas formuladas ante el *Club Literario de Lima*, en la novela, Laura no viaja en busca del encuentro con la “alta cultura” europea—aunque demuestre

su conocimiento de ella cantando canciones “en lengua” (77) o haciendo referencia a obras de la literatura universal—sino que busca el contacto con sujetos y experiencias que le devuelvan un sentido vital a su existencia. Esa vuelta a la vida de un *alma triste* como la de Laura se registra en la medida en que la joven comienza a vincularse con los espacios recónditos del territorio americano, sus habitantes y los espacios familiares. Gorriti así sugiere nuevamente que el destino de las naciones americanas depende de la atención prestada a las “condiciones ineludibles de su prosperidad: la educación moral de sus hijos, la instrucción cívica, el culto a los héroes y el desarrollo de sus tradiciones folklóricas” (Batticuore, “Itinerarios culturales” 166). Esa serie de valores y símbolos identitarios estarían garantizados en la medida en que cada sujeto se familiarice con su propio territorio: “¡felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero!” (124) exclama Laura citando a *Atala* de Chateaubriand.

No obstante, las situaciones a las que se enfrentará Laura evidencian que este corpus de tradiciones y héroes patrios no son asimilados por todos los sujetos de la misma forma, ni siquiera por ella misma en el momento personal que atraviesa. Una de las historias contenidas en la novela que más claramente destaca este aspecto es la de un gaucho, viajero errante que se encuentra escapando de la justicia. En un viaje a San Luis, este hombre había recogido a un niño que había quedado huérfano luego de que los indios atacaran su población y asesinaran a sus padres. El gaucho comenzó a criar al niño junto con su hermana (ellos también habían perdido a sus padres), hasta que un día, un oficial del ejército y ocho soldados invaden su casa exigiendo que el hombre les entregara su caballo para reemplazar a uno de los suyos que estaba cansado. Por defender al niño de los golpes del oficial el gaucho le da una puñalada que le causa la muerte. Desde

entonces el hombre se encontraba prófugo de la justicia recorriendo con el niño diferentes provincias argentinas hasta que en uno de los parajes lo entrega a una familia de puesteros que se hace cargo de su crianza. Es la mujer de esta familia la que relata la trágica historia a Laura, que se encuentra de paso por el mismo paraje visitado por el gaucho. La joven viajera, alarmada por las numerosas tragedias de las que había sido víctima el gaucho y, sobre todo, el niño, exclama: “¡Qué horror! ... Pero querida mía ¿no dio usted parte a la autoridad de ese atroz homicidio?” (81). A lo que la puestera responde: “¡Ay, señora! ¿a quién? Para un pobre no hay justicia. ... Callamos porque lo único que hubiéramos obtenido habría sido el odio de los mismos jueces, que se hubiesen puesto de parte del agresor” (81).

En la cita anterior, la mujer deja claro su falta de identificación con el corpus legal de la sociedad, el cual para un habitante sin una posición privilegiada puede hasta volverse en su contra. El relato invierte la ecuación desposeído = delincuente que críticos como Josefina Ludmer han señalado como una de las leyes que articulan los textos de temática gauchesca (21). En las palabras de esta madre de familia puede notarse claramente una oposición a lo que se ha pensado como la lógica dominante: son los representantes de la justicia (ejército y jueces) los protagonistas de actos delictivos al despojar de sus bienes a sujetos marginales o al no ofrecerles amparo legal. Y, por el contrario, son los habitantes de estas regiones remotas, los menos favorecidos por el aparato estatal, los que demuestran un mayor nivel moral (más *civilizado*) al darle amparo a un niño huérfano. Además, Laura, que se encuentra viajando en busca de nuevas experiencias que la alejen de las limitaciones que le imponían su familia y su médico, percibe la vida del campo como una forma ideal para la realización plena de un sujeto,

que no necesita más leyes que las de la naturaleza y su propia voluntad: “Nada tan plácido como la vida doméstica entre estos sencillos hijos de la naturaleza, para quienes la felicidad es tan fácil de conquistar” (82). Por momentos, Gorriti parece responder de manera similar a José Hernández en el *Martín Fierro* idealizando la libertad de un sujeto que vive fuera de la ley como encarnación un ser nacional auténtico: lo que Gorriti expresa aquí, cabe aclarar, no es necesariamente su punto de vista sino una manera de presentar una opinión contraria a la dominante.

En la historia de este gaucho perseguido la civilización puesta en el corpus simbólico de la nación estorba y destruye la armonía ya sentada sobre estos otros parámetros (del orden natural) que parecen ser más certeros y funcionales a la vida de estos individuos. Con esto Gorriti logra dar cuenta de la ambigüedad con la que se utilizaba la figura del gaucho en la literatura de finales del siglo XIX: por un lado, se lo representa como símbolo del individuo que se resiste a la ley del Estado-nación y por eso es perseguido y asediado por quienes deben garantizar el cumplimiento de esta ley pero, por otro lado, encarna un nuevo modo de *civilidad* en el marco de la simpleza de su vida campestre (el gaucho encarna actitudes y hábitos que pueden incorporarse a la identidad nacional de fines de siglo) (Ludmer 22, 23). O sea, Gorriti desmonta la retórica decimonónica y nos hace ver más claramente que la raza, el género y valores como la justicia o la moral son construcciones discursivas que responden a los intereses del sector dominante y a la coyuntura histórica actual.⁷²

⁷² Nancy Hanway se refiere a la ambivalencia del gaucho como figura literaria y en su representación en el discurso escrito y ofrece ejemplos de cómo esta ambivalencia se expresó también en la composición racial variable del gaucho. Dice Hanway: “In the 1850’s the gauchos are represented in literature as *mestizos* and therefore, in the views of Mármol and many others, undesirable figures. ... But by the 1870’s, when the gauchos were actually being removed from the pampas—forced into military service or forcibly resettled to work for large landowners—the poem *Martín Fierro* counterpoises the gaucho Fierro as a *blanco* (white) against the blacks, indigenous people, *and* immigrants he meets in his travels. At a time when the gaucho

En otro momento del relato, Laura se vuelve a mostrar consciente de la imposibilidad de establecer un sentimiento homogéneo hacia su patria, inclusive entre sus compañeros de viaje. Mientras viajan en la noche, la joven se dispone a observar e imaginar (poniéndose en el lugar de los otros) cuáles serán los pensamientos de quienes la acompañan. En lugar de encontrar a una viajera en busca de empatía, confirmación o consenso para sus propias sensaciones, el lector se sorprende de encontrar el registro de sentimientos y pensamientos diferentes en cada pasajero. Así, aunque para Laura la llegada a Salta significa el reencuentro con un pasado familiar y nacional añorado, para el arriero, quien sólo se concentra en cumplir su tarea de guía, el territorio que atraviesa es sólo un punto más en su itinerario. En cuanto a Carmela, la joven que viaja con Laura cumpliendo la promesa de renunciar al amor de un hombre y tomar los hábitos religiosos, llegar a esta ciudad significa entrar a una tierra extranjera en la que sólo le espera el encierro. Laura reconoce el sufrimiento que este viaje le provoca a Carmela y confiesa cierto remordimiento por no atender completamente a los motivos de viaje de los otros por privilegiar el suyo: “Entregada a la egoísta alegoría del regreso a la patria, me paseaba con mis amigas de infancia, olvidando a aquella que me había confiado las penas de un amor infortunado” (73). Gorriti entra aquí en la esencia del relato de viaje para cuestionar, nuevamente, la primacía de la voz del viajero. Se muestra contrariada por esta casi inevitable primacía del yo narrador que le impide poder hablar de todos, dar cuenta de todos los viajes paralelamente.

was still a marginalized figure, the gaucho in literature was being whitened for the purposes of representing the emblematic citizen” (10). En el siglo XX, Lugones o José de Lezica denigraban nuevamente al gaucho como una mezcla maliciosa para la nación entre indios y negros que debilitaba la raza criolla, descendiente de España. O sea, mientras eran mestizos, su composición racial discursiva dependía del proyecto político que se estuviera discutiendo.

De este modo, la mirada de la mujer viajera funciona como contenedora de las diferencias que bajo otros relatos de viaje habrían sido borradas o niveladas bajo la voz autorizada del viajero (Viñas, *De Sarmiento a Dios* 15). Gorriti deshace el ideal concebido de que este género, eminentemente masculino (Denegri, *El abanico y la cigarrera* 117), se sostenía por una retórica cuyo objetivo era describir el espacio, las costumbres y las tradiciones de los habitantes visitados neutral y fidedignamente. El relato de Laura abandona la norma que presupone una linealidad narrativa homogénea y sin fisuras (una economía utilitaria del lenguaje) y se vuelve receptora de las percepciones de sus acompañantes. No existe por lo tanto ni la necesidad ni la meta de transmitir los datos sobre una realidad concreta. La voz de Laura como autoridad narrativa, al igual que se percibe en *La tierra natal*, lejos de ordenar el complejo espacio de lo narrado como una sucesión lógica de eventos, opta por presentar un mosaico de historias y perspectivas que hacen del relato una narración discontinua, llena de digresiones.

Es interesante subrayar también las observaciones que la viajera hace de la historia regional salteña, aquella de la cual su propia familia había formado parte (espejo ficcional de Gorriti), ya que en este aspecto *Peregrinaciones* presenta un contrapunto en relación con el ya analizado relato de su viaje autobiográfico. Sorprendentemente, Laura se sentirá en cierto punto ajena a las narraciones heroicas familiares y patrióticas que Gorriti se había encargado de reponer en su relato anterior:

[A] medida que el tiempo transcurría, las gozosas impresiones del regreso a la patria se desvanecían. ... ¡Qué diferencia de aquel tiempo a éste! [Ahora mis tías] exigían de mí que consagrara mis veladas a escucharlas hablar de Chiclana, de

Belgrano y Pueyrredón, héroes legendarios ciertamente, pero que maldita gracia me hacían en la actual situación de mi ánimo. (64)

Aunque Laura reconoce que las figuras que sus tías insisten en recordar fueron los impulsores de los eventos más significativos para la independencia argentina, sus historias no tienen ningún efecto en el momento y situación particular que ella atraviesa. Así como la mujer que aparece en su camino no se identificaba con el discurso legal, Laura no encuentra ninguna relación entre su situación personal y el panteón heroico de la historia nacional. Comparado con lo que expresa la viajera en *La tierra natal*, se puede afirmar que para Gorriti queda claro que las circunstancias particulares de cada individuo, y no el sentimiento nacional difundido por los canales oficiales, son los condicionantes más importantes para el desarrollo del sentimiento patriótico. Si en el texto autobiográfico la mujer necesita recuperar los lazos que la vinculen a la historia nacional que un día la expulsó de su hogar, el personaje de *Peregrinaciones*, quien ha huido por voluntad propia en busca de una cura a su deteriorado estado físico y emocional, necesita ampliar ese panorama histórico que hasta el momento no le ha generado un sentimiento de pertenencia completo. Laura excede entonces las fronteras locales y busca afianzar lazos con sujetos de diversa procedencia étnica y social entre los cuales, como se pudo ver, consigue reformular las diferencias entre la civilización y la barbarie de un territorio.

A medida que la novela se desarrolla, Gorriti va desmontando progresivamente esta oposición binaria (la de civilización / barbarie) que tuvo una gran operatividad dentro de los textos de viajes y dentro del canon fundacional en general (Szurmuk 14). Estos términos servían como herramienta de análisis que distinguía, en el territorio observado, los elementos que integrarían el cuerpo productivo de la nación y los que

quedarían al margen por su improductividad. Este modo de concebir el espacio nacional avanzaba dejando una serie discontinua de “otros” en el camino, estableciendo fronteras (materiales y simbólicas) entre los civilizados y los bárbaros. En Gorriti, las fronteras operan más bien como un espacio de préstamos, intercambios y contaminación culturales (Batticuore, “Leer y escribir en la frontera” 146). En otras palabras, la escritura de esta novela le permite a la autora reavivar el sentido móvil de la identidad en momentos en que los proyectos de otros intelectuales buscan la estabilidad: así cuestiona las formas en que se ha dispuesto la caracterización de los organismos *útiles* y *desechables* de la nación.

Aunque *Peregrinaciones* puede pensarse como una crítica continua a esta articulación del pensamiento dominante (Denegri, *El abanico y la cigarrera* 115), su juicio alcanza el clímax en el capítulo titulado “Los bárbaros del siglo XIX.” Allí se describe la llegada de Laura a Iquitos y el intento de violación que sufre por un grupo de hombres borrachos de la alta sociedad. Luego de escapar de ellos, Laura se refugia en una choza cercana de unos cultivadores de plátano. El haber sido atacada por la clase que representaba el orden de la ciudad, y el haber hallado refugio entre las clases más bajas, llevan a Laura a concluir que “en este país hay dos clases de salvajes: los agrestes y los civilizados. Estos últimos son los más temibles” (139-40). Es decir, se comprende lo falso de la asociación ciudad-civilización frente a la de campo-barbarie, dejando ver el fundamento común que se esconde en términos que parecían irreconciliables.

Es preciso destacar que la posición de Gorriti frente a los discursos normativos hegemónicos no deja de presentar ambivalencias en la novela: la protagonista no puede permanecer completamente ajena a los preconceptos de su tiempo. Así, por ejemplo, al

percibir el acento distintivo del habla del cubano Ernesto Ariel, el enamorado de la joven Carmela anteriormente mencionada, ésta reflexiona: “hubo algo de tan recónditamente misterioso en [su] acento ... que levantó en mi mente un torbellino de suposiciones ... ¿Era un contrabandista? ¿era un espía? ¿era un conspirador?” (23) La huída de la norma lingüística es percibida por la narradora como signo de una posible desviación del corpus legal: el acento extranjero (la diferencia) despierta la sospecha de la trasgresión. En esta escena, más que apartarse, Gorriti reproduce la forma naturalizada de la ley exponiendo los vínculos que existen entre la lengua y la nación, interpretando lo ajeno a la norma lingüística extraño al cuerpo del Estado.

En suma, Gorriti reconstruye sutilmente el discurso hegemónico del viaje desde su propio interior, adhiriendo y/o cuestionando muchas de sus premisas. Las estrategias narrativas para lograr este tipo de reelaboración son variadas y se concentran básicamente en la diversificación de la perspectiva presentada por la viajera a partir de su elección de narrar la historia polifónicamente, articulando su voz en una cadena heterogénea de voces. En *Peregrinaciones de una alma triste* el enfrentamiento entre el relato oral frente al saber libresco (la anécdota frente a los saberes académicos del médico) propone una desestabilización del discurso hegemónico de la sociedad decimonónica desde sus mismas bases. En este escenario, la mujer lee los signos en las grietas del discurso patriarcal, se ubica frente al hombre que detenta un saber de tipo científico y abre su subjetividad a nuevos modos de acción y a otros modos de narración, colocando la anécdota en el prisma de la obra literaria.

La mujer que se escapa del hogar y el reposo al que había estado confinada por el discurso médico y familiar, adquiere una posición marginal en el escenario nacional que

le otorga un saber y un modo de aproximación diferentes al mismo. Tanto ese saber como el modo de análisis del espacio de la nación que la mujer consigue en su viaje, no son, sin embargo, el resultado de una educación que siga los patrones tradicionales de la formación femenina. Se trata más bien de una educación alternativa, que tampoco elige el viaje como requisito de educación letrada, sino que éste se le presenta a la protagonista como la vía de desenvolvimiento fuera de las constricciones patriarcales. Desde ese lugar que la desvía de la norma, la mujer no puede sino leer a la nación en su aspecto inestable, en las fisuras que ésta presenta respecto de las estructuras organizadoras bajo las que los intelectuales creían necesario pensar.

Como Laura en la novela lee y reelabora el discurso oficial presentado por el médico, así también Gorriti reinterpreta la tradición de los viajeros y su función en la constitución de los imaginarios nacionales codificados ya en la escritura de hombres viajeros como Sarmiento, Echeverría o Alberdi. Personaje y autor comparten cierta desconfianza hacia lo que se presenta como doxa y ponen en acto sutiles estrategias de lectura que les permiten leer la norma y sus puntos ciegos. La novela puede interpretarse como un gesto de apertura al surgimiento y consolidación de la figura de la mujer escritora y su activa intervención en la construcción del cuerpo letrado de la patria (Chambers 82-83). *Peregrinaciones de una alma triste* reproduce en su interior, como su doble espejado, el pasaje del espacio doméstico limitado al escenario público convulsionado, en el acto de escribir y contar una historia que recupera al cuerpo borrado en su centro.

Conclusión

Con la serie de viajes analizados en este capítulo se pudo notar la manera en que Juana Manuela Gorriti aborda el eje principal de los debates intelectuales del siglo XIX. A partir de diversos recorridos y personajes, la autora discute la relación intrínseca entre Estado y nación, la pluralidad de perfiles por los que están compuestos y la necesidad de incluir y responder por todos ellos, la condena a un expansionismo y a un materialismo ciego, y el lugar destacado del intelectual en esta construcción plural de la nación. Desde su espacio tal vez menos privilegiado o autorizado, con viajes que no son representativos de ninguna tendencia intelectual en particular, utilizando una retórica que desde una mirada elitista hacia la literatura se podrían juzgar menores, la escritora consigue hacer del relato de viajes una vía de emergencia de una voz intelectual y un discurso en torno a la nación que no siempre se formulará acorde al cuerpo hegemónico del discurso patrio.

Por esta razón es notable destacar el carácter programático de los textos que han abierto y cerrado este capítulo, que en ambos casos—el discurso en Lima y *Un viaje al país del oro*—fueron dirigidos al público juvenil, futuro de la nación. Al repensar el argumento de David Viñas sobre el elemento pedagógico de los textos de Gorriti y analizando su relación con la tipología de relatos de viaje, se puede concluir que los narrados por la escritora tienen dos finalidades de tipo didáctica. En primer lugar, Gorriti se propone demostrar el *contraejemplo*, lo que *no debe ser* un viaje o el impacto negativo que ciertas experiencias de desplazamiento pueden generar cuando están relacionadas con espacios ajenos a la patria e intereses fomentados por los “falsos valores” del mundo moderno. Y en segundo lugar, con los viajes de *La tierra natal* o *Peregrinaciones de una*

alma triste la escritora pareciera contraponer a los anteriores un modelo positivo de viaje, el cual estaría dado por el hecho de tratarse de recorridos interiores por Sudamérica, que familiarizan al lector con la historia y la geografía americana (Batticuore 177), presentada como un cuerpo heterogéneo que se reúne bajo la mirada de la mujer. Además, estos relatos recrean la tradición literaria y el acto de viajar reflexionando siempre en torno al lugar y protagonismo de la mujer (viajera y simultáneamente escritora) en dichos viajes (a partir de su presencia o ausencia). Aquella imagen femenina como eje articulador del hogar que el discurso hegemónico clamaba, es, llamativamente, descrita como un agente de observación y reflexión de la nación y sus contradicciones a medida que se lanza a la exploración del espacio americano.

Con esto, mi trabajo revisa y completa las lecturas pre-existentes de Gorriti y su relación con los viajes y la nación, demostrando que ésta no es sólo el resultado de una elección literaria arbitraria ni la consecuencia de un vínculo puramente nostálgico de la autora con ciertos territorios. Su predilección por los viajes revela, más bien, un interés concienzudo por conocer y discutir los componentes identitarios regionales que constituyen a la nación como un cuerpo diverso y complejo. Gorriti piensa a la nación más que en una dirección lineal hacia el progreso, en un ir y venir temporal que confronta las diversas eras de la vida nacional, sus logros y sus ideas trucas. La patria como concepto fijo es explorada en Gorriti en sus múltiples y contradictorios pliegues. Aunque algunos críticos insistan en la relación opositiva entre pensamiento femenino/discurso hegemónico a la hora de exponer las ideas de Gorriti sobre el espacio nacional, es preciso notar—con el fin de poner la obra de Gorriti en una verdadera relación con las ideas de su tiempo—que aquellos pliegues o intersticios que Gorriti expone en relación con un

proyecto de nación hegemónica revelan en definitiva, de manera tal vez más evidente, las mismas contradicciones que ese canon fundacional de textos y proyectos contenía en sí mismo y que luego fueron reducidas en pos de la construcción de un mito y un canon literario fundacional.

Las oposiciones civilización-barbarie, la idea del progreso, la propuesta inmigratoria, el modelo de nación a imitar, todos estos aspectos fundamentales a la hora de pensar en los ideales de “los padres de la patria,” son ante todo conceptos móviles y fluctuantes, que se irán reformulando en periodos muy cortos de tiempo de acuerdo a los vertiginosos cambios de la sociedad decimonónica. Y es allí donde encuentro el aporte de Gorriti al estudio de la nación como proyecto: sus textos y enunciados llaman a repensar el canon fundacional no para oponerle lo que “se quedó fuera de éste” (las voces y espacios marginales) sino para abrirlo hacia perspectivas de análisis que piensen a aquellas naciones deseadas y su corpus textual de manera más compleja, mostrando el juego de inclusiones / exclusiones y contradicciones sobre las que fueron enunciadas.

CAPÍTULO IV

CAMBIANTES PERFILES DE VIAJERAS: NUEVOS ESPACIOS Y NUEVAS MIRADAS EN LOS RELATOS DE EDUARDA MANSILLA Y CLORINDA MATTO DE TURNER

Transitando el final del siglo XIX

La poesía y la estética han sido suprimidas en los buques modernos; . . . nos faltan todas las emociones de los marinos, las ágras guiñadas del barco, la pesca del tiburón, las bordadas en que la nave tomando el viento de balina, entrega uno de sus flancos á las olas y se inclina voluptuosamente sobre ellas como una virgen que quisiera ver su sombra en sus cristales.

¡Oh estenso mar! La nave de vela es tu hija predilecta: nosotros somos un pedazo de ciudad moderna arrojado sobre tu inmensidad, con todo el sibaritismo de la época, los mimos y las exigencias de la vida artificial que hacemos. Nuestro buque es un hotel, una fábrica, en dónde todo, hasta el ruido infernal de la máquina, contribuye á cerciorarnos que no hemos abandonado la tierra todavía y que estamos circundados por el bullicio de las ciudades populosas.

Lucio V. López, “Recuerdos de Viaje.” *El Nacional*, 2 de Julio de 1880.

En 1882, la escritora argentina Eduarda Mansilla publica *Recuerdos de Viaje*, la narración de su viaje y estadía, casi dos décadas atrás, en los Estados Unidos. Mansilla, como representante de la aristocracia porteña y cercana en muchos aspectos a la Generación del ‘80, era una avezada viajera por Europa que, desde esa experiencia y afinidad con el Viejo Continente, expresará su opinión sobre la emergente potencia del Norte. Por su parte, en 1909, la escritora peruana Clorinda Matto de Turner, quien residía en Argentina desde 1895, emprende un viaje a Europa, cuya narración es publicada póstumamente como *Viaje de recreo*. Sólo un año antes del Centenario de la independencia de la República Argentina, Matto encarna las ya debilitadas funciones del intelectual decimonónico y ofrece la imagen de una Argentina pujante que busca

restablecer sus lazos identitarios con España y con esto pareciera enfrentar la decadencia de valores del mundo europeo y los innumerables conflictos sociales presentes en su país anfitrión.

En este capítulo voy a demostrar que ambos textos resultan testimonios claves para analizar el cambio en los perfiles de viajeros existentes a finales de siglo. Tanto Mansilla como Matto se muestran sensibles a las modificaciones en la percepción del viajero producidas por la modernización de los medios de transporte, la masificación de los viajes y cierta estandarización/regulación de los recorridos que ya entonces se pueden denominar como “turísticos.” Lejos de enunciarse como subjetividades ajenas al escenario moderno que envuelve a los viajes, las dos escritoras se muestran conscientes de lo que el cambio de siglo está causando (en el caso de Mansilla) o ha provocado (en el caso de Matto) sobre esta práctica cultural. Así, Mansilla notará con nostalgia la pérdida de cierto valor de distinción aristocrática que antiguamente traía aparejado los viajes por el extranjero; mientras que Matto expresará su incomodidad al intentar combinar los recorridos turísticos por Europa con sus planes intelectuales.

En segundo lugar, considero que al describir la confrontación de las dos mujeres en ámbitos extranjeros, Estados Unidos y Europa, éstas no sólo se hacen eco de las modificaciones finiseculares en los modos de viajar y narrar esta experiencia. Mansilla y Matto se presentan también como escritoras atentas al escenario intelectual de finales de siglo y participan por ello de la inquietud que surge luego de las independencias de la mayoría de los países hispanoamericanos, esto es, la necesidad de redefinir ciertos valores nacionales frente a las transformaciones socioeconómicas producidas hacia finales de siglo y la urgencia por construir una identidad continental que por un lado

garantice filiaciones y por el otro distinga a estos países del resto del mundo. Me interesa señalar que esa visión continental que Mansilla y Matto ensayan en sus relatos se anticipa a las propuestas intelectuales que cobraron más relevancia dentro de la vida intelectual sudamericana. Por un lado, Eduarda Mansilla propone la superioridad espiritual del pueblo latino frente al anglosajón, precediendo a lo que se convierte en todo una corriente de pensamiento hispanoamericano de la mano de autores como José Martí o José Enrique Rodó. Y por otro lado, Clorinda Matto hará lo mismo recurriendo a la restauración de los lazos filiales del continente americano con España, a tono con la “reacción nacionalista” (Sarlo y Altamirano 93) que surge en Argentina en épocas del Centenario y cuyos exponentes fueron, entre otros, los escritores Manuel Gálvez, Ricardo Rojas y Leopoldo Lugones.

Comenzando de manera cronológica, al momento en que Mansilla publica *Recuerdos de viaje*, América Latina ya había logrado incorporarse, aunque de manera desigual, a la nueva escena mundial de industrialización y modernización, lo que claramente puede percibirse con un repaso del clima económico, político y social que se vivía en la Argentina de finales de siglo, país que se convierte en el punto de referencia (implícita y explícitamente) de su relato y del de Matto de Turner. Para comenzar, es preciso señalar que a partir de esa época, podemos encontrar en el centro de la vida política económica de la nación a una nueva burguesía que ha conseguido desarticular el anterior orden colonial y sus antiguos sectores oligárquicos y que ahora se fortalece estableciendo alianzas con las potencias industriales europeas (Francia e Inglaterra) (Fombona 70). Bajo la primera presidencia del General Julio Argentino Roca (1880-1886), se inaugura un período que parece haber superado el turbulento panorama político

anterior y transforma la nación romántica imaginada por Sarmiento y Juan Bautista Alberdi en un estado liberal (Tulio Halperín Donghi, *El espejo de la historia* 242; Viñas, *Indios, ejércitos y fronteras* 21; Szurmuk 72). El Estado-nación que actúa como marco de la narración de Eduarda Mansilla es uno definido por su carácter elitista, su apertura cosmopolita y la fe en el progreso (entendido en términos positivistas) que traería consigo su profesado liberalismo.

Es este el momento en el que se fomenta la libertad de comercio y se incrementa la radicación de capitales extranjeros en el país, el trazado de vías férreas y la incorporación de las zonas concebidas como “desierto” a las actividades productivas de la nación (Pozzi 5-6). Por otro lado, el nuevo orden político se conforma en torno a un grupo hegemónico porteño constituido por un grupo de políticos, jueces y diplomáticos que ocuparon cargos importantes en la vida pública del país y al mismo tiempo fueron profesos escritores y viajeros: la ya mencionada Generación del ‘80.⁷³ Ellos asumen de manera casi natural la función de construir la identidad nacional sobre sus propios parámetros de clase, ya que se consideraban los herederos directos de los ilustres “padres de la patria,” una casta que pese a sus diferencias, podía nuclearse bajo el común sentimiento de pertenencia a un grupo social selecto (Scatena Franco 90-91; Jitrik, “El mundo del 80” 30, 32).

Este nuevo sector hegemónico se destaca, en el plano de las representaciones y comportamientos culturales, por su particular predilección por el ocio, la vida social

⁷³ En *Marxismo y literatura*, Raymond Williams ofrece una interesante definición del concepto de hegemonía que ayuda a clarificar el proceso al que me refiero en el contexto argentino de 1880. Williams hace referencia a la hegemonía como un concepto que incluye al campo de la cultura como “‘proceso social’ total en que los hombres definen y configuran sus vidas, y el de ‘ideología’, en cualquiera de sus sentidos marxistas, en la que un sistema de significados y valores constituye la expresión o proyección de un particular interés de clase” (129). En su relato de viaje, Eduarda Mansilla irá definiendo las coordenadas de estos intereses de clase que constituyen la hegemonía argentina de finales de siglo.

intensa y la proliferación de los viajes, los cuales se realizaban como parte de la educación aristocrática criolla, para cumplir funciones gubernamentales o, simplemente, por placer y “pura ostentación” [Jitrik, “El mundo del ’80” 28)].⁷⁴ Casi de manera metonímica, sus hábitos se transforman en los valores y signos identitarios de la patria en su totalidad. En los relatos de viaje de intelectuales como Miguel Cané, Eduardo Wilde o Lucio Mansilla, se puede percibir claramente el deseo de estas figuras por presentarse como viajeros que ya no se autodenominan como “provincianos” que toman contacto por primera vez con los centros culturales, sino por el contrario, se definen como expertos conocedores y consumidores del mundo europeo. Viñas los describe como “viajeros de primera,” es decir, un grupo de *gentlemen* que hace alarde de su familiaridad con el mundo europeo, hombres que muchas veces demuestran sentirse más cercanos a Europa que a su propio país (*De Sarmiento a Dios* 60).⁷⁵

Los viajes se constituyen entonces en uno de los elementos de distinción y pertenencia que dan forma a una “patria burguesa.” Lucio Mansilla, por ejemplo, se presenta como el viajero más experimentado entre los argentinos y se jacta de enumerar todos los lugares que ha recorrido gozando sin restricciones el papel de quien viaja por placer:

He sido, como ustedes saben, uno de los argentinos más glotones en materia de viajes: he estado en cuatro de las cinco partes del mundo, he cruzado, sin el más mínimo accidente, catorce veces la línea equinoccial, y he visto entre ciudades y

⁷⁴ En términos más generales y en referencia a la sociedad europea, en el último capítulo de *The Philosophy of Money* (1900), George Simmel analiza con detalle el impacto de la estructura económica capitalista / industrial en las representaciones subjetivas y culturales de finales de siglo XIX (429-512).

⁷⁵ Para más detalles sobre el contexto de finales de siglo, consúltese el trabajo de Andermann en el apartado “Panteón y necrópolis. Las patrias del Centenario” de su tercer capítulo (219-31). Sobre el lugar del intelectual a finales de siglo, véase el capítulo de Julio Ramos, “Fragmentación de la República de las letras,” en *Desencuentros de la modernidad* (75-112).

aldeas, más de dos mil, dándome hasta el placer de comprar, en un mercado de carne humana, una mujer, para decirle después de ser mi cosa propia . . . : “Eres libre, puedes hacer de tu cuerpo lo que quieras.” (12)

En consonancia con lo que Noé Jitrik describe como el comportamiento de un “dandy,” Mansilla se autoproclama aquí como “una especie de espectador que se presenta a sí mismo calificado por su capacidad de consumo, por su forma de distanciamiento frente a lo insólito, por su desprecio a lo que viene adulterado, por su elegancia inalterable” (“El mundo del 80” 31). Para el crítico, esta gestualidad y forma de enunciación se trata de un intento de apropiación del mundo europeo y una vía de reparación del asimétrico y contradictorio ingreso de la nación argentina al mundo moderno, sociedad en la que todavía conviven restos del período rosista con las tendencias modernas y positivistas del momento (“El mundo del 80” 32).

Sin embargo, para cuando Clorinda Matto emprende su viaje en 1909, el escenario anterior ha cambiado súbitamente. A partir de la década de 1890 se produce una profunda crisis económica que otorga visibilidad a nuevos sectores sociales, particularmente el de los inmigrantes, lo cual genera cierto desconcierto y una pérdida de estabilidad para quienes anteriormente concentraban el poder (Romero 55). El boom económico que había dado auge al espíritu “dandy” de los hombres del ‘80 había sido sólo una marca excéntrica de una política económica generalizada que consistió, básicamente, en gastar más de lo que se podía pagar, lo cual trajo consecuencias negativas tanto al sector político como al financiero del país. El endeudamiento de muchas empresas y comercios generó una serie de huelgas que ponen en el centro del escenario nacional al aluvión inmigrante que ya se había incorporado como estrato social

del país y ahora reclamaba sus derechos como clase obrera. El surgimiento de los sectores populares y su creciente visibilidad en el espacio social (huelgas, organizaciones gremiales, periódicos y revistas propias) amenazan con, tal como lo señala Andermann, “alterar la balanza de poder no sólo en la cultura sino también en lo político y lo económico” (222).

Consecuentemente con este contexto, Clorinda Matto de Turner viaja a Europa desde Argentina (su patria por adopción desde hacía casi 15 años) en medio un creciente debate intelectual fomentado por los problemas socioeconómicos y el avance de la inmigración. Se esperaba entonces que aquel estado fuertemente ligado a la elite intelectual reconstruyera una identidad en crisis razón por la cual prosperan los debates en torno al criollismo, la literatura gauchesca, la identidad lingüística de la nación, entre otras cuestiones que intentan sobreponerse a esa pérdida de legitimidad que la hegemonía criolla consolidada tan sólo décadas atrás ya veía amenazada (Hermida 2).

En el campo literario, numerosas novelas, ensayos y crónicas (muchos de ellos articulados en torno al tópico del viaje) de los intelectuales de finales de siglo revelan ecos de todos estos fenómenos que dan forma y sentido al cuerpo nacional de diversas maneras. En la escritura de Lucio Mansilla, por ejemplo, se percibe cierto gesto de aferramiento a esa patria burguesa a la cual se ve desaparecer gradualmente (Scatena Franco 91). Por un lado, muchas de sus crónicas de viaje se reunieron bajo el título *Entre nos* (1889), haciendo referencia a un público lector que se podía distinguir claramente como un “nosotros” que indica pertenencia, complicidad, valores compartidos en un momento en que esto mismo estaba poniéndose en cuestión. Y, por otro lado, sus *Memorias* (1904) emprenden un viaje en el tiempo para situarse en su infancia, en el

marco de otra Buenos Aires, colonial y aristocrática, que ya ha desaparecido. Lo propio harán autores como Lucio V. López en *La gran aldea. Costumbres bonaerenses* (1884) o Eugenio Cambaceres en *En la sangre* (1887), novelas en las que proponen recorridos urbanos que registran con disconformidad la pérdida de ciertos valores tradicionales (el campo, las familias patricias) como consecuencia de la transformación de Buenos Aires y la intervención de los inmigrantes dentro de las estructuras sociales argentinas. Décadas más tarde, intelectuales como Ricardo Rojas en *La restauración nacionalista* o Manuel Gálvez en *El solar de la raza* abogarán por la recuperación de las raíces españolas perdidas, origen de la identidad criolla. Retomando las palabras de Andermann, “se trata, pues, de una literatura de acorralamiento; no sólo se ha vuelto precario y amenazante el destino del viaje sino también del retorno” (234).

Los relatos de viaje de mujeres que propongo analizar en este cuarto capítulo abordan, en mi opinión, la misma problemática de la definición y replanteo de las ideas de nación enfrentadas a este escenario local e internacional modernizado y en constante transformación. Los textos a analizar se aprovechan de cierta distancia con el territorio patrio para, desde ese lugar de enunciación, forjar una genealogía e imagen nacional a la que intentan contraponer con los espacios que visitan. Estas narraciones si bien no hacen una referencia directa al territorio o aspectos propios de su nación de origen, sí se ocupan de trazar un conjunto de lineamientos y valores que, desde su perspectiva, deberían conformar el ideario de esa nación. Al proponer la existencia de un origen estable e indiscutido, estos relatos quieren recuperar en el discurso una constitución única y cohesiva de las naciones sudamericanas y de Argentina en particular para mostrarla al exterior. En esta empresa, también se rescata el sentido fundamental de la función del

intelectual y de la mujer como partícipe de esta esfera, de manera tal que el rol femenino otorgado en el imaginario nacional y en muchos relatos de viaje masculinos, será ampliamente replanteado y discutido en estos textos.

Una viajera aristócrata en una nación moderna: *Recuerdos de viaje de Eduarda Mansilla*

Eduarda ha pugnado como mujer diez años por abrirse las puertas cerradas a la mujer, para entrar como cualquier cronista o reportero en el cielo reservado a los escogidos machos, hasta que al fin ha obtenido un boleto de entrada, a su riesgo peligro.
Domingo F. Sarmiento, *El Nacional* 1885.

Si Flora Tristán se enfrentó a la sensación de ser una *paria* tanto en Europa como en Perú y Juana Manuela Gorriti experimentó una profunda añoranza e intentos truncos antes de volver a pisar el suelo de su *tierra natal*, Eduarda Mansilla (1834-1892), se podría afirmar, representa la contracara de estas experiencias de “viajeras forzadas,” desterradas de un espacio al que no logran regresar o repelidas por los nuevos territorios que visitan. Mansilla se presentará, en cambio, bajo la imagen de una viajera cómoda, que asume de manera natural la idea de ser una “nómada”: sin importar el lugar o las circunstancias bajo las que se encuentre, la mujer parece no dudar ni de su origen, ni de su pertenencia a una clase o identidad determinadas, ni de su calidad de viajera. Su nomadismo, claro, está vinculado a otros motivos.

Eduarda era una reconocida escritora dentro de la esfera pública y cultural argentina. Por un lado, estaba ligada a las familias más tradicionales del país por ser la sobrina del antiguo gobernador de la provincia de Buenos Aires Juan Manuel de Rosas (su madre era la hermana del caudillo federal). Por otro lado, su padre, el General Lucio

Norberto Mansilla, había sido una figura militar muy importante en la defensa del Río de la Plata durante las invasiones inglesas y en diversos episodios de la vida política argentina (Scatena Franco 83).⁷⁶ Su hermano mayor Lucio V. Mansilla, político, militar y escritor, también se destacó como una de las figuras más importantes de la ya referida Generación del '80, cuya obra más recordada dentro de las letras argentinas es, probablemente, *Una excursión a los indios ranqueles* (1870), el relato de su viaje y convivencia con las tribus indígenas de la zona pampeana en tiempos del conflicto territorial que el Estado argentino mantenía con estos grupos. En 1855, Eduarda se casa con el abogado y unitario Manuel Rafael García, de manera tal que su experiencia como viajera por Europa y los Estados Unidos estuvo en su mayoría relacionada con las funciones diplomáticas de su esposo.

Aunque se trata de una mujer que, tanto por constricciones genéricas como de clase, no participa completamente de todas las experiencias de los hombres de su generación en el extranjero, sólo basta con repasar esta genealogía para establecer su vínculo directo no sólo con “el mundo del '80” sino también con los acontecimientos políticos más importantes de la vida nacional argentina. Estos signos de pertenencia, tan valorados hacia finales del XIX, irán conformando la imagen públicamente compartida, y reproducida luego por los estudios críticos, de Eduarda Mansilla como indiscutible representante femenina de las particularidades del escritor viajero intelectual y aristocrático argentino. De este modo, Graciela Batticuore se refiere a Mansilla como la primera mujer en ocupar el espacio de “escritora americana,” puesto que por tanto tiempo

⁷⁶ Como lo explica María Rosa Lojo, Lucio Norberto Mansilla (1792-1871) fue el gobernador de Entre Ríos entre 1821 y 1824 y apoyó la constitución centralista de Rivadavia. Se lo recuerda por su accionar en el combate de La Vuelta de Obligado en 1845, cuando Mansilla manda “cerrar” el río Paraná para defender a la Confederación Argentina de la invasión de flotas anglofrancesas (84).

Sarmiento había anhelado para sí (Batticuore, *La mujer romántica* 235), mientras que otros estudios aluden a su obra como la expresión femenina de algunas de las formas y motivos literarios de su época, estableciendo un especial contrapunto con la escritura de su hermano Lucio.⁷⁷

Sin embargo considero que es preciso aclarar que tanto la popularidad obtenida en su tiempo como la recuperación actual de Mansilla como escritora no debe pensarse sólo como una consecuencia de la singularidad biográfica de la autora ni de los ecos o resonancias de textos canónicos (como los de Sarmiento o Lucio Mansilla) en los escritos de la mujer.⁷⁸ Más bien, ante la visibilidad que ha alcanzado la figura de Mansilla como distinguida viajera y escritora, creo que es necesario indagar el carácter de su propia escritura para encontrar las respuestas al porqué de esta distinción. Es decir, cuáles son las estrategias y recursos retóricos empleados por la escritora para conseguir un nivel de popularidad poco usual dentro de las mujeres intelectuales del XIX, quienes generalmente sufrieron los estigmas de autoproclamarse como tales.

⁷⁷ Juan Pablo Spicer-Escalante menciona la similitud del estilo de escritura de Mansilla en *Recuerdos de viaje* con la *causerie*, una forma coloquial de escritura popularizada por su hermano Lucio. Mónica Szurmuk ha reparado en el paralelo temático que existe entre *Una excursión a los indios ranqueles* y el pasaje de *Recuerdos* en el que Eduarda hace referencia al tratamiento que los indígenas han recibido en los Estados Unidos y María Rosa Lojo, por su parte, también establece un “sospechoso parecido” (21) entre la forma en la que Eduarda se refiere a los norteamericanos (destacando cierto aspecto “bárbaro” de su comportamiento) y la manera en que su hermano Lucio hace lo mismo cuando describe la vida y hábitos de los indios ranqueles.

⁷⁸ En su artículo “Familial Triangles: Eduarda Mansilla, Domingo Sarmiento, and Lucio Mansilla” Eva-Lynn Alicia Jagoe ofrece un interesante estudio de la recepción de la obra de Mansilla por estos dos mismos autores canónicos (Lucio V. Mansilla y Domingo F. Sarmiento). Allí la crítica establece que en sus referencias a la escritura de Eduarda, los dos hombres realizan una “mala lectura estratégica” (508) que revela las tensiones de género y clase que atravesaron la definición de la identidad nacional hacia finales de siglo XIX. Con este gesto de visible elogio hacia la escritura de la mujer, Jagoe confirma que tanto Lucio como el autor del *Facundo* ofrecen una mirada condescendiente que en realidad le está negando a Eduarda un lugar en el canon literario, al mismo tiempo en que ellos, como autores masculinos representantes del discurso dominante, se garantizan el *status quo* de este espacio que han ganado dentro de la literatura y cultura argentinas (507-512).

Eduarda tuvo acceso a una educación también inusual para las mujeres, lo cual la condujo a incursionar tempranamente en la música y la literatura como compositora y autora respectivamente.⁷⁹ Con el tiempo, Mansilla consiguió un espacio notorio en la prensa, colaborando en numerosos diarios y revistas porteños como *La Ondina del Plata* (1875-1879), *El Nacional* (1852-1893), *La Nación* (1862-) *La Gaceta Musical* (1874-1887), entre otras publicaciones destacadas.⁸⁰ Además, algunos de sus textos literarios, como las novelas *El médico de San Luis* (1860) o *Pablo o la vida en las pampas* (1869 [escrita originalmente en francés]) y sus *Cuentos* (1880) —uno de los primeros referentes de la literatura infantil hispanoamericana— fueron ampliamente difundidos en el país y en Europa, donde la escritora mantenía fuertes vínculos con los círculos letrados.⁸¹

Su novela *Pablo o la vida en las pampas* ha cobrado una gran notoriedad dentro los estudios críticos de la literatura decimonónica argentina ya que, pese a no tener un conocimiento directo del ambiente rural, Eduarda logró trazar un paisaje histórico que opone las costumbres y valores de la vida en las pampas a la vida urbana con el objetivo de denunciar el maltrato y exclusión del gaucho por parte del Estado, adelantándose al mismo *Martín Fierro*. Esta problemática que replantea la oposición de la civilización frente a la barbarie, también se aborda en *El médico de San Luis*, donde la autora presenta la historia de un médico rural inglés y protestante que puede mantener sus valores altruistas junto a su esposa criolla a pesar del caos social y político que se observa en la vida del interior argentino: corrupción, burocracia, violencia y asesinatos (Benítez Rojo,

⁷⁹ Para un análisis de la obra musical de Mansilla, ver Juan María Veniard *Los García, los Mansilla y la música* (1986).

⁸⁰ En *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830-1930*, Tomás Auza ofrece un detallado informe de las colaboraciones periodísticas de Eduarda Mansilla en la prensa argentina.

⁸¹ Para un estudio de la recepción de la obra de Mansilla en Europa, ver el capítulo 4 de *La mujer Romántica* de Graciela Batticuore.

p. 452). Con una trama que recuerda al *Vicario de Wakefield* de Oliver Goldsmith, la novela recalca los vínculos entre el espacio del hogar y la nación, sugiriendo que el progreso del estado moderno depende directamente de la estabilidad de la familia (Masiello, p. 76).⁸²

Así como sus novelas son leídas, traducidas y elogiadas en Europa y los Estados Unidos por su fuerza descriptiva de la situación en Argentina, la narración de *Recuerdos de Viaje*, su obra más tardía, intensifica este valor escriturario de Mansilla como *traductora* de América, mostrándola como perfecta representante de su nación y sector continental en el ámbito diplomático norteamericano de finales de siglo.⁸³ Pero nuevamente, lejos de ser un mero resultado de los privilegios con los que contó en su vida, esta habilidad se trata, como explicaré más adelante, de una clara preocupación personal e intelectual por reflexionar sobre las condiciones y contexto del viaje con una retórica apropiada que se adapte a su tiempo y, a la vez, sepa conservarle a la mujer su grado de privilegio, autoridad y superioridad frente a la materia y sujetos observados.

Una viajera distinguida

Eduarda M. de Garcia es, como el lector lo habrá comprendido una personalidad propia y original, en las mejores acepciones de esta palabra, por lo cual, deseosos de describirla con alguna originalidad, nos hemos esmerado en no compararla con Corina, Hipátia ó Victoria Colonna, con la Sevigné, la Stael, la Recamier ó la insigne Avellaneda. Brilla por sí sola, sin el mendigado reflejo de un paralelo. Habla una lengua que ninguna de las nombradas hablaron, excepto la última; es muy americana, muy nuestra, y ellas no le fueron (...).

Rafael Pombo, Prólogo a *El médico de San Luis* (reproducido en *La Ondina del Plata*, mayo de 1875).

⁸² En *Embodying Argentina*, Nancy Hanway ofrece un análisis de *El médico de San Luis*, estableciendo un contrapunto entre esta novela y los *Recuerdos de provincia* de Sarmiento.

⁸³ Graciela Batticuore y Claudia Torre han hecho referencia a la función de Eduarda como traductora en sus lecturas críticas sobre la autora y este relato de viaje en particular.

Recuerdos de Viaje, como se anticipó, narra el arribo y recorrido de la escritora por Estados Unidos en la década de 1860, traslado que realiza luego de otra larga estadía en Europa. En ambos destinos, Mansilla se encuentra acompañando a su esposo, Manuel García, quien desempeñaba funciones diplomáticas en representación del Estado argentino (Szurmuk 58). En el tiempo en que dura su estancia, Eduarda visita diferentes lugares tales como Washington DC, Philadelphia, las Cataratas del Niágara, Boston y parte de Canadá.⁸⁴ El relato fue publicado veinte años después de la fecha del viaje primero en forma de entregas en *La Gaceta Musical* y recién dos años más tarde (1882 [Paatz 69]) como libro. En su texto, Eduarda describe los pormenores que componen el ritual del viajero contemporáneo con sus ventajas y desventajas, las diferencias y similitudes entre viajar hacia un lugar u otro, las incomodidades, los tiempos y los sujetos que intervienen en el trayecto de un viaje a finales de siglo (Batticuore, *La mujer romántica* 176).

Pero Mansilla no sólo hace referencia a cuestiones materiales de la dinámica del viaje (transporte, baúles, hoteles, despachantes de buques) sino que también hace alusión a las sensaciones y sentimientos encontrados que se despiertan en el viajero que acaba de llegar (confusión, desconcierto, “olvido” e “ingratitude” [8]), en resumen, se dispone a narrar lo que llama—citando las palabras de Madame de Stäel—, el “triste placer de viajar” (9). La primera apreciación de la llegada, curiosamente, se describe en contraste

⁸⁴ Manuel García había sido comisionado a Estados Unidos con la tarea de estudiar el sistema judicial norteamericano en la embajada argentina en Washington. En cuanto a los años de la estadía de la familia, existen algunas diferencias en las fechas. María Rosa Lojo señala que Eduarda Mansilla vivió allí en 1860 y entre 1868 y 1872 (Introducción 15). Scatena Franco, por su parte, establece que la primera estadía de la escritora comienza en 1861 y se prolonga hasta 1863, cuando el presidente Mitre designa a García como primer secretario de cuatro delegaciones en Europa (Francia, Inglaterra, Italia y España). Los García Mansilla vuelven a los Estados Unidos y su segunda estadía data de 1868 a 1873, cuando Manuel es comisionado como nuevo ministro plenipotenciario, suplantando a Sarmiento, que vuelve a Argentina para asumir como presidente de la República (Scatena Franco 92).

con la idea de cotidianeidad, un aspecto inexistente en la experiencia viajera, que supone un desplazamiento constante, la vivencia de algo que trasciende el acontecer diario de un sujeto:

La agitacion es general. ... Reina el tumulto, el desorden, en tales ocasiones; á la regularidad y monotonía de la vida ordinaria, sucede la agitacion, la confusion. Y entónces, puede verse patentemente, cuán efímeras y transitorias son esas relaciones, contraídas en la vida tan íntima y estrecha de abordó. Con la misma facilidad con que se formaran, se disuelven los grupos varios; y de una intimidad de todos los momentos, suele no quedar ni aún el recuerdo. Como las aguas del Leteo, la tierra produce el olvido y á veces la ingratitud. (8)

La nota de Mansilla pone énfasis en un cambio en la forma de viajar (con la aparición de maquinarias modernas y una masificación de la experiencia que anticipan el desarrollo de una industria del viaje) que a su vez modifica la percepción del tiempo y las relaciones humanas, aspecto que condicionaba la mirada del viajero finisecular. En esta escena descrita por la autora, no existe el tiempo ni para la contemplación ni para la asimilación del paisaje o el contexto al que se arriba: el maletero y el despachante de aduana —“séres groseros, feos, mal trazados” (10)—agilizan (y alteran) a los viajeros para poder terminar rápido su trabajo, mientras estos últimos, evitando los “codazos y aún maletazos” (8) del arribo masivo, buscan huir de esta zona de confusión babélica para refugiarse en el comfort de un hotel.

Por otro lado, estos movimientos instantáneos, casi como fotografías, no sólo provocan “malhumor general” sino que también rompen con la sensación singular que existía a bordo: todas las experiencias del viajero y las filiaciones creadas entre la

tripulación, una vez en tierra, automáticamente pasan al olvido y son superadas por esta ola de impersonalidad que cubre la vida urbana. El tiempo del relato se ve trastocado por el arribo a destino, en donde otro ritmo y otra temporalidad parecen condicionar las acciones y percepciones de los sujetos, en busca de la eficiencia: *time is money*, repite la autora en varias ocasiones, al observar el comportamiento de los norteamericanos en su trabajo y rutina diaria (14, 19, 25). Es interesante destacar que a través de esta reiteración del materialismo norteamericano Mansilla busca distanciarse, como al referirse a las costumbres familiares, de las características de la nación del Norte: la viajera evidentemente no comparte un valor que, tal como lo analiza Max Weber (*La ética protestante y el espíritu del Capitalismo*), se ha distinguido como la esencia de la identidad capitalista y protestante, una forma de vida que no se asemeja en nada a la de la escritora y su clase social, católica y de orígenes terratenientes.

Mansilla se muestra atenta a captar estas prácticas sociales ajenas y las escenas modernas del viaje pero paralelamente se revela crítica de la idea de la fugacidad del tiempo, de la superficialidad de las relaciones, del anonimato de la urbe, el cual le impide sentirse partícipe de una situación única y privilegiada. Claramente la autora se resiste a ser tratada como una simple viajera que debe sortear “sombrosos ladeados” (11) entre el resto de los transeúntes, lidiar con empleados gritones y mal hablados o atravesar cuartos de aduana hechos de “tablas mal unidas” (11). Se percibe aquí con malestar que algo de ese halo único que rodeaba y distinguía al viajero decimonónico está a punto de desvanecerse.⁸⁵ Por eso, Mansilla desarrolla la mirada de una *flanêusse* (viajera ociosa)

⁸⁵ Este gesto representa sin dudas una de las reacciones que despertó el cambio de siglo, la modernidad y las consecuentes transformaciones en la mirada del sujeto de finales de siglo. Esta idea puede confrontarse nuevamente con el ensayo de Walter Benjamin “La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica” y el trabajo de Marshall Berman *Todo lo sólido se desvanece en el aire* (1982).

que intenta reponer un elemento perdido en la escena despersonalizada que presencia, en definitiva, un signo de distinción o privilegio que ve amenazado, de la misma manera que su generación sentía peligrar su lugar de prominencia dentro de la sociedad argentina.

Así, esta agitación del momento del arribo a una ciudad cosmopolita como Nueva York, lejos de ser una simple nota pasajera, funciona como la expresión de un tono nostálgico hacia ciertos valores sociales (aristocráticos) que la escritora argentina encuentra en extinción en esta nación representante de lo moderno. “Quien á *Yankeeland* se encamina, tiene por fuerza que democratizar su pensamiento” (5), confiesa la viajera cuando explica que aunque personalmente no está de acuerdo con alguna de la información que presentará más adelante en su texto, ella siente el “deber” (4) de transmitir la apreciación común de los *touristes* y no desentonar con el sentido democrático del país que visita y describe. Sin embargo, la autora se lamenta de hacer esta concesión de *democratizar* su pensamiento, es decir, de hacerlo transmisor de un saber popular turista, ya que este gesto implicaría, nuevamente, la automática pérdida de su lugar distintivo: “en ciertas materias, forzoso es contar los votos, por más amigo que uno sea de pesarlos” (5).

Mansilla se vale además de una serie de afirmaciones como “gracias al pasaporte diplomático,” “en mi calidad de *lady*” (11), o “sin más títulos que el de extranjera distinguida” (50) para reafirmar su posición como avezada viajera y como poseedora de ciertos privilegios exclusivos a la hora de viajar (esos mismos que ve amenazados en cuanto desciende de la embarcación en la que viajaba). A lo largo de la narración de su viaje va reconstituyendo el reconocimiento como dama aristocrática en los salones y círculos más destacados de la sociedad norteamericana: habla de su amistad con el Conde

de París, Luis Felipe, sus encuentros con ministros, diplomáticos y príncipes, quienes halagarán continuamente su distinción, cultura y dotes escriturarias. La viajera describe, por ejemplo, las reuniones que tenían lugar en la casa del Ministro de Brasil, donde conoce a los Príncipes de Orleans y entabla una relación de amistad, que luego se prolongará por años, con el Conde de París (55). Allí, pese a que en tono risueño el Ministro brasileño la llama “*una simple Secretaria de Legacion de una República de nada*” (57), Mansilla recibe las mismas atenciones y ceremoniales que podrían tener cualquiera de ellos. Más aun, en el marco de sus conversaciones con el Conde francés, Eduarda se convierte en un referente de la cultura europea para el mismísimo Luis Felipe.

El siguiente pasaje señala el grado de familiaridad y experiencia de Mansilla como “mujer de mundo,” viajera conocedora de la “alta cultura” occidental, al mismo tiempo en que sugiere, a mi entender, la presencia del elemento distintivo de la escritora como mujer, intelectual y argentina. Mansilla registra una de las reuniones sociales en las que se encuentra con el Conde y confiesa:

Muchas veces el Conde de París se me acercaba y me decia: *No bailemos esa polka, conversémosla; Vd. Me contará á París.*

Y yo le hablaba de los teatros, de los boulevares, de Campos Elíseos, del bosque de Boulogne, y él me escuchaba *ravi* (encantado), según su expresión. (57)

Estas escenas reproducen el mencionado carácter de *traductora* de América a los europeos que Mansilla se había forjado con sus novelas. Aquí, Mansilla se muestra como partícipe de un doble acto de traducción: ofrece una lectura de la sociedad norteamericana a los argentinos (potenciales lectores de este relato) mientras que, en

medio de estos círculos políticos y culturales norteamericanos, debe actuar y desenvolverse (como esposa del diplomático García) en representación de los argentinos.

El aspecto multifacético de su oficio como traductora cultural se acentúa con las palabras del Conde de París, quien le añade un grado más de complejidad a la capacidad de la autora: estando los dos (él francés y ella argentina) en un territorio ajeno para ambos (los Estados Unidos), su punto de contacto es el conocimiento y familiaridad de Eduarda de la cultura francesa. Resulta paradójico pensar que en un momento en que un miembro de la realeza de Francia necesita sentirse cercano a su propia cultura, recurra a los relatos de una mujer argentina. ¿Qué es exactamente lo que busca el Conde en la palabra de Mansilla? La viajera continúa:

En una ocasión, me pidió le narrara algo sobre Tullerías; yo lo hice sencillamente, pintándole con toda franqueza, aquel lujo ... El conde no perdía una sola de mis palabras, y parecía oírlas con sumo placer, á pesar de la penosa impresión, que *el desterrado del palacio de sus abuelos*, debía indudablemente experimentar, al relato de tales fiestas. (58)

Aunque era ahora uno de los Príncipes de Orleans, Luis Felipe es un desterrado de la realeza francesa, al que se le ha negado un espacio dentro del orden aristocrático europeo (fracasa en su intento de ocupar el trono de Francia tras la muerte de su abuelo en 1848 y por eso se va a los Estados Unidos), aspecto que lo acerca más a un sujeto como Eduarda que a los propios franceses. Mansilla, pese a la familiaridad que siente con Europa y la función diplomática de su esposo, es una mujer que proviene de un lugar que para su entorno representa una *República de nada*, es decir, que no forma parte del centro cultural europeo completamente. Más aun, la sensación común de su distancia actual con

Europa y su añoranza de este continente se intensifica en medio de una Norteamérica democrática, reciente, que desconoce de filiaciones reales y linaje.

En resumen, debido a la posición de Mansilla como mujer, hispanoamericana, diplomática de una nación tal vez desconocida para muchos en Europa, el París que ésta cuenta será afectado por estos desplazamientos que alejan al sujeto del objeto de su discurso. El Conde parece disfrutar de una vista de París desde la distancia (la propia y la de Mansilla) y se reconforta en un relato que, en la voz de Eduarda, condensa tres espacios (el europeo, el argentino y el norteamericano, que son tres sociedades y culturas distintas) y produce con estos materiales un discurso diferente y atractivo que le hará redescubrir a un parisino su propia ciudad en el destierro. Es justamente en esta capacidad de construir con elementos de culturas ajenas reapropiadas y resignificadas una voz propia y atractiva como mujer escritora y sudamericana en donde encuentro el trabajo literario más agudo de Mansilla. A modo de una mejor y más amplia ilustración de esta idea, quisiera establecer un paralelo entre este momento del encuentro de Mansilla con el Conde con lo que se ha constituido en una escena fundacional de todas las biografías existentes sobre la escritora.

Uno de los momentos más memorables de su anecdotario es la ocasión en la que, todavía siendo una niña, oficia de traductora del francés al español para su tío Juan Manuel de Rosas, cuando éste recibe la visita de un funcionario francés.⁸⁶ Como prólogo

⁸⁶ Se trata del conde Walewski, funcionario de la Corona quien, como aclara Claudia Torre, había sido enviado a Argentina por motivos relacionados con el bloqueo anglo-francés en 1845 (Torre, p. 5). Lojo hace referencia a otras situaciones en las que la competencia lingüística de los hermanos Mansilla se presenta como un signo de su educación y pertenencia a la clase alta argentina: “Los Mansilla aprendieron en la niñez las letras, historia y lenguas extranjeras; se entretenían juntos traduciendo autores del inglés y del francés” (Lojo, Introducción 15).

a su primera novela *El médico de San Luis*, el poeta colombiano Rafael Pombo ofrece una particular narración de este episodio:

Hay una circunstancia en su vida que merece la mencionemos: tenía once años y servía de intérprete á su tío el Dictador para con el conde Walescki, Enviado Diplomático del gobierno francés. Espectáculo curioso: la voz de semejante criatura sirviendo de conductor á un orgullo pátrio sin límites y á una voluntad inquebrantable: la sonrisa de una niña fulminando el rayo. (1)⁸⁷

A pesar de que la escena de la traducción ha sido recurrentemente abordada por críticos como Graciela Batticuore o Claudia Torre, el relato que de ella ofrece Pombo brinda un matiz interesante que me ayuda aquí a repensar este rol mediador que reaparece en *Recuerdos de viaje*. El momento de la traducción, se sugiere aquí, es el marco creado no sólo para la transmisión de un enunciado sino, simultáneamente, para su transformación. La cita sugiere un poder extraordinario en la interpretación de la niña Mansilla, que no se limita a oficiar como canal “conductor” de la palabra de Rosas sino que puede transformar (“fulminar”) esa palabra y hacer de ella un elemento diferente (“la sonrisa”). Mansilla, en el trayecto en que se apodera de la palabra del Otro (Rosas) y la transfiere a un interlocutor en otra lengua, logra despegar el enunciado de los atributos de su emisor (un dictador orgulloso e inquebrantable).

Esta misma dinámica es la que se vio operando en su narración de París al Conde. Al traducir, mediar o explicar aspectos de una cultura o lengua en el registro de otra (elemento que, por otra parte, constituye la esencia de la narración de un viaje), la autora aporta a su discurso un elemento diferenciador que traza su propio lugar como escritora y

⁸⁷ De hecho, El 9 de Mayo de 1875 la redacción del periódico porteño *La Ondina del Plata* (a cargo de Luis Telmo Pintos) anuncia el inicio de las colaboraciones de la escritora en ese periódico publicando esta misma biografía de Mansilla.

diseña el paradigma cultural y nacional desde el cual se enuncia.⁸⁸ Este espacio de enunciación descentrado (como escritora latinoamericana hablando de Francia) es propuesto por Mansilla como una ventaja comparativa que le da una posición discursiva privilegiada. Con estos mecanismos y situaciones descritas en *Recuerdos de viaje*, Mansilla no sólo se abre paso dentro del tradicional y canónico género del relato de viaje sino que también va conformando un *campo cultural argentino*, esto es, un sistema de valores y relaciones regulados por la propia autora, quien se presenta como agente autorizada del sistema de producción intelectual (Bourdieu14). Como resultado de su acto de traducción, la singularidad argentina, según la autora, se compone de la condensación de elementos culturales diversos (principalmente europeos), los cuales quieren ser establecidos como ejemplo directo de un criterio valorativo esencial y trascendente por parte del sector social al que la autora pertenece (la aristocracia porteña). En otras palabras, Mansilla vuelve a ejercer su rol de intérprete traspasando la mera reproducción de la palabra o cultura ajena y encarnando en su discurso, los valores culturales y parámetros identitarios que, para ella, funcionan como los representantes de “los argentinos” en general. En otras palabras, y parafraseando el ensayo de Jorge Luis Borges “El escritor argentino y la tradición” (1932), no es su conocimiento sino el manejo que le da a éste en su texto lo que hace de Eduarda Mansilla una escritora representante de cierta esencia que ella concibe como propia de la cultura argentina (269, 273).

⁸⁸ Beatriz Colombi recuerda, en relación con esta idea transformadora de la traducción, las palabras de José Martí en el prólogo a su versión de “Mis hijos” de Víctor Hugo cuando afirma que “traducir es transpensar.” Esta afirmación le sirve a la crítica para analizar el procedimiento escriturario de Martí, quien entonces puede pensar a Cuba a través de la traducida Irlanda. Aunque los contextos y circunstancias sean diferentes, esta es una dinámica que encuentro similar a la que aquí analizo en Mansilla: su capacidad de pensar la cultura argentina desde un acto de traducción que no se limita a transcribir o parafrasear la palabra de otro, sino que aporta un elemento propio en esa transformación (Colombi 58-59).

En consonancia con esto, se destacan momentos en su relato que reflejan el carácter mixto, sincrético y hasta “incompleto” que define el corpus de saberes culturales que la escritora se atribuye. Por ejemplo, en el momento en que Mansilla continúa su narración de su llegada a New York, la viajera se sincera y afirma:

Ha llegado el momento de hacer aquí una confesion penosa, que hará derramar lágrimas, no lo dudo, al digno don Antonio Zinny, mi maestro, á quien su discípula favorita, debia en ese entónces todo el inglés que sabia. Y este resultó ser tan poco, que con gran vergüenza y asombro mío, el intérprete natural de la familia, la niña políglota, como me llamaron un dia algunos aduladores de mis años tempranos, no entendia *jota* de lo que le repetian los hombres mal entrazados y el laconico expresivo empleado.

<<Qué dicen? Qué dicen?>> preguntaban mis compañeros, volviéndose a mí como á la fuente. Y la fuente respondia: <<No les entiendo!>> y fuerza era responder la verdad, porque mi turbacion era visible. (11)

Más allá de que responda a una anécdota real o se trate de una pose o “efecto buscado” (según la lectura de Batticuore [242]), en mi opinión, estos baches en su formación o su habilidad para desenvolverse en otros contextos culturales, muestra una vez más la manera en que la autora concibe la formación de esa cultura argentina. Este esmero por adoptar la palabra y la cultura del otro como valor adicional de la formación propia se encuentra, como lo experimenta la propia Eduarda, plagado de conocimientos parciales, de restos de otras culturas, que yuxtaponen saberes principalmente librescos captados en un archivo cultural amplio y diverso. El campo cultural argentino de finales de siglo, ese que quiere reflejar Mansilla como elemento distintivo frente a la sociedad

norteamericana, es uno que se encuentra entre medio de diversos modelos culturales, a los cuales, en ocasiones, sólo accede parcialmente.

Lo que destaco no es un aspecto negativo en la capacidad de Eduarda para conectarse con el medio extranjero y proyectar una imagen nacional, sino todo lo contrario. Sus referencias europeas desde los ojos de una hispanoamericana o su imposibilidad de entender en su totalidad el enunciado cultural norteamericano, le permite a Mansilla realizar un trabajo de creación con la lengua donde gana en autoridad e independencia. La escritora revela así un desapego de la tradición literaria viajera y con sus propias desventajas, con sus conocimientos lingüísticos meramente teóricos y con sus estereotipos de viajera aristocrática sudamericana, revertirá lo negativo de la situación para presentarnos un marco discursivo de libertad interpretativa y de elaboración plena. ¿Cuál es, entonces, el espacio de enunciación propio y la ventaja comparativa de Mansilla de acuerdo a su contexto? Justamente, como explica el epígrafe, Mansilla demuestra que es ella, y no otras figuras reconocidas, la que tiene el atributo de ser “muy americana, muy nuestra” (159), carácter que consigue debido a su habilidad de manipular la esencia de diversas culturas, dejando siempre un espacio para el aporte de su carácter propio, representante de la identidad nacional. La nota en el periódico continúa entonces explicando que la originalidad de la escritora argentina reside en que ésta posee cierto gusto original y que una parisiense llamaría *distinguido*: gusto que ni es francés, ni italiano, ni alemán, ni andaluz; sino más bien sud-americano, que diríamos *se refinó* atravesando por todos aquellos países: calidad de todo gusto perfecto, que en ninguna parte es extranjero, pero que conserva sin embargo su carácter propio y su sello nacional. Ojalá la señora de Garcia autorizase la

impresión de otras perlas, que contribuirían á emanciparnos de la imitación servil de los europeos. (158)

Esta explicación se corresponde con lo que he analizado hasta aquí sobre *Recuerdos de Viaje* y acerca de Mansilla como escritora y viajera: acostumbrada a recorrer diversos países y culturas, la mujer no se siente ajena a ninguno de ellos (la define cierto carácter cosmopolita) pero tampoco es completamente partícipe, ya que conserva y representa el “sello nacional.” Por esto, es interesante el empleo de la conjunción “ni” del artículo citado: la escritora argentina conserva algo de cada uno de los lugares de Europa pero no es completamente idéntica a sus modelos. Esta afirmación es importante para repensar la común afirmación que la cultura argentina del '80 se distingue por su carácter “europeizante,” asumiendo simplemente que el sector hegemónico argentino ha trasladado los elementos culturales de Europa a su propio país. Sin embargo, Mansilla demuestra que en esa transición existe un trabajo consciente de reelaboración y apropiación de esa cultura que da como resultado un elemento que ya no es europeo. Como al traducir, al momento de adoptar elementos extranjeros, Mansilla los resignifica, produce otra cosa, un capital cultural propiamente argentino, basado, como veremos a continuación en un número de parámetros estéticos que acercan a su nación de origen (permiten la comparación) con los Estados Unidos, al mismo tiempo en que se destaca la superioridad de la propia cultura.

Trazando fronteras

El europeo liberal puede en momentos de entusiasmo ver en nosotros *De jeunes prodiges* políticos, mientras que para el Yanquee ni siquiera somos una mala copia de sus instituciones; y á ese respecto *nuestros hermanos del Norte*, dotados de un orgullo

satánico, tienen mas de un curioso punto de semejanza, salvo la cuerda grotesca, con nuestros vecinos del Brasil.
El yanquee por Americano no conoce sino á él, y como libre a él y solo a él.
Eduarda Mansilla, “Política europea,” *El Nacional*, 29 de noviembre, 1880.

Al final de *Recuerdos de viaje*, Eduarda Mansilla reconstruye el momento en el que recibe la notificación de que ella y su familia debían volver a la Argentina debido a los cambios que sucedieron a la batalla de Pavón (1861), cuando los ejércitos de la confederación al frente de Urquiza derrotan al gobierno porteño de Bartolomé Mitre. En ese momento, la escritora reflexiona en torno a su patria de una manera muy significativa para entender el modo en el que Mansilla se relaciona con la imagen de Argentina en su texto:

Aquellos que han viajado conocen el momento de leer la *correspondencia*, momento solemne, crítico, dulce y penoso á la vez: momento que abre las heridas ya casi cicatrizadas, que aviva los recuerdos apagados, borra, por decirlo así, las imágenes presentes y nos transporta por algunos instantes, á esa patria ausente, á la cual permanecemos adheridos por lazos invisibles . . .

El vínculo á la tierra madre nos ata, es real, es sólido, á veces doloroso, y esas cartas nos lo recuerdan, nos lo revelan constantemente con la mágia invisible de su espíritu y con la positividad prosáica que encierran. (121)

La cita muestra que a pesar de que Mansilla no se refiera frecuentemente a la Argentina de manera directa en su relato de viaje, su país permanece siempre en el trasfondo de sus apreciaciones. De manera sutil la autora deja ver la red de “lazos invisibles” que condicionan su punto de vista y juicios y, al mismo tiempo, la mantienen conectada con su lugar de origen. Esas ataduras a la “tierra madre,” se puede argumentar, son el

conjunto de valores que permeabilizan su discurso sin importar cuál sea el objeto de su narración.

Por esta razón, cuando Eduarda Mansilla se dispone a describir y ofrecer sus impresiones de viaje sobre Estados Unidos, continúa trazando fronteras entre lo que considera el carácter nacional de los Estados Unidos y aquello que, de manera diferenciadora, lo distingue de su propia cultura argentina e hispanoamericana. ¿Cuáles son los valores, parámetros y aportes personales que conforman el juicio de Eduarda Mansilla sobre Norteamérica en *Recuerdos de Viaje* e implícitamente trazan la identidad argentina? De manera interesante, Eduarda se encarga de establecer desde qué esferas provendrá su aporte a la descripción, análisis y comparación de estas dos nuevas naciones. La autora deja bien en claro que no buscará señalar los nexos y las similitudes desde el discurso de la historiografía decimonónica: Mansilla, con dudosa modestia, afirma que su relato no busca explicar el devenir histórico de estos países ya que existen otros autores, otras voces y otros métodos epistemológicamente más privilegiados que su voz narrativa.⁸⁹

De la misma manera, su discurso dice no interesarse en examinar la formación política del Estado norteamericano porque ese tipo de evaluaciones debería dejarse para el estudioso competente y no para una subjetividad femenina que *meramente* recorre el territorio Yankee como fiel acompañante de su esposo. Claro está, el desapego de Mansilla por este tipo de saber letrado conlleva simultáneamente una estrategia de validación de su propia subjetividad. En *Recuerdos de viaje*, paradójicamente, la viajera

⁸⁹ Al presentar su propio aporte sobre la historia norteamericana la escritora advierte estratégicamente que: “aquellos lectores que de la Historia no gusten, pueden saltarlo; no por eso comprenderán menos de mis impresiones de viajera” (26). De esta manera, Mansilla logra sentar las bases de la teleología de su texto desapegándose de un campo netamente masculino (la historia), al mismo tiempo en que se entromete en él desde este lugar de autoridad disimulada.

menciona los nexos entre la historia americana y la argentina, describe las estructuras políticas del gran país del Norte y hace juicios de valor radicalizados sobre aspectos de la vida americana tan polémicos como la esclavitud, el maltrato a los indios o la conformación social de la familia norteamericana (21-25; 33-40).⁹⁰ Pero su lugar de enunciación parece autorizarse a través del uso del sentido estético, del gusto como lente a través de la cual Eduarda examinará el cuerpo de la sociedad que visita. Es decir, Mansilla explícitamente juzga a los Estados Unidos con los elementos de una “alta cultura”, de la misma manera que un crítico de arte experto examina las obras presentes en un museo de una capital europea.

La viajera le suma a su imagen de traductora e intérprete el de la persona con un gusto formado y modelado en los valores inmanentes de la cultura occidental. Es un posicionamiento de autoridad y de definición de su propio lugar de origen (una patria aristocrática) frente al Otro cultural y asimismo de su propio lugar de enunciación frente a la sociedad que examina, relata y juzga:

Pocas cosas hay más susceptibles de crecer y educarse que la admirabilidad. El salvaje no se da cuenta de los edificios que ve por vez primera; los ve mal, los juzga con su criterio estrecho de salvaje. Para comprender lo bello, es forzoso tener en nosotros un ideal de belleza, y cuanto más elevado es éste, mayor es nuestro goce, por mucho que el reverso de la medalla, produzca en nosotros,

⁹⁰ Afirma la viajera: “No es posible estudiar, como simple viajero á los Estados Unidos ... sin echar una mirada rápida sobre su historia y forzosamente también, estudiar los elementos que formaron en su origen la Union Americana” (35). Nuevamente aquí Mansilla busca no presentarse a sí misma enfrentada al campo masculino de la historia y a los otros viajeros que ya han hecho de la historia norteamericana el tema principal de sus relatos. Mansilla se ajusta a este campo previamente delimitado (la historia, el relato de viaje, la autoridad y el canon masculinos) y garantiza que sus notas son *rápidas* apreciaciones de una *simple viajera* que lejos de querer emitir un juicio personal sobre la nación visitada apenas está tratando, *forzosamente*, de cumplir con ciertos parámetros preestablecidos para un relato de viaje.

cierta insaciabilidad estética, si la palabra es permitida, y nos incline un tanto al pesimismo. (12)

Eduarda declara abiertamente la superioridad que siente como representante de la clase aristocrática argentina al observar al país de los *Yankees*, denominación que utiliza continuamente para referirse a los norteamericanos, desde una mirada entrenada en los productos culturales más destacados de la civilización. Tal como se sugirió al reformular el sentido de la escritora como traductora, la supremacía del capital cultural propio frente al del Otro observado, reside en que como argentina, ella ha logrado absorber el elemento cultural ajeno para la conformación de un sentido estético propio y distintivo. Aunque ausente de manera explícita, el espacio de *lo nacional* aparece como el punto articulador de las dos experiencias de Mansilla como viajera: la autora reúne en su juicio dos espacios opuestos que se condensan en un tercero: la elite criolla argentina (zona patria de Mansilla) que con su *ojo educado* puede discernir los valores y carencias presentes en cada espacio, y generar uno propio como articulador de los anteriores.

En cambio, Norteamérica, según el juicio de la viajera, representa más bien la suma de elementos imitados, sin carácter personal, un pastiche incongruente y desmesurado, juicio que la acerca a las percepciones de Paul Groussac que pueden apreciarse en el volumen *Del Plata al Niágara* (1897).⁹¹ A diferencia de lo que Mansilla demuestra de la cultura argentina y ejemplifica con su obra, los norteamericanos no son buenos traductores porque son perfectos imitadores: “los Yankees son nacion poco

⁹¹ En *Del Plata al Niágara* Paul Groussac reúne sus crónicas de viaje por Estados Unidos entre 1893 y 1894. Allí expresa juicios que se asemejan mucho a los de la Mansilla, principalmente en el hecho de que ambos parecen sostener su opinión en el juicio estético negativo que les provoca esta nación devenida potencia: “Mammoth es el símbolo yanqui de la magnificencia, de la grandeza, de la belleza natural y artística. ... Ese carnaval arquitectónico despliega sus máscaras y disfraces por las calles y avenidas, y por todos los intersticios de la madrepora colosal” (citado por Monteleone 169-170).

imaginativa” (65), afirmará sin resquemores la autora al referirse a la uniformidad arquitectónica que observa en las construcciones norteamericanas. Deambulando por la ciudad, Mansilla busca transmitir cuál es el efecto que la urbe produce en el visitante que la recorre. Así que, por ejemplo, al contemplar el aspecto de los templos religiosos, la autora propone un método de lectura:

Las iglesias, no producen en Nueva York el mismo efecto que en las ciudades europeas, aún de menos importancia. Por lo general, son poco bellas, modernísimas y con el sello de construcción de ayer, que les quita gran parte de su encanto, no sólo arqueológico, sino estético. (15)

Antes que discutir la civilidad frente a la barbarie—tropos organizadores de la experiencia de muchos viajeros—Mansilla construye una dicotomía diferente: lo moderno y lo bello. En el argumento y descripción de la viajera, lo moderno parece excluir lo bello (“son poco bellas, modernísimas”) de la cultura norteamericana, elemento que se comprueba al compararla con sus contrapartes europeas. El buen gusto se construye como marca esencial de la educación íntima de la elite criolla y será el punto de vista desde el cual se juzgará y comprobará cuál es la naturaleza de la carencia norteamericana. Los parámetros estéticos funcionan, además, como una herramienta de análisis privilegiada que es al mismo tiempo aceptable para el uso femenino. Hecho que se comprueba en la selección de estos criterios como esfera desde la cual Mansilla entrará en diálogo con la tradición viajera en general y con las descripciones preexistentes de los Estados Unidos en particular.

No obstante, es importante destacar que la relación que Mansilla sugiere entre los Estados Unidos y la cultura que sostiene su punto de vista no es meramente opositiva

sino que conserva un importante grado de ambigüedad. En algunas ocasiones, Norteamérica representa un *espejo a la medida* del país de origen de la escritora, otro motivo que me permite afirmar que, al referirse a esta nación, se puede percibir indirectamente un juicio sobre la propia patria. En una ocasión de su viaje Mansilla afirma, por ejemplo:

En la América del Norte, como en la nuestra, el viajero no halla esos preciosos recuerdos históricos, revelados por los monumentos, por la fisonomía misma de las ciudades. Todo es allí obra del presente, nuevo, novísimo y exento de ese encanto misterioso que el tiempo imprime á las piedras, á los edificios, á las cosas.

La historia de ese país, como sus monumentos, es toda de ayer, de ahí la pobreza relativa que impresiona desagradablemente al viajero que llega de Europa, si bien comprende toda la riqueza y poderío que esa parte del Nuevo Mundo encierra.

Halla mucho que lo sorprende; pero poco que lo seduzca. (15)

La cita sugiere cierto grado de similitud entre la cultura que se recorre con la patria misma de la voz narrativa, basándose en un tipo de cronología compartida. La historia europea como modelo de civilización seguirá operando dentro del discurso de Mansilla como signo de superioridad cultural. Al mismo tiempo, su propia figura como viajera se representará en tanto recién llegada de Europa y dispuesta a evaluar el progreso de esta nación. Mansilla con la mirada entrenada y con los recuerdos europeos aún vivos en su memoria construye también un ambiguo lugar de enunciación ya que a pesar de pertenecer a un sector de América que también carece de tradición histórica y cultural, ha sabido suplir esas faltas con la reapropiación de los estándares estéticos del Viejo

Continente. La frase final que remite a aquel viajero que, como ella, “halla mucho que lo sorprende; pero poco que lo seduzca” reafirma el sistema valorativo de Mansilla, que menosprecia lo nuevo (norteamericano) en favor de lo bello (europeo). En Mansilla se puede percibir que la novedad y cercanía temporal entre Estados Unidos y su país de origen impiden que la autora encuentre algún valor estético en Norteamérica, el cual parece entender, como Simmel lo explica, en términos de “un distanciamiento, abstracción y sublimación del objeto observado” (71). Es decir, la escritora no logra experimentar una sensación que individualice la cultura americana, que la haga propia y personal, independizándose de los modelos precedentes: el pueblo Yankee vuelve a ser caracterizado como un perfecto imitador, y su creación en el sentido amplio (cultura, arquitectura, costumbres, vida cotidiana, política) carece de aquel “aura” propio de lo bello y singular. En este aspecto es la figura de la viajera la que condensa desde su propio gusto estético los valores que no encuentra en los Estados Unidos y que intenta reponer por medio de su escritura para su propia identidad como sudamericana.

Así Mansilla despliega en su relato un sistema opositivo que, en mi opinión, intenta revertir el visible poder que Norteamérica ha alcanzado a finales del siglo XIX, momento en que se publica *Recuerdos de viaje*. A través de su lectura estética de los Estados Unidos nos deja un interesante testimonio acerca de las formas de percepción que la elite cultura rioplatense comenzaba a ensayar para explicar el avance norteamericano y las posibles reacciones frente a este fenómeno. Mansilla propone una taxonomía entre el pueblo norteamericano y el resto del continente, basándose en la posesión o no del rasgo *latino*. Los Estados Unidos, en un momento en que todavía sigue siendo un modelo a imitar, es un país comercial, calculador, sin linaje, ignorante de sus

vecinos (dice por ejemplo “la raza que se da a sí misma el nombre de Americana” [38], o “algo saben de México porque día a día han ido apropiándose algún pedazo del antiguo imperio de Moctezuma” [46]). Por el contrario, “los Latinos ... que hemos también formado nuestro mundo, en este hemisferio” (38), afirma Mansilla, seremos conocedores del mundo y el gusto europeo (“el buen gusto”), educados, cálidos y espirituales, a pesar de que estas características, que también ella encuentra en el Sur de Estados Unidos, tengan por destino el fracaso (Viñas, *De Sarmiento a Dios* 68). La vida política misma es, para la viajera argentina, una representación sin las virtudes estéticas propias de los descendientes de la espiritualidad latina. El foro romano o el parlamento francés no pueden reconocerse en esta sociedad Yankee, donde la vida política, según la autora, “es la fiesta de la democracia sajona, sin efusion, sin entusiasmo, sin alegría. Imagen del deber, del patriotismo escuálido, que representa un amor á las Instituciones, formado más bien de raciocinio que de ternura” (52).

En resumen, sus apreciaciones funcionan como gesto anticipatorio de la transformación del juicio sobre los Estados Unidos hacia finales de siglo. Sus constantes referencias a esta nación como moderna pero al mismo tiempo bárbara, ambiciosa, de mal gusto me han servido aquí para pensar la capacidad de Eduarda de introducirse de lleno en una de las discusiones fundamentales y más candentes de finales de siglo: el rescate del espiritualismo, los valores y las raíces latinas de Hispanoamérica como vía de enfrentamiento y diferenciación respecto del materialismo sajón del Norte. Los parámetros estéticos que Mansilla utiliza para construir una imagen bárbara de los Estados Unidos son de vital importancia para analizar los modos en que una mujer, con privilegios de clase pero sin acceso total a la vida política (algo que ella tampoco

defiende), es capaz de prefigurar la imagen monstruosa e “informe” (Colombi 99) que intelectuales como Martí todavía no consiguen delinear completamente y que Rodó expresará casi dos décadas más tarde.⁹²

En conclusión, mi evaluación de la escritura de Mansilla recrea el diálogo e interacción que esta misma obra sugiere entre la mujer escritora-viajera y su contexto, de manera tal que *Recuerdos de viaje* puede ser leído no ya como un complemento útil de la obra de su hermano o de la de Sarmiento, sino, como un trazo más que se incorpora a una tradición literaria en continua reelaboración. Eduarda Mansilla se vale de las herramientas que tiene a su alcance como mujer (que no tiene la educación del letrado, que tiene restricciones aun como viajera distinguida, pero sí logra un acceso a los códigos socioculturales de su tiempo) para construir una visión propia tanto de sí misma como de su nación y continente frente a un espacio que comenzará a definir, por oposición, al ser latinoamericano. Las estrategias discursivas aquí analizadas, si bien no desmienten la mirada autorizada masculina, reclaman sin embargo su singular espacio dentro de la compleja y polifónica cultura decimonónica sudamericana.

Discurso crítico e imaginario de Europa: el *Viaje de Recreo* de Clorinda Matto de Turner

Hay en París, desde hace pocos años, dos esferas de artistas y escritores de América: la oficial y la no oficial. La esfera oficial está formada por quienes vienen a París a brillar y triunfar y por quienes, debido a sus cargos diplomáticos, están obligados a una vida espectacular y cortesana, que muchas veces está lejos de agradarles. La esfera no oficial está formada por quienes vienen a París a vivir libre y honestamente, sin premuras de llegar, ni

⁹² Respecto a este amplio tema en la literatura latinoamericana, destaco algunos estudios que pueden consultarse, tales como los de Colombi (el capítulo 4 de *Viaje intelectual*), Carlos Jáuregui (1998), Fernández Retamar (1984) y Julio Ramos (2001).

preocupaciones de relumbrón. La esfera oficial opera de smoking ... La esfera no oficial ... no opera sino actúa, que es muy diferente.
César Vallejo, *La cultura peruana*

La obra de Clorinda Matto de Turner (Cuzco 1852-Buenos Aires 1909) como escritora e intelectual es amplia y diversa. Sus novelas, tradiciones y artículos periodísticos se han convertido para la crítica literaria en referentes claves para pensar el proceso de incorporación de la mujer escritora como figura relevante dentro la escena cultural del siglo XIX en Sudamérica (Kristal, 1987; Villavicencio, 1992; Denegri, 1996; Peluffo, 2005). En un contexto de transición ideológica y política dentro de la nación peruana, Matto emerge como una de las voces femeninas que se hará oír con más fuerza en medio de las polémicas desatadas en las páginas de periódicos y revistas en torno al futuro del Perú. Al mismo tiempo, sus novelas—la renombrada trilogía *Aves sin nido* (1889), *Índole* (1891) y *Herencia* (1895)—manifiestan el sentimiento de muchos de los intelectuales peruanos contemporáneos a la autora, quienes tras el fracaso en la Guerra del Pacífico (1879-1884) y la consecuente desestabilización de la hegemonía económico-política del país, se sintieron impelidos a renovar el campo de las ideas a fin de explicar el contexto social que los contenía. Así, la escritura de Matto de Turner “se hace eco del deseo de reconstruir el país, de llevar adelante un plan de “peruanismo” basado en el concepto de modernidad” (Guiñazú y Martín, 180).

A pesar de la mencionada relevancia del conjunto de la obra de Matto en las letras hispanoamericanas, sigue existiendo dentro de los estudios críticos la preferencia a—como lo explica Peluffo—leerla de manera “macrocéfala” a partir de su más reconocida novela *Aves sin nido* (*Lágrimas andinas* 13). Sin negar la importancia de este texto como uno de los primeros en exponer la explotación del sector indígena del Perú

por parte de las clases dominantes (terratenientes, gobernantes, clero), queda aun pendiente la tarea de profundizar la discusión sobre el resto de sus novelas así como también de incorporar al análisis su obra periodística, pedagógica y su escritura desde el exilio y como viajera. En mi opinión, esta última etapa de la escritora es vital para comprender la evolución de su pensamiento que, desde una mirada hacia el interior de la nación peruana, se extiende al resto de los países sudamericanos, poniendo en reformulación constante sus ideales modernizadores frente al contacto con otros espacios y personalidades del círculo intelectual de países como Chile o Argentina.

Mi estudio de su relato *Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania* (1909) indagará sobre su propuesta discursiva e ideológica en los últimos años de su vida como intelectual, enfrentado los cambios que se introducen con la entrada a un nuevo siglo. Este texto da cuenta del viaje que la escritora emprende a Europa y culmina meses antes de su muerte. A pesar de los interesantes matices que presenta para un análisis de la figura de Matto de Turner como intelectual, *Viaje de Recreo* ha sido hasta ahora un texto marginal para la crítica especializada en la escritora peruana. A partir de este análisis se podrán entender los modos en que Clorinda Matto de Turner consolida y expande en *Viaje de recreo* la perspectiva de género que sostiene y articula el pensamiento de toda su obra. Reposicionándose aquí como intelectual hispanoamericana de paso por Europa, la escritora peruana enuncia su imaginario sobre este continente de diversas maneras, dialogando y diferenciándose de la tradición viajera existente. En su texto, Matto asume, casi simultáneamente, diferentes roles del viajero (ya sea como importadora de modelos, mediadora, traductora y turista) que complejizan su lugar de enunciación. Por otro lado, a la vez que celebra los “símbolos de cultura y

progreso” de Europa y el vínculo americano con España, Matto articula desde su posición de mujer una mirada crítica sobre ciertos aspectos de la modernidad que, en pos de un falso progreso, estaban minando las bases constitutivas de la sociedad de inicios del siglo XX. Con esto, mi análisis de *Viaje de Recreo* ejemplifica la tensión entre tradición e innovación que atraviesa el pensamiento de Matto, la cual es signo de la transición a un nuevo siglo y del surgimiento de nuevos interrogantes en torno al lugar del sujeto hispanoamericano frente a la cultura europea y sus propuestas modernizadoras.

Una viajera entre dos mundos

Y el haber ido á *Europa*, ¿es poca cosa?
Clorinda Matto de Turner, *Viaje de recreo*

Clorinda Matto de Turner viaja a Europa en la primera década del siglo XX, en 1908. Su viaje comprende diversos países como el título lo indica: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania. Matto parte en el mes de mayo desde la ciudad de Buenos Aires, lugar en el que residía desde que en 1895 se ve obligada a abandonar su país tras varios ataques recibidos en su casa e imprenta.⁹³ Como resultado de esta situación, la escritora inicia un exilio que, pasando en primer lugar por Chile, la conduce a Argentina hasta el momento de su muerte. Desde su nueva “patria”—como ella misma se refiere a la Argentina—continúa fervientemente con su actividad intelectual, con un especial interés, el mismo que la lleva a viajar a Europa, en la educación formal y

⁹³ En 1895, las fuerzas del gobierno de Nicolás de Piérola irrumpieron y desmantelaron la imprenta de la escritora, quien había expresado sus distancias respecto de este gobierno, principalmente por los fuertes lazos que éste mantenía con la iglesia católica, la misma que poco tiempo atrás había excomulgado a Clorinda Matto por el episodio al que me refiero más adelante, en la nota 25. Para más información, consultar el artículo “El periodismo militante de Clorinda Matto de Turner” de Ana María Portugal.

profesional de las mujeres y el trabajo periodístico.⁹⁴ Con este bagaje ideológico en torno a nuevos perfiles de mujer en el temprano siglo XX, y con un objetivo pedagógico sólido, Matto recorre y analiza Europa. A su regreso, termina el libro con sus impresiones de viaje y debe enfrentar una grave pulmonía que termina con su vida el 25 de octubre de 1909 (Berg, “Clorinda Matto de Turner: periodista y crítica” 155).

En correspondencia con sus ideales sobre la independencia del género femenino, *Viaje de Recreo* nos presentará diferentes posibilidades de ejercer el rol de viajera. A pesar de las diferencias, tensiones e incomodidades que se percibirán en el ejercicio de estas facetas, lo que permanecerá firme es la voluntad de Matto de representarse como un sujeto activo a lo largo del viaje. El epígrafe de este apartado, de hecho, corresponde a una observación crítica que la escritora arroja sobre los roles preestablecidos para hombres y mujeres viajeros de la época. Con tristeza, Matto anota que a pesar de que la mayoría de los hombres americanos que iban a Europa en ese momento viajaban con sus familias, esto no les impedía entregarse a los placeres y excesos que les ofrecía la *vida parisien* (149). Ante esta actitud a la cual califica de “tacañería” y “egoísmo,” Clorinda Matto denuncia la pasividad de la mujer, quien sólo unos días antes de la partida abandona el hotel para visitar con su esposo los bazares, repitiéndose “con voz beatífica, adorable, que denuncia su conformidad femenina”: “con llevar bastante ropa, me conformo” (149). Irónicamente, Matto finaliza su comentario con este “Y el haber ido á

⁹⁴ *Búcaro Americano, periódico de las familias* (1896-1908), fundado por Matto, revela la fusión de ambos intereses en artículos y notas que promueven el desarrollo de la mujer en el campo de la educación tales como “La mujer moderna”, donde se hace gala de los beneficios de la educación profesional femenina: “Cobrar un sueldo, llevarlo á casa, depositarlo en manos de la madre adorada, para sustento de los hermanitos menores, para la vida de nuestra familia! / Qué fruición tan dulce! / Qué alegría más íntima! / Oh! la mujer consumidora de otras edades nada supo de estas grandes emociones de la mujer moderna” (septiembre 15, 1906). Para más detalles sobre el trabajo de Clorinda Matto en el exilio en Argentina y su labor como directora del *Búcaro Americano*, véase el artículo de Gloria Hintze (2002) y el de Susana Zanetti (1992).

Europa, es poca cosa?” para señalar la frivolidad y conformismo de algunas mujeres que, sujetas al plan masculino, sólo se contentan con volver de su viaje habiendo comprado objetos para la futura envidia de otras. Para ellas, haber estado en Europa no responde a la concreción de ningún objetivo personal; su viaje se asemeja a un significativo casi vacío, es decir, un superficial indicador de la pertenencia o alcance de un estatus social. Por otro lado, este comentario afirma la intención de Clorinda Matto por permanecer en las antípodas de esta pasividad femenina, dejando entrever un sutil cuestionamiento a la figura del intelectual latinoamericano que reproduce acríticamente el gesto también vacío de admiración por Europa.

Como actitud diferenciadora, el viaje de Clorinda Matto propone múltiples objetivos, planificaciones e itinerarios que se irán superponiendo en la narración. En primer lugar, se ha propuesto recorrer los países europeos para estudiar diferentes programas educativos y diseños institucionales para la educación de mujeres. Su objetivo es recoger toda la información posible sobre instrucción pública para poder a su regreso “utilizar[los] en servicio de aquellos dos países cuyo afecto se confunde en mi corazón como las aguas de los ríos que tributan al mar: Perú y Argentina” (130). En cada país que visita, Matto reserva tiempo para el recorrido de instituciones que habían incorporado a las mujeres dentro de su alumnado, como la Universidad de Londres. Pero sobre todo, la autora presta especial interés a aquellos colegios diseñados exclusivamente para mujeres, como en el caso de los colegios religiosos en España. Allí consigue extraer la deseada información sobre programas curriculares, características edilicias, mobiliario utilizado, distribución del trabajo dentro de la institución, entre otros aspectos de la planificación educativa.

A partir de este objetivo primario en su viaje, resulta evidente al lector el interés de Clorinda Matto por inscribirse dentro una práctica viajera que—a comienzos del siglo XX—la acerca sin embargo a la tradición del siglo anterior, esto es, a aquellos viajeros intelectuales que se dirigían a Europa con el fin de estudiar modelos educativos (Domingo F. Sarmiento), corrientes literarias (Esteban Echeverría), sistemas legales (Juan B. Alberdi) y estilos y costumbres en general (Juan de Arona). Una vez trasladados y reformulados para Hispanoamérica, estos aspectos estudiados debían cumplir el objetivo de servir al propósito político, económico y cultural de consolidar la independencia y progreso de las nuevas naciones (Pratt, *Ojos imperiales* 302). En estos casos, como bien lo señala Andrea Pagni, se puede afirmar que la experiencia y escritura del viaje en sí mismas conforman “parte del proyecto de construcción del Estado y de la nación ... como un espacio político y cultural identificador,” el cual desborda el objetivo mismo del viaje para pasar “a formar parte de ese espacio cultural en construcción” (Pagni 265). Como un miembro más de esta élite criolla, capaz de insertarse “vía comercio internacional y apropiación de ideas, en el mundo europeo” (Sanhueza 54), Matto se acerca al mismo tiempo que se diferencia de esta función del viajero como “importador” de modelos (Ramos, *Desencuentros de la modernidad* 36), proponiendo un aspecto ignorado por sus antecesores, como lo es el de la educación de la mujer. Para la intelectual peruana, luego de la independencia y avances logrados a lo largo del siglo anterior, el factor más importante del momento era la inclusión de las mujeres dentro de las prácticas de modernización, insistiendo en una “participación activa y pública en los asuntos de estado” (Hintze sin paginación).

Podemos notar aquí un salto epistemológico que distingue la obra de Matto de la de Eduarda Mansilla, quien aun no ve posible, en su contexto, el ingreso femenino a las esferas públicas. La viajera peruana no sólo cree lo contrario, sino que trabaja para ello: antes de este viaje, ya había comenzado a participar de la conformación de un plan educativo para las mujeres, publicando, entre otros escritos pedagógicos, su trabajo *Elementos de literatura según el reglamento de instrucción pública para el bello sexo* (1884), una obra que Mary Berg califica de “ambiciosa, multifacética y de múltiples propósitos” (“Presencia y ausencia de Clorinda Matto de Turner en el panorama literario peruano” sin paginación). Allí Matto sugiere un tipo de educación que no obstante se distingue de la masculina, no deja de ofrecer material para el entendimiento femenino de la realidad de su tiempo: “son las mujeres las que tienen que crear a los héroes de acción; el ángel del hogar debe ser militante” (Berg, “Presencia y ausencia” sin paginación).

Para demostrar su intencionalidad de operar como una viajera *importadora de modelos* en su viaje por Europa, Matto nos presenta a figuras femeninas que desde diferentes campos estaban interviniendo en el progreso científico e intelectual europeo: la escritora española Concepción Jimeno de Flaquer, autora de ensayos y novelas dedicados a la educación e independencia de la mujer; Concepción Aleixandre, médica española a quien se refiere como “escritora científica” que difunde hábitos higienistas entre las mujeres; o la novelista y periodista Matilde Serao, fundadora del diario *Il Giorno*, cuyo trabajo es visto por la escritora peruana como otra forma de contribución de la mujer a “la marcha de la humanidad” (113). Así, y según sus referencias parecen indicarlo, Clorinda Matto retornaría del mismo modo en que hubieron regresado los viajeros intelectuales del siglo anterior: con la palabra europea traducida y reapropiada para servir de modelo en

América (Ramos, *Desencuentro de la modernidad* 36). Pero sobre todo, el conocimiento adquirido debería impactar en el público femenino, pilar hogareño desde el cual una nación podría, según su opinión, partir hacia el progreso.

Como un aspecto más de interés, tanto del lector como de la propia narradora de *Viaje de Recreo*, se destaca una segunda modulación discursiva de Matto como activa mediadora entre grupos intelectuales de los dos continentes. Esta función de intermediaria, que nos recuerda el caso analizado de Eduarda Mansilla, aporta nuevos matices sobre este rol de la mujer en esferas culturales, que en el siglo XX han logrado un mayor nivel de institucionalización y profesionalización intelectual. Esto se percibe cuando, especialmente en Francia y España, la escritora se encuentra con un gran afluyente de intelectuales y políticos latinoamericanos que, como ella, se encontraban viajando o estaban radicados en el Viejo Continente, tales como el ecuatoriano Carlos Tobar, el ex presidente peruano Andrés Cáceres y María Heredia, poeta y novelista hija de José María Heredia y esposa del poeta simbolista francés Henri de Régnier. Vemos aquí que entre aquellas figuras diplomáticas como las que se encontraba Mansilla en sus viajes, aparecen también escritores y poetas que están ejerciendo su labor en el exterior, representando a sus naciones desde el ámbito institucional de la cultura o, en palabras de Vallejo citadas en el epígrafe, componiendo la “esfera oficial” de intelectuales americanos en Europa (88). Las visitas de Matto a todos estos individuos le posibilitan participar parcialmente, en el tiempo que pasa en cada ciudad, de esa experiencia cosmopolita, a partir de la cual muchos escritores estaban trazando nuevas coordenadas sobre el pensamiento intelectual latinoamericano desde finales del siglo anterior (Rama, 1985; Pratt, 1992; Colombi, 2004; Fombona, 2005). Entre las personalidades que Matto

visita se encuentran también Francisco Sempere, editor de la tercera edición de *Aves sin nido* y *Viaje de Recreo* y Mr. Thynne, editor de la versión inglesa de *Aves sin nido*. La difusión y constatación del alcance de su obra en el ámbito europeo es una preocupación recurrente en su libro de viajes, una búsqueda de inscripción de sí misma y autorización de su discurso en este nuevo espacio intelectual cosmopolita.

Por este mismo motivo, además de contactarse con sus coterráneos, Matto expresa su interés por trazar una *red intelectual femenina* con las escritoras, educadoras y artistas europeas, algunas de ellas mencionadas anteriormente. Por ejemplo, al exponer en su texto una larga nómina de mujeres a quienes conoce o de quien ha recibido referencias en España, Matto afirma:

Este hermoso grupo de mujeres españolas, que entregan al público su pensamiento impreso ... es grata promesa al porvenir glorioso de la causa femenina. Con estos sentimientos estrecho la mano de cada una de ellas, enlazando no sólo la acción simultánea, sino el afecto de las escritoras españolas y americanas del Sur, cuya nómina he hecho conocer en los centros de cultura visitados. (47)

Resulta evidente que al hablar de la labor de estas escritoras españolas como “grata promesa,” de alguna manera Matto está haciendo referencia a su propio lugar e importancia como intelectual, ella misma como “obrero del pensamiento” y como difusora de nuevos saberes.⁹⁵ Las palabras en esta cita nos muestran, además, la

⁹⁵ El 14 de diciembre de 1895, Matto utiliza este término por primera vez en la conferencia que pronuncia en el Ateneo de Buenos Aires, la cual lleva justamente el título de “Las obreras del pensamiento en la América del Sur.” Es interesante que en un contexto donde se comienza a hacer más visible el lugar de la mujer en el campo laboral e industrial, Matto haga referencia al término “obreras” para referirse en cambio a las mujeres que trabajaban en el campo intelectual, lo cual indica cierto grado de conciencia y “profesionalización” del trabajo de la mujer con la escritura, acorde con los cambios que la época presentaba.

confianza de la escritora para enlazar, con su labor personal y presencia, a las mujeres de Europa con las de América del Sur. Matto parece sugerir en muchos pasajes que esta conexión internacional tendría un impacto que sobrepasaría el nivel de lo personal, esto es, la escritora deja entrever que su viaje contribuirá a la creación de una Sudamérica moderna y progresista, la cual sólo puede surgir a partir “[d]el esfuerzo combinado de nacionales y extranjeros” (8).

Esta construcción discursiva como “mediadora” entre naciones y círculos intelectuales diversos, más que aparecer como novedad del viaje, resulta una consolidación de la imagen forjada como resultado de una serie de circunstancias que constantemente colocaron a Matto en un espacio intermedio entre dos culturas. Ana Peluffo explica:

los desplazamientos de Matto de Turner desde el corazón de la cultura andina hacia los centros urbanos más abiertos a las propuestas modernizadoras cosmopolitas (Lima-Buenos Aires) van delineando un nomadismo cultural en el que Matto de Turner se construye a sí misma como una figura-puente entre universos socioculturales en tensión. (19)

Así, siguiendo la afirmación de Peluffo, este “nomadismo cultural” que caracterizó los anteriores recorridos de la escritora peruana, ahora, una vez en Europa, le permite alejarse de aquella imagen del americano como el “nacido en las tierras bajas” (Sarmiento 7), a quien la propia Matto describe diciendo que “el americano en Europa hace el mismo efecto que los provincianos en la capital” (60). Matto es consciente de la posibilidad de que un viajero hispanoamericano, por su habla, comportamiento o trasfondo cultural, se

denuncie a sí mismo como ajeno al espacio que recorre, en la más absoluta “cortedad” (Viñas, *Literatura argentina y política* 34), es decir, en un estado de desigualdad frente a la cultura europea. Alejándose de esta imagen, *Viaje de recreo* nos presentará el esfuerzo de una mujer por conocer e insertarse en el espacio europeo y, al mismo tiempo, dar a conocer el terreno propio como ambiente activo culturalmente. Matto puede, en 1909, superar la experiencia de los viajeros predecesores que se sentían bajo una situación de desigualdad (cultural, social, institucional) que iban a remediar en Europa. Matto demuestra esta habilidad cuando se presenta como un par intelectual entre hispanoamericanos y europeos.

Por otro lado, la red femenina que crea funciona como una alternativa a ese espacio que no pudo ocupar antes o a esas experiencias viajeras de las que no participó completamente. De hecho, su propio lugar como intelectual estuvo marcado frecuentemente por viajes y desplazamientos que fueron causa o consecuencia de las dificultades que la autora experimentó para acceder a los círculos intelectuales de su tiempo. Con su llegada a Lima, aunque luego se gana un lugar destacado entre los intelectuales de la capital peruana, no fueron aislados los episodios en los que sufrió ofensivas críticas por ser una escritora del interior del país.⁹⁶ Más tarde, ya a cargo de uno de los periódicos más importantes de su tiempo, *El Perú Ilustrado* (1887-1893), sufre censuras y una fuerte oposición que la llevan a alejarse de la dirección de este medio.⁹⁷

⁹⁶ Torres Calderón hace referencia, por ejemplo, a las burlas propinadas por el literato Paz Soldán, Juan de Arona, quien “se refiere a Clorinda Matto de Turner como ‘Clorinda’ mofándose del acento de la Sierra, dado que ella había nacido en el Cuzco” (106).

⁹⁷ Este hecho se genera luego de que, bajo su dirección, se publica en 1890 “Magdala” un poema del escritor brasileño Coelho Netto en que se leyó una referencia a la relación entre Jesús y María Magdalena desde un punto de vista erótico. A causa de esto, tras una serie de alegatos de ambos sectores (defensores y detractores de la escritora), Clorinda Matto es excomulgada de la iglesia católica y poco tiempo después deja el periódico. El episodio es revivido en *Viaje de recreo* cuando, de paso por Brasil, la escritora visita al autor del polémico texto. En la conversación con Netto, la escritora deja claro que este es un episodio del

Por último, el exilio de la escritora en Argentina responde también a situaciones similares: en 1892 funda con sus hermanos la imprenta La Equitativa, la cual utilizó como plataforma de apoyo al gobierno del general Andrés Cáceres. A causa de su adhesión política declarada, en 1895, un grupo de rebeldes al mando de Nicolás Piérola entran a la capital peruana y saquean la casa e imprenta de Matto. La mujer logra escapar y se exilia en Chile, Mendoza y luego se radica en Buenos Aires. Con este breve recuento de sus infortunios y obstáculos a su trabajo intelectual, podemos notar que lógicamente la escritora no ha podido participar antes de la experiencia viajera de los hispanoamericanos en Europa. Lejos de ser reconocida por sus pares y por la crítica como una viajera distinguida por sus antecedentes familiares—como vimos en el caso de Mansilla—su espacio como escritora y viajera reconocida ahora en Europa, traducida al inglés, se presenta ante el público como el resultado evidente de un trabajo intelectual que ha sido sostenido exclusivamente por su ardua y obstaculizada labor en las letras. Este hecho, además, evidencia otro indicador del cambio de siglo: Matto puede aparecer en la escena pública sin una genealogía (familiar, de clase, literaria) que la sostenga en el contexto internacional, mientras que Eduarda Mansilla aun debía respaldarse en estos avales socio culturales para expresar sus críticas y juicios personales.

pasado y que otra es su situación entre los intelectuales peruanos en estos momentos. También aprovecha el relato para volver duramente sobre cierto grupo de religiosos a quienes hace culpables del lamentable episodio sufrido: “no crea que en mi patria estuvieron todos ofuscados, allá hay hombres de mucha ilustración y de criterio sano; fue una campaña de frailes que por mercantilismo visten el hábito, como un tendero toma su guardapolvo para despachar detrás del mostrador, y eso ya pasó; hoy, en mi patria, se me juzga con criterio muy diferente, y yo misma recibo los acontecimientos con temperamento distinto; después de esta visita á usted, he de visitar al Papa; en religión pasa lo mismo que en política; hay patriotas y patrioterros; yo respeto sólo al verdadero creyente, cualquiera que sea su filiación ó credo” (11-12).

Reconstruyendo lazos con la “Madre Patria”

Por eso, España, la gloriosa viuda
que de heráldico orgullo se reviste,
tendrá un consuelo cuando sienta duda:
saber que un mundo con amor la asiste
y con su propia lengua la saluda.
José Santos Chocano, *Ofrenda a España*

Para reafirmar esta actitud mediadora que Matto construye para sí, es interesante detenerse en el modo en que analiza su paso por España. Su mirada anticipa el hecho de que, en los albores del siglo XX, las relaciones entre esta nación e Hispanoamérica estaban cambiando. Durante las primeras décadas del siglo XIX, momento de la emancipación de las colonias españolas, por razones obvias se buscó la separación cultural e ideológica respecto de las raíces ibéricas. Más tarde, la necesidad de instalar una identidad nacional y continental que resista a los aluviones inmigratorios y a la imponente presencia norteamericana entre los países hispanoamericanos, hará reflorar los vínculos que indiscutiblemente ligan a ambas regiones.⁹⁸ En este contexto, el relato de viaje oscilará “entre el ajuste de cuentas y el pacto de reconciliación” (Colombi, *Viaje intelectual* 106). En algunos casos, tal como lo señala Estuardo Núñez, “pese a la actitud crítica o prejuiciosa que muestran, se puede percibir en [los] viajeros un entrañable afecto por el país que estaba tan ligado a su destino” (1985: 13). Si se dijo anteriormente que el viaje a Europa constituye para los viajeros criollos una forma de auto-definición dentro del espacio del otro, podemos afirmar ahora que España enfrenta al viajero con esa imagen ambivalente que lo define a sí mismo y en su relación con el Viejo Continente. El

⁹⁸ Las tensiones e intercambios entre España e Hispanoamérica ocupan una parte muy importante de las discusiones intelectuales y sociopolíticas del continente. Las ideas que aquí desarrollo se examinan en los trabajos de Beatriz Colombi, *Viaje intelectual* (los capítulos sobre Fray Servando y Alfonso Reyes), Carlos Rama, *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina*; de Emilia Zuleta, *Relaciones literarias entre España y la Argentina* y el de Oscar Terán, “El dispositivo hispanista.”

rechazo y la fascinación, los signos de la civilización y la barbarie conviven en esta serie de viajeros, aun cuando en algunos textos como el de Sarmiento o el del nostálgico Palma parezca privilegiarse sólo uno de estos términos. Escrito en 1908, *Viaje de Recreo*, a pesar de no haber sido estudiado en el marco de la tradición de viajeros hispanoamericanos, se constituye en un texto “bisagra” que, alejándose de una retórica de confrontación al estilo Fray Servando, Sarmiento, José María Samper, o González Prada, anticipa la posterior tendencia “re-hispanizante” que se destaca a partir de la década del ‘10 en el discurso de autores como Manuel Ugarte, Ricardo Rojas o Manuel Gálvez.

Para analizar la perspectiva propuesta por Clorinda Matto, es preciso considerar sus palabras llegando a la capital española. Aquí, la escritora apelará a su memoria individual para presentarnos a una España cercana y familiar. Dice al entrar a Madrid por primera vez:

Desde las ventanillas del tren la contemplo con el alma radiosa de afecto, la mente iluminada por *la luz de los recuerdos* y el *corazón palpitante con emociones filiales*. La memoria recorre el pasado del hogar donde se amaba á los españoles, me imagino que voy á encontrar miembros de mi familia (destacado mío 39)

Esta cita demuestra que Matto prefiere iniciar el relato de su visita a España desde un plano interior y subjetivo, señalando sus “emociones filiales” para con el país y distanciándose de la Historia. Desde aquí, enunciará inclusive el futuro hermanado de América y sus conquistadores. Evidentemente, existe en *Viaje de Recreo* una retórica conciliatoria que busca “hacer las paces” con España, dejando atrás una tradición literaria que se había relacionado con esta nación, como se dijo, de manera tensa y contradictoria. En este relato de viajes no existen dudas de que España es el terreno de lo familiar y lo

afectivo. Otra muestra de este pensamiento se revela en su llegada a Barcelona, cuando Matto se encuentra frente al Monumento a Colón, y afirma que éste se le aparece “causando el efecto de un padre de familia que sale á recibir los hijos que llegan” (24). En el marco de una nueva escena filial, Matto invoca al “padre” de los americanos de la siguiente manera:

¡Noble Colón! Los viajeros de América te saludamos reverentes, con los corazones palpitantes, con dulces emociones. No importa la muerte de tu cuerpo entre los grillos de la prisión, ni la discusión sobre tus cenizas y tu sepulcro, si tu alma vive en el amor de dos mundos, si tu labor estrecha á dos razas y tu obra se agranda porque América crece. (24)

Luego de estas palabras, reverenciado la figura del iniciador de la conquista y colonización de América, surge indefectiblemente la siguiente pregunta: ¿qué ha ocurrido con aquella mujer que “con amor de ternura a la raza indígena” escribía exponiendo crudamente los abusos que las instituciones coloniales propiciaban a los “pueblos chicos del Perú” (Matto, *Aves sin nido* 51)? En mi opinión, un factor determinante de este salto ideológico es el interés de Matto por inscribirse en su texto—y para sus futuros lectores—como eslabón fundamental de la cadena de un nuevo progreso hispanoamericano, que sin seguir la dinámica puramente materialista de los países del norte, inicia un camino de indagación histórica a través del cual presentarse en la escena mundial.⁹⁹ Anteriormente, en el mencionado periodo de revisión de los pilares

⁹⁹ Jacinto Fombona se detiene brevemente en esta imagen de Matto viajera frente al monumento a Colón y la analiza como la reproducción de un gesto común en los textos de algunos viajeros hispanoamericanos “contagiados o salpicados de una modernidad a medias.” Para el crítico, Matto permanece al margen del proyecto ideológico y estético del modernismo, y esta lejanía le permite combinar elementos contradictorios como la adhesión a los proyectos modernizadores de la nación y, al mismo tiempo, “lo que sería premoderno como la familia y sus afectos” (2005: 185). Justamente, como se verá más adelante, el juicio más contundente de la escritora hacia el concepto europeo de modernidad, es su incapacidad para

ideológicos de la nación peruana, Matto presentaba una propuesta en donde se le daba valor a la escritura, y a la novela principalmente, como instrumento de denuncia y eventual cambio de las estructuras culturales heredadas de España. Así, la escritora había logrado un gran impacto en los centros intelectuales de Lima y contribuido a los futuros replanteos de las políticas nacionales para con los sectores indígenas.

En este momento, es evidente que la autora debe cambiar su estrategia de enunciación. Con el panorama argentino de fondo, que ya ha iniciado desde los años '80 un proceso de modernización nacional y que se reagrupa ante el cercano centenario de la independencia, resulta más efectivo reconstruir la escena de la fundación de Hispanoamérica y sus lazos filiales con aquellos “padres” de nuestra cultura.¹⁰⁰ Es interesante, además, notar que Matto no destaca precisamente el carácter moderno de España (aspecto cuestionado tanto en América como dentro de Europa) sino que encuentra la filiación en la nobleza, en la grandeza de espíritu del pueblo español, algo que más tarde tratará de vincular con los habitantes de Sudamérica en oposición con los espacios “más modernos” de Europa.

De esta manera, la aparente contradicción con sus ideas anteriores, lejos de señalar lo incierto y contingente de sus pensamientos, muestra la versatilidad de Matto como intelectual, capaz de actualizar sus ideas al momento y espacio histórico que integra. La reverencia a Colón no significa asumir el carácter subalterno de América, sino

concretar esta combinación, es decir, que familia y nación moderna sean concebidas como elementos inasociables. Para la fusión de lo que Fombona distingue entre lo “moderno” y lo “premoderno” en este análisis, el rol de la mujer como madre y centro del hogar será fundamental dentro del pensamiento de Clorinda Matto.

¹⁰⁰ En su artículo “En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX”, Carlos Sanhueza analiza en los textos de varios viajeros Hispanoamericanos (Alberdi, Blest Gana, José María Samper, Vicuña Mackenna, Darío) esta búsqueda de filiación con España a través de la figura de Colón como un modo de rastrear la escena inaugural de este vínculo, al mismo tiempo en que responde a los interrogantes por “¿cuándo podemos comenzar a hablar de América? ¿Cuál es el gesto histórico que la funda?” (64-66).

que se trata de una negociación en la que se busca un denominador común entre ésta y España, una relación filial que—negando momentáneamente un pasado histórico de abusos y violencia—recrea a los ojos de los países sudamericanos una imagen paterna mítica frente a la cual valorar la madurez e independencia conseguidas. Por otro lado, Hispanoamérica necesita consolidarse en tanto cultura unificada, integrante de una sola “familia,” que la prevenga del peligro de la “orfandad” frente a nuevas amenazas como la potencia mundial en la que los Estados Unidos se había convertido para los intelectuales hispanoamericanos, tal como Mansilla lo había previsto en su texto de 1882.¹⁰¹

No obstante, es preciso aclarar que si Matto accede a esta “ceguera momentánea” ante aquello que fue objeto de sus más crudas denuncias, se debe a que su negociación implica obtener cierta retribución del lado español. En su viaje, Matto necesita que el mundo ibérico le ceda la palabra como representante de Hispanoamérica, y para que esta situación de diálogo se concrete ella debe omitir el pasado colonial y destacar la cercanía entre ambos territorios. Como se mencionó anteriormente, Matto insiste en su deseo de participar activamente de los espacios que recorre, razón por la cual no sólo ofrece una serie de conferencias sobre América sino que también trata de difundir información sobre su continente cuando encuentra la oportunidad, siempre con el objetivo explícito de dar a conocer y reavivar los vínculos intercontinentales (44). En una ocasión en que visita una

¹⁰¹ En un pasaje donde critica a aquellos que alabando los valores modernos europeos menosprecian a América, Clorinda Matto deja entrever su juicio sobre el expansionismo territorial y los consecuentes conflictos entre naciones. Menciona en esta ocasión a la doctrina Drago, “símbolo de cultura y progreso” (68), que fue una especie de protesta contra Estados Unidos, cuando esta nación se negó a apoyar a Venezuela tras el bloqueo sufrido por algunas naciones europeas con quienes estaba en deuda. Pronunciada en 1902 por el ministro argentino de Relaciones Exteriores Luis María Drago, la doctrina establece que ningún poder extranjero podría en adelante utilizar la fuerza a fin de cobrar deudas a un país americano. Matto celebra con esta medida y afirma que “las naciones ya no deben ser hordas salvajes arrancándose territorios ni abrogándose derechos con sangre hermana, ni los hombres deben ser ya las fieras devorándose en festines canibálicos” (69). Resulta interesante también que Matto esté haciendo uso de la figura del caníbal, que principalmente después del *Ariel* (1900) de Rodó, había sido introducida como referente del imperialismo yanqui en Hispanoamérica, de la misma manera en que lo anticipara el juicio estético de Eduarda Mansilla.

escuela primaria, por ejemplo, luego de ser presentada ante los alumnos, Matto brinda un discurso sobre Perú y Argentina que culmina, según sus palabras, con el entusiasmo colectivo de los niños que gritaron al final “*olé a los niños argentinos y peruanos...*” (30). En una nueva situación que la coloca como traductora y mediadora, Matto exhibe en su texto que la reconciliación con España no sólo se produce por su reconocimiento de la filiación ibérica, sino también por su capacidad de provocar el mismo sentimiento de aceptación por parte de las nuevas generaciones españolas.

Una turista incómoda

¡Oh personajes ... que recorréis Europa entera, con el
Baedeker en una mano y la Biblia en la otra, ...
escribiendo con vuestra clara cursiva las mismas cartas
de diez hojas, con las espaldas vueltas a paisajes
adorables ... a quienes alguna agencia de viajes traslada
de lugar en lugar para que admiréis sin comprenderlos,
... todos vosotros engullís la misma sopa de fideos
cosmopolita.
José Asunción Silva, *De sobremesa*

Como se anticipó, pese a la fuerte identificación de Matto con los roles de viajera intelectual conciliadora, importadora y traductora de modelos para su tierra natal, su paso por Europa se encuentra atravesado por otro perfil que, al hacerse evidente en el texto, se interpone—como complemento y obstáculo—a los anteriores. Los comienzos del siglo XX obligan al viajero a adoptar una nueva dimensión de su mirada y su escritura, diferentes a lo codificado en los discursos previos. La experiencia del viajero moderno, aquella que Mansilla había comenzado a experimentar, se verá mediatizada por diversos agentes administradores del tiempo y recorridos del mismo. Así, a la vez que se interesa por la recolección de datos útiles para la mejora educativa de las mujeres en Sudamérica

y oficia de mediadora cultural entre ésta y Europa, Clorinda Matto se vuelve turista y su viaje intelectual convive con un “viaje de recreo.”

Desde un principio, Matto nos deja saber que existen elementos modernos que impactan y modifican tanto las formas y condiciones de realización de su viaje (nuevos y mejores medios de transporte, variedad y tipos de alojamiento, de oferta gastronómica, etc.), como su propia percepción y narración de su experiencia. Estos signos representativos de la modernidad en el relato se encuentran, por un lado, en la información que la narradora provee sobre servicios, tarifas y recorridos de interés para futuros viajeros (41). Pero, por otro lado, podemos encontrar rastros de esta experiencia moderna en el léxico utilizado para transmitir los mismos datos: “*me lanzo* a conocer la población,” “quiero ver todo en el menor tiempo posible,” “el tren recorre *tragándose* distancias, *devorando* pueblos,” o la referencia a los almacenes de un hotel en Francia como “*maremágnum* de la industria humana, donde no se sabe qué admirar más” (destacado mío 26, 37, 61). Estas expresiones reflejan que en sus recorridos por calles, sitios y atracciones varias, Matto intenta reproducir el ritmo y la velocidad con las que éstas se le presentan. De pronto, al relato de aquella viajera buscando mediar entre dos continentes, sosteniendo largas conversaciones con sus pares intelectuales, parece sucederle una serie de instantáneas que, a ritmo fotográfico, nos presenta sus impresiones en las breves e interrumpidas notas que le permite tomar su cartera de viajes (62).

En los momentos en que le es posible hacer a un lado sus compromisos sociales como escritora americana de visita en Europa, Clorinda Matto anhela sumergirse en una experiencia completamente diferente, que se distingue contrariamente, por su anonimia:

Deseo conocer la ciudad y sus edificios notables, antes de ponerme en contacto con la sociedad mediante las cartas de presentación ... porque una vez en sociedad hay que llenar los deberes por ella impuestos y *el tiempo ya no pertenece al viajero*. Por otra parte, *tiene tantos encantos esto de viajar sin ser conocido*, que la sola libertad que otorga resarciría privaciones de otro género. (destacado mío 41)

Tempranamente en su relato, Matto nos va a presentar la tensión entre lo que ha asumido como obligación social y el deseo personal de descubrir, cual *flâneuse*, las particularidades y misterios de la urbe por sí misma. Por momentos, Matto desea dejar su máscara de viajera mediadora, para asumir el de *devoradora* de la ciudad. En su artículo sobre el turismo en la literatura, Cristóbal Pera establece que a finales de siglo XIX y comienzos del XX, el paso de ser un viajero aristocrático, que observa el paisaje urbano desde una posición única y destacada, a ser un turista, “provoca en los escritores hispanoamericanos ambivalentes reacciones y reflexiones, desde el rechazo hasta la asimilación” (507). De hecho, cuando el término “turista” comienza a ser usado a mediados del siglo XIX, éste implicaba una actividad diferente a la de un viajero. La enciclopedia *Literature of Travel and Exploration* así lo establece cuando afirma: “while travel retains its links with *travail*, with work, intent, and purpose, tourism becomes associated with organized and prescribed pleasure travel en masse” (1186). Si bien en el caso de Matto es real la convivencia de estas experiencias concebidas como opuestas, su reacción no será ni el rechazo ni la asimilación, sino la intención de poder combinar ambos planes: “mi tiempo tendría que [poder] repartirse” (174), es decir, permitirle ser

viajera intelectual y aristócrata pero, a ratos, perderse anónimamente en algún sitio de su elección.

Sin embargo, un nuevo factor surge como interposición a este plan. Aunque Matto anhela momentáneamente el anonimato, esto no le permitirá adquirir completamente la libertad que ella supone. Como se demostró, la aparición del turismo como nueva forma de viajar implica la dependencia de la voluntad y el tiempo del viajero—ese que Matto teme perder—a la figura de un guía y de itinerarios prediseñados para un grupo humano despersonalizado. De esta manera, los misterios que el *flâneur* podía perseguir sólo años antes, ya se encuentran codificados por el trazado de una serie de atracciones ofrecidas para el turista. Esto provocará una transición en el viaje que, en consonancia con los nuevos tiempos, se convierte por momentos esencialmente en un recreo. En primer lugar, la existencia de un guía indicando tiempo y forma para cada visita interfiere con la voluntad propia del viajero, que tal como el epígrafe de Asunción Silva lo señala, acaba yendo de un lugar a otro, con su voluntad anulada, objeto y no sujeto de un plan pensado por otro. En segundo lugar, esas “mismas cartas de diez hojas” que el escritor menciona, están indicando un efecto del ejercicio del rol de turista en la escritura, algo que claramente se puede percibir en *Viaje de Recreo*.

En sus visitas guiadas a museos y puntos de atracción en general, Matto modifica su narración ya que la escritura subjetiva que caracterizó los momentos antes analizados, ahora debe ajustarse al tiempo, orden y clasificación de lo que se observa en un recorrido turístico, y sobre todo a una subjetividad colectiva. La voz de la narradora debe ceder al “nosotros” componente del *tour*: “nuestro itinerario marca,” “visitamos,” “seguimos,” “pasamos de largo, todo esto no nos interesa” (74, 70, 72, 107). Por supuesto, Matto es

consciente de esta alteración en su escritura y se revela nuevamente incómoda ante los tiempos que le son impuestos y la desplazan de su propio relato: “un año sería escaso para estudiar cada obra con detención precisa” (63), señala con resignación al tener que hacer a un lado su voluntad para seguir al contingente dentro del Louvre. En otra ocasión en la que se detiene a reflexionar ante una escultura, expresa: “Estos pensamientos asaltan mi mente sin darme solución, porque otros nombres, otros bustos me llaman hacia sí” (63). Estamos aquí frente a otro signo de la dificultad que Matto encuentra ante su plan de combinar diversos modos de ejercer el viaje: el interés intelectual parece no poder manifestarse cuando el relato sigue condicionamientos externos a los propios pensamientos de quien narra. Cualquier digresión o expresión de gustos, preferencias o impresiones subjetivas, serán vistas en este contexto no como un enriquecimiento narrativo, sino como un entorpecimiento a la concreción del recorrido turístico. Siguiendo el análisis de Pera es posible pensar que, en momentos como el anterior, Clorinda Matto estaría tratando de “deslindar su aproximación epistemológica a Europa (artística, aristocrática o elitista, y exclusiva) de la aproximación que ha introducido el turismo (democrática, divulgativa y dirigida por una industria de masas)” (515), permaneciendo la dicotomía en tensión constante.

Por lo expuesto hasta aquí, es posible pensar que la esencia de la incomodidad de Matto frente al hecho de verse como turista radica en la descentralización que su yo narrador sufre en estos pasajes de *Viaje de recreo* (Pera 512). Como se dijo, el texto reproduce los discursos de varias generaciones de viajeros hispanoamericanos en Europa, exponiendo no sólo las mismas tensiones que éstos presentaban, sino también sumando las propias. En este último caso, aunque la viajera anhela la experiencia de un turista

moderno, no se despegaba completamente de la figura de autoridad que todo viaje anterior suponía en su narración. Por otro lado, ese esfuerzo por distanciarse de la perspectiva del turista, como lo señala Jonathan Culler, forma parte del mismo hecho de ser turista (citado por Pera 517). De hecho, en su visita a la torre Eiffel, Matto se aleja de la masa para decir que “en cada piso hay vendedores de tarjetas postales y chucherías, que *los visitantes extranjeros* compran gozosos para llevarse como recuerdo,” pero luego termina por unirse a esa entidad de extranjeros diciendo “*yo también* he adquirido algunas” (destacado mío 65). De este modo, el texto de Matto se convierte en la *Blue Guide* que Barthes analiza como expresión característica de esta nueva práctica burguesa. Articulando su discurso desde la óptica turista que busca traducir, clasificar y contabilizar la experiencia inefable del viaje, el texto se convierte por momentos en un agente que no hace sino cegar lo narrado (74-76).

En resumen, al analizar los diferentes acercamientos y apropiaciones que Matto realiza de los modelos viajeros disponibles en la tradición hispanoamericana, se hizo evidente la complejidad textual de este *Viaje de recreo* y el yo narrador propuesto por Matto. Mientras su relato parece adherirse completamente a ese pasado del intelectual que va a Europa a buscar respuestas que no tiene en su propio espacio, esta misma figura se presenta en crisis con la aparición de la figura del turista. Siguiendo la afirmación de Beatriz Colombi, es evidente que el rol que Clorinda Matto de Turner asume en su relato de viaje es el de aquel viajero intelectual quien “debe ‘organizar’ y dar congruencia a un mapa que la modernidad ha redistribuido y deslocalizado drásticamente” (16). Por esta razón es que encontramos en su texto la analizada asimetría entre su modelo de conocimiento—los discursos de viajeros del siglo anterior—y el objeto de estudio—la

sociedad europea de comienzos de siglo XX. Es notable la percepción de que este archivo previo de la tradición hispanoamericana no es herramienta suficiente para comprender un nuevo tipo de sociedad que está apareciendo. Así, *Viaje de recreo* se convierte en un texto-umbral que reorganiza y busca conciliar tradiciones literarias, períodos históricos y modos de lectura aparentemente opuestos del paisaje europeo, sin dejar de señalar una incomodidad epistémica en el cumplimiento de esta tarea. Por otra parte, es interesante destacar los gestos diferenciadores que Matto expresa en su texto respecto del resto de los intelectuales. En la entrada a un nuevo siglo, la autora pretende distinguirse de los viajeros decimonónicos presentando el singular objetivo de estudiar la educación de las mujeres; y como turista, anhela destacarse del resto que la acompaña en su capacidad de reflexión sobre el cambio que este rol le impone a su escritura y a su figura de autoridad. Por último, todo su relato se encuentra articulado por una perspectiva que la destaca no sólo como intelectual, sino también como mujer, lo cual desarrolla una resistencia directa a cualquier idea de pasividad femenina que le impida una experiencia viajera comparable a la de los hombres. Retomando la escena del segundo epígrafe, para Clorinda Matto no basta con haber ido *á Europa*, ya que para ella no es posible atravesar un espacio sin darse a conocer, intervenir, reafirmar su posición de mujer viajera y diferenciarse de la “masa” intelectual y turística.

Cuando París no era una fiesta

One by one I took my old ideas derived from books
and thoughts base on imperfect knowledge and
weighed them against the real life around me, and
found them either worthless or wanting.
Mary Kingsley, *Travels in West Africa*

Como se ve, los sudamericanos han progresado mucho y ya no se dejan embaucar por este París, que literatos culpables o ramplones han prestigiado de leyendas mágicas. ... París no era una urbe maravillosa, con tabernas literarias, mujeres románticas y desinteresadas, absintio y artistas tuberculosos ... París es, en realidad, todo lo contrario: una ciudad corriente e idéntica a todas las ciudades como Buenos Aires, como La Habana, como Montevideo, como México ...
César Vallejo, *La cultura peruana*

Dentro del contexto político, económico y cultural internacional descrito en el comienzo de este capítulo, la ciudad de París ocupa el centro de las miradas tanto del Viejo como del Nuevo continente: la capital francesa cobra la forma de un motivo literario que se puede rastrear en todo el pensamiento finisecular. En consonancia con este fenómeno, la ciudad se convierte también en un destino privilegiado para muchas generaciones letradas en sus viajes de experimentación, placer o exilio (Colombi, *Viaje intelectual* 185), al punto que, como lo define Fombona, se transforma en un “centro discursivo” que logra entramar una serie de construcciones imaginarias que hacen que París se conozca inclusive antes de visitarla (68-69): “Ondas de luz topacina parpadean en el cerebro, ante la realidad de lo que ayer no más era ráfaga ilusoria” (55), dice Matto en su arribo a la capital francesa.¹⁰²

La experiencia parisina de Clorinda Matto se ubica en el período que David Viñas describe como el escenario posterior a 1900, momento en el cual “la fiesta de *la belle époque* ha terminado” y París comienza a ser identificada como el espacio del erotismo, el vicio y la histeria (55-56). Existe en los hispanoamericanos que visitan la ciudad para entonces—el caso de Darío, Silva, Horacio Quiroga—cierta desilusión provocada por la distancia entre su imaginaria literaria y el espacio concreto que los recibe. De hecho,

¹⁰² Para más detalles sobre la presencia de París en el pensamiento y cultura hispanoamericanos, véase el capítulo V “Latinoamericanos en París” de *Aquellos años franceses*, de Francisco González (273-346).

Clorinda Matto expresa la misma sensación frente al contacto real con la ciudad, revelando que éste nunca podrá superar, a la manera en que lo expresa Vallejo, a “los episodios de la historia francesa” depositados en los libros que “han conmovido al mundo, ora arrancando lágrimas, ora levantando admiración” (55). Contrariamente, así es como expresa su primer juicio sobre París:

La impresión que en el alma de los viajeros produce la capital de la Francia es grandiosa, indescriptible. Para mí no ha sido igual. La imaginación fue más allá de lo real. Es verdad que la altura, la belleza arquitectónica de los edificios, el arte diseminado por todas direcciones, el bullicio ensordecedor del tumulto de sus bulevares, donde se apiñan los transeúntes, los coches, automóviles, bicicletas, ómnibus, tranvías y carretones, es algo que paraliza por el momento la percepción auditiva y nos entontece, *pero eso pasa*. (destacado mío 56)

Esta cita es interesante porque empezamos a ver a Matto activamente dialogando con la tradición latinoamericana y de-codificando a París como signo construido por la serie anterior de viajeros. De manera similar a la que propone el epígrafe de Mary Kingsley, encarnación de la mujer viajera por excelencia, Clorinda Matto podrá despojarse de saberes ajenos e instaurar un significado propio y diferente sobre la ciudad en su relato. Para esto, el primer gesto que adopta es el distanciamiento: *Para mí no ha sido igual*. Tomando distancia de las impresiones y lugares comunes, ella creará su percepción, entendiendo desde un principio que la fascinación por la ciudad es sólo pasajera. En este viaje, otros serán los motivos que despertarán la atención de la escritora hacia París.

Como ya se analizó, en *Viaje de recreo* Matto de Turner reserva un espacio particular de la narración al estudio de la educación y la actividad intelectual de la mujer,

dos factores que concibe claves tanto para modificar su rol en las nuevas sociedades como para lograr el verdadero alcance de la modernidad para una nación. En términos de activismo femenino, el relato de su paso por París funcionará como parámetro con el cual medir el alcance y grado de diferenciación de su proyecto reformista. Sin perder de vista el contexto hispanoamericano y haciéndose eco de la desilusión parisina post novecientos, Matto expresará que el proyecto modernizador que ella tiene en mente y el lugar que la mujer debiera ocupar allí, nada tiene que ver con lo que acontece en la capital francesa. Desde una perspectiva radicalmente genérica, Matto retomará aquí su papel de traductora, para decodificar una imagen sobre lo que enuncia como los *falsos valores* del progreso europeo. Aunque se vea momentáneamente sorprendida por el aspecto moderno de la ciudad—en su arquitectura, parques y museos—el verdadero objeto de su análisis será el comportamiento de la mujer parisina. Matto percibe que:

En París hay muchas mujeres superiores, pero en el sentido genuino de la ilustración y los derechos, está en mayoría *la hembra* que vive, no para madre, sino para el placer, y á él dedica todas sus actividades y en él ve todo su objetivo, cobrando cara la mercancía y el invento. (destacado mío 69)

En una ciudad regida por la moda, la vida social y el consumo, Matto llega a la conclusión de que a pesar de lo positivo de la incorporación de las mujeres a la esfera pública y al mundo de la educación formal, lo que conseguirá el verdadero establecimiento de una sociedad justa y regulada es el desempeño del rol de éstas como madres: “no son las frívolas, ni las desocupadas, ni las desengañadas ... las que piden leyes en el Parlamento: ¡son las madres!” (135). De esta manera, tanto en *Viaje de recreo* como en su obra en general, Matto concibe que la educación del mundo europeo es algo

digno de ser imitado, siempre que esto esté acompañado por los valores primarios de la familia y el ejercicio de la maternidad como centro del hogar. De lo contrario, aquella mujer educada que se deja arrastrar completamente por los códigos modernos, queda reducida a una “hembra,” es decir, a un sujeto animalizado, que instintivamente se rige por el deseo y no por el cumplimiento de su deber en la sociedad. Matto denota en esta cita un estado de regresión más que un avance en el género femenino dentro del contexto parisino, que ha creado nuevas formas de sometimiento tanto para el hombre como para la mujer y ha destruido así el núcleo familiar: “la vida de la calle, los bulevares, ... el teatro, las excursiones ... llevan á la esposa por el Sur, mientras el marido va por el Norte ...” (149). Con esto, queda claro que el proyecto modernizador de Matto es uno que revela ese “nomadismo cultural” que se mencionó en la primer parte de este trabajo, ya que mientras promueve la educación y el trabajo independiente de la mujer, sostiene por otro lado que ésta jamás debe alejarse del todo de sus deberes dentro del hogar y de su fervor religioso, de lo contrario la sociedad en su conjunto se vería deteriorada, como lo percibe en París.¹⁰³ Por ello, será Inglaterra el espacio figurado como el ideal a seguir en América. En las palabras de Matto, la mujer inglesa se diferencia de la francesa e implícitamente se acerca a la hispanoamericana en tanto ésta “reina y gobierna” no por su coquetería ni lascivia, sino por su capacidad de ejercer la libertad sin abusar de ella—una “verdadera libertad” aclara Matto—, al mismo tiempo en que es profundamente religiosa (135).¹⁰⁴ Como se dijo, dentro del pensamiento mattiano, el comportamiento de la mujer

¹⁰³ Es interesante contraponer el juicio de Matto sobre las mujeres en París con el del poeta peruano César Vallejo, en sus crónicas sobre Europa 15 años después de la visita de la viajera: “La mujer, por lo general, en medio de su jolgorio de boulevard, de una extraña impresión de esterilidad. ... Ella parece haber violentado el ritmo espiritual de su sexo, hacia un rol desconocido en la vida del hogar. ... Se supera o se rebaja, no se sabe; pero se desnaturaliza” (55).

¹⁰⁴ Susana Zanetti se refiere a la valoración del aspecto religioso por parte de Clorinda Matto en esta última etapa de su obra y afirma que “pesaron seguramente su situación de extranjera,

y el estado actual de la familia, es la expresión más gráfica de las condiciones de desarrollo de una sociedad, aspecto que comparte con la viajera Eduarda Mansilla, entre otras mujeres intelectuales de su tiempo que sostienen esta misma idea. Su comentario resume la postura ideológica de Matto, expandiendo y desafiando el sentido de la modernidad. La escritora logra así responder a un sistema que convertía a la mujer en un fetiche cuya única función era confirmar el progreso expresado en términos exclusivamente masculinos (Davies 331). Por ello, la decepción ante lo que París le revela al respecto, conduce a Matto a expresar lo siguiente:

En medio de este pueblo casi he perdido la fe que traje de América en esa trilogía francesa [libertad, igualdad, fraternidad], pregonada en libros doctrinarios, cuyas páginas sacan de quicio á muchos de nuestros escritores para alabar todo lo europeo, menospreciando lo americano. En América sí que tenemos libertad, igualdad y fraternidad, donde [éstas] encontraron brazos abiertos, sangre robusta y altruismo suficiente para decantar fraternidad. (68)

Estas palabras demuestran el esfuerzo más logrado de la escritora por desmontar y reorganizar el imaginario común sobre Europa que los viajeros y la literatura previa habían sentado. Así mismo, ver a Europa desde las múltiples posiciones que como mujer y viajera puede adoptar, modifica la mirada sobre la propia patria hispanoamericana. Matto se enarbola como la representante y mediadora de Sudamérica en Europa, recupera lazos filiales con España, experimenta la nueva máscara del turista para el viajero

su reconciliación con la Iglesia luego de los ataques y amenazas de excomunión por su labor como novelista y periodista, la incidencia del vínculo con González Prada cuando vivía en Lima, y quizá también la adecuación de su discurso para lograr el éxito de su programa —concentrado en la educación y en la mujer escritora—, valiéndose de estrategias persuasivas capaces de influir en un público constituido por sectores altos y cultos, cuya concepción patriarcal cercenaba, con frecuencia, el desarrollo femenino buscado” (270-71).

hispanoamericano y percibe el París oculto tras la fastuosidad y el frenesí permanente de la ciudad, sin perder de vista el aspecto diferenciador del género. Por último, la multifacética experiencia de Matto en Europa no sólo afianza sus esperanzas en el desarrollo de América (aquellas con las que partió) sino que también le dan una nueva misión a su rol de intelectual: organizar el imaginario de Europa para redefinir la identidad americana.

Conclusión

Los relatos de viaje de Eduarda Mansilla y Clorinda Matto de Turner ofrecen un interesante panorama tanto sobre la escritura femenina de finales de siglo como de los cambios culturales que atravesaron el período. En sus textos no existe una relación de admiración ni deseos de imitación respecto de los espacios que ambas visitan, gesto recurrente entre los viajeros del XIX a la hora de representar tanto a Europa como a los Estados Unidos. Estas viajeras sudamericanas consiguen, en mi opinión, ofrecer una mirada invertida de la *lógica imperial* presente en muchos de los viajeros tanto hispanoamericanos (al asumir su inferioridad respecto del espacio extranjero) como extranjeros (al imponer su cultura como único parámetro para el juicio del territorio que visitan). *Recuerdos de viaje* y *Viaje de recreo*, por el contrario, acentúan el impacto de sus protagonistas en el ámbito y la cultura del “Otro” norteamericano o europeo y recuperan la esencia y superioridad (tal como lo presentan) de los valores éticos, estéticos y sociales de la identidad sudamericana.

Por otro lado, en ambos textos se pudo observar una clara preocupación de las escritoras por la posición de la mujer como intelectual y viajera en el marco internacional; el imaginario hispanoamericano preexistente sobre Estados Unidos y Europa; la reconstrucción de un sentido identitario continental (americano) basado en la superioridad espiritual por sobre los anteriores y, finalmente, el juicio que ambas, desde sus propios parámetros, hacen de las ideas de modernidad que circulaban entre los intelectuales. Tanto para Mansilla como para Matto, el lugar que ocupa la mujer en la sociedad resulta un elemento clave de evaluación, de la misma manera que se hacía evidente en las viajeras de períodos anteriores, Flora Tristán y Juana Manuela Gorriti.

Lo que distingue y caracteriza, sin embargo, a estas dos viajeras, es el hecho de que, contrariamente a Tristán y a Gorriti, Mansilla y Matto no se sienten marginalizadas respecto de la nación o las naciones de las que forman parte y, por ello, el espacio propio no se problematiza en el sentido de señalar las faltas y carencias de Sudamérica. Más bien, como he desarrollado, ambas tratan de ofrecer una narración de la nación y el sector sur del continente americano como un cuerpo sólido que se distingue y supera al Otro (que ahora es Europa o los Estados Unidos) por sus altos valores estéticos, morales y espirituales.

Así, se pudo observar en primer lugar el trasfondo intelectual que subyacía en la escritura de *Recuerdos de viaje* de Eduarda Mansilla. La autora logra colocarse en un espacio de superioridad cultural y espiritual frente al asimétrico desarrollo de los Estados Unidos. El gusto que ha conseguido Mansilla tras su larga experiencia de viajera que visita y revisita los centros de la cultura, se constituyen en la formación alternativa que le permitirá sortear los riesgos que Sarmiento le había previsto en su inserción al campo

literario y salir airosa en su relación con la tradición viajera (según se lee en el primer epígrafe del apartado sobre Mansilla). Al mismo tiempo, la escritora argentina consigue anticiparse a las preocupaciones intelectuales que surgen a partir de la década de 1890 en torno a la redefinición de la identidad latinoamericana.

Clorinda Matto, por su parte, muestra el lado inverso de las relaciones entre América y Europa al presentarse bajo diversos perfiles de viajera que la describen a ella alterando (empírica y discursivamente) el espacio cultural europeo. Aunque se muestra implacable en sus juicios sobre la sociedad parisina, por ejemplo, la escritora expresa una notable condescendencia con la nación española, la misma que había señalado entre los actores responsables del mal estado del sector indígena en el Perú en sus novelas indigenistas. Por otra parte, y ajustándose a las imposiciones de un viaje moderno, Matto será parte de una ola de intelectuales hispanoamericanos que están dando a conocer el pensamiento intelectual de las ex colonias en el exterior, al mismo tiempo que participará de la emergente masa turística que invade, resignifica y domina el territorio europeo que recorre.

En resumen, ante el auge del pensamiento moderno que transforma entonces todas las esferas de la vida de un sujeto (siguiendo la concepción de Marshall Berman), tanto Eduarda Mansilla como Clorinda Matto crean su propia versión del paradigma de la modernidad, construyen lo que Beatriz Sarlo denomina una “modernidad periférica” que mezcla y funde elementos con diferentes temporalidades o procedencias ideológicas.¹⁰⁵

El resultado es un discurso que habla de la superación estética y espiritual de Sudamérica,

¹⁰⁵ Sarlo define a la modernidad periférica como el acto de hacer “coexistir elementos defensivos y residuales, junto a los programas renovadores; rasgos culturales de la formación en los territorios de frontera, al mismo tiempo con un proceso descomunal de importación de bienes, discursos y prácticas simbólicas” (28).

la narración de un territorio estable, superado, alineado al espíritu latino (Mansilla) e ibérico (Matto), sólidamente constituido para responder a las afrentas que la identidad hispanoamericana estaba recibiendo entonces.

Con el estudio de estas viajeras sudamericanas recorriendo el extranjero a finales del XIX y a comienzos del nuevo siglo, concluyo un estudio que cronológicamente ha intentado incorporar los trazos de nación femeninos a la discusión sobre la identidad nacional en Sudamérica y en relación con el relato de viajes como herramienta clave para esta formulación por parte de diferentes sectores del cuerpo intelectual sudamericano. Es además, una clara muestra del progresivo desarrollo e importancia de la tradición de viajeros en el continente y del pensamiento y participación de las mujeres dentro de este grupo.

CONCLUSIONES

Dwelling was understood to be the local ground of collective life, travel a supplement; roots always precede routes. But what would happen (...) if travel were untethered, seen as a complex and pervasive spectrum of human experiences? Practices of displacement might emerge as *constitutive* of cultural meanings rather than as their simple transfer or extension.

James Clifford, *Routes*

Viajar es una experiencia inherente a toda actividad humana: se viaja para conocer objetos, sujetos y espacios nuevos, para buscar otros horizontes, como modo de supervivencia, trabajo, aprendizaje o placer. Así el viajar se convierte en una de las metáforas centrales en nuestra imaginación. Al mismo tiempo, el viaje guarda una estrecha relación con la escritura. Se podría afirmar, inclusive, que se trata de actividades paralelas, debido a que ambas presuponen la indagación, la búsqueda o el hallazgo de alguna forma de conocimiento. Viaje y escritura mantienen así una relación simbiótica, ya que existe quien viaja para escribir (documentar, dar testimonio de su experiencia para el público), de la misma manera en que abundan aquellos que escriben proponiendo una forma alternativa de viajar hacia otras épocas, culturas o sociedades.

Las dimensiones del viaje y sus relatos son tan numerosas que, como lo planteo en la introducción de mi trabajo, su estudio ha despertado el interés de variadas disciplinas como la antropología, la historia, la geografía, los estudios culturales y la crítica literaria. El viaje junto con su escritura son experiencias que cuestionan directamente las bases constitutivas de la propia identidad y la de ese Otro al que se llega a conocer o con quien se interactúa en el trayecto/narración, de manera tal que el género

“relato de viaje” resulta un tipo de discurso clave para las humanidades en relación con el estudio del cambio y circulación de hábitos, creencias y costumbres.

Uno de los aspectos que más me llamó la atención a lo largo de mis estudios en el campo de la literatura decimonónica latinoamericana fue el hecho de que prácticamente todo el corpus narrativo de la época (novelas, ensayos, poesía) presupusiera, de un modo u otro, un viaje. Más aún, que la configuración retórica de la nación, sus límites e identidad propia, se trazaran a partir de un desplazamiento: textos como *La cautiva* (Echeverría), *Facundo* (Sarmiento), *Martín Fierro* (Hernández), o las *Tradiciones Peruanas* de Palma, son textos que no sólo presuponen un viaje hacia regiones o tiempos desconocidos de la patria recientemente conformada, sino que también la estructura narrativa y/o las metáforas que utilizan muestran una clara influencia de los viajeros extranjeros (a los que hago referencia en el primer capítulo), con quienes, se puede decir, los criollos comparten esa sensación de extranjería frente a ciertas zonas aún desconocidas de la nación.

Por otra parte, la escritura desde el extranjero o la adopción del relato de viajes propiamente dicho son prácticas fundamentales para describir la vida intelectual del siglo XIX. Frente a esta imponente presencia del motivo y la escritura del viaje, surge mi pregunta sobre el lugar de las mujeres en este entramado discursivo y cultural. Dada la primacía masculina en el trazado de los lineamientos generales de la literatura de viaje y su impacto en la formación retórica de las naciones latinoamericanas, me interesaba proponer un corpus variado de relatos de viajeras que indagara sobre cómo, en cada caso, las mujeres se relacionaban con este tipo de escritura. Sobre todo, mi preocupación inicial buscaba superar la idea con la que recurrentemente me encontraba durante mis primeras

investigaciones sobre viajeras, esto es, la afirmación de que, en general, las mujeres privilegiaban aspectos privados de su viaje al escribir, temas relacionados más bien con aquellos ámbitos en los que se sentían más cómodas y “habilitadas” para hablar, como por ejemplo las costumbres hogareñas, la vida familiar donde fuera que se encontraran o la reflexión autobiográfica. Si se habían animado a superar los contratiempos y prejuicios existentes a la hora de emprender ambas experiencias, viajar y escribir, para mí resultaba muy limitada la idea de pensar que, luego de estos logros, las viajeras no intentarían preguntarse nada más allá de sí mismas y de su acontecer cotidiano. ¿Acaso el encuentro con un nuevo espacio y sujetos, el alejamiento del hogar, podían pasar como actos aleatorios, sin despertar interrogantes o curiosidad en la mujer por aquello que sucede en el entorno social y público?

Contrariamente, la lectura y descubrimiento de un abundante número de notas en periódicos, novelas, autobiografías y relatos de viaje escritos por mujeres me confirmó que, de hecho, las mujeres habían realizado un amplio y complejo uso de la retórica del viaje para expresar sus opiniones y observaciones sobre un sinnúmero de temas, para nada limitados al ámbito de la vida privada o la autobiografía. Tal como se puede percibir en los mencionados casos de autores masculinos, ese “hogar” al que muchas veces las mujeres se refieren, pueden entenderse sin duda en términos más amplios, es decir, como una figuración de ese lugar en donde quieren vivir, o donde les gustaría vivir, en otras palabras, la nación. Las mujeres viajeras son testigos de las transformaciones sociales, políticas y económicas que han dado lugar al surgimiento de una nación independiente y al recorrer espacios propios y ajenos, surge indefectiblemente entre ellas la necesidad de

establecer personalmente cómo debe ser ese nuevo territorio del cual, además, quieren participar activa y públicamente.

En cada caso que estudio, las viajeras Flora Tristán, Juana Manuela Gorriti, Eduarda Mansilla y Clorinda Matto de Turner, la nación, un concepto mayormente político, se vuelve, en mi opinión, un objeto estético y retórico a partir del cual las viajeras cuestionan o adhieren a las discusiones más candentes de su tiempo. Por esta misma razón, mi trabajo lleva el título de *Trazos de nación*, con el objetivo de reparar en esas obliteradas formas en que las mujeres construyen, delinean identidades y conforman esquemas mentales e imaginarios sobre su entorno. Al hablar de “trazos” y no, por ejemplo, de un plan, diseño o sistema también intento reelaborar el concepto de nación y la forma en la que ésta se ha desarrollado dentro de la literatura latinoamericana. Con el aporte de lecturas como las de Homi Bhabha—quien propone estudiar a la nación como una construcción que es y se hace continuamente, o sea, que no puede restringirse ni a un Estado determinado ni a una “comunidad imaginada” homogéneamente compartida— y considerando el carácter híbrido y heterogéneo de la “retórica del viaje” (Clifford 1997), he ofrecido una aproximación que privilegia los espacios menos dominantes (la escritura de mujeres) y poco normalizados (el relato de viajes) tratando de ofrecer una definición más abarcadora de los actores involucrados en la construcción de la nación y de la literatura de viajes como un género que, entre otros, tuvo un desempeño muy importante en este proceso.

Los *trazos* son cada una de las porciones mínimas de un diseño, son los contornos que forman una estructura: de la misma manera entiendo la participación de la escritura de viajes de mujeres en el entramado discursivo que, al menos en el campo de la

literatura, ha conformado a la nación. En otras palabras, he podido demostrar que los relatos de viaje analizados contribuyen de manera individual y diferente cada uno de ellos a un corpus de imágenes y construcciones móviles y diversas que hacen a la nación y, al mismo tiempo, expanden la operatividad del relato de viajes para estos propósitos.

Así, mi primer capítulo explicaba las relaciones entre literatura de viajes, nación y escritura femenina, para darle lugar a esta última como parte integrante de los discursos identitarios en torno a la nacionalidad y al mismo tiempo para explicar el por qué de mi recurrencia a este género literario en particular para trazar esta relación. Además de tratarse de una narrativa que, como dije, provee mucho del material simbólico sobre el que se construyen ciertas imágenes y parámetros nacionales (por ejemplo, el “desierto” para hablar de la pampa Argentina, o las oposiciones entre sierra y costa como elementos de análisis de la situación peruana), su carácter permeable y flexible facilitó la intervención femenina en el campo de la escritura. A través del registro de experiencias personales o situaciones ficticias en relación con un viaje (el género se mantiene abierto a ambas posibilidades) las mujeres pudieron encontrar un espacio discursivo desde donde discutir, pero al mismo tiempo emparentarse, con la tradición intelectual y viajera.

Lo que he destacado sobre todo es la capacidad de las mujeres para entrar y salir de ciertas perspectivas dominantes sobre la nación, como las distinciones binarias hogar-espacio público, civilización-barbarie, entre otras que organizaban el pensamiento de la época. Se trata de un material discursivo e ideológico que las mujeres han demostrado que pueden manejar con más libertad, paradójicamente, por el hecho de verse en los márgenes de ciertas esferas de influencia. Es decir, son mujeres que publican, algunas de ellas son altamente reconocidas como intelectuales, otras pertenecen a la aristocracia

criolla, pero no obstante permanecen distantes o ajenas a los círculos de discusión más influyentes: al contrario de otros viajeros, ellas no serán ni pretender ser políticas, ni escribir leyes que modifiquen directamente la vida de sus sociedades.

Aunque se trata de una mujer nacida en Europa (caso distinto al del resto de las viajeras estudiadas), en el capítulo 2 ofrecí un análisis de *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán ya que la considero un punto de transición entre ese privilegio por analizar la mirada europea sobre Latinoamérica y la relevancia que tendrán más tarde los juicios de viajeras latinoamericanas sobre Europa y sobre sus propios países de origen. Muchas de ellas inclusive tomarán la escritura de Tristán como referente para la construcción de una tradición literaria femenina en el Perú, como lo demuestra el caso mencionado de Carolina Freyre y su primer discurso en el *Club Literario de Lima* (1875) en el que ofrece su propia lectura crítica de *Peregrinaciones*—texto que ella misma traduce ya que no existía ninguna versión en español entonces. Lo mismo se hace evidente a lo largo del siglo XX con textos como el de la escritora y activista Magda Portal, *Flora Tristán, precursora* (1944) y la fundación del primer Centro de la Mujer Peruana que lleva el nombre de Flora Tristán.

Con el capítulo 2 propongo además un “estado de la cuestión” de los estudios sobre mujeres viajeras, analizando a una autora que ha sido incluida en numerosos estudios sobre viajes y mujeres (no así el resto de autoras que analizo) aunque en este caso me interese destacar más sus vínculos con los discursos nacionales y acerca del rol de la mujer que circulaban durante la Primera República peruana que sus rasgos atípicos dentro de las series en las que ha sido incluida previamente. El viaje, el contacto con una cultura que se le hace a la vez ajena (ella ha sido criada en Europa) y familiar (convive

con su familia peruana gran parte de su estadía), sientan las bases de una revisión del lugar de la mujer—su construcción de lo que llamo una “república femenina”—en diversas esferas: su propia escritura y rol como viajera (comparándose con otros viajeros que la acompañan), la sociedad peruana (analizando el comportamiento de las “tapadas”) y las instituciones públicas (estudiando las “rabonas” en el ejército y la figura de Francisca Gamarra en el gobierno peruano).

En el capítulo 3 me adentré en la obra de Juana Manuela Gorriti para establecer que su recurrencia al tópico de los viajes no es sólo una marca romántica o fantástica en su escritura, sino que está relacionada con la expresión de los aspectos y territorios considerados menores u olvidados por el discurso dominante. Por ejemplo, su presentación en el Círculo Literario de Lima, de 1875, se presenta a mi entender como la expresión personal de “una poética del viaje” que busca contrarrestar la preferencia general a los viajes al extranjero. Al condenar con sus palabras a los criollos que enviaban a sus hijos a educarse a Europa separándolos de su patria e impidiéndoles que éstos desarrollen un conocimiento profundo de la misma, Gorriti reafirma su convicción de que es necesario antes familiarizarse con los espacios interiores de la patria, sea ésta la Argentina (lugar de su nacimiento) o el Perú (país en donde se desarrolló como intelectual), por sobre cualquier beneficio que un viaje a Europa puede otorgar a la educación de un joven.

Esta poética que privilegia un viaje de tipo regionalista (base para el surgimiento de un sentido patriótico profundo en las nuevas generaciones) se ve claramente aplicada en los siguientes textos que analicé, *La tierra natal* (1882) y *Peregrinaciones de una alma triste* (1876). En primer lugar, se pudo observar que *La tierra natal* se opone al

motivo del “desierto,” una imagen recurrente entre viajeros criollos y extranjeros para representar al territorio argentino. Es decir, Gorriti se niega a considerar a su patria como un espacio virgen, inhabitado, sin rastros identitarios previos a la mirada hegemónica (y de muchos viajeros e intelectuales) que busca incorporarlo a un proyecto de nación homogéneo. Al contrario, Gorriti describe a su provincia natal, Salta, haciendo referencia a una convivencia temporal del pasado colonial, los más recientes enfrentamientos regionales entre unitarios y federales con los cambios modernos que percibe en el Noroeste argentino a finales del siglo XIX. Con esto, la autora no quiere, como otros viajeros, “fundar” el territorio con sus observaciones, sino que busca desnaturalizar el espacio, devolverle su historia particular, reconstruyendo las tensiones políticas de la región al recordar sucesos que su familia protagonizó y darle lugar en su texto a opiniones disidentes o a fuentes de información informales, como lo son, por ejemplo, un *gauchipolítico* con el que viaja y que recuerda sangrientos episodios de la provincia y la costurera de la familia, Larguncha, por medio de quien Gorriti, de niña, llega a conocer la “crónica de Salta.”

En *Peregrinaciones*, por otro lado, Gorriti recurre a la ficción para contar la historia de una joven enferma que escapa de su casa con el objetivo de curarse viajando y de esta manera diseña una “patria extendida” que excede las fronteras político-geográficas sentadas por un Estado determinado, así como también introduce nuevas perspectivas en el relato de viaje, ya que la protagonista superpone historias, voces y territorios disímiles que se alejan de la narración cronológicamente ordenada característica de un relato de viaje tradicional. La joven viajera encuentra más vínculos e identificaciones con sujetos y situaciones desconocidas en los países sudamericanos que

recorre que los que puede hallar dentro de su entorno familiar. Por esta razón, pude demostrar que el viaje le permite a Gorriti afirmar que la patria tiene que ver más que con el lugar de origen, con la relación que cada uno mantiene con el corpus normativo de la nación y con los vínculos afectivos de cada individuo con la misma. Así por ejemplo, la propia Laura (viajera protagonista) mantiene distancia con la historia familiar y patria que sus tías le cuentan en una visita y se muestra cercana, en cambio, a la historia de un gaucho perseguido por la ley, que luego de muerto ha dejado a un niño abandonado al cuidado de otra familia que ahora también siente la desprotección y persecución del Estado por vivir, ante los ojos de la ley, en un terreno “barbarizado” (son campesinos pobres y sin ninguna influencia política). En otro de sus destinos, la protagonista es atacada por varios caballeros empleados del gobierno y, contrariamente a lo que el lector pudiera presuponer, la mujer huye buscando la naturaleza, con la firme convicción de que ningún peligro “salvaje” (inclemencias del tiempo, ataques de animales) podía ser tan crudo y perjudicial como aquel que había sufrido a causa de estos hombres “civilizados.” Con este apartado al que Gorriti titula “Los bárbaros del siglo XIX,” la escritora vuelve a insistir sobre la arbitrariedad de la dicotomía civilización-barbarie (eje de numerosos relatos de viaje y textos fundacionales) mostrando que la “barbarie” se revela con más crudeza entre quienes se autoproclaman como sujetos representantes de la “civilidad.”

El cuarto y último capítulo planteó la relación de las escritoras Eduarda Mansilla y Clorinda Matto de Turner con los perfiles de viajeros decimonónicos (el viajero diplomático y el viajero representante cultural de su país respectivamente) que deben enfrentarse y adecuarse, al mismo tiempo, al contexto moderno finisecular y de comienzos de siglo XX. Mansilla propone un viaje completamente diferente de los que

plantea Gorriti, en el sentido de que es una viajera experimentada que se desenvuelve con facilidad en los ámbitos más distinguidos de Europa y los Estados Unidos. Sin embargo, al igual que la escritora salteña, mi lectura dejaba ver que ese lugar de “traductora cultural,” destacada en casi todas las referencias a Mansilla, se trata más bien de un espacio de creación individual en el que la mujer destaca una serie de valores estéticos y culturales que, implícitamente, confirmarían la superioridad espiritual de Argentina frente a Norteamérica. Más específicamente, por un lado, Mansilla privilegia la belleza de los espacios como signo de una historia antigua, clásica, refinada, en detrimento de los espacios y objetos de consumo modernos que observa en los Estados Unidos, carentes de cualquier tipo de carga histórica u originalidad. Por otro lado, contrariamente a esta nación que, para ella, ha avanzado económicamente sobre otros territorios demostrando su espíritu frío y materialista, la Argentina o más bien su aristocracia (en la que claramente se encuentra incluida), ha sabido conservar lo más refinado de la cultura europea y, de manera creativa, ha sabido incorporarle su rasgo distintivo, destacándose sobre todo la “grandeza espiritual” (tal como ella lo entiendo) de los pueblos *latinos*, cuya tradición puede trazarse hasta los orígenes de la cultura occidental. Con esto, Mansilla logra ofrecer su propia mirada comparativa de la América *latina* frente a la *anglosajona*, posicionándose a sí misma (implícitamente a su clase y a su nación) en un espacio de privilegio.

Lo mismo expresará Clorinda Matto en su recorrido por Europa, esta vez, recuperando los lazos filiales de América con la “madre patria”, España, nación ante la cual la autora, sorprendentemente (si se recuerda la temática y tono de sus novelas indigenistas), demuestra su admiración y agradecimiento por las enseñanzas sembradas

por los conquistadores en Sudamérica. Además, esta espiritualidad que identificaría a nuestro continente, resulta para Matto de un valor superior a los logros “modernos” que observa en París, un lugar donde las mujeres, aunque han ganado independencia, han descuidado su función dentro del seno familiar, garantía del “verdadero” éxito de una nación. De esta manera, las dos viajeras se ajustan a las formas modernas de viajar a la vez que se anticipan a las discusiones que surgieron poco después de ellas haber escrito estos textos: respectivamente, las expresiones continentales surgidas a partir de la oposición entre el Norte y el Sur de América (recurrentemente encarnada en Ariel y Calibán—personajes de Shakespeare) y la “reacción nacionalista” de muchos intelectuales que buscan, a comienzos de siglo XX, restablecer los vínculos identitarios con España.

Por último, el análisis de cuatro mujeres que viajan en épocas y a territorios diferentes demuestra, además, que mi estudio no pretende que ésta sea una genealogía de viajeras ni homogénea (presuponiendo una tendencia idéntica en cada autora sólo por compartir el género sexual) ni mucho menos paralela a la ya trazada dentro de la narrativa de viajes masculina. Al contrario, repara en el trazado de los aportes femeninos a ese mismo corpus canónico formado con autores y textos contemporáneos a sus obras. Dichas contribuciones, aunque diversas, se asemejan, en mi opinión, en la habilidad que tiene cada viajera en evitar una visión conciliadora / simplificadora de las diferencias territoriales y culturales dentro del continente o de una nación en particular. Es decir, su mirada no se reduce a la intencionalidad etnocentrista de muchos viajeros que frecuentemente hacían referencia a los signos de civilización o modernidad como valores admirables de un espacio o, por otro lado, todo aquello que se alejaba de estos parámetros

permanecía en el orden de lo atractivo sólo por su carácter bárbaro o exótico. Creo que estas mujeres, sin permanecer ajenas a cierta actitud etnocéntrica, logran convertir la falta de potencial moderno, civilizado o económico de determinados territorios o subjetividades, en situaciones positivas y viables para la formulación de una visión más abarcadora de la patria, donde ellas, resultado de su elaboración retórica, logran ser parte protagonista e indispensable. Ejemplo de esto es la mirada sobre la debilidad de las instituciones estatales peruanas en el caso de Tristán; de los espacios menos incorporados al centro de una nación en el de Gorriti; de la desigualdad de poder económico y político de Argentina frente a Estados Unidos para Mansilla; y de los valores pre-modernos de la familia y la religiosidad en el discurso de Matto.

Así, propuse cambiar la dirección de los estudios sobre el relato de viajes de mujeres para llegar a comprender el grado de complejidad y riqueza que esta escritura contiene en sí misma y en relación con el contexto sociocultural que la contiene. Al mismo tiempo, quise aquí transmitir la curiosidad y el interés académico que despertó mi lectura de este corpus de relatos de viajes de mujeres, sobre todo, al darme cuenta que se trataba de textos que iluminaban los temas más apasionantes y representativos del siglo XIX (los viajes, la nación, la civilización frente a la barbarie, la identidad latinoamericana frente a la anglosajona) desde una perspectiva renovadora, diferente, pero no por eso ajena al escenario cultural de su tiempo. A lo largo de mi trabajo de investigación, además, me estimuló mucho el ir descubriendo la existencia de una red de conexión femenina y un trabajo intelectual increíble por parte de estas mujeres, el cual había sido reconocido en su tiempo (prueba de ellos son las numerosas páginas dedicadas a sus obras en los periódicos del XIX) pero que luego fue dejado de lado en el proceso de

constitución del canon latinoamericano. Los relatos de viaje escritos por mujeres, en otras palabras, se me presentaron al comienzo de mi investigación como lo que parecía ser la mirilla de una pequeña puerta por la cual entrar al campo literario decimonónico y, con el transcurso del trabajo, este pequeño espacio por donde mirar se fue convirtiendo en sí mismo en una gran puerta de entrada a una serie de ideas y perspectivas que enriquecieron mucho más todo aquel material literario que en mis etapas de estudios anteriores había asimilado como los pilares del pensamiento decimonónico.

Al mismo tiempo, este estudio ofrece un modelo de análisis que facilita el trazado de una continuidad con los textos de viajeras de otros períodos diferentes al que he escogido para mi estudio. La relación que planteo entre el relato de viaje, el diálogo (implícito o explícito) que tienen las viajeras con él y las discusiones en torno a la nación y la identidad en Latinoamérica proporciona un esquema de aproximación, por ejemplo, a relatos de viaje contemporáneos, para estudiar sus planteos acerca de las nuevas condiciones asociadas a las ideas de Estado, nación y pertenencia. El corpus y temática tratados en este estudio puede continuarse en textos como *La nave los locos* (1984) de Cristina Peri Rossi, donde se propone una revisión del relato de viaje como género literario a través de una serie de viajes involuntarios de mujeres y sujetos expulsados de la sociedad. Otra reutilización del género puede encontrarse en *La canción de las ciudades* (1999) de Matilde Sánchez, autora que reconoce que el viaje es la condición inherente de la literatura y sugiere la construcción arbitraria de un espacio a partir de los restos musicales que quedan en su memoria tras la visita a diferentes ciudades. Con esto, Sánchez, al igual que lo propusieron las mujeres del XIX, continúa desarticulando el esquema tradicional del relato de viaje y establece que no existe ni un plan ni una hazaña

por cumplir en sus recorridos, sino que se trata más bien de una cartografía personal y sensorial de quien viaja.

La misma propuesta se puede ver intensificada en el trabajo que realiza María Negroni con la colaboración del artista plástico Jorge Macchi y el músico Edgardo Ruditzky, *Buenos Aires tour* (2004). En esta obra conjunta, lo que parece ser una guía turística de Buenos Aires, es el recorrido arbitrario que los autores diseñan (y del que proveen notas, sonidos y fotografías) siguiendo las grietas de un vidrio rasgado al que se ha puesto sobre el mapa de la ciudad porteña. El viaje es, entonces, una incertidumbre, un ámbito de subversión en el que importa más la construcción personal que la importancia de los espacios, edificios y monumentos que se visiten. Por otro lado, la implementación de las nuevas tecnologías en la escritura también han permitido el replanteo del carácter performativo del relato de viaje, modificando, entre otras cosas, la relación tiempo-espacio-lector. Así como Clorinda Matto en 1909 proponía el relato de un viaje “de recreo” por Europa al que completó con imágenes fotográficas de diversos espacios turísticos, podemos hoy encontrar en blogs como el de la escritora y periodista peruana Patricia de Souza, *Palinrestos* (2010), breves notas de viaje sobre las ciudades europeas que la autora visita y con las que mantiene un vínculo personal (afectos, amistades, relaciones literarias), las que también se completan con una serie de fotografías y comentarios de los lectores que siguen frecuentemente este espacio abierto a la comunidad virtual. Con esto, se puede percibir la importancia de este estudio que propone abordar en profundidad la frecuente recurrencia femenina a la escritura de viajes para construir propuestas ideológicas sobre su entorno y circunstancias particulares: el relato de viaje, se demuestra también con estos ejemplos, ya sea en su forma escrita,

sonora o visual, continúa siendo una matriz discursiva donde interactúan, se discuten y también se proponen nuevos hábitos, símbolos o prácticas que construyen la identidad de una sociedad.

OBRAS CITADAS

- Aljovín de Losada, Cristóbal. *Caudillos y constituciones: Perú 1821 - 1845*.
[Publicaciones] del Instituto Riva-Agüero, Nr. 185. Lima: Pontificia Univ.
Católica del Perú, Inst. Riva-Agüero, 2000.
- Altamirano, Carlos. "La fundación de la literatura argentina." *Ensayos argentinos*.
Buenos Aires: CEAL, 1983.
- Altuna, Elena. "Introducción: Relaciones de viajes y viajeros coloniales por las
Américas." *Revista de crítica literaria latinoamericana*. 60 (2004): 9-23.
- Anderson, Benedict. "Introducción." *Comunidades Imaginadas*. Fondo de Cultura
Económica, 1993, Buenos Aires.17-25.
- . *Imagined Communities. Reflections on the Origins and Spread of Nationalism*.
London, New York: Verso, 1991.
- Anderson, Monica. *Women and the Politics of Travel, 1870-1914*. Madison: Fairleigh
Dickinson UP, 2006.
- Andermann, Jens. *Mapas de poder: una arqueología literaria del espacio argentino*.
Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2000.
- Arambel-Guiñazú, María Cristina y Claire Emilie Martín, eds. *Las mujeres toman la
palabra: escritura femenina del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana, 2001.
- Asunción Silva, José. *De sobremesa. Obras completas*, Colección Archivos, Madrid,
1990. 227-392.
- Auza, Néstor Tomás. *Periodismo y feminismo en la Argentina, 1830-1930*. Buenos Aires:
Emecé, 1988.

- Bacacorzo, Gustavo. *Flora Tristán, personalidad contestataria universal*. Lima: Biblioteca Nacional del Perú, 2000.
- Barthes, Roland. *El placer del texto*. Trad. Nicolás Rosa and Oscar Terán. Buenos Aires: Siglo XXI, 1989.
- . *Mythologies*. New York: Hill and Wang, 1972.
- Basadre, Jorge. Prólogo. Flora Tristán. *Peregrinaciones de una paria*. Lima: Editorial Cultura Antártica, 1946. V-XXIII.
- . *Historia de la República del Perú*. Lima: Ediciones "Historia," 1961.
- . *Perú, problema y posibilidad*. Lima, Perú: Fundación M.J. Bustamante de la Fuente, 1994.
- Batticuore, Graciela. *La mujer romántica. Lectoras, autoras y escritores en la Argentina: 1830-1870*. Buenos Aires: Edhasa, 2005.
- , Loreley El Jaber, y Alejandra Laera. *El taller de la escritora: Veladas literarias de Juana Manuela Gorriti, Lima-Buenos Aires (1876/7-1892)*. Tesis/ensayo. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 1999.
- . *Fronteras escritas: cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 2008.
- . "Itinerarios culturales. Dos modelos de mujer intelectual en la Argentina del siglo XIX." *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*. XXII. 43-44, (1996): 163-80.
- . "Historias cosidas, el oficio de escribir." *Mujeres y cultura en la Argentina del siglo XIX*. Ed. Lea Fletcher. Buenos Aires: Feminaria, 1994. 30-37.
- Bazán, Armando Raúl. *Historia del Noroeste Argentino*. Buenos Aires: Plus Ultra, 1986.

- Ben, Pablo. "Cuerpos femeninos y cuerpos abyectos. La construcción anatómica de la feminidad en la medicina argentina." *Historia de las mujeres en la Argentina. Tomo I Colonia y Siglo XIX*. Ed. Fernanda Gil Lozano. Buenos Aires: Taurus-Santillana, 2000.
- Benítez Rojo, Antonio. "The nineteenth-century Spanish American novel." *The Cambridge History of Latin American Literature*. Ed. Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker. Cambridge: Cambridge University Press, 1996. págs. 417-489.
- Benjamin, Walter. "El narrador." Trad. Roberto Blatt. *Para una crítica de la violencia, y otros ensayos: Iluminaciones IV*. Madrid: Taurus, 1998.
- . "La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica." *Discursos Interrumpidos I*, Taurus, Buenos Aires, 1989.
- Berg, Mary. "Introducción." Juana Manuela Gorriti. *Peregrinaciones de una alma triste*.
- . "Viajeras y exiliadas en la narrativa de Juana Manuela Gorriti". *Lea Fletcher* 69-79.
- . "Autobiography and Fiction in Juana Manuela Gorriti's *Gubi Amaya*"
- <<http://evergreen.loyola.edu/tward/www/mujeres/critica/berg-gorriti-gubi.htm>>
- . "Clorinda Matto de Turner: periodista y crítica." *Las desobedientes: Mujeres de nuestra América Latina*. Ed. María Mercedes Jaramillo y Betty Osorio. Bogotá: Panamericana Editorial, 1997. 147-59.
- . "Presencia y ausencia de Clorinda Matto de Turner en el panorama literario peruano."
- <<http://evergreen.loyola.edu/tward/www/mujeres/critica/berg-matto-presencia.htm>>

- Berman, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire: la experiencia de la modernidad*. México: Siglo Veintiuno, 1989.
- Bernabé, Mónica. *Vidas de artista: bohemia y dandismo en Mariátegui, Valdelomar y Eguren, (Lima 1911-1922)*. Perú: B. Viterbo, 2006.
- Beverley, John y Hugo Achúgar, eds. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Número monográfico especial de la *Revista de crítica literaria latinoamericana* 18.36. 1992.
- Bhabha, Homi. "Narrating the Nation." Ed. Homi Bhabha. *Nation and Narration*. Londres: Routledge, 1990. 1-7.
- . *El lugar de la cultura*. Trad. César Aira. Buenos Aires: Manantial, 2002.
- Blanton, Casey. *Travel Writing: The Self and the World*. Studies in literary themes and genres, no. 15. New York: Twayne Publishers, 1997.
- Bloch-Dano, Evelyne. *Flora Tristan: la femme-messie*. París: Grasset, 2001.
- Borges, Jorge Luis. "El escritor argentino y la tradición." *Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé, 1974. 267-74.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Montessor, 2002.
- Brescia, Pablo. "La sintaxis del secreto en Juana Manuela Gorriti." *Signos literarios y lingüísticos*. II.2 (diciembre 2000): 63-73.
- Bullrich, Silvina. *Flora Tristán, la visionaria*. Buenos Aires: Riesa Ediciones, 1982.
- Calhoun, Craig J. *Nationalism*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1997.
- Carrió de la Vandra, Alonso (Concolorcorvo). *El Lazarillo de los ciegos caminantes: desde Buenos Aires hasta Lima*. Buenos Aires: Stockcero, 2005.

Castro-Klarén, Sara, y John Charles Chasteen. *Beyond Imagined Communities: Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Washington, D.C.; Baltimore: Woodrow Wilson Center Press; Johns Hopkins UP, 2003.

Castellino, Marta Elena. Prólogo. *Literatura de las regiones argentinas*. Ed. Gloria Videla de Rivero y Marta Elena Castellino. Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, 2004. 7-10.

Chambers, Sarah C. *From Subjects to Citizens Honor, Gender, and Politics in Arequipa, Peru, 1780-1854*. University Park, Pa: Pennsylvania State UP, 1999.

---. "Letters and Salons: Women Reading and Writing the Nation." Ed. Castro-Klarén Sara y John C. Chasteen. *Beyond Imagined Communities. Reading and Writing the Nation in Nineteenth-Century Latin America*. Baltimore: Johns Hopkins UP, 2004. 54-83.

Chaspeen, John Charles. "Introduction: Beyond Imagined Communities." Castro-Klarén, Sara, y John Charles Chasteen. ix-xxv.

Chiaramonte, José Carlos y Nora Souto. "De la ciudad a la nación. Las vicisitudes de la organización política argentina y los fundamentos de la conciencia nacional." *Relatos de nación. La construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. Ed. Francisco Colom González. Madrid: Iberoamericana, 2005. 311-32.

Chocano, José S. *Alma América: Poemas Indo-Españoles*. Madrid: V. Suárez, 1906.

Cirlot, Juan Eduardo. *Diccionario de símbolos*. Barcelona: Editorial Labor, 1969.

- Clifford, James. *Routes: Travel and Translation in the Late Twentieth Century*.
Cambridge: Harvard UP, 1997.
- Colom González, Francisco. *Relatos de nación: la construcción de las identidades nacionales en el mundo hispánico*. España: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Filosofía: Organización de Estados Iberoamericanos; Madrid; Frankfurt am Main: Iberoamericana; Vervuert, 2005.
- Colombi, Beatriz. *Viaje intelectual: migraciones y desplazamientos en América Latina, 1880-1915*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora, 2004.
- Cornejo Polar, Antonio. *Literatura y sociedad en el Perú: la novela indigenista*. Biblioteca de cultura andina, 1. Lima, Perú: Lasontay, 1980.
- Cross, Máire, y Tim Gray. *The Feminism of Flora Tristan*. Oxford: Berg, 1992.
- Davies, Catherine. "On Englishmen, Women, Indians and Slaves: Modernity in the Nineteenth-Century Spanish-American Novel." *Bulletin of Spanish Studies: Hispanic Studies and Researches on Spain, Portugal, and Latin America*. 82. 3-4 (2005): 313-33.
- Degiovanni, Fernando. *Los textos de la patria: nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora, 2007.
- Denegri, Francesca. "Desde la Ventana: Women 'Pilgrims' in Nineteenth-Century Latin-American Travel Literature." *Modern Language Review*, 92. 2 (1997): 348-62.
- . *El abanico y la cigarrera. La primera generación de mujeres ilustradas en el Perú*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos, 1996.
- . "Juana Manuela Gorriti" *Encyclopedia of Latin American Literature*. Ed. Verity Smith. Chicago-London. Fitzroy Dearborn Publishers, 1997.

- Desanti, Dominique. *A Woman in Revolt: A Biography of Flora Tristan*. New York: Crown Publishers, 1976.
- Duby, Georges, y Michelle Perrot, eds. *Historia de las mujeres en Occidente*. Vol. 4. España: Taurus, 1992.
- Eichenbaum, Boris. "La teoría del método formal." AAVV, *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Siglo XXI. 21-54.
- Faini, Carla. *Debating the Nation. Print Culture and the Consolidation of the Peruvian Republic: From Flora Tristan to the "Revista de Lima," 1838-1863*. Thesis (Ph. D.)--Stanford University, 1997, 1997.
- Fernández Retamar, Roberto. *Calibán: Apuntes Sobre La Cultura En Nuestra América*. México: Editorial Diógenes, 1974.
- Fombona, Jacinto. *La Europa necesaria: textos de viaje de la época modernista*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 2005.
- Foster, Shirley, y Sara Mills. *An Anthology of Women's Travel Writings*. Manchester: Manchester UP, 2002.
- Fletcher, Lea, ed. *Mujeres y cultura en la Argentina del XIX*. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994.
- . "Patriarchy, Medicine, and Women in Nineteenth-Century Argentina." *The Body and the Text. Comparative Essays in Literature and Medicine*. Ed. Bruce Clark y Wendell Aycock. Texas: Texas Tech UP, 1990. 91-102.
- Franco, Jean. "Un viaje poco romántico. Viajeros británicos hacia Sudamérica 1818-1828." *Escritura* 4 (7): 129-42. Enero - junio, 1979.

- Frederick, Bonnie. *La pluma y la aguja: las escritoras de la Generación del '80*. Buenos Aires: Seminaria, 1993.
- . "El viajero y la nómada: los recuerdos de viaje de Eduarda y Lucio Mansilla." Lea Fletcher 246-51.
- , y Susan H. McLeod. *Women and the Journey: The Female Travel Experience*. Pullman, Wash: Washington State UP, 1993.
- Freyre de Jaimes, Carolina. "Flora Tristán. Apuntes sobre su vida y sus obras." *Anales de la sección de literatura*. 15 de Julio de 1875.
- García y García, Elvira. *La mujer peruana a través de los siglos; serie historiada de estudios y observaciones*. Lima: Imp. americana, 1924.
- García Calderón, Ventura. "La literatura peruana (1535-1914)." *Revue Hispanique*. V. XXXI. New York, París, 1914.
- . "Vale un Perú." Paris: Desclée, de Brouwer, 1939.
- Garrels, Elizabeth: "Sarmiento and the Woman question: from 1839 to the *Facundo*." Halperin Dongui, Tulio, Gwen Kirkpatrick y Francine Masiello. *Sarmiento, Author of a Nation*, Berkeley: U of California P, 1994.
- Gasquet, Axel. "El cielo protector. La literatura de viajes." *Lingua franca*. Buenos Aires: Ediciones Simurg, 2004. 17-66.
- Gellner, Ernest. *Nations and Nationalism*. Ithaca: Cornell UP, 1983.
- Gilbert Sandra M., y Susan Gubar. *The Madwoman in the Attic: the Woman Writer and the Nineteenth-Century Literary Imagination*. New Haven: Yale UP, 2000.

- Glave, Luis Miguel. "Imagen y proyección de la mujer en la República." *La mujer en la historia del Perú*. Ed. Carmen Meza Ingar y Teodoro Hampe Martínez. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2008. 553-615.
- . "Letras de mujer." <<http://www.fractal.com.mx/F3glave.html>>
- Gómez Buendía, Blanca Inés. "Autobiografía y representación en *Peregrinaciones de una paria*." *Universitas Humanística*. 60 (2005): 61-67.
- González, Francisco. *Aquellos años franceses (1870-1900): Chile en la huella de París*. Santiago de Chile: Taurus, 2003.
- González Echevarría, Roberto. *Myth and Archive*. Cambridge: Cambridge UP, 1990.
- González Ortega, Nelson. "Canon y canonización en la obra literaria, periodística y cinematográfica de García Márquez." *Tropelías* 9-10 (1988-89): 237-53.
- González Prada, Manuel. *Páginas libres; Horas de lucha*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1976.
- Gorriti, Juana Manuela. *Gubi Amaya. Sueños y Realidades*. Buenos Aires: Biblioteca de "La Nación," 1907.
- . *Ficciones patrias*. Ed. Graciela Batticuore. La biblioteca argentina. [Argentina]: Clarín, 2001.
- . "Impresiones y Paisajes." *La Alborada del Plata*. 2 de diciembre de 1887.
- . *La tierra natal*. Buenos Aires: F. Lajouane, 1889.
- . *Misceláneas*. Buenos Aires: Imprenta de M. Biedma, 1878.
- . *Peregrinaciones de una alma triste*. Ed. Mary Berg. Buenos Aires: Stockcero, 2006.
- . *Perfiles. Obras Completas*. Tomo III. Salta: Fundación del Banco del Noroeste Coop. Ltda., 1992.

- . "Prospecto." *La Alborada del Plata*. 18 de Noviembre de 1877. Año 1. Núm. 1.
- Gramuglio, María Teresa. "La construcción de la imagen." Tizón, Héctor, Rodolfo Rabanal y María Teresa Gramuglio. *La escritura argentina*. Argentina: Universidad nacional del Litoral-Ediciones de la Cortada, 1992. 35-64.
- Grant, Rebecca, y Kathleen Newland. *Gender and International Relations*. Bloomington: Indiana UP, 1991.
- Grogan, Susan K. *Flora Tristan: Life Stories*. London: Routledge, 1998.
- Grzegorzcyk, Marzena. *Private Topographies. Space, Subjectivity, and Political Change in Modern Latin America*. New York: Palgrave Macmillan, 2005.
- Guerra-Cunningham, Lucía. "Visión marginal de la historia en la narrativa de Juana Manuela Gorriti." *Ideologies and literature*. 2.2 (1987): 59-76.
- Guiñazú, Cristina. "En el nombre del padre: Las *Peregrinaciones de una paria* de Flora Tristán." *Ciberletras*, 5 (2001): sin paginación.
- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia. Problemas argentinos y perspectivas latinoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987.
- . *Una Nación Para El Desierto Argentino*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- . "Argentine Counterpoint: Rise of the Nation, Rise of the State." Castro-Klarén, Sara, and John Charles Chaspeen. 33-53.
- Hahner, June Edith. *Women Through Women's Eyes Latin American Women in Nineteenth-Century Travel Accounts. Latin American silhouettes*. Wilmington, Del: SR Books, 1998.

- Halperín Donghi, Tulio. *El espejo de la historia: problemas argentinos y perspectivas hispanoamericanas*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1987.
- Hanway, Nancy. *Embodying Argentina: Body, Space and Nation in 19th Century Narrative*. Jefferson, N.C: McFarland & Co., Publishers, 2003.
- Harper, Lila Marz. *Solitary Travelers: nineteenth-century women's travel narratives and the scientific vocation*. Madison: Fairleigh Dickinson UP; London; Cranbury: Associated UP, 2001.
- Hart, Kathleen. *Revolution and Women's Autobiography in Nineteenth-Century France*. Faux titre, 244. Amsterdam: Rodopi, 2004.
- Hermida, Carola. “‘La memoria nacional es un terreno de disputas’: Lengua(s) y literatura(s) nacionales en la Argentina del Centenario.” Actas del 2do Congreso Internacional CELEHIS de Literatura.
<www.freewebs.com/celehis/actas2004/ponencias/5/4_Hermida.doc>
- Hincapié, Luz. “Género, identidad y viaje: un análisis postcolonial de tres textos.”
<http://www.javeriana.edu.co/Facultades/C_Sociales/especializacion/documents/Luz_Hincapie.pdf>
- Hintze, Gloria. “Pensadoras latinoamericanas en el proceso de integración: Clorinda Matto de Turner y el *Búcaro Americano*.” Encuentro *El V Corredor de las Ideas del Cono Sur*.
<<http://juanfilloy.bib.unrc.edu.ar/completos/corredor/paginas/paneles.htm>>
- Hobsbawm, Eric, y Jordi Beltran. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Barcelona: Crítica ; Grijalbo Mondadori, 1998.

- Hora, Roy. "Introducción. *Una nación para el desierto argentino: algunas claves para su lectura.*" Halperin-Donghi 9-30.
- Hulme, Peter, y Tim Youngs. Introduction. *The Cambridge Companion to Travel Writing*. Cambridge, U.K.: Cambridge UP, 2002. 1-16.
- Iglesia, Cristina. *El ajuar de la patria. Ensayos críticos sobre Juana Manuela Gorriti*. Buenos Aires: Feminaria, 1993.
- Jago, Eva-Lynn Alicia. "Familial Triangles: Eduarda Mansilla, Domingo Sarmiento, and Lucio Mansilla." *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 30.2 (2005): 507-23.
- Jameson, Fredric. *The political Unconscious*. Ithaca: Cornell UP, 1981.
- Jáuregui, Carlos. *Canibalia: Canibalismo, Calibanismo, Antropofagia Cultural Y Consumo en América Latina*. Madrid: Iberoamericana, 2008.
- Jitrik, Noé. "El mundo del 80." *La Generación del 80 (1880-1914)*. Ed. Pozzi, Graciela. Cuadernos Simón Rodríguez, 11. Buenos Aires: Fundación Simón Rodríguez, Editorial Biblos, 1980.
- Joffré, Gabriel Ramón. *La muralla y los callejones: intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima, Perú: SIDEA, 1999.
- Kingsley, Mary. *Travels in West Africa*. London: C. Knight, 1972.
- Konder, Leandro. *Flora Tristan: uma vida de mulher, uma paixão socialista*. Rio de Janeiro: Relume Dumará, 1994.
- Kristal, Efraín. *The Andes Viewed from the City: Literary and Political Discourse on the Indian in Peru, 1848-1930*. New York: P. Lang, 1987.

- Livon-Grosman, Ernesto. *El relato de viajes y la construcción del espacio patagónico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2003.
- Lojo, María Rosa. “Eduarda Mansilla: entre la «barbarie» yankee y la utopía de la mujer profesional.” *Gramma*. XV, 37 (Septiembre 2003). 14-25.
- . Introducción. Eduarda Mansilla. *Lucía Miranda: 1860*. Textos y estudios coloniales y de la independencia, 14. Madrid: Iberoamericana, 2007.
- López, Lucio. “Recuerdos de Viaje.” *El Nacional*. 2 de Julio de 1880.
- López Martínez, Héctor, y Julio Alva Flores. *Apuntes sobre viajes y viajeros*. Lima: H. López Martínez, 2000.
- Lucero, Nicolás. “La guerra gauchipolítica.” *Historia crítica de la literatura argentina v. 2 La lucha de los lenguajes*. Ed. Noé Jitrik. Buenos Aires: Emecé, 2003. 17-38.
- Lynch, John. *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*. Oxford [England]: Clarendon Press, 1992.
- Macera, Pablo. *La imagen francesa del Perú (siglos XVI-XIX)*. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1976.
- Mansilla, Eduarda. *Recuerdos de viaje*. Ed. Juan Pablo Spicer-Escalante. Buenos Aires: Stockcero, 2006.
- . “Política europea.” *El Nacional*, 29 de noviembre, 1880. Sin paginación
- Mansilla, Lucio. “En las pirámides de Egipto.” *Entre Nos. Causeries de los jueves*. Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1964.
- Mariátegui, José Carlos. *7 ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Introd. Elizabeth Garrels. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1979.

- Masiello, Francine. *Between Civilization and Barbarism. Women, nation & Literary Culture in Modern Argentina*. Lincoln & London: U of Nebraska P, 1984.
- Matto de Turner, Clorinda. *Boreales miniaturas y porcelanas*. Buenos Aires, Imp. de J.A. Alsina, 1902.
- . "Las obreras del pensamiento en la América del Sur." *Búcaro Americano*. febrero 1.1 (1896): 5-14.
- . "La mujer moderna." *Búcaro americano, periódico de las familias*, 15 de septiembre, 1906.
- . *Viaje de recreo: España, Francia, Inglaterra, Italia, Suiza y Alemania*. Valencia: F. Sempere y Compañía, Editores, 1910.
- Michaud, Stéphane y Daniel Armogathe. *Un fabuleux destin: Flora Tristan : actes du 1. Colloque Internat. Flora Tristan, Dijon, 3 et 4 mai 1984*. Dijon: Ed. Univ. de Dijon, 1985.
- Mignolo, Walter. "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista." *Historia de la literatura hispanoamericana*. Ed. Luis Íñigo Madrigal. Tomo I. Madrid: Cátedra, 2002. 57-116.
- Mills, Sara. *Discourses of difference: an analysis of women's travel writing and colonialism*. London; New York: Routledge, 1991.
- , y Shirley Foster. *An Anthology of Women's Travel Writing*. Manchester: Manchester UP, 2002.
- Mizraje, María Gabriela. "La escritura velada (historia y biografía de Juana Manuela Gorriti)." < <http://www.camdipsalta.gov.ar>>

- . "Juana Manuela Gorriti: cuentas pedientes." *Mujeres y cultura en la Argentina del XIX*. Ed. Lea Fletcher. Buenos Aires: Feminaria Editora, 1994.47-60.
- Molloy, Sylvia. *At Face Value: Autobiographical Writing in Spanish America*. Cambridge Studies in Latin American and Iberian Literature, 4. Cambridge: Cambridge UP, 1991.
- Monteleone, Jorge. *El relato de viaje: de Sarmiento a Umberto Eco*. Buenos Aires, República Argentina: Librería Editorial El Ateneo, 1998.
- Morató, Cristina, and Manuel Leguineche. *Viajeras intrépidas y aventureras*. Barcelona: Plaza & Janés Editores, 2001.
- Nugent, Maria, Lady, y Nara Araújo. *Viajeras Al Caribe*. Ciudad de La Habana, Cuba: Casa de las Américas, 1983.
- Núñez, Estuardo, comp. y ed. *Viajes y viajeros extranjeros por el Perú: apuntes documentales con algunos desarrollos histórico-biográficos*. Lima: Villanueva, 1989.
- . *España vista por viajeros hispanoamericanos*. Madrid: Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1985.
- Oviedo, José Miguel. "The Modern Essay in Spanish America". *The Cambridge History of Latin American Literature*. vol. II. *The Twentieth-Century*. Ed. González Echevarría, Roberto and Enrique Pupo Walker. 365-424.
- Paatz, Annette. "Relato de viajes y escritura de mujeres: Recuerdos de viaje por Eduarda Mansilla de García". *Género y géneros: escritura y escritoras iberoamericanas 2* (2006): 67-77.
- Pagni, Andrea. "Escrituras cruzadas: Viajeros franceses al Río de la Plata y rioplatenses a

- Europa a mediados del siglo XIX”. *Dispositio*. XVII. 42-43 (1992): 263-82.
- Palermo, Zulma. “El rol del discurso crítico literario en el proyecto andino de nación.”
Francisco Colom González. 597-620.
- Palma, Ricardo. *Cien tradiciones peruanas*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.
- Peluffo, Ana. “El *ennui* y la invención de la barbarie en Flora Tristán y Etienne de Sartiges.” *América Latina: Giro óptico. Nuevas visiones desde los estudios literarios y culturales*. Ed. and Introd. Ignacio Sánchez-Prado, Puebla: Universidad de las Américas, 2006. 369-87
- . *Lágrimas andinas: Sentimentalismo, género y virtud republicana en Clorinda Matto de Turner*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2005.
- Pera, Cristóbal. “De viajeros y turistas: Reflexiones sobre el turismo en la literatura hispanoamericana”. *Revista Iberoamericana*. 64. 184-185 (1998): 507-28.
- Pérez-Mejía, Ángela. *La geografía de los tiempos difíciles: escritura de viajes a Sur América durante los procesos de independencia 1780-1849*. Colombia: Editorial Universidad de Antioquia, 2002.
- Pineda Franco, Adela, and Leticia M. Brauchli, eds. *Hacia el paisaje del mezcal. Viajeros norteamericanos en México, siglos XIX y XX*. México: Aldus, 2001.
- Poderti, Alicia. *La narrativa del Noroeste argentino. Historia socio-cultural*. Salta: Editorial MILOR, 2000.
- Pombo, Rafael. Prólogo. Eduarda Mansilla. *El médico de San Luis*. Buenos Aires: Impr. de La Paz, 1860. (reproducido en *La Ondina del Plata*, 9 de mayo de 1975. pág.159).

- Porras Barrenechea, Raúl. “Los viajeros franceses del Siglo XIX: El paisaje social y humano.” Riva Agüero, José. *Paisajes peruanos*. Lima: Impr. Santa María, 1955.
- . “Perspectiva y panorama de Lima.” *La marca del escritor*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994. 98-99.
- Portal, Magda. *Flora Tristán, la precursora*. Lima: Ediciones “Páginas libres,” 1945.
- . *Flora Tristán, una reserva de utopía*. Colección Peruanicemos el Perú. Lima, Peru: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 1985.
- Portugal, Ana María. “El periodismo militante de Clorinda Matto de Turner.” *Mujeres y género en la historia del Perú*. Lima: CENDOC Mujer, 1999. 317-30.
- Pozzi, Graciela. *La Generación del 80 (1880-1914)*. Cuadernos Simón Rodríguez, 11. Buenos Aires: Fundación Simón Rodríguez, Editorial Biblos, 1980.
- Pratt, Mary Louise. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Trad. Ofelia Castillo. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes, 1997.
- . “Las mujeres y el imaginario nacional en el siglo XIX.” *Revista de crítica literaria latinoamericana*. 19.38 (1993): 51-62.
- Prieto, Adolfo. *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina (1820-1850)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1996.
- Radiguet, Max. “Lima en 1844.” Raúl Porras Barrenechea. *Pequeña antología de Lima*. Lima: Instituto Raúl Porras Barrenechea, 1965.
- Rama, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. México, D.F.: Siglo Veintiuno Editores, 1982.
- Rama, Ángel. “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”, en: Ana Pizarro (coordinadora), *La literatura latinoamericana como*

- proceso*. Buenos Aires: CEAL. 85-97.
- . *Los gauchipolíticos rioplatenses*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1982.
- Rama, Carlos. *Historia de las relaciones culturales entre España y la América Latina, siglo XIX*. Sección de obras de historia. México: Fondo de Cultura Económica, 1982.
- Ramos, Julio. *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*. México: Fondo de Cultura Económica, 1989.
- . "Entre otros: Una excursión a los indios ranqueles de Lucio V. Mansilla." *Paradojas de la letra*. Caracas: Ediciones Xcultura, 1996. 73-96
- . "Genealogías de la moral latinoamericanista: El cuerpo y la herencia de Flora Tristán." *Lucero: A Journal of Iberian and Latin American Studies*. 11 (2001):10-27.
- Regazzoni, Susana. "Lo exótico en la literatura hispanoamericana: Juana Manuela Gorriti." *Actas del XIV Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*. Newark: Juan de la Cuesta, 2004. 565-74.
- Rivera Martínez, Edgardo. *El Perú en la literatura de viaje europea de los siglos XVI, XVII y XVIII*. Colección de viajeros. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Facultad de Letras, 1963.
- Riviale, Pascal. *Los viajeros franceses en busca del Perú antiguo (1821-1914)*. Lima, Perú: IFEA, 2000.
- Rodríguez González, Margarita. "Criollismo ilustrado y opinión política en el Perú colonial." *Colom González* 51-72.

- Rodríguez Pérsico, Adriana. *Relatos De Época: Una Cartografía De América Latina (1880-1920)*. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 2008.
- Rojas, Ricardo. *Historia de la literatura argentina; ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata*. Buenos Aires: G. Kraft, 1957.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: Las Ciudades y Las Ideas*. 5. ed., nuevo prólogo ed. México, D.F: Siglo Veintiuno Editores, 2001.
- . *Las ideas en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires: Biblioteca Actual, 1987.
- Salas, Elizabeth. *Soldaderas in the Mexican Military: Myth and History*. Austin: U of Texas P, 1990.
- Salazar Jiménez, Claudia. "Peregrinaciones de una pa(t)ria: relato de viaje y autofiguración." *Ciberletras* 9 (2008): no pagination.
- Sánchez, Luis Alberto. Prólogo. Flora Tristán. *Peregrinaciones de una paria*. Chile: Ediciones Ercilla, 1941.
- . *Una mujer sola contra el mundo (Flora Tristán, la paria)*. Buenos Aires: A.L.A., Club del libro, 1942.
- Sanhueza, Carlos. "El problema de mi vida: A soy mujer! Viaje, mujer y sociedad." *Historia de la vida privada en Chile*. Ed. Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri. Vol. II. Santiago: Taurus, 2005. 333-347.
- . "En busca de un lugar en el mundo: viajeros latinoamericanos en la Europa del siglo XIX". *Estudos Ibero-Americanos. PUCRS*, v. XXXIII. 2 (2007): 51-75.
- Santos, Lidia. "Flora Tristán y Nisia Floresta: Cosmopolitismo y género en el siglo XIX." *Ciberletras*, 7 (2002): sin paginación.

- Sarlo, Beatriz. *Una modernidad periférica: Buenos Aires 1920 y 1930*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2003.
- y Carlos Altamirano. "La Argentina del Centenario: campo intelectual, vida literaria y temas ideológicos." *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Buenos Aires: CEAL, 1983. 69-105.
- Sarmiento, Domingo. *Viajes*. España: Fondo de Cultura Económica, 1993.
- Scatena Franco, Stella Maris. *Peregrinas de outrora. Viajantes latino-americanas no século XIX*. Florianópolis: Editora Mulheres, 2008.
- Schlau, Stacey. *Spanish American Women's Use of the Word: Colonial Through Contemporary Narratives*. Tucson: U of Arizona P, 2001.
- Segura, Manuel Ascensio. *El sargento Canuto, La saya y manto: comedias*. Lima: Editorial Mercurio, 1974.
- Simmel, George. *The Philosophy of Money*. Trad. Tom Bottomore y David Frisby. London; Boston: Routledge & Kegan Paul, 1978.
- Smith, Sidonie. *Moving Lives: Twentieth-Century Women's Travel Writing*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 2001.
- Speake, Jennifer, ed. *Literature of Travel and Exploration: An Encyclopedia*. UK: Routledge, 2003.
- Spicer-Escalante, Juan Pablo. "Introducción." Mansilla, *Recuerdos de viaje* vii-xxiii.
- Szurmuk, Mónica. *Women in Argentina: Early Travel Narratives*. Gainesville: UP of Florida, 2000.
- , ed. *Mujeres en viaje*. Buenos Aires, Alfaguara, 2000.

- . *Miradas cruzadas: narrativas de viaje de mujeres en Argentina (1850-1930)*.
México: Instituto Mora, 2007.
- Terán, Oscar. El dispositivo hispanista.”*Actas del III Congreso Argentino de Hispanistas*
“*España en América y América en España*. Ed. Luis Martínez Cuitiño y Elida
Lois. España: Universidad de Buenos Aires. Instituto de Filología y Literaturas
Hispánicas “Dr. Amado Alonso,” 1993. 129-137.
- Turner, Mark. *From Two Republics to One Divided: Contradictions of Postcolonial
Nationmaking in Andean Peru*. Durham, N.C.: Duke UP, 1997.
- Torre, Claudia. “Los relatos de viajeros.” *Historia crítica de la literatura argentina* 2. Ed.
Noé Jitrik. Buenos Aires: Emecé, 2003. 517-38.
- . “La intimidad histórica. Apuntes sobre la biografía cultural de Eduarda Mansilla de
García”. en: AAVV. *Fronteras Literarias en la Literatura Latinoamericana*.
Actas de la XI Jornada de Investigación. Buenos Aires: Instituto de Literatura
Hispanoamericana, 1996.
- Torres-Calderón, Alvaro. *Mujer, nación y progreso en el discurso del exilio de Clorinda
Matto De Turner y Juana Manuela Gorriti*. Thesis (Ph. D.)--Florida State
University, 2006, 2006. <[http://etd.lib.fsu.edu/theses/available/etd-07092006-
191953](http://etd.lib.fsu.edu/theses/available/etd-07092006-191953)>.
- Tristán, Flora. *Peregrinaciones de una Paria*. Lima: Editorial Cultura Antártica, 1946.
- , Flora. *Peregrinaciones de una paria*. Introd. Francesca Denegri. Lima: Centro de la
Mujer Peruana Flora Tristán, UNMSM, 2003.
- . *Nécessité de faire un bon accueil aux femmes étrangères*. Introd. Denys Cuche. Paris:
L’Harmattan, 1988.

- . *El tour de Francia (1843-1844): estado actual de la clase obrera en los aspectos moral, intelectual y material*. Travaux de l'Institut français d'études andines, v. 237. Introd. Yolanda Westphalen. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Fondo Editorial, 2006.
- Urraca, Beatriz. “ ‘Quien a Yaqueeland se encamina...’ The United States and Nineteenth-Century Argentine Imagination.” *Ciberletras* 1.2. 2000.
<<http://www.lehman.cuny.edu/ciberletras/v01n02/Urraca.htm>>
- Vallejo, César. *La cultura peruana: Crónicas*. Lima, Perú: Mosca Azul Editores, 1987.
- Vargas, Virginia. Presentación. Nira Yuval-Davis 5-8.
- Velázquez Castro, Marcel. *Las máscaras de la representación: el sujeto esclavista y las rutas del racismo en el Perú, 1775-1895*. Lima: Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2005.
- Veniard, Juan María. *Los García, los Mansilla y la música*. Buenos Aires: Instituto Nacional de Musicología Carlos Vega. Dirección Nacional de Música. Secretaria de Cultura. Ministerio de Educación y Justicia, 1986.
- Villavicencio F., Maritza. *Del silencio a la palabra: mujeres peruanas en los siglos XIX y XX*. Lima, Perú: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán, 1992.
- Viñas, David. *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*. Buenos Aires: Sudamericana, 1998.
- . “La mirada a Europa: Del viaje colonial al viaje estético.” *Literatura argentina y realidad política*. Buenos Aires: Jorge Álvarez Editor, 1964. 3-80.
- . *Literatura argentina y política. I. De los jacobinos porteños a la bohemia anarquista*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor, 2005.

- Agosín, Marjorie. "Introduction." *Magical Sites. Women Travelers in 19th Century Latin America*. Ed. Marjorie Agosín y Julie H. Levison. New York: White Pine Press, ---. *Indios, ejército y frontera*. México: Siglo Veintiuno, 1982.
- Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. *Homo sociologicus*, 21. Barcelona: Ediciones Península, 1980.
- Yuval-Davis, Nira. *Género y Nación*. Lima: Flora Tristán, 1997.
- Zanetti, Susana. "Búcaro Americano: Clorinda Matto de Turner en la escena femenina porteña." *Fletcher* 1992. 264-75.
- Zuleta, Emilia. *Relaciones literarias entre España y la Argentina*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1983.